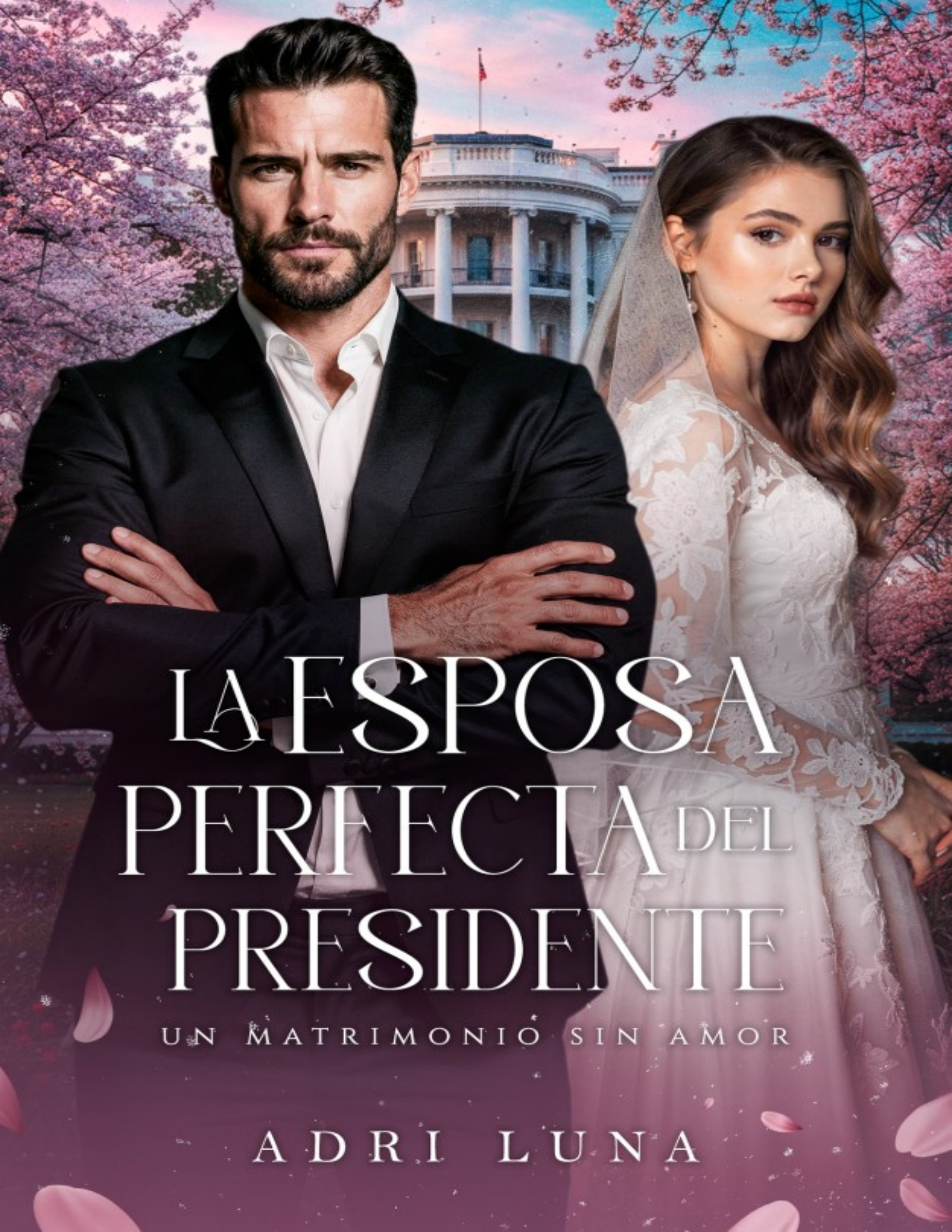

LA ESPOSA PERFECTA DEL PRESIDENTE
UN MATRIMONIO SIN AMOR
ADRI LUNA

LA ESPOSA PERFECTA DEL PRESIDENTE

UN MATRIMONIO SIN AMOR

ADRI LUNA

Copyright @2026 Adri Luna

Lectura Beta: Gleina | Lays | Viviane

Lectora Crítica: Carla

Proyecto Gráfico y Maquetación Digital: @AdriLuna

Revisión: Sonia Carvalho

Traducción: J.P galdino

Ilustraciones: Carlos Miguel @carlosmiguelartes

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra podrá ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidos fotocopias, grabación u otros métodos mecánicos o electrónicos, sin la autorización previa por escrito del autor/editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas y acontecimientos reales es mera coincidencia. La violación de los derechos de autor es un delito establecido en la ley nº 9.610/98, sancionado por el artículo 184 del código penal.

1ª EDICIÓN – 2026 Formato Digital Brasil

Dedicatoria

Para los corazones que fueron obligados a volverse fríos para seguir luchando.

Nota de la Autora

Frío. Controlado. Peligrosamente inteligente.

Adrian Keaton siempre fue el hombre que prefiere la estrategia a los sentimientos, el cálculo a los impulsos. Mientras Jonathan construyó su historia dentro de los tribunales, Adrian decidió jugar un juego aún más cruel: **el poder político.**

Este libro nace de ese universo.

La Esposa Perfecta para el Presidente – Un Matrimonio Sin Amor es un **spin-off** que se sumerge en la vida del hermano que siempre pareció inquebrantable… hasta el momento en que una mujer aparece al borde de una carretera y cambia por completo el rumbo de su historia.

Aquí encontrarás:

• un **matrimonio por contrato**

• un hombre que no cree en el amor

• una mujer que está huyendo de su propio pasado

• secretos peligrosos

• juegos de poder

• tensión emocional

• y un romance que nace exactamente donde no debería existir

Adrian cree que los sentimientos son debilidades.

Lily solo quiere sobrevivir.

El problema es que los **corazones no obedecen contratos.**

Si te gustan los romances intensos, con personajes heridos, juegos de poder, tensión entre los protagonistas y una historia que mezcla política, secretos y deseo…

Entonces prepárate.

Porque esta no es solo una historia de amor.

Es la historia de dos personas que hicieron un acuerdo sin imaginar el precio que tendrían que pagar por él.

Con cariño,

Adri Luna

Antes de comenzar la lectura, es importante informar que esta obra contiene temas sensibles que pueden ser desencadenantes para algunos lectores, incluyendo: violencia, intento de asesinato, manipulación psicológica, conflictos familiares, lenguaje adulto y escenas de contenido sexual.

Esta es una obra de ficción destinada a un público adulto.

Si estás lista para un romance intenso, lleno de secretos, poder, deseo y emociones peligrosas…

Entonces pasa la página.

La historia de Adrian y Lily comienza ahora.

Sumário

Dedicatoria

Nota de la Autora

Sinopsis

01

02

03

04

05

06

07

08

09

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44

45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
Epílogo
Agradecimientos

Sinopsis

Adrian Keaton necesita una esposa.

Candidato a la presidencia de los Estados Unidos, brillante, **frío y estratega**, sabe que la opinión pública exige más que poder: exige una imagen perfecta. Una esposa. Una familia. Una historia que convenza al país.

Pero **Adrian no cree en el amor y el matrimonio**, para él, es solo una herramienta política.

Lily Hale solo quiere sobrevivir.

Después de un atentado que casi le cuesta la vida, se encuentra **sola**, **herida y sin poder revelar quién es realmente.** Oculta bajo **una identidad falsa** y sin nadie en quien confiar, Lily necesita protección más que cualquier otra cosa.

Cuando sus caminos se cruzan, surge una propuesta impensable.

Un contrato.

Un matrimonio sin amor.

Una esposa perfecta para la campaña presidencial.

A cambio de seguridad, Lily acepta **interpretar el papel de primera dama.** Pero vivir al lado de Adrian significa entrar en un mundo de poder, secretos y peligros donde cada gesto es observado y cada error puede destruirlo todo.

El problema es que los sentimientos no obedecen cláusulas.

Mientras Adrian intenta mantener el control sobre su campaña, su imagen y su propia vida, Lily lucha por ocultar un pasado capaz de sacudir todo lo que él ha construido.

Porque **la mujer que él cree estar protegiendo…**

no es quien aparenta ser.

Y cuando la verdad finalmente salga a la luz, Adrian puede descubrir que ha perdido la única cosa que nunca logró controlar.

Su propio corazón.

Algunos matrimonios comienzan con amor.
Otros comienzan con promesas.
El nuestro comenzó con un contrato.

01



Adrian Keaton

Las opciones se esparcían sobre la mesa de vidrio como cartas marcadas.

Fotos. Dossiers. Nombres que ni me molesté en memorizar.

Incluso después de ganar la última elección como diputado y sobrevivir a un escándalo público, el partido seguía fingiendo creer que necesitaba una esposa para llegar a la presidencia.

Patético.

Tomé las fotos y las miré con desinterés.

—Esta es demasiado joven. —Arrojé la foto a un lado. —Esta salió con dos diputados y un senador. Y esta…

Levanté otra imagen.

—…en serio, ¿qué clase de criatura es esta? ¿Vieron cómo miró al fotógrafo? Parece que va a apuñalarlo durante la sesión.

—Solo estás complicando las cosas, Adrian —dijo Estevam, el presidente del partido.

Levanté la mirada, lentamente.

—No estoy listo para un matrimonio. Y sabes muy bien el desastre que fue con Clarisse.

Él suspiró, impaciente.

—Sí. Lo sabemos. Está en prisión por una lista respetable de delitos y su hija terminó casándose con tu hermano. —Suspiró—. Necesitamos limpiar tu imagen. Enterrar ese cementerio de escándalos.

Apoyé la espalda en la silla.

—Qué pena.

—Necesitamos a la esposa perfecta —continuó—. El perfil ideal es simple: joven, de apariencia frágil, femenina y dulce. Que sonría a las cámaras y encante a los votantes y, de preferencia, fértil. Al público le encantan los bebés, Adrian. Necesitamos una familia.

Solté una risa corta.

—Claro. ¿Y debo enamorarme en cuántos días? ¿Tres? ¿Cinco? ¿O prefieren que vaya al supermercado a elegir una esposa en el estante de orgánicos?

—Adrian, necesitamos una esposa y hijos.

—No —mi voz bajó un tono—. No voy a tener hijos con cualquier mujer.

—Entonces olvida a los hijos por ahora. Pero la esposa es imprescindible.

Respiró hondo.

—Estamos considerando contratos.

Reí, seco.

—Comprar una esposa. Qué decadente.

—Alquilar, técnicamente. Hasta un año después de la elección. Cuando ya seas presidente.

—Te has vuelto loco.

—No. Tú estás ignorando los titulares. —Abrió la tableta—. "Incapaz de mantener una familia." "Emocionalmente inestable." "Débil." Incluso están cuestionando tu sexualidad.

Me levanté despacio.

—Estás empezando a irritarme.

—Te estoy mostrando hechos.

Me acerqué a la mesa y empujé algunas fotos con el dedo.

—Perfecto. Manden fabricar una. Ya que vamos a montar un producto, hagámoslo bien.

Respiró hondo, tomando la pluma.

—Empieza.

—Lo suficientemente inteligente para no aburrirme, pero lo bastante astuta como para saber cuándo callar. Lo bastante hermosa para silenciar a la prensa con una sonrisa. Y con personalidad solo hasta donde no desafíe la mía.

—Anotado.

Me incliné sobre la mesa, clavando los ojos en él.

—Y que esté buena. Realmente atractiva. No voy a compartir mi cama con cualquier mujer.

—Bien… atractiva.

—Cabello oscuro. Boca carnosa. De esas hechas para chupar, ¿sabes? Y una mirada que provoque. Quiero perder el enfoque solo con verla entrar en la habitación.

Se aclaró la garganta, incómodo.

—Estamos hablando de la futura primera dama.

Alcé una ceja, impasible.

—Estamos hablando de mi vida.

—De tu vida pública —corrigió, apretando la pluma entre los dedos—. Y está en caída libre. Necesitamos cambiar esa narrativa. Con urgencia.

Apoyé las manos sobre la mesa, inclinándome.

—Entonces encárgate de conseguirme una mujer que salve ambos lados. La imagen… y mis noches. Que tenga clase, pero que chupe como una zorra entre cuatro paredes.

—Sé que no quieres decir nada de esto, Adrian. Sé que estás irritado. Pretendo preservar tus necesidades en el contrato. Empezando por el hecho de que ustedes no necesitan, necesariamente, tener relaciones sexuales.

—Perfecto —ironicé—. Me casaré y me volveré monje.

—Es una esposa bajo contrato, no una mujer…

Solté una carcajada. Se quedó en silencio de inmediato.

—Perfecto. Entonces me casaré y frecuentaré burdeles para desahogarme. Excelente plan de gobierno.

—No es un matrimonio real, Adrian. Ambos pueden mantener su libertad… siempre que con discreción.

—¿Te estás escuchando? —Crucé los brazos, mirándolo como si fuera un completo imbécil—. ¿Quieres que suba al estrado con una muñeca de porcelana a mi lado y finja que todo está bien, mientras meto mi polla en cualquiera? No me voy a casar por contrato. Y está decidido.

Aflojó la corbata, ya impaciente.

—A menos que encuentres a alguien que me provoque lo suficiente como para hacerme olvidar la farsa —añadí, en voz baja.



Lily Hale

Volvía a Nueva York después de años viviendo en Suiza, donde me gradué en Química. Todo seguía exactamente como lo había planeado.

En pocos días, en mi cumpleaños número veintiuno, por fin podría usar el nombre que siempre me perteneció, pero que nunca me dejaron llevar.

Lily Anne Ashford.

El nombre que mis abuelos y mis padres decidieron que no debía usar cuando aún era niña, para protegerme de la exposición, del peso que representaba y, sobre todo, para proteger mi vida.

Era demasiado pequeña cuando mis padres fueron asesinados en una emboscada. Mi padre era un químico respetado, responsable de medicamentos que hoy salvan miles de vidas. Pero la codicia de hombres crueles me los arrebató antes de que pudiera aprender cómo era crecer siendo su hija.

Él era increíble y me prometí a mí misma que, algún día, encontraría a alguien como él para amar. Alguien que creara cosas únicas para mí.

Mi padre hacía maquillajes para mi madre como quien escribe cartas de amor. La empresa de cosméticos siempre fue su verdadera pasión, mucho más que la farmacéutica, que decía mantener porque salvar vidas era una obligación… pero amar, era un privilegio.

Yo también quería ese privilegio. Amar… y ser amada por alguien. Ser amada por alguien que no me viera solo como la única heredera del imperio Ashford.

—Bienvenida de nuevo, señorita Hale —dijo el mayordomo, que por casualidad reprendía al jardinero cuando el coche se detuvo frente a la casa.

—Muchas gracias —respondí, bajando del vehículo.

Todo estaba diferente a como lo recordaba.

Las rosas favoritas de mi madre habían desaparecido del jardín.

El árbol con el banco de madera, donde mis padres solían sentarse por la noche, tampoco estaba, y al entrar, la sensación empeoró.

Los muebles eran otros. El cuadro con la foto en la que yo estaba entre mis padres ya no existía.

—¿La señorita ha llegado? —preguntó la cocinera, secándose las manos en el delantal antes de abrazarme con cariño—. Dios mío, cuánto has crecido.

—También es bueno verte, Rosa. —Sonreí, débil—. Pero… ¿dónde está todo el mundo?

Me refería a mi tío y a mi prima.

Mi tío, actual CEO de las empresas. Mi prima, el nuevo rostro de la marca de cosméticos.

—Han viajado, pero deben volver en unas horas. ¿Quieres que te sirva algo?

—Ese pastel de naranja que tanto me gusta cuando lo preparas me vendría bien.

Ella sonrió.

—Lo hice esta mañana, sabiendo que llegarías.

—¿Entonces ellos también sabían que llegaría hoy?

Rosa frunció el ceño, visiblemente incómoda.

—Sí… lo sabían.

—¿Y se fueron?

—No te preocupes, el vuelo puede haberse retrasado, pero llegarán pronto.

—Subiré a ver mi habitación.

—Señorita… —dudó—. La señorita Camila cambió tus cosas de lugar. Está ocupando tu habitación. Dijo que era más grande… y

que tú no la estabas usando.

Respiré hondo.

—Ahora que he vuelto, pueden deshacer el cambio —respondí, manteniendo la voz calma.

—¿Ya llegaste imponiendo tus caprichos, Lily?

La voz de Camila hizo que me girara de inmediato. Estaba de pie en la puerta, impecable, hermosa, arrogante.

—Es mi habitación —respondí—. No estoy imponiendo nada a nadie.

Mi tío entró justo después, serio como siempre.

—¿Ya empezaron a discutir? —preguntó, sin siquiera mirarme bien.

—Lily está armando un problema por la habitación —dijo Camila, con tono infantil.

—Mi habitación —corregí.

—Lily, duerme donde están tus cosas. Luego veremos eso.

—¡Papá! —protestó Camila.

—Dejen de discutir tonterías —respondió él, impaciente, aún evitando mis ojos.

—¿Y el retrato mío y de mis padres que estaba ahí? —Señalé la pared vacía.

Él suspiró.

—Es difícil mirar el rostro de mi hermano todos los días. Mandé retirar todas las fotos.

Mi pecho ardió.

—¿Con qué derecho?

Esta vez, me miró con frialdad.

—Soy tu tutor legal. Cuido de esta casa y de tu patrimonio. No seas ingrata, Lily. Dejé mis propios negocios para administrar lo que es tuyo. Ahora sube —concluyó—. Debes de estar cansada.

02



Lily Hale

Recuerdo haberme acostado y simplemente haberme quedado dormida. Estaba demasiado cansada para seguir dándole vueltas a todo lo que estaba fuera de lugar en aquella casa. Cuando Rosa llamó a la puerta, avisando que la cena estaba lista, yo ya estaba preparada, de pie frente al espejo.

—Ya bajo, Rosa.

Observé mi reflejo unos segundos más antes de salir de la habitación. El aroma de la comida llegaba desde la planta baja, pero no despertaba ningún apetito.

Mi tío ya estaba en la mesa, Camila también.

Ella alzó la mirada lentamente cuando me acerqué, evaluando cada detalle de mi cuerpo.

—Vaya… de verdad sigues prefiriendo ese estilo de niña correcta —comentó, con una sonrisa ladeada—. En Nueva York las chicas ya parecen mujeres de verdad.

La ignoré y me senté.

Rosa apareció enseguida, sirviendo la cena con un cuidado exagerado. Mi tío cortaba la carne sin prestarme atención, ni un "¿cómo fue la universidad?" o "te hemos echado de menos?".

Solo silencio. Camila fue la primera en romperlo.

—Papá, el fotógrafo envió los avances de la nueva campaña.

Sacó el teléfono y deslizó la pantalla hasta encontrar las imágenes.

Giró el dispositivo hacia él.

—Mira esta.

En la foto, Camila aparecía envuelta en una luz dorada, con un vestido caro, el frasco del nuevo perfume entre los dedos.

—Esta será la principal —continuó, orgullosa—. El director dijo que nunca había visto una respuesta tan buena en las pruebas.

Richard Ashford observó la imagen con atención calculada.

—Excelente. La marca necesita un rostro fuerte. Alguien que transmita… exclusividad.

Sus ojos se deslizaron brevemente hacia mí.

Luego volvieron al plato.

—Y tú, Lily —dijo, con indiferencia—. Mañana temprano viajas a Boston.

Alcé la mirada, sorprendida.

—¿Boston?

—Un periodo de prácticas —explicó, limpiándose los labios con la servilleta—. En uno de nuestros laboratorios.

Camila frunció el ceño.

—¿Prácticas? Pero ella ya se graduó.

—Precisamente —respondió—. Necesita aprender cómo funciona el mundo real. Fuera de los libros.

—Yo no sabía nada de esto…

—Yo lo organicé todo —interrumpió—. Pasajes. Alojamiento. Carta de recomendación.

Levantó la copa de vino.

—Empiezas como cualquier otra empleada. Sin privilegios. Sin apellidos importantes. Sin trato especial.

Camila sonrió de lado.

—Será divertido verte usando una credencial —murmuró.

Ignoré su comentario infantil.

—¿Por qué de esta manera? —pregunté en voz baja.

Mi tío me miró con impaciencia.

—Porque aún no es momento de que nadie sepa quién eres.

El aire se volvió más pesado.

—La empresa está pasando por un momento delicado —continuó—. Inversores. La bolsa. La nueva campaña. No necesitamos distracciones.

Dejó los cubiertos con calma.

—Oficialmente, eres solo Lily Hale. Una joven química iniciando su carrera.

Camila inclinó la cabeza.

—Te queda perfecto.

Tragué la respuesta.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—Unos meses. Tal vez un año.

Un periodo de prácticas. Una forma elegante de apartarme.

—El coche sale a las seis de la mañana —concluyó—. Rosa ya preparó tus cosas.

Se levantó.

—Disfruta la noche.

Salió del comedor y Camila guardó el teléfono.

—Buena suerte, prima —dijo, con una sonrisa demasiado dulce—. Intenta no estropear nada allí.

Me quedé sentada unos segundos, mirando mi plato intacto.



Adrian Keaton

—Organicé para mañana una visita al laboratorio Ashford. El gobierno está financiando algunas investigaciones. Es bueno que empieces a interesarte.

—Perfecto —respondí, sin levantar la mirada, ya cansado de escuchar la agenda del día siguiente.

—Estate listo temprano.

—Perfecto —repetí, en el mismo tono vacío.

Estevam suspiró.

—Cambia esa expresión, Adrian. Es la vida que elegiste.

Alcé la mirada lentamente.

—No me estoy quejando de mis obligaciones. Solo estoy constatando un hecho: ya pasan de las once de la noche y estoy exhausto.

Me observó durante unos segundos, como si intentara decidir si aún era humano o solo un proyecto político exitoso.

—Te dejaré descansar.

—Hazlo —respondí, dando por terminada la conversación.

Me quedé solo en el despacho, rodeado de luz artificial, gráficos de aprobación y promesas que no escribí.

No dormía bien desde hacía meses.

Desde el arresto de mi exesposa.

Desde que tuve que duplicar mi carga de trabajo para asegurar la reelección.

Desde que mi vida personal se convirtió en un problema de relaciones públicas.

El matrimonio de Jonathan, mi único hermano, con mi ex hijastra fue el golpe final. Un escándalo conveniente para la prensa, un festín para mis enemigos políticos. Y, como siempre, la culpa cayó sobre mí.

Entrevistas. Comunicados oficiales. Justificaciones para un error que no consideré mío. Era agotador. Era una pesadilla disfrazada de sueño. El sueño de llegar a la presidencia de los Estados Unidos.

Sabía exactamente lo que debía hacerse: casarme.

Redirigir los titulares. Fabricar estabilidad. Subir en las encuestas. Convertir mi vida privada en una pieza de marketing.

Lo que no necesitaba era una mujer de verdad.

No quería compartir mi rutina.

No quería opiniones sobre mi mesa.

No quería emociones circulando por mi casa.

Mucho menos amor.

Los sentimientos vuelven a las personas lentas, débiles y predecibles.

Una esposa sería solo una función, un recurso temporal, una herramienta política. Nada más que eso.

Tendría un papel, un rostro adecuado a mi lado, una biografía lo bastante limpia como para no convertirse en munición

contra mí. Sería entrenada para sonreír en el ángulo correcto, inclinar la cabeza cuando yo hablara, tomar mi mano con afecto.

El partido la llamaría esposa, yo la llamaría inversión. Un elemento de campaña con fecha de caducidad.

Caminaría a mi lado sobre alfombras rojas, se sentaría a mi derecha en cenas estratégicas, aprendería a responder preguntas vacías sobre amor, rutina y felicidad doméstica.

La idea es no confundir nunca utilidad con afecto. Si fuera inteligente, entendería el acuerdo desde el principio: seguridad financiera, estatus, protección. A cambio, silencio, obediencia y una imagen impecable.

Nada de expectativas. Nada de intentar ocupar un lugar que no le pertenecía.

Cuando todo terminara, cuando yo estuviera elegido, consolidado, intocable, saldría de mi vida tal como entró.

Discreta y compensada.

Era simple y ya me había convencido de que no tenía otra alternativa.

03



Lily Hale

Me desperté temprano. Demasiado temprano para tener que despedirme de alguien.

El conductor me esperaba en la entrada. Guardó mis maletas sin hacer preguntas y me llevó al aeropuerto, donde el jet privado ya estaba listo para partir.

Me despedía de Nueva York una vez más.

Cerré los ojos e intenté dormir durante el corto trayecto hasta Boston, pero el cuerpo estaba demasiado cansado como para descansar de verdad.

Cuando aterrizamos, otro coche me esperaba en la pista. Un conductor sostenía un cartel discreto con el apellido de mi madre.

Entregué la maleta en silencio y subí al vehículo.

—Su apartamento está cerca del laboratorio, señorita —informó mientras encendía el motor—. La dejaré allí y después quedaré a su disposición.

—Después puede marcharse. Iré al laboratorio como los demás empleados.

Me miró por el retrovisor.

—¿A pie? Está realmente cerca.

—Entonces, iré a pie.

Esbozó una sonrisa educada.

—A la señorita le va a gustar Boston.

Miré por la ventana, los edificios de ladrillo, las calles estrechas, el cielo gris.

—¿Le importaría si vamos en silencio?

—Por supuesto que no. Usted manda, señorita.

Volví el rostro hacia el cristal.

Llevaba mucho tiempo aislada del mundo.

Sin amigos.

Sin fiestas

Sin nada que pudiera llamarse vida.

Solo pasillos blancos, vidrieras, fórmulas, noches largas y la etiqueta de joven prodigio que la universidad repetía siempre con admiración.

Aprendí a existir así. Sola. Sin nadie alrededor.

—Ya estamos cerca —avisó, rompiendo el silencio.

Asentí.

El coche redujo la velocidad frente a un edificio moderno, de vidrio y hormigón. Mi nuevo apartamento. Temporal. Como todo en mi vida.

Bajé, di las gracias en voz baja y tomé mi maleta.

—Para lo que necesite, estaré por aquí —dijo el conductor antes de marcharse.

Observé el coche desaparecer en la esquina. El viento frío rozó mi rostro. Subí, dejé la maleta en la habitación y no tardé; solo cambié los zapatos y bajé para ir al edificio del laboratorio.

La calle no estaba concurrida, pero el laboratorio quedaba a pocas manzanas, como había dicho el conductor. Empecé a caminar

y entonces llegó la sensación de estar siendo observada. Miré de reojo el reflejo en un escaparate.

Un hombre detenido al otro lado de la calle, con la gorra baja, y otro apoyado cerca de un coche oscuro.

Mi corazón tropezó dentro del pecho, pero seguí caminando. Más rápido. El sonido detrás de mí cambió; escuché pasos apresurados.

Entré en la primera calle lateral, luego en otra. El laboratorio ya se distinguía a lo lejos, el edificio alto con el logotipo plateado de Ashford brillando bajo el cielo gris.

Casi allí.

—Señorita…

La voz llegó baja, a mi espalda.

Giré el rostro por instinto. Un brazo intentó sujetarme; me solté y corrí. Las calles se volvieron demasiado estrechas. El sonido de la ciudad desapareció. Solo quedaron mis pasos, mi respiración y la sangre rugiendo en mis oídos.

Entré en un tramo de tierra junto a la carretera secundaria. Resbalé, tropecé, caí. El dolor subió por la pierna como fuego.

Antes de que pudiera gritar, alguien se acercó. Un hombre todo de negro, el rostro cubierto; solo pude ver sus ojos claros.

Se agachó deprisa.

—Señorita… huya.

Todo mi cuerpo temblaba.

—¿Qué…?

—Huya ahora. No vuelva —susurró—. Si vuelve, no la dejarán con vida.

—¿Quién quiere matarme? —pregunté, con la voz quebrada.

Tragó saliva.

—Señorita… solo escóndase.

Una voz resonó:

—¿La encontraste?

El hombre se levantó rápido.

—¡No! —gritó—. ¡No encontré a nadie!

Me lanzó una última mirada.

—Corre…

Otro hombre apareció y lo empujó con violencia.

—¡Hijo de puta! ¿Estás intentando ayudar a esa zorra?

El mundo volvió a moverse. Me levanté tambaleándome y corrí sin saber adónde iba hasta que un barranco apareció de repente y no pude detenerme.

El suelo desapareció y el aire cortó mi rostro.

Mi cuerpo golpeó varias veces antes de que mi cabeza encontrara algo duro.

Entonces todo se volvió blanco.

Luego, oscuro.

—Está muerta. —Oí una voz decir, distante, como si viniera de muy lejos—. Nadie sobrevive a una caída así.

¿Morí? Tal vez así llegaba la muerte.

Sin despedidas. Solo un silencio profundo, devorándome por dentro. Pero entonces lo vi, sostuve la mirada de aquellos ojos enormes y preocupados; parecía luchar contra sí mismo.

—Ayúdame —logré decir.





Adrian Keaton

Minutos antes…

—Vamos a revisar el tramo final otra vez —dijo Estevam, sentado a mi lado, con la tablet apoyada sobre la rodilla.

Suspiré, impaciente.

—Ya me sé ese discurso de memoria.

—Aun así. Esta parte es sensible.

Se aclaró la garganta y comenzó:

—«La familia es la base de toda nación fuerte…»

—No —interrumpí—. Demasiado genérico.

—Adrian…

—Cámbialo por "la estabilidad social comienza dentro de casa". Suena más técnico. Menos emocional.

Tecleó rápido.

—Bien. Y después entras en el punto sobre los valores tradicionales.

Incliné la cabeza hacia atrás.

—Los valores venden mejor cuando parecen naturales. No cuando suenan a sermón.

—Necesitas parecer… humano.

Lo miré de reojo.

—Soy humano.

Suspiré con fuerza antes de volver a hablar.

—¿Cómo están las encuestas?

—Subieron dos puntos después de la entrevista de ayer. Pero aún no es suficiente para neutralizar el escándalo de Jonathan y Clarisse.

Mi mandíbula se tensó.

—Eso ya debería haber muerto.

—Para el público, no. Todavía te asocian con el caos familiar.

—Problema de ellos.

—Problema tuyo —replicó—. Quieres la presidencia.

El coche redujo la velocidad de repente.

—¿Algún problema?

—Hay una mujer caída en la carretera.

—Detén el coche.

Estevam se giró hacia mí, alarmado.

— Adrian, no…

Ya era tarde. Abrí la puerta y bajé.

El aire frío cortó mi rostro mientras caminaba hacia el barranco. Dos hombres discutían cerca del borde de la carretera.

—Cayó desde ahí arriba…

—No debe haber sobrevivido…

Los ignoré y me acerqué al pequeño cuerpo tirado entre piedras y tierra húmeda. Cabello castaño manchado de sangre.

Se movió. Muy poco.

Me arrodillé a su lado; los ojos estaban entreabiertos. Perdidos. Temblorosos.

—Eh… —mi voz salió baja—. ¿Puedes oírme?

Respiraba con dificultad.

La sangre corría por el costado de su cabeza. Con esfuerzo, giró apenas el rostro hacia mí. Sus ojos encontraron los míos.

Estaba asustada.

—No… —murmuró, con la voz casi inexistente—. No llame… a la policía…

Fruncí el ceño.

—Necesitas mantener la calma.

Su mano tembló al intentar aferrarse a la manga de mi chaqueta.

Los dedos estaban helados.

—Por favor… —susurró—. Llame a una ambulancia… ayúdeme…

Por un segundo, no respondí.

No por crueldad, sino por cálculo.

Mujer desconocida. Posible delito. Escándalo potencial. Problema.

Entonces tosió sangre y algo dentro de mí, una falla irritante en el sistema, cedió.

—Mantente despierta —ordené, sacando el teléfono del bolsillo—. Mírame.

Parpadeó lentamente.

—¿Cómo te llamas?

Sus labios se movieron otra vez, pero no salió ningún sonido; los ojos perdieron el enfoque y el cuerpo se relajó.

—¡Eh! ¡Eh!

Toqué su cuello; el pulso era débil, pero estaba ahí. Llamé.

—Necesito una ambulancia ahora. Ubicación enviada. Mujer joven, caída grave, inconsciente.

Colgué.

Estevam se acercó, nervioso.

—Vamos a dejar a alguien aquí. Vámonos, Adrian.

—No —respondí, sin apartar la mirada de ella—. Vamos a esperar.

—Esto no tiene nada que ver contigo.

Me levanté despacio.

—Todo lo que ocurre a menos de diez metros de mí pasa a tenerlo.

Suspiró.

—La prensa puede llegar. La policía. Esto se convierte en titular. Tienes un discurso en cuarenta minutos.

—La ambulancia llegará en unos minutos.

—Adrian…

—No te pedí tu opinión —corté, frío—. Pedí tiempo.

Estevam se pasó la mano por el rostro, irritado.

—Sube al maldito coche. Vamos a dejar a un guardia aquí. Nos actualizará sobre la mujer.

Miré de nuevo el cuerpo tendido en el suelo y luego a uno de mis guardias de seguridad.

—Acompáñala hasta el hospital.

—¡No! —estalló Estevam, perdiendo por fin la paciencia—. ¡Qué carajo, Adrian! ¡Esa mujer es una desconocida! ¡Si relacionan esto con tu nombre, se va a armar un desastre monumental!

Giré el rostro lentamente.

—Baja el tono cuando hables conmigo.

Soltó una risa nerviosa.

Volví a mirar el cuerpo tendido en el suelo y luego a uno de mis guardias.

—Acompaña a la mujer. Quiero saber si está viva.

—Sí, señor.

—Ahora vámonos, Adrian —insistió Estevam, sujetándome del brazo.

04



Adrian Keaton

—¿Qué mierda fue eso, Keaton? —estalló Estevam en cuanto la puerta del coche se cerró.

Ajusté el nudo de la corbata, impasible.

—¿Querías que la dejara muriendo?

—¡Quería que pensaras! —replicó—. ¡Esto se convierte en titular en cinco minutos si alguien te reconoce!

—Entonces reza para que nadie lo haya hecho.

Se pasó la mano por el rostro.

—Espero que nadie nos haya visto.

—Había dos hombres allí —respondí—. A lo lejos. ¿No los viste?

—Sí. —Hizo un gesto vago—. Parecían borrachos.

Sonreí de lado.

—Relájate, Estevam. La omisión de socorro es un delito.

Me miró durante un segundo.

—¿Ahora te volviste jurista?

—Me volví alguien que no pretende terminar esposado en medio de una campaña presidencial.

Soltó una risa nerviosa.

—Siempre tienes una justificación elegante para todo, ¿no?

—No. —Miré por la ventana—. Solo tengo alergia a los titulares con la palabra cobarde.

El coche avanzó en silencio durante unos minutos. El laboratorio Ashford ocupaba tres manzanas enteras de hormigón, vidrio y acero. Tecnología de punta. Caminaba por los pasillos mientras el director explicaba cifras, ensayos clínicos. Patentes. Asociaciones gubernamentales.

Todo aburrido.

Estevam caminaba a mi lado, atento a los detalles que no implicaban ciencia. Cuando entramos en el ala administrativa, un panel digital exhibía la nueva campaña de la división de cosméticos.

El rostro de una joven apareció en tamaño casi real. Perfecta. Luminosa. Construida para vender deseos.

Estevam disminuyó el paso. Miró la pantalla y luego a mí.

—Es bonita.

—Es el rostro de la marca —respondí, indiferente.

—Y es exactamente el tipo de mujer que necesitas.

Suspiré.

—No empieces.

—Joven, elegante, familia poderosa, sin historial problemático público… —enumeró—. Apariencia frágil, sonrisa dulce, porte de princesa corporativa.

—¿Sabes quién es?

—Sí, es la hija del CEO.

Volví a mirar su imagen; se maquilla demasiado, no es agradable, transmite la imagen de una mujer frívola.

—Parece un anuncio ambulante.

—Parece una primera dama lista —corrigió.

—No pongas a prueba mi paciencia.

—Es tu supervivencia política, Adrian.

Entramos en el ascensor.

—Tiene todas las cualidades que tú mismo describiste —insistió—. Femenina, fotogénica, controlable, entrenada para lidiar con la prensa…

—Una vitrina con piernas.

No lo negó.

—Y eso vende.

Las puertas del ascensor se cerraron.

Mi móvil vibró en el bolsillo: el número del guardaespaldas.

Contesté sin dudar y activé el altavoz.

—Habla.

La voz llegó baja, profesional:

—Señor, la mujer del accidente llegó al hospital con vida.

Estevam levantó la cabeza de inmediato.

—¿La identificaron?

—Lily Anne Hale, señor. Era el único documento que llevaba.

—¿Cuál es su estado de salud?

—Grave, pero dijeron que va a sobrevivir. No encontraron ningún familiar. Ningún contacto. Nada.

Hubo una breve pausa.

—¿Qué hago con los gastos del hospital?

Antes de que respondiera, Estevam se adelantó:

—Yo me encargo de eso.

Lo miré.

—No te metas más en estas cosas, Adrian —añadió, firme.

Al otro lado de la línea, el guardaespaldas aguardaba.

—Está bien —respondí al fin.

—Entendido, señor.

La llamada se cortó y Estevam me observaba de reojo.

—Una desconocida sin familia, sin pasado y sin importancia política —dijo—. Camila Ashford con el apellido correcto y un imperio detrás.

Sonrió con ironía.

—¿Estás comparando a las dos ahora?

—¿Por si te vuelves loco? —dijo con un largo suspiro.

—La señorita Ashford es una buena elección, y evidente.

—No todo lo que es evidente es conveniente —murmuré.

Frunció el ceño.

—¿Qué dijiste?

—Nada.

Las puertas del ascensor se abrieron y salimos para hacer lo que teníamos que hacer sin volver al tema del matrimonio, que ya era un asunto que me irritaba.



Lily Hale

Una semana después…

Desperté con el cuerpo pesado; había un zumbido constante en los oídos, luz blanca, un olor extraño y algo apretándome el brazo.

Me tomó unos segundos entender que estaba viva y en un hospital. Intenté moverme, pero sentí un dolor insoportable en todo el cuerpo.

—Eh… tranquila —dijo una voz masculina.

Giré el rostro despacio.

Había un hombre elegante, traje caro, postura rígida. No era médico, y eso me asustó.

Mi corazón se aceleró.

—¿Dónde… dónde estoy?

Observó mi rostro durante unos segundos antes de responder.

—En un hospital. Sufriste un accidente grave.

Fingí confusión, amnesia; parecía más seguro olvidar lo ocurrido.

—Yo… no recuerdo nada.

Levantó ligeramente las cejas. No sorprendido, sino interesado.

—¿Nada en absoluto?

Negué con la cabeza.

—Ni mi nombre.

Mentira, pero una mentira necesaria.

Se acercó un poco más a la cama.

—Está bien. Pasaste por un trauma fuerte.

Su tono era demasiado calmado, lo que me intrigó; no confiaba en nadie, ¿y si él era uno de los hombres que intentaron matarme?

En ese momento, la puerta se abrió y un hombre grande, de traje oscuro, entró.

—Señor, logré localizar a su familia.

Mi estómago se contrajo; no, no quería que me encontraran, el hombre me dijo que huyera para no volver.

—¿Y? —preguntó el hombre a mi lado.

—La madre falleció hace años. Mujer común, clase media. No hay registros del padre. No tiene a nadie más. Encontré un título en química en Suiza.

Respiré aliviada; siempre era eso lo que la gente pensaba de mí, una huérfana desamparada, alumna brillante, becaria ejemplar. Eso debería haber cambiado con mi regreso de Suiza, pero yo seguía siendo la chica solitaria que no tiene a nadie mientras ocultaba, una vez más, quién era en realidad.

—¿Están… hablando de mí? —pregunté, en voz baja.

Ambos me miraron.

—Sí —respondió él—. Estamos hablando de usted.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué están haciendo aquí?

Mantuvo el tono neutro:

—Somos las personas que la encontraron muriendo en la carretera.

No, yo vi a otro hombre, ¿dónde está? Aún recordaba aquellos ojos azules mirándome con preocupación.

—De verdad… no recuerdo nada —murmuré.

Asintió lentamente.

—Nosotros pagamos su cuenta del hospital.

Me obligué a incorporarme un poco.

—Yo… encontraré la forma de devolverlo.

Soltó una breve sonrisa. Nada amable.

—Claro que lo hará. ¿Sabe cuánto cuesta este hospital?

Negué con la cabeza.

—Pasó una semana inconsciente aquí.

Mi mundo giró.

—¿Una semana?

—Sí. Y eso costó una pequeña fortuna.

Tragué saliva.

—Yo… solo necesito mi bolso y…

El otro hombre, el que entró después, interrumpió:

—La encontraron sin nada. Si tenía dinero, fue robado.

Era perfecto.

Mi apartamento, mi maleta, todo inaccesible.

No podía volver, no todavía. Respiré hondo y entonces me arriesgué.

—Entonces… puedo trabajar para usted.

Inclinó la cabeza, evaluando.

—¿Trabajar para mí?

—Sí. Hasta pagar la deuda.

El plan parecía perfecto, considerando que no tenía adónde ir.

—¿Y qué sabe hacer?

Tragué el dolor en el cuerpo.

—Soy buena con cálculos. Lógica. Organización… análisis de datos.

Me estudiaba como si yo fuera un gráfico interesante.

—¿Entiende de política?

Odio la política, cómo la odio, un grupo de mentirosos corriendo tras votos.

—La política es estadística disfrazada de ideología —respondí —. Probabilidad, comportamiento colectivo y reacción a estímulos.

No es muy diferente de la lógica, los cálculos, las fórmulas.

Entrecerró los ojos.

—Explique.

—En química, cambias una variable mínima y observas una reacción en cadena. En política, cambias una palabra en un discurso… y controlas millones de decisiones. En ambos casos, quien domina las fórmulas nunca aparece como culpable. Solo como un genio.

Guardó silencio y luego sonrió.

—Contratada.

Mi corazón casi se detuvo.

—Será mi asistente. Estamos entrando en la fase más agresiva de la campaña electoral. Va a trabajar mucho.

Se acercó un paso.

Asentí.

—Está bien. Trabajo.

—¿Dónde vive?

Me encogí de hombros.

—No lo recuerdo.

Suspiró, satisfecho.

—Perfecto. También pondré el alquiler de un apartamento en su cuenta.

Mi deuda crecía. Mi protección también.

Se giró para salir.

—Descanse. En cuanto le den el alta, comenzará su nueva vida, señorita…

Hizo una pausa y me sonrió.

—Lily, ese es su nombre, por si no lo recuerda.

—Señor, deberíamos avisar a los médicos que despertó.

—Claro, informaremos que despertó y que está bastante lúcida para alguien que casi se rompe la cabeza, bueno… —Se volvió de nuevo hacia mí antes de salir de la habitación.— Solo parece confundida. Hasta luego, señorita Lily.

05



Adrian Keaton

Eran las cinco y cuarenta y dos de la mañana.

Apenas había dormido.

Afuera, la ciudad respiraba como un animal adormecido, contenida, suspendida. Ningún ruido más allá del aire acondicionado.

Mi mente no se detenía.

Nunca se detenía.

Era agotador no dormir lo suficiente y, aun así, tener que exhibir la piel impecable y la expresión serena de alguien equilibrado, descansado, inquebrantable.

Las personas estresadas no ganan elecciones. Los hombres que muestran cualquier fisura tampoco.

A veces reconocía que Jonathan tenía razón. Ser amable todo el tiempo era un fastidio.

Era el hombre más gruñón y malhumorado que conocía, pero no necesitaba sonreír mientras destruía vidas con sentencias judiciales. Envidiaba eso de su trabajo: no tener que agradar. No tener que parecer humano.

En ese momento, por ejemplo, me levantaba de la cama en modo automático, ya calculando la temperatura exacta de la ducha, los minutos que podía gastar, las frases que repetiría a lo largo del día, los gestos entrenados. Todo para parecer la persona adecuada para gobernar un país entero.

No el hombre real. La versión necesaria.

La ducha terminó en exactamente siete minutos. Tiempo suficiente para despertar el cuerpo, anestesiar cualquier pensamiento inconveniente y restaurar la postura que el mundo esperaba de mí.

Me vestí con el uniforme invisible de los hombres que nunca fallan: traje oscuro, camisa blanca impecable, gemelos discretos, reloj suizo que costaba más que la casa de mucha gente.

En la cocina, el café ya estaba listo.

Negro. Fuerte. Amargo.

Tomé la tablet y empecé a recorrer los informes mientras daba el primer sorbo.

Índices de aprobación.

Oscilaciones en tres estados clave.

Un editorial llamándome "demasiado frío para inspirar".

Lo ignoré por el momento.

A las seis y cuarenta, el coche oficial ya me esperaba en el garaje subterráneo. Estevam me aguardaba dentro, impecable como siempre, con dos carpetas físicas y una tablet.

—Buenos días.

—Ya pasó el momento en que el día podía considerarse bueno —respondí, seco.

El coche empezó a moverse.

—Por Dios, qué mal humor infernal, ¿no dormiste? —preguntó.

—Dormí lo suficiente.

—Necesitas urgentemente liberar toda esa tensión; a veces una fiesta ayuda.

—¿Fiesta? ¿En tiempo de elecciones? Evitemos ver mi cara en los periódicos como la de un diputado frívolo.

—Tienes razón. Vamos, tienes una entrevista con la cadena nacional en cuarenta minutos. Van a insistir con el tema familiar.

—Van a insistir en todo lo que sangra.

—Y vas a sonreír.

—Mostraré los dientes. Es diferente.

El tráfico aún era ligero; la ciudad empezaba a despertar. Personas yendo a trabajos pequeños. Vidas pequeñas. Ambiciones pequeñas. Las observaba como quien mira un mapa: números en movimiento.

—El comité jurídico pidió que evites improvisaciones —continuó Estevam—. Cualquier frase fuera del guion no es bienvenida.

—La improvisación es para artistas, yo soy un político, carismático.

Cerró la boca.

—¿Y esa chica? —pregunté, sin mirarlo.

Estevam alzó la vista de la tablet.

—¿La del accidente?

—Sí.

—Despertó. Está estable.

—¿Algo más?

—No.

El asunto murió, como debía. El coche se detuvo en la emisora y bajamos.



Lily Hale

Yo estaba en el apartamento cedido por aquel hombre.

No habíamos tenido mucho contacto después de la visita al hospital. Solo el guardaespaldas apareció horas más tarde y me trajo hasta allí. El apartamento olía a nuevo.

El mismo guardaespaldas ahora entraba y salía del salón, dejando bolsas sobre el sofá: ropa formal, cajas de zapatos, un abrigo aún con la etiqueta. Después volvió con otras, esta vez con comida.

Observé todo en silencio durante unos segundos antes de preguntar:

—¿En qué tipo de campaña está trabajando?

El hombre ni siquiera levantó la cabeza al responder:

—Presidencial.

Parpadeé.

—¿Cómo?

Finalmente me miró, divertido por mi reacción.

—Presidencial.

Mi corazón dio un salto incómodo.

—Guau… —se me escapó, genuinamente sorprendida.

Sonrió de lado.

—Impresionante, ¿no?

—¿Quién es el candidato?

Dejó las últimas bolsas sobre la mesa, sacó el móvil del bolsillo y desbloqueó la pantalla con naturalidad.

Giró el aparato hacia mí. La imagen ocupaba casi todo.

Un hombre de traje oscuro. Mirada fría. Mandíbula rígida.

Abajo, el nombre**: Diputado Adrian Keaton.**

Era él.

El hombre de la carretera.

El hombre que me miró mientras yo sangraba.

—Él… —mi voz falló—. Él es el hombre que…

No terminé.

El guardaespaldas arqueó una ceja.

—¿Que te encontró?

Asentí despacio.

—Sí, es él mismo.

—Diputado Adrian Keaton. Candidato a la presidencia.

Me quedé fija en la pantalla del móvil. En su rostro.

En la misma mirada que me observó mientras yo sangraba al borde de la carretera.

El hombre rió en voz baja, al notar mi silencio prolongado.

—Va a ser tu jefe… así que tal vez no sea buena idea mirarlo tanto.

Parpadeé, incómoda, y aparté la vista demasiado rápido.

—Lo siento. Yo solo…

Tragué saliva.

¿Cómo explicar que aquel hombre no era solo un político poderoso? Que era lo último que había visto antes de creer que estaba muriendo.

—Se ve… diferente en persona —murmuré.

El guardaespaldas se encogió de hombros.

—Siempre parece diferente de cerca.

Recogió algunas bolsas vacías.

—Descansa hoy. Mañana temprano vuelvo para llevarte al comité.

Asentí.

Cuando se fue, caminé hasta el sofá, me senté despacio y miré mis propias manos temblando.

¿Cómo había terminado en medio de la campaña de un candidato a la presidencia?

No lo sabía.

Pero, por ahora, aquel parecía ser el lugar más seguro para esconderme… hasta que pudiera recuperar todo lo que era mío.

Hasta que pudiera volver a vivir la vida que me fue arrebatada.

La vida a la que tenía derecho.

06



Lilly Hale

El coche se detuvo frente a un edificio moderno de vidrio y acero, el comité regional de campaña, donde sería mi escondite.

El guardaespaldas abrió la puerta.

—Llegamos.

Asentí.

El vestíbulo era amplio, caóticamente silencioso. Personas caminaban deprisa con tablets en las manos, teléfonos pegados al oído. Nadie observaba a nadie. Todos observaban exclusivamente las pantallas.

Mapas electorales ocupaban pantallas gigantes en las paredes.

—No te distraigas. Sígueme —ordenó el guardaespaldas, entrando en el ascensor.

—Sí… claro. No estoy distraída —respondí, apresurando el paso para alcanzarlo.

Subimos en silencio.

Cuando las puertas se abrieron, tuve la sensación de atravesar un portal.

Otro mundo. Uno hecho de estrategias, influencia y decisiones que nunca aparecían por completo en los periódicos.

No estaba acostumbrada a ese universo y no sabía si algún día lo estaría.

—¿Ya llegaste? —preguntó Estevam, consultando su reloj de pulsera con impaciencia—. Ven.

Entró en una sala acristalada y cerró la puerta detrás de nosotros.

Empezó a mover papeles sobre la mesa, alternando entre documentos, la tablet y el reloj, como si siempre estuviera retrasado para algo que nunca terminaba.

Entonces se detuvo.

Me miró.

—Nuestro futuro presidente es diputado —dijo, seco—. Y yo… —se señaló a sí mismo— soy el presidente del partido.

Hizo una mueca.

—Pero vivo corriendo detrás de él como si fuera su asistente personal. Adrian Keaton es brillante… y absurdamente terco.

Hice un pequeño gesto con la cabeza, demostrando que estaba escuchando.

—Quiero que me ayudes a organizar todo: agendas, compromisos, reuniones de campaña y obligaciones oficiales del cargo.

—De acuerdo. Solo dime qué hay que hacer.

Se acercó un poco más.

—Vas a seguir a ese hombre —dijo, refiriéndose a Adrian, a quien aún no veía desde allí—. Cada paso que dé, lo registras. Cada compromiso, lo confirmas. Cada retraso, lo evitas.

Respiré hondo.

—Asegurar que cumpla con todo.

—Exactamente.

Hubo un breve silencio.

—¿Puedes hacerlo?

Levanté la barbilla.

—Puedo.

Asintió, satisfecho.

—Perfecto. Toma estos documentos y sígueme. Vamos a ver al diputado.

Obedecí.

Recogí la carpeta gruesa sobre la mesa, demasiado pesada para contener solo papeles, y lo seguí por el pasillo acristalado.

Respiré hondo una última vez antes de cruzar la puerta detrás de Estevam. Entramos en el coche poco después y, durante todo el trayecto, él permaneció al teléfono, una llamada tras otra. No parecía respirar entre una y otra.

Observé en silencio, sentada en el asiento trasero, intentando no llamar la atención.

Ese hombre no vivía y, definitivamente, necesitaba una asistente.

Entramos por una calle con casas lujosas y nos detuvimos frente a una de ellas. El portón se abrió lentamente, revelando una fachada de vidrio y hormigón rodeada de jardines perfectamente podados. Había muchos guardias de seguridad; parecía una fortaleza moderna.

Bajé cuando el conductor abrió la puerta.

La casa era grande, elegante, pero no más que la mía. Seguí a Estevam hacia el interior, observando los detalles: el mármol claro, las obras de arte repartidas por el espacio.

Cuando Adrian me vio en la sala, se detuvo, literalmente. El cuerpo quedó inmóvil por un segundo, los ojos se estrecharon, fijos en mí, como si intentara encajar un recuerdo mal resuelto en la

realidad. Yo fingí no notarlo, apreté la carpeta contra el pecho y no dije nada.

Adrian parpadeó un par de veces y entonces se recompuso.

—Estevam —llamó—. ¿Puedes acompañarme al despacho?

El secretario frunció el ceño, pero asintió.

Siguieron por el pasillo lateral, entraron en la sala y la puerta se cerró detrás de ellos.



Adrian Keaton

Cerré la puerta detrás de nosotros.

—¿Qué es eso en la sala?

Estevam sacó la tablet del bolsillo, indiferente.

—Mi asistente, que ahora es tu nueva asistente.

Levanté la mirada, duro.

—¿Cuál es el problema?

—¿Qué locura es esta, Estevam? Esa chica es la misma del…

—¿De la carretera? —completó, demasiado tranquilo—. Sí.

Me pasé la mano por el rostro.

—¿Te volviste loco?

—Vaya… ¿la recordaste? —arqueó una ceja—. Pensé que ya habías olvidado su rostro.

—La recuerdo.

Mi voz salió baja.

—¿Y qué está haciendo aquí?

—La cuenta del hospital fue cara. Se ofreció a trabajar para pagarla. Acepté. —Se encogió de hombros—. Necesito una ayudante mucho más que el dinero, sinceramente.

Se volvió hacia la mesa.

—En fin, tenemos mucho que hacer hoy.

—Espera.

Le sujeté el hombro.

Se giró.

—¿Quién es ella?

Estevam suspiró, impaciente.

—Lily Hale. Huérfana desde pequeña. Clase media. Sin familia conocida, licenciada en química. Y ahora… aparentemente desmemoriada.

—Desmemoriada… —repetí, incrédulo—. Qué mierda.

—Adrian. —Cruzó los brazos—. No es una psicópata ni una asesina en serie. —Hizo un gesto vago—. Piensa. Ni siquiera sabe a dónde volver. No tiene a dónde ir.

Bajó la voz:

—Estamos ayudando.

Dio un paso hacia la puerta.

—Deja de hacer preguntas. O llegaremos tarde.

Volvimos a la sala y Lily seguía donde la habíamos dejado. De pie. Inmóvil, sosteniendo la carpeta contra el cuerpo.

—Vamos —dijo Estevam, práctico—. Llegamos tarde.

Asintió de inmediato.

—Sí, señor.

La voz era baja. Educada. Medida.

Empezó a caminar detrás de nosotros. Yo seguí al frente, pero sabía exactamente dónde estaba sin necesidad de mirar; aun así, miré de reojo. Lo bastante rápido como para no parecer interesado. Lo suficientemente lento como para observar.

La piel era demasiado clara para alguien que hubiera crecido en el descuido. Demasiado lisa para una vida común. No había marcas de sol, de trabajo duro, de negligencia.

El rostro era delicado, pero no frágil. Rasgos simétricos. Mandíbula suave. Ojos demasiado atentos para alguien que afirmaba no recordar su propio pasado.

Y la sonrisa… impecable, educada, controlada.

Pero fue la postura lo que me hizo reducir el paso sin darme cuenta.

Caminaba erguida, con los hombros en su sitio y la cabeza levantada en la medida justa.

No era la postura de una persona cualquiera, ni de una chica perdida. Era la postura de alguien que aprendió, desde temprano, a ocupar espacios caros.

No miraba nada con curiosidad ni fascinación, como si no fuera algo nuevo.

—El coche está esperando —dijo el guardaespaldas, abriendo la puerta.

Agradeció con un leve gesto de cabeza y entró primero, sin dudar, sin la mirada típica de quien entra por primera vez en un mundo de poder y no sabe cómo reaccionar.

Estevam entró justo después. Yo me quedé al final y, antes de cerrar la puerta, la observé una vez más.

Mantuvo la mirada en la ventana, conservando la postura perfecta.

07



Lily Hale

Era increíblemente atractivo. De un modo casi ofensivo para la lógica.

Sus ojos azules eran aún más hipnotizantes de lo que recordaba, fríos, atentos, calmados.

Bajé la mirada de forma discreta, buscando un anillo en su mano izquierda. Los políticos suelen formar familias pronto. Esposas impecables, hijos sonrientes, portadas de revista.

Pero no había nada allí.

—Estoy divorciado —dijo.

Me ruboricé al instante.

—¿Cómo?

—El anillo que estás buscando ya no existe. Estoy divorciado. Y no tengo hijos.

Tragué saliva.

—Un perfil… algo contradictorio —se me escapó, antes de que el sentido común pudiera detenerme.

Levantó ligeramente una ceja.

—En efecto. Pero Estevam está empeñado en resolver ese "problema". —Hizo comillas con los dedos.

Preferí no preguntar cómo.

—¿Y tú? —devolvió, mirándome con atención clínica.

—Yo… ¿qué?

—¿De verdad no recuerdas nada?

—No.

—¿Y estás bien con simplemente seguir adelante? ¿Crear una nueva vida? ¿No volver a casa… ni a personas que puedan estar esperándote?

Respiré hondo.

—No se puede sentir ese tipo de culpa cuando no recuerdas. Tal vez usted no lo entienda.

—No lo entiendo —respondió, inclinándose hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Explícate.

—Estoy siendo atendida por un médico. Dijo que es común después de un golpe fuerte en la cabeza. Los recuerdos pueden volver… o no.

No pareció satisfecho.

—Eso no fue lo que pregunté. Quiero saber si el hecho de que existan personas esperándote no te inquieta.

—Si alguien me estuviera buscando, creo que ya habría aparecido en algún sitio. Páginas web. Periódicos. Redes sociales. Hoy en día es fácil encontrar a alguien.

—Entonces no te preocupa.

—No fue eso lo que dije. Solo creo que… tal vez no haya nadie.

Me observó durante unos segundos.

—¿Y eso no te deja curiosa?

—No, solo quiero mantenerme viva —respondí con honestidad—. Y, en este momento, eso es lo más importante. Si hay alguien esperándome, querrá encontrarme bien. Entera.

Hubo un breve silencio.

—Tengo que estar de acuerdo contigo —dijo por fin.

Pero su mirada decía otra cosa.

—Quiero agradecerle por haberme ayudado —dije en voz baja.

Ni siquiera cambió la expresión.

—Me habría detenido incluso por un animal. No necesitas sentirte tan agradecida.

Tragué el comentario seco.

—Aun así… lo estoy. Hasta los animales lo están.

Me recompuse y bajé la vista hacia la tablet.

—Tenemos diez minutos —informé.

Estevam, más apartado, asintió.

Adrian me observó de reojo.

—Aprendiste rápido el trabajo.

—Sí. Aprendo todo con facilidad.

—De ese detalle sí te acuerdas —comentó, con una media sonrisa burlona.

Levanté la mirada.

—¿No cree en mi falta de memoria, diputado?

—No sé si estaría tan tranquilo si no recordara nada.

—Tal vez usted nunca haya tenido algo que deseara olvidar.

Apreté la tablet con más fuerza.

—Ese puede ser mi caso.

—Hemos llegado, esté listo para bajar, Adrian —dijo Estevam.

Me miró una última vez antes de bajar del coche.



La sala de reuniones en el último piso tenía paredes de vidrio, una mesa larga de madera oscura y demasiados hombres acostumbrados a ser obedecidos.

Inversores.

Tiburones en trajes caros.

Adrian estaba en la cabecera, postura impecable, expresión neutra. Yo me senté dos lugares detrás, con la tablet apoyada sobre las rodillas, invisible como correspondía.

La presentación comenzó.

Números. Proyecciones. Beneficios fiscales. Alianzas con la industria farmacéutica.

Hasta que uno de ellos, canoso y con una sonrisa demasiado afilada, se inclinó hacia delante.

—Diputado Keaton, su propuesta es interesante… pero políticamente inestable. Si usted pierde la nominación del partido, nuestra inversión se convierte en humo.

Otro hombre aprovechó:

—Y también está el riesgo de la opinión pública. Usted aún carga con el escándalo del divorcio. La imagen familiar pesa mucho en este sector.

Adrian mantuvo el rostro impasible, pero vi la tensión discreta en su mandíbula.

Abrió la boca para responder.

Otro inversor lo interrumpió:

—Sin una figura femenina fuerte a su lado, el mercado conservador no se siente seguro.

—Con todo respeto…

Todas las miradas se volvieron hacia mí.

—La inestabilidad política es cíclica —continué, con calma—. Pero los contratos farmacéuticos a largo plazo no lo son. El riesgo real para ustedes no es quién ocupará el cargo… sino quién controlará las patentes en los próximos diez años.

El hombre canoso frunció el ceño.

—¿Y quién controlará?

—Quien financie ahora —respondí—. Porque, independientemente del resultado electoral, los acuerdos de investigación ya están blindados jurídicamente. El señor Keaton solo acelera algo que ya es inevitable.

Uno de los inversores se aclaró la garganta.

—Tiene razón.

Otro asintió.

—Un análisis frío… me gusta.

Adrian giró el rostro lentamente para mirarme.

—Pero sigo considerando la propuesta inestable —añadió otro.

—La propuesta no es inestable —dije, incluso antes de darme cuenta de que estaba interviniendo otra vez.

—Al mercado no le gustan las sorpresas. El discurso agrada a los votantes, pero asusta a los inversores —replicó otro.

—La propuesta es progresiva —continué, con calma—. Lo que asusta al mercado no es el cambio. Es la falta de control sobre él.

Toqué la pantalla de la tablet y me levanté, caminando hasta el monitor.

—El diputado no está prometiendo una ruptura inmediata. Está proponiendo una transición en tres fases. La primera reduce los impuestos corporativos estratégicos, lo que protege su capital. La

segunda reorganiza los incentivos fiscales. La tercera… solo ocurre si el crecimiento se sostiene.

Uno de los hombres frunció el ceño.

—Eso no estaba en el material.

—Estaba implícito —respondí—. Pero los inversores prefieren cuando alguien dibuja la ruta.

Entonces el mismo hombre sonrió.

—Interesante.

Otro rió en voz baja.

—Muy interesante.

El primero miró a Adrian.

—¿De dónde sacó a la chica?

Adrian tardó medio segundo más de lo normal en responder.

—Es mi asistente.

—Asistente… —repitió el inversor, mirándome de arriba abajo.

Otro hombre bromeó:

—Bonita, inteligente… eficiente.

Sonrió de lado.

—¿Su nueva Clarisse, diputado?

Algunos rieron, pero Adrian no.

Yo me congelé por dentro.

Lanzó una mirada insatisfecha hacia un lado.

—Volvamos a los números.

Su mandíbula se tensó, el músculo discreto en el lateral del rostro se marcó.

Unas horas después, la reunión terminó con apretones de manos satisfechos y promesas de inversión.

Victoria política, pero Adrian no parecía satisfecho. En cuanto la puerta del ascensor se cerró detrás de nosotros, se giró hacia mí con furia.

—No te metas en las reuniones. Siéntate, toma notas y guarda silencio.

Mi estómago se hundió.

—Perdón, diputado… solo quise ayudar.

—No quieras nada que se salga de tus obligaciones.

—Se quedó sin respuesta —me atreví, con cautela—. Yo solo…

—Yo no me quedo sin respuesta —me interrumpió—. Yo elijo cuándo hablar.

—Lo siento.

—Espero que no vuelva a repetirse.

—No volverá a repetirse, señor.

Las puertas se abrieron y él salió primero, sin mirar atrás. Yo me quedé allí un instante. Respirando hondo, con la tablet firme entre las manos.

08



Adrian Keaton

Cerré la puerta del despacho con demasiada fuerza.

El vidrio vibró y Estevam alzó la vista de la tablet, ya expectante.

—¿Y ahora qué?

—No pongas esa cara —gruñí—. Lo oíste.

—¿Oí qué? ¿A un grupo de inversores idiotas bromeando?

—Compararon a esa chica con Clarisse.

Estevam suspiró.

—Adrian…

—No. —Caminé hasta su mesa—. No uses ese tono conmigo.

Me pasé la mano por el rostro, con la mandíbula rígida.

—Clarisse casi destruye mi carrera. Me convirtió en un chiste nacional. En titular criminal. En marido ciego. En cómplice por asociación.

—Lily no es Clarisse.

—Lo sé. —Golpeé la mesa con la mano.

Frunció el ceño y respiré hondo.

—Hoy, en esa sala, vi las mismas miradas. La misma lectura equivocada. La misma construcción automática.

—Solo estaban bromeando.

—Estaban plantando una narrativa.

Señalé hacia el pasillo, por donde Lily había pasado minutos antes.

—Esa chica no puede convertirse en un personaje público.

—Es tu asistente.

—Exacto. Invisible. Funcional. Reemplazable.

Estevam entrecerró los ojos.

—Tienes miedo.

Solté una risa seca.

—Estoy enfadado.

Me acerqué a él.

—Ella no entra en mi historia —continué—. No entra en la campaña. No entra en la imagen. No entra en la maldita comparación con la mujer que casi me hunde.

—Entonces controla mejor el entorno —respondió—. Porque no es tonta. Y hoy quedó claro.

Me di la vuelta.

—La inteligencia sin un lugar definido es inestable.

—O valiosa.

—Peligrosa.

Tomé el saco.

—Mantén a Lily lejos de la prensa. Lejos de reuniones grandes. Lejos de cualquier narrativa.

—Trabaja para ti.

—Trabaja **por tu culpa** —grité, furioso.

Estevam no se movió.

Solo me observó con esa calma irritante de quien ya ha calculado todas las variables.

—Admito que sería perfecta para el puesto —dijo, con naturalidad—. Incluso contra mi propia voluntad.

—¿Qué puesto, carajo?

Inclinó ligeramente la cabeza.

—El de tu esposa.

El aire pareció escasear.

—Es delicada. Tiene porte refinado. Es inteligente. Y se ganó la simpatía de todos en esa sala en menos de una hora.

—No —gruñí.

—Es perfecta, Adrian. Podemos desarrollar la idea.

—¡No! —esta vez fue un grito.

Suspiró, como si yo fuera un niño difícil.

—Odio estar de acuerdo conmigo mismo, pero piensa con lógica. Sin pasado relevante. Sin familia influyente. Bonita. Discreta. Moldeable.

Dio un paso hacia mí.

—¿La has mirado bien?

Apreté los puños.

—Encaja exactamente con todo lo que describiste cuando hablamos de la esposa ideal. Creo que encontramos lo que buscábamos.

—Ya dije que no.

—Cuando decidiste casarte con Clarisse, yo dije que no. Y te casaste.

Su nombre me provocó náuseas.

—Ahora es tu turno de escucharme.

Se acercó aún más.

—A cambio de la presidencia de los Estados Unidos.

—Estás elevando demasiado a esa chica.

—Entonces pongámosla a prueba.

—¿A prueba?

Tomó el móvil.

—Sí.

Marcó.

—Buenos días. Quiero fotógrafos en la residencia del diputado Keaton hoy mismo. Ropa de alta gama. Un maquillador. Un stylist.

Me acerqué.

—¿Qué estás haciendo?

Colgó.

Me miró directamente.

—Creando a tu futura primera dama.

Mi sangre hirvió.

—Te volviste loco.

Sonrió levemente.

—Cálmate, mi futuro presidente.

Arregló mi saco.

—Y haz exactamente lo que te diga… —hizo una pausa—, si quieres vivir en la Casa Blanca.





Lily Hale

Yo aún estaba en la casa del diputado, organizando algunos documentos en la sala lateral cuando oí demasiados pasos en el pasillo. Muchas voces. Ruedas de maletas. Perchas chocando.

Antes de que pudiera reaccionar, la puerta se abrió.

—Señorita Hale —dijo un hombre de traje—. Por aquí, por favor.

Detrás de él, un pequeño ejército: dos mujeres, un maquillador, un peluquero y una estilista.

—¿Qué está pasando? —pregunté, confundida.

Nadie respondió.

Me condujeron hasta uno de los dormitorios de invitados, amplio como una suite de lujo.

—Quítese el abrigo.

—Siéntese.

—No se mueva.

Manos me tocaron y no discutí.

Tal vez porque mi vida se había convertido en una sucesión de acontecimientos mucho peores que eso.

Horas después, o minutos, perdí la noción, me vi frente a un espejo, con un vestido claro y una caída perfecta. El cabello recogido de forma suave. Maquillaje discreto.

La puerta se abrió y Estevam entró, evaluando cada detalle como un general frente a un mapa de guerra.

Una sonrisa satisfecha apareció enseguida.

—Perfecta. Exactamente como imaginé que quedaría.

—¿Perfecta para qué?

—Necesitamos que te tomes algunas fotos con el diputado.

—¿Fotos? —Mi corazón se aceleró—. ¿Para dónde van esas fotos? No quiero aparecer, no quiero…

Ya caminaba hacia mí.

—Esto no está en discusión.

Sujetó mi brazo con firmeza educada.

—¡Espera, yo no acepté nada!

Me arrastraba por el pasillo como si no me oyera. Entramos en la sala principal.

Adrian estaba de espaldas, mirando por la ventana, y entonces Estevam carraspeó. Adrian se giró y su mirada recorrió todo mi cuerpo sin disimulo. De arriba abajo. Se detuvo un segundo demasiado largo en mi rostro y se aclaró la garganta.

—Lo dije —comentó Estevam, satisfecho—, es perfecta para el puesto.

—¿Puesto? ¿Qué puesto? —pregunté, desconcertada.

Estevam me colocó junto a Adrian con las manos en mis hombros.

—Fotógrafos, ahora.

Los flashes comenzaron.

La tablet de Estevam recibía las fotos en tiempo real.

—Maravilloso —murmuró—. Ahora salgan todos.

La sala se vació en segundos.

Me quedé allí, de pie, con el corazón desbocado.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —pregunté.

—Siéntese, señorita Hale —dijo Estevam, señalando una silla.

Adrian murmuró algo, insatisfecho.

Me senté lentamente.

—¿Qué? ¿Qué fue?

Arrastró la tablet hacia mí.

En la pantalla, las fotos. Nosotros dos, lado a lado y perfectos.

—Quedan impecables juntos —dijo—. Pareces una dama de la alta sociedad. ¿De dónde sale todo eso?

—No lo sé… —respondí, aturdida.

Estevam sonrió, satisfecho.

—Tu lógica es excelente. Tu percepción también. Me gustó tu actuación hoy en la reunión. Entendiste lo que se proponía… y lo explicaste mejor de lo que él lo habría hecho.

Miró a Adrian.

—Eres perfecta para lo que necesitamos.

—¿Y qué es lo que necesitan?

Respiró hondo.

—Una esposa perfecta para el futuro presidente.

—¿Eh?!

Me atraganté.

—¿¡Esposa?!

—Sería un contrato —comenzó Adrian, tomando una botella de whisky y sirviéndose un vaso—. Un matrimonio sin amor. Un acuerdo.

—No puedo aceptar.

—Estamos hablando de mucho dinero, señorita Hale.

—No puedo. No quiero ser primera dama.

—Es solo poco más de un año —insistió Estevam—. Él gana, ustedes permanecen casados seis meses más después…

—No.

—Perfecto —murmuró Adrian, casi aliviado—. No quiere.

Pero Estevam no desistió.

—Piénsalo bien. Serás la mujer más respetada del país. Tendrás todo: coches blindados, seguridad, bolsos de lujo, zapatos exclusivos… joyas, si quieres. Serás intocable.

La palabra intocable captó mi atención.

Protegida. Segura. Nadie se atrevería a tocar a la esposa del presidente. Podría ganar tiempo y descubrir quién intentó matarme y seguir con vida.

—Yo… no lo sé.

—Qué ridículo —murmuró Adrian—. Esto es tan…

—Humillante —completé, sin saber si usaría esa palabra.

Se giró, llenando de nuevo el vaso, y salió hacia el balcón.

Estevam se sentó a mi lado.

—Medio millón de dólares y todo lo que quieras.

—Estevam —gruñó Adrian—. Fuera.

—Adrian…

—Fuera.

Obedeció, contrariado.

Adrian volvió y se sentó a mi lado.

—Seré directo. Estoy en desacuerdo con esta idea tanto como tú, y precisamente por eso me interesas.

—¿Cómo así?

—No me gustas. No tengo nada en tu contra, pero no siento nada.

Me miró a los ojos.

—Las mujeres lo darían todo por eso. Tú no quieres. Eso es raro.

Respiró hondo.

—No quiero una esposa. Quiero un contrato limpio. Aumento la oferta: un millón al final. Durante el matrimonio, tendrás todo: dinero, estatus, protección.

—No quiero visibilidad. Ni perder mi libertad.

Hablé de libertad como si hoy tuviera alguna.

—Serás libre. Pero discreta. Nada de otros hombres. Nada de escándalos.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—No quiero ser motivo de burla.

Sonrió apenas.

—No habrá rumores. ¿Aceptas?

—Quiero ver el contrato completo.

—¡Estevam! —llamó.

Entró de inmediato.

—Muéstrale el contrato.

—Magnífico. —Sonrió—. Vamos a crear la narrativa perfecta.

—No digas tonterías —gruñó Adrian.

Asentí, tensa.

—Lo imagino. Pero necesito leer todo.

Estevam ya estaba demasiado entusiasmado.

—Y también tenemos que crear la narrativa. Dónde se conocieron, cómo fue el primer encuentro, el primer beso…

Adrian carraspeó y el sonido seco cortó su entusiasmo.

—Está en el contrato —dijo, directo—. Besos. Demostraciones públicas de afecto.

—¿Besos? —repetí, incrédula.

—Nada íntimo —respondió, sin emoción—. Solo lo suficiente para convencer a cámaras y votantes.

—¿Y si me niego a besarlo en público?

Me miró, frío.

—Entonces el contrato no existe.

—¿Cuántas veces? —pregunté, en voz baja.

—Las suficientes para que parezca natural —respondió Estevam.

Adrian se levantó.

—Lee el contrato con calma. Piensa. Nadie te está apuntando con un arma.

Pasó junto a mí, hacia el minibar, y volvió a servirse whisky.

Pasé el dedo por la pantalla, leyendo página tras página.

La CONTRATADA se compromete a mantener una postura impecable en eventos oficiales, entrevistas, apariciones públicas y entornos privados con presencia de terceros.

Sonrisas, contacto físico leve, manos tomadas y demostraciones moderadas de afecto son obligatorias cuando se solicite.

Deslicé la pantalla.

Durante la vigencia del contrato, la CONTRATADA no podrá mantener ningún vínculo romántico, íntimo o sexual con terceros.

El incumplimiento resultará en una multa de 5 millones de dólares y la terminación inmediata del acuerdo.

—Cinco millones… —murmuré.

—Para asegurarnos de que no ocurra —dijo Estevam, encogiéndose de hombros.

La CONTRATADA residirá oficialmente con el CONTRATANTE, en una dirección aprobada por el equipo de campaña.

Ausencias superiores a 24 horas deberán ser comunicadas con una antelación mínima de 48 horas.

—No soy un objeto… —susurré, para mí misma.

La CONTRATADA no podrá revelar la naturaleza contractual del matrimonio bajo ninguna circunstancia.

El incumplimiento de esta cláusula implica: pérdida total de los valores acordados, proceso federal, sanciones civiles y penales.

La CONTRATADA se compromete a no desarrollar expectativas afectivas, emocionales o conyugales más allá de lo previsto contractualmente.

El CONTRATANTE no es responsable de ningún daño emocional derivado de la relación.

El contrato podrá ser rescindido unilateralmente por el CONTRATANTE si la imagen pública se ve amenazada.

La CONTRATADA perderá de inmediato: residencia, seguridad, acceso financiero, estatus legal de cónyuge.

—¿Terminaste? —preguntó Adrian, volviendo a mirarme, y yo debía de estar pálida.

—Esto es tan deshumanizante.

Se acercó.

—El mundo lo es.

—Yo… necesito una noche para pensarlo —dije, alzando la mirada.

Asintió, sin sorpresa.

—Claro.

Respiré hondo y me levanté.

—Y necesitamos añadir una cláusula.

Inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Cuál?

—Que no habrá intimidad. —Hice un gesto vago con la mano —. Ninguna.

Sus ojos no cambiaron.

—¿Qué tipo de intimidad? —preguntó, frío.

—Del tipo que existe entre marido y mujer.

Adrian guardó silencio; entonces Estevam intervino, arrancando la tablet de mis manos con eficiencia práctica.

—Perfecto. Añadiré eso al contrato, señorita Hale.

Tecleaba rápido, satisfecho, como si ajustara un detalle técnico irrelevante.

Adrian me observaba sin expresión.

—¿Alguna otra exigencia? —preguntó.

—Solo esa.

Asintió una vez.

—Entonces piensa.

Se giró para salir, pero antes dijo:

—Protección total. Dinero. Seguridad. Una vida de reina, señorita Hale. —Hizo una pausa—. Y ningún toque que usted no autorice.

09



Adrian Keaton

En cuanto Hale salió de la sala, la observé atravesar el jardín y subir al coche con el conductor.

Estevam aún tecleaba en la tablet, concentrado.

—Lo enviaré al equipo jurídico ahora. Mañana lo oficializamos todo.

—¿De verdad crees que aceptará? —pregunté.

—Claro. No tengo dudas.

—Me parece arriesgado.

Levantó la vista.

—¿Más arriesgado que tu matrimonio con Clarisse? Lo dudo.

Suspiré, tomando el saco que había dejado sobre la silla.

—¿A dónde vas? —preguntó, contrariado.

—A ver a mi hermano.

—¿Vas a pedir consejos?

—No es asunto tuyo.

Salí.



Era el final de la tarde cuando llegué a la casa de Jonathan.

Jasmim estaba sentada a la mesa del jardín, escribiendo algo en la tablet, mientras Theo corría detrás de una pelota por el césped.

—¿Adrian? —Se levantó, sorprendida, y me abrazó—. ¿Ha pasado algo?

—¿Qué escribes con tanta concentración? —pregunté.

—Un artículo.

—¿Política?

Hizo una mueca.

—Dios me libre. Es sobre un caso que tomó Jonathan. Un asesino en serie.

Reí en voz baja.

Era fácil ser ligero cerca de ellos.

Theo me vio y corrió.

—¡Abuelo!

Lo levanté en brazos.

—Eh, campeón.

Le despeiné el cabello.

Debería llamarme tío. Pero Jasmim siempre fue especial para mí. Una hija que nunca tuve de verdad, antes de que todo se derrumbara con Clarisse, su madre.

Jonathan apareció en la terraza y saludó con la mano.

—Voy a hablar con él —dije, dejando a Theo en el suelo.

Jasmim asintió.

Caminé hacia Jonathan.

—¿A qué viniste? —preguntó, con el mismo tono tranquilo.

—Voy a casarme.

Se detuvo y se giró lentamente.

—¿Cómo?

—Aún no está completamente cerrado… pero ella va a aceptar.

—¿Ella quién?

—Una chica que Estevam encontró.

Frunció el ceño.

—¿Una cita a ciegas?

—Un contrato. Hasta que sea elegido.

Jonathan respiró hondo.

—¿No crees que eso es peligroso?

—¿Peligroso cómo?

—Que te enamores.

Solté una risa corta.

—Ni de lejos. No es el tipo de mujer con la que me casaría.

—¿Tienes fotos?

Saqué el móvil y le mostré las imágenes tomadas más temprano.

Jonathan las analizó con calma.

—Es bonita.

Hizo una pausa.

—No más que mi esposa, claro.

Sonrió de lado.

—Pero mentiste. Sí es tu tipo. No es vulgar. Es elegante. Tiene porte. Una sonrisa… demasiado educada.

Señaló la pantalla.

—¿Dónde la encontraste?

—Casi muerta, después de una caída. Es una larga historia. Después de eso, empezó a trabajar para el partido.

Guardé el móvil.

—En fin… vas a tener una cuñada.

Jonathan me miró durante unos segundos.

—Espero que eso sea bueno para ti.

Luego añadió, serio:

—Sabes cuánto detesto tus maniobras políticas.

Asentí.

—Lo sé.

Pero no dije lo que realmente pensaba: que estaba a punto de hacer un movimiento… sin poder prever todas las consecuencias.



Lily Hale

Pasé toda la noche despierta.

Sentada en la cama, con la ciudad iluminada al otro lado de la ventana y el contrato reposando abierto sobre mis piernas.

Toqué, sin darme cuenta, el vendaje casi invisible cerca del cuero cabelludo. Ellos seguían ahí fuera. Los hombres que intentaron matarme, y yo no sabía defenderme sola.

A la mañana siguiente, llegué a la casa del diputado y fui hacia ellos antes de perder el valor.

Estevam ya me esperaba en la sala. Adrian estaba de pie, cerca de la ventana, de espaldas a mí, impecable como siempre.

—Acepto —dije, antes de que mi voz fallara.

Los dos se giraron al mismo tiempo.

Estevam sonrió; Adrian simplemente me observó.

—¿Leíste todo? —preguntó Adrian.

—Cada cláusula.

—¿Y estás de acuerdo?

—Sí.

Asintió una sola vez.

—Entonces estaremos comprometidos a partir de hoy.

La forma en que lo dijo… sin emoción, sin peso romántico… debería haberme herido, pero no lo hizo. Porque, en el fondo, esperaba que fuera así.

—No necesitas entender de política —dijo, directo—. No necesitas opinar. No necesitas pensar en ello.

—Entonces, ¿qué necesito hacer?

Me evaluó durante un segundo.

—Acompañarme, guardar silencio, no entrometerte en nada para lo que no te llamen.

Estevam carraspeó.

—Empecemos por lo básico: almuerzo público. Reservado, pero visible. Fotos discretas. La prensa necesita descubrirlos.

Adrian se acercó a mí, sentándose a mi lado.

De cerca, era aún más… impresionante. No guapo de forma amable. Guapo de un modo que intimidaba.

Mandíbula firme. Postura impecable. Y olía bien.

—Usarás vestidos claros en público —dijo, sin mirarme—. El cabello siempre arreglado. Maquillaje ligero. Nada llamativo.

—De acuerdo.

—Nada de entrevistas sola. Nada de opiniones. Nada de discursos.

—Entendido.

—Perfecto. No me gusta repetir instrucciones.

—¿Podemos… hablar? —pregunté.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros.

Adrian alzó una ceja, como si hubiera sugerido algo inconveniente.

—No existe un nosotros.

—Pero vamos a fingirlo durante mucho tiempo.

Antes de que respondiera, Estevam se inclinó ligeramente hacia delante.

—Tiene razón, Adrian. Necesitan conocerse mínimamente. El público percibe cuando una pareja es demasiado vacía.

Adrian soltó un suspiro impaciente.

—Entonces haz lo que sea necesario. Prepara un guion. Escríbelo. Haz que lo lea.

—¿Confía en mí? —pregunté, sin pensar.

Me miró.

—No, pero confío en el contrato.

Bajé la mirada por un instante, reuniendo lo que quedaba de mi dignidad.

—Seré una buena prometida —prometí, en voz baja.

Me observó un segundo más, como si evaluara la utilidad de aquello.

—Lo sé.

10



Lily Hale

¿Cuáles eran mis expectativas cuando acepté esta locura?

Oscilaban de cero a mil con una facilidad inquietante.

Cero expectativas sobre él. Ninguna ilusión. Ninguna esperanza. Ninguna fantasía. Y mil sobre: a la mierda, yo tampoco te soporto… pero vas a servir para un propósito.

Pasé más de una hora leyendo todo sobre él. Más de lo que sabría si hubiera estado casada doce años con alguien.

¿Qué me importaba si prefería nueces al maní? ¿O si le gustaba el café más fuerte los lunes y más suave los viernes? ¿Y qué demonios cambiaba en mi vida saber la temperatura exacta del agua para hacer té?

Era demasiada tontería.

Él resultaba perfectamente aceptable tal como estaba ahora: callado, concentrado, con esos ojos azules fijos en algo. Parecía tranquilo. Sereno.

Pero era un volcán. Siempre a punto de estallar cuando decidía abrir la boca para… hablar. Porque Adrian Keaton no hablaba, él discursaba, como si siempre estuviera frente a una multitud invisible, intentando convencer al mundo de que todo estaba bajo control.

Cerré el archivo en la tablet y bufé en silencio. Hombre insoportable, arrogante, frío, controlador y, por desgracia… fascinante.

—Entonces, ¿leíste todo? —preguntó, sin apartar la vista de la tablet.

—Sí. Debo confesar que las nueces son, en efecto, mejores que el maní.

No reaccionó, ni un solo músculo.

—Hay muchos detalles… —continué—. Sé que sueles desechar la ropa interior después de usarla tres veces. ¿Es algún tipo de superstición?

Alzó la mirada, serio.

—¿Eso está ahí?

Reí.

—No. Estoy bromeando.

Me estudió durante dos segundos y luego cerró la tablet.

—Bien… creo que ahora es mi turno.

Se sentó a mi lado, demasiado cerca.

—¿Tu turno de qué?

—De saber sobre ti.

—Le entregué el archivo a Estevam.

—Lo vi. No tenía nada relevante.

—Tenía todo lo que recuerdo. —Forcé una sonrisa—. Cuando sepa más, prometo contarlo.

Observó mi rostro con una atención excesiva.

—No pareces alguien vacía.

—Ese es un elogio extraño.

—Soy observador.

Volvió a tomar la tablet.

—Te gustan las rosas rosadas…

—Eso es embarazoso.

—Duermes poco. Te quedas despierta leyendo. Cuentas pasos cuando estás nerviosa.

Abrí los ojos, sorprendida.

—No hago eso.

—Acabas de hacerlo al entrar en la sala.

Parpadeé, incómoda.

—Coincidencia.

Alzó una ceja.

—Mides cosas con la mirada.

—¿Cómo así?

—Distancias. Alturas…

Me encogí de hombros.

—Me gusta prever resultados.

—¿Controladora?

—No, jamás. Bueno, sucede de forma natural, debe de ser algún hábito que tengo.

Inclinó ligeramente la cabeza, intrigado.

—¿Has pensado en trabajar con estrategia?

Sonreí, contenida.

—Creo que ya lo estoy haciendo ahora.

Alzó una ceja.

—¿Cómo?

—Permaneciendo callada a tu lado —respondí con suavidad —. Observando. Calculando. Sin poder usar… todo mi talento.

Hubo un breve silencio.

Su mirada se estrechó, atenta.

—¿Eso fue una queja?

—No —mentí, con delicadeza.

Guardó silencio un instante.

—Siempre escuché a mi hermano decir que las personas que observan demasiado esconden algo.

Sonreí con dulzura ensayada.

—Todos esconden.

Sostuvo mi mirada.

—Yo no.

Casi reí, pero me contuve, porque yo lo escondía todo.

Mi apellido.

Mi herencia.

Mi verdadera vida.

Y el hecho de que, a pesar de todo… empezaba a gustarme aquel hombre que me miraba con curiosidad y al que jamás debería amar.

—Saldremos hoy a cenar —dijo, poniéndose de pie.

—¿Solo nosotros dos? —la pregunta se me escapó antes de poder controlarla.

Me lanzó una breve mirada.

—Sí. Forma parte de la secuencia organizada por Estevam.

Caminó unos pasos, ya dando por hecho que lo seguiría.

—Necesitamos que nos vean juntos algunas veces. Al principio, intentaré ocultar tu rostro.

—¿Ocultar?

—Sí. Como si no quisiera que nos fotografiaran juntos.

Entendí demasiado rápido.

—Un teatro.

Asintió.

—Exactamente. Un teatro bien ensayado.

Se detuvo frente a la ventana.

—Hasta que aparezca oficialmente comprometido… y casado. Pronto.

Solo asentí.

—Pedí que prepararan la habitación de invitados —continuó, sin emoción—. Hay ropa nueva en el armario.

Se volvió hacia mí.

—Vas a vivir aquí a partir de hoy.

Y yo, una vez más, solo asentí. Porque en ese juego de poder, el amor no tenía lugar. Pero ya sentía, con una claridad cruel… que sería yo quien perdería esa parte.



Adrian Keaton

Yo ya estaba listo cuando ella bajó.

Primero oí el sonido de los tacones, lento. No miré de inmediato, pero cuando por fin alcé la vista, casi me quedé sin aire.

Llevaba un vestido claro, minimalista, pero que se adhería a su cuerpo como una segunda piel moldeada a mano, milimétricamente ajustada a sus pecados.

La curva de la cintura. La suavidad de las caderas. El movimiento hipnótico de los muslos bajo la tela, y el escote… Ah, el escote. Sutil. Inocente. Una promesa perversa de algo que no sería entregado en bandeja. Mostraba la piel justa para incendiar la imaginación.

Mi polla palpitó dentro del pantalón con solo verla bajar esos malditos escalones.

Observé todo.

El cuello.

La clavícula dibujada como un camino hacia mi boca.

El cabello deslizándose sobre un hombro y la forma en que sostenía el bolso con ambas manos, delicada, inocente.

Era demasiado peligrosa para estar a mi lado. Cuando llegó al último escalón, nuestras miradas se encontraron; ella dudó.

—¿Está… bien así? —susurró.

Dulce, indecente, perfecta.

Tardé en responder porque una respuesta rápida me delataría.

—Está adecuado —mentí.

Nada en esa mujer era adecuado. Era tentación encarnada en un vestido claro.

La conduje hasta el coche con el brazo tenso.

La curva de su cadera rozaba sutilmente contra mí a cada paso, como si pidiera ser jalada, dominada, aplastada contra la superficie más cercana.

Abrí la puerta del coche y esperé a que entrara. Lo hizo con una delicadeza exasperante. Cruzó las piernas con calma. El vestido subió dos dedos más de lo debido. La piel del muslo brilló bajo la luz interior.

Dios.

Me senté a su lado, en el asiento trasero. Tenso. Rígido.

El conductor arrancó. El coche se deslizó por las calles con la misma lentitud con la que ella me desarmaba. De reojo, vi sus dedos jugando con el borde del vestido. Tiraba, soltaba.

—¿Vas a mirarme así toda la noche o piensas decir algo? —murmuró, sin girar el rostro.

—No tengo nada que decir.

—Bien, entonces empiezo yo… —pensó unos minutos—. ¿Tú, al igual que tu hermano, sientes atracción por mujeres más jóvenes?

Solté una risa nasal.

—No. —La respuesta vino acompañada de mis manos ansiosas aflojando la corbata.

—Entonces puedo quedarme tranquila con eso.

—Sí, puedes quedarte tranquila.

11



Lily Hale

Las fotos salieron antes del amanecer.

Yo aún estaba sentada en la cama de la habitación de invitados, usando una camiseta demasiado grande que no era mía, cuando el móvil vibró por tercera vez consecutiva.

Notificaciones.

Mensajes.

Enlaces.

Su nombre en todos.

DIPUTADO KEATON EN NUEVO ROMANCE MISTERIOSO.

Abrí el primer artículo con el corazón extrañamente acelerado.

Ahí estaba yo. El cabello recogido detrás de la oreja. El vestido claro. La mano apoyada en su brazo, exactamente como él había ordenado. El ángulo perfecto. El mundo entero reducido a un encuadre donde parecíamos… íntimos y felices.

«Fuentes cercanas afirman que la joven ha sido vista con el diputado desde hace semanas».

¿Semanas?

Lo conocía desde hacía días.

«Discreto, Keaton evita comentar, pero la química entre ambos es innegable».

¿Química? Sonreí sin humor.

Deslicé la pantalla, vi los análisis políticos, a los expertos, a los psicólogos de internet, mujeres comentando, hombres comentando. Todos creían saber quién era yo. Crearon una versión de mí en cuestión de horas.

Dulce, misteriosa, probablemente ingenua, tal vez interesada, sin duda afortunada.

Cerré el artículo, abrí otro, luego otro, y otro.

En todos, yo no era Lily.

Eran buenos convirtiendo una mentira en realidad colectiva.

La puerta se abrió sin aviso; Adrian entró, ya vestido, impecable, como si no hubiera dormido.

—Lo viste —dijo, sin que fuera una pregunta.

Levanté el móvil.

—Lo vi.

Se acercó, tomó el aparato de mi mano y leyó uno de los titulares.

Ninguna reacción.

Ninguna sorpresa.

—Se lo creen todo —murmuré.

Me devolvió el móvil.

—Tienes que seguir el guion.

Me levanté despacio.

—Lo haré.



El entrenamiento comenzó a las nueve de la mañana. Terminó cerca del mediodía y salí de allí con la sensación de haber vivido tres días dentro de un cuerpo equivocado.

—Sonríe otra vez.

Sonreí.

—No así.

La mujer de marketing negó con la cabeza.

—Menos dientes. Más dulzura. Piensa en algo delicado.

Pensé en sobrevivir.

—Camina hasta la marca en el suelo.

Obedecí.

—No. Hombros relajados. Cadera menos rígida. Pareces… demasiado alerta.

—Respuesta para periodistas —dijo otro hombre, leyendo una tarjeta—. "Nos estamos conociendo, es todo muy reciente, pero especial."

Escuché de nuevo a la mujer de marketing.

—Concéntrate, ponle más emoción.

Repetir.

—Menos intensidad. Al público le gustan las mujeres… accesibles.

Accesibles, traducción: más pequeñas, más vacías, más fáciles de moldear.

Adrian observaba todo apoyado en la pared, con los brazos cruzados, expresión cerrada.

—Está mal —dijo de repente.

Todos se giraron.

—Levanta demasiado la barbilla cuando responde.

La mujer de marketing anotó.

—Eso transmite orgullo.

Me miró como si fuera un objeto mal colocado.

—Baja la barbilla al sonreír.

Obedecí.

—Otra cosa —continuó él—. Piensas antes de responder.

—¿Eso es malo? —pregunté.

Me miró, impasible.

—A la gente le gustan las mujeres espontáneas —añadió—. No calculadoras.

Tragué saliva.

—Entonces, ¿qué quiere que haga?

—Quiero que parezcas simple.

Simple, como si todo lo que soy pudiera reducirse a una sola palabra.

—Hazlo otra vez —ordenó.

Caminé, sonreí, respondí, bajé la cabeza, alcé la mirada en el momento justo, reí cuando me lo indicaron, callé cuando me lo indicaron. Al final, me dolían las mejillas. Me ardían los hombros.

Me palpitaba la cabeza. Cuando todos salieron a buscar café, me quedé sola en la sala por unos segundos. Me hundí en la silla y respiré hondo.

Oí pasos; Adrian volvió.

—Está funcionando —dijo.

No era un elogio.

—Te estás adaptando.

Alcé la mirada despacio.

—Ni siquiera hemos empezado de verdad y ya estoy cansada.

—Ve a acostarte, descansa —dijo, levantándose y dejándome sola en la sala.

Me quedé sentada unos segundos, inmóvil, como si mi cuerpo aún necesitara permiso para existir fuera del papel que me estaban enseñando a interpretar.

Entonces me levanté.

Caminé despacio hasta la habitación.

Cerré la puerta y me senté en el borde de la cama.

Tomé el móvil sin pensar y, como si mis dedos supieran exactamente adónde ir, tecleé el nombre de la empresa.

Ashford Laboratorios.

Enter.

Las noticias aparecieron en secuencia.

Adquisiciones.

Nuevos contratos.

Alianzas farmacéuticas internacionales.

Expansión de la división cosmética.

El nombre de mi padre aparecía solo en notas al pie.

«Fundador visionario».

«Legado científico».

Deslicé la pantalla.

Y me quedé mirando fotos antiguas del edificio de investigación. El jardín donde mi madre solía caminar. El laboratorio donde él me enseñó a sostener un tubo de ensayo por primera vez.

«Con cuidado, Lily. La química exige respeto».

Se me cerró la garganta.

Abrí una entrevista antigua y escuché su voz. Grave. Serena.

Hablaba de ética. De crear para curar y no para enriquecer monstruos. Fue entonces cuando llegaron las lágrimas. Una a una. Cayeron sobre la pantalla del móvil, borrando su rostro. Me llevé la mano a la boca para no hacer ningún sonido. Allí, en esa casa que no era mía. Vestida con ropa comprada para el papel de prometida de un hombre que no quería conocerme.

Lloré por lo que perdí.

Por lo que estaban usando.

Por lo que fingía no ser y por el absurdo de seguir viva… cuando mis padres no lo estaban.

Apagué el móvil, me tumbé de lado.

Encogida como solo se está cuando nadie mira: una hija sola escondiendo su apellido, obligada a ocultarse.





Adrian Keaton

Encontré a Estevam en el despacho, inclinado sobre la mesa de vidrio, analizando gráficos electorales como si fueran latidos cardíacos.

—Las encuestas del Medio Oeste subieron dos puntos —dijo sin levantar la cabeza—. Pero California sigue inestable.

Me quité el saco y lo arrojé sobre la silla.

—California nunca es estable.

Suspiró.

—A los indecisos les gustan las historias. Y ahora tenemos una.

—Lily no es una historia —respondí, seco.

—Para ti, no. Para el electorado, sí.

Caminé hasta el bar y me serví un whisky.

—Lo está haciendo bien.

—Se está moldeando bien —corrigió—. Al público le gustó la idea. Las métricas de participación femenina han subido desde ayer.

—Perfecto.

Cerró la tablet.

—Voy a intentar conseguir el patrocinio de la campaña con Ashford Laboratories.

Levanté la mirada lentamente.

—¿La farmacéutica?

—Farmacéutica y cosméticos. Caja multimillonaria. Consejo discreto. Ningún escándalo público reciente. —Hizo una pausa—. Dinero lo bastante limpio como para no incomodarnos… y lo bastante fuerte como para financiar la mitad de la carrera electoral.

—No pierdes el tiempo.

—Las elecciones no esperan.

Me acerqué a la mesa.

—¿Y por qué aceptarían?

Estevam sonrió de lado.

—Influencia política futura. Facilitación regulatoria. Protección de patentes. Exenciones estratégicas.

—Compra de poder.

—Asociación institucional —corrigió.

Miré hacia la ventana un instante.

—Organiza una reunión con ellos —dije, volviendo a mirarlo.

—Ya lo pensé. El director financiero de Ashford está regresando de Suiza. Llega justo después de la boda. —Hizo una pausa—. Programaré una cena reservada.

12



Lily Hale

Casi no dormí en toda la noche.

Me revolví en la cama incontables veces, como si cambiar de posición pudiera silenciar lo que dolía por dentro. Las lágrimas no me abandonaron durante la madrugada y, cuando por fin me levanté, el reflejo en el espejo fue cruel.

Ojos hinchados.

Nariz rojo.

Piel demasiado pálida.

Parecía exactamente lo que era: una mujer cansada de fingir y sin la menor disposición para enfrentar otro día de aquella agenda irritante: mejora la postura, sonríe menos, mira con amor.

La idea me revolvía el estómago.

Juraba que vomitaría antes de la primera hora del día, no por náuseas, sino por agotamiento, por estar desapareciendo dentro de un papel que no me pertenecía.

Cuando bajé, el desayuno estaba dispuesto sobre la mesa. Frutas cortadas con perfección geométrica, panes aún calientes, huevos, jugos, tés, café. Exceso para alguien que apenas podía tragar su propio cansancio.

Adrian ya estaba sentado cuando entré, con la tablet en una mano, una taza en la otra, y ni siquiera levantó la vista de inmediato.

—Buenos días —murmuré.

—Hum —murmuró.

Tomé una taza; mis manos temblaban un poco. Fue entonces cuando alzó la mirada y me evaluó, rápido.

—Pareces enferma.

Parpadeé, mirándolo.

—¿Sientes algo? ¿Te duele la cabeza?

—No. Estoy bien.

Una mentira automática.

—Entonces come.

Hizo un gesto breve hacia la mesa.

—No sé exactamente qué te gusta, así que pedí que las empleadas pusieran un poco de todo.

Asentí.

—Gracias.

Volvió a la tablet por dos segundos… y luego se levantó.

—Discúlpame un momento.

—Tienes todo el… —respondí, viéndolo salir del comedor.

Llevé la taza a los labios; el café estaba amargo, como todo en esa casa.

Dos minutos después, regresó, ya con el saco doblado sobre el brazo.

—Cuando termines, nos vamos. Cancelé las clases hoy.

Levanté la mirada.

—Está bien.

Se giró para salir otra vez.

Pero antes dijo:

—Cambia el café por té, es menos ácido.



Adrian me esperaba apoyado en el coche; alzó la vista en cuanto me vio.

—Entonces, ¿nos vamos?

—¿A dónde vamos?

—A comprar tu vestido de novia.

Me quedé paralizada; la palabra *novia* tardó un segundo en tener sentido.

—¿Ya?

—Vamos a adelantar la boda —dijo con naturalidad—. Algo simple. Reservado. Discreto.

Rodeó el coche y me abrió la puerta.

—Pero que genere la noticia suficiente para sostener la narrativa de una ceremonia íntima. —Me lanzó una breve mirada—. Una boda simple… que se convierta en titular.

El trayecto hasta la tienda fue silencioso.

Observaba la ciudad por la ventana del coche: las calles limpias, los escaparates caros, la gente caminando, siguiendo sus vidas. Para ellos, era solo otro día.

—No es común que vengas —dije, rompiendo el silencio.

No apartó la vista del frente.

—En Estados Unidos, eso no es un problema. —Hizo una pausa—. Además, no estamos siguiendo una tradición. Estamos construyendo una imagen.

Claro.

El coche se detuvo frente a la tienda. Ocupaba casi una manzana entera. Fachada clara, discreta, protegida por seguridad.

Adrian bajó primero, me tendió la mano y la acepté. No porque la necesitara, sino porque todos estaban mirando.

Dentro, el mundo parecía otro: había vestidos por todas partes; algunos simples, otros absurdamente elaborados, todos hermosos.

El corazón se me encogió y, por un segundo, olvidé que aquello era un acuerdo.

Que no debería estar allí.

Que ese vestido no representaba amor, pero cuando toqué la primera tela, sentí algo deshacerse dentro de mí.

Yo había soñado con eso, no con esa tienda, ni con ese hombre, sino con la posibilidad de que algún día alguien me eligiera por amor.

—Pruébate algunos —dijo Adrian en voz baja—. Sin prisa.

Lo miré.

—¿De verdad?

—Sí. —Su voz era dulce, y las vendedoras se derretían con la escena.

—Es un *first look*, ¿verdad? —comentó una de ellas, emocionada—. Nos encanta cuando la pareja hace esto junta. Es moderno. Muy americano.

—En realidad, quiero participar en cada detalle —respondió él en voz baja—. No tendría gracia no ver sus ojos brillar al probarse el vestido.

Se volvió hacia mí, con una mirada demasiado suave para alguien como él.

—Fue ese entusiasmo lo que me hizo enamorarme de ella.

Las vendedoras suspiraron y una de ellas se llevó la mano al pecho.

—Qué cosa más hermosa…

Me quedé congelada por un segundo; Adrian extendió la mano.

—Ven.

Caminó conmigo por la tienda como si ese lugar fuera nuestro, como si yo fuera suya. Su mano permaneció en mi espalda todo el tiempo, firme, protectora, guiándome entre los vestidos como si me estuviera presentando al futuro.

—¿Prefieres encajes más delicados o algo más estructurado? —preguntó, pareciendo realmente interesado.

—Yo… —tragué saliva—. Nunca lo había pensado mucho.

Inclinó la cabeza.

—Entonces hoy lo piensas.

Las vendedoras trajeron opciones. Vestidos claros, ligeros, algunos casi etéreos. Adrian observaba cada detalle con una atención inesperada.

—Ese no —dijo, tocando ligeramente la tela—. Es bonito, pero te apaga.

El corazón me latió con fuerza; si hacía eso dos minutos más, suspiraría junto a las vendedoras.

—¿Y este?

—Ese resalta demasiado.

La forma en que hablaba me desconcertaba; era como si, por unas horas, el contrato hubiera sido olvidado.

Cuando entré en el probador, escuché las voces amortiguadas al otro lado.

—Está encantado.

—Se nota en la forma en que la mira.

—La ama de verdad.

Sonreí sin saber si reír o llorar.

Cuando salí con el vestido elegido, el mundo pareció detenerse; la tela caía a la perfección, el escote era discreto, el encaje dibujaba mi cuerpo con delicadeza.

Adrian se quedó en silencio durante unos segundos, demasiado largos. Luego se acercó.

—Es ese.

—¿Te gustó?

Levantó la mano y acomodó un mechón de mi cabello detrás de la oreja con un cuidado que me hizo flaquear las piernas.

—Sí.

El corazón casi se me salió del pecho.

—Estás hermosa —murmuró.

No para las vendedoras.

Para mí.

Sostuvo mi rostro con ambas manos, despacio, y me besó. Un beso suave, lo bastante largo para tener sentido, lo bastante corto para parecer inocente.

Las vendedoras suspiraron otra vez; una incluso se secó los ojos.

—Son una pareja maravillosa.

Apoyó la frente en la mía por un segundo.

—Respira —susurró—. Todo está bien, vamos a ser muy felices.

Asentí, perdida. Besó mi mano, luego mi cabello, y yo quería más… y eso era todo lo que nunca debería desear.

Cuando salimos de la tienda, aún sentía el cuerpo ligero, el corazón confuso; el mundo parecía… posible.

Adrian me abrió la puerta del coche y entré. Rodeó el vehículo y se sentó a mi lado.

En cuanto la puerta se cerró, algo cambió; la sonrisa desapareció, el cuerpo relajado volvió a tensarse. Ajustó el saco y miró al frente.

—Estuvo bien —dijo, neutro.

Solo eso.

Ninguna palabra sobre el beso.

Ninguna sobre las manos.

Ninguna sobre lo que acababa de pasar.

El coche arrancó y el silencio volvió a ocuparlo todo. Miré por la ventana y tragué el impulso absurdo de preguntar: ¿qué parte fue real?

Porque el hombre que me besó entre encajes y espejos… no era el mismo que ahora revisaba mensajes en el móvil como si yo fuera solo otro compromiso del día.

Una sonrisa contenida apareció en mis labios. Nada inocente.

Maliciosa.

El beso había sido bueno, las caricias también, y, a partir de ese día, empecé a desear a ese hombre.

No al político. No al contrato.

A esa versión que tocaba con cuidado, que miraba como si olvidara el guion por unos segundos.

Empecé a desear ser amada por el futuro presidente y, por primera vez, desde que acepté esta locura, tuve una certeza fría y clara: no esperaría a que eso simplemente ocurriera. Haría que ocurriera.

13



Adrian Keaton

Días después…

A medida que pasaban los días, me mantenía concentrado en los próximos pasos de la campaña, sin perder de vista la boda, fijada para dentro de pocos días.

Todo tenía que funcionar como un reloj.

El rostro de Lily ya circulaba en los periódicos locales, exactamente como lo habíamos planeado. Mantuve la exposición centralizada aquí, controlada, para que, en cuanto comenzaran los mítines presidenciales, nuestra unión se lanzara como foco nacional.

Narrativa primero. Expansión después.

Ella cautivó al público con una facilidad que incluso me sorprendió. Eso fue bueno. Muy bueno.

Era exactamente lo que Estevam quería: delicada, sonrisa dulce, presencia tranquila. Una mujer que no amenazaba, no confrontaba, solo ocupaba lo suficiente para ser notada.

Las mujeres empezaron a inspirarse en su ropa. Copiaban el cabello. La forma de sonreír. La postura.

Los hombres, por otro lado, envidiaban mi suerte. Era casi irónico.

Todo estaba saliendo según lo planeado.

Cada titular.

Cada aparición.

Aquella mañana, revisé la agenda por tercera vez antes de las ocho. Entrevista breve. Encuentro con donantes. Almuerzo estratégico. Prueba final del traje. Reunión de seguridad para la boda.

Lily apareció en el pasillo poco después, lista.

—Vamos a llegar tarde —avisé, sin levantar la vista de la tablet.

Alcé la mirada y ella me estaba observando. No como quien espera órdenes, sino como quien espera alguna reacción.

—¿Todo está bien? —pregunté.

Sonrió.

—Está.

En el coche, se sentó más cerca de lo habitual. El perfume era el de siempre, pero, aquella mañana, parecía más presente.

—Mañana será agotador —dije—. Después de la boda, la exposición va a aumentar.

—Lo sé —respondió, pero esta vez giró el rostro hacia mí.

Cuando llegamos al lugar de la entrevista, antes de bajar, tocó mi brazo.

—Adrian.

La miré.

—¿Sí?

—Gracias… por confiar en mí.

Solté su brazo con cuidado.

—Estás cumpliendo el acuerdo.

Sonrió otra vez. Esta vez, más prolongado.

—Claro.

Sonrió en el instante exacto en que percibió que nos estaban observando. Sin retraso.

Era impresionante cómo lograba hacerlo.

Demasiado natural para ser ensayado. Una excelente actriz, no podía negarlo.

—Bienvenido, diputado. Es un placer tenerlo con nosotros.

—El placer es mío —respondí, con la sonrisa que el cargo exige.

—Entran al aire en un minuto —avisó el productor del programa, señalando el reloj.

—Perfecto —respondí.

Lily respiró hondo, acomodó el cabello detrás de la oreja y, cuando percibió la cámara acercarse, sonrió. En el momento exacto. Siempre en el momento exacto.

La periodista nos anunció con entusiasmo.

—¡Estamos de vuelta! Y ahora con ellos: el diputado Adrian Keaton y su prometida, Lily. Sean muy bienvenidos.

Entramos al aire.

Lily sostuvo mi brazo con naturalidad, apoyándose en mí.

—Gracias por la invitación —dijo primero la periodista, sonriendo a la cámara.

—El placer es nuestro —completé.

—Diputado, todo el país se ha sorprendido con este compromiso —comentó la periodista, animada—. Confieso que nadie lo esperaba.

—Ni nosotros —respondió Lily, riendo bajo.

—¿En serio? —La periodista alzó una ceja.

—Bueno… —Lily inclinó la cabeza, pensativa—. Creo que simplemente nos dimos cuenta de que estábamos juntos cuando ya

lo estábamos.

—Eso es muy romántico —comentó la periodista.

—Adrian, siempre has sido muy reservado —se dirigió a mí —. ¿Qué cambió?

—Ella me cambió —respondí, simple.

—¿Yo hice eso? —preguntó Lily, en tono juguetón, con esa sonrisa fácil que desarma a cualquiera.

Solté una risa breve, inevitable.

—Parecen muy cómodos juntos —comentó la periodista.

—Hablamos mucho —respondió Lily—. De todo. Así es fácil.

—Depende —repliqué—. Yo no colaboro cuando el tema son las telenovelas.

—Eso es mentira. —Ella rió—. Le encantan las telenovelas. Solo que no tiene tiempo de seguirlas, así que yo le hago los resúmenes.

La periodista soltó una carcajada.

—Esa no me la esperaba de usted, diputado.

—Nadie la espera —respondí, lanzando una mirada rápida a Lily—. Es información confidencial.

—Nunca me dijiste que era un secreto —respondió Lily, con expresión de quien acaba de romper algo sin querer.

—Hagamos como que no escuchamos —entró en el juego la periodista, riendo—. No vamos a provocar la primera pelea de la pareja en vivo.

El público reaccionó con un "aww" colectivo.

—Bueno… —continuó, animada—. ¿Qué fue lo que lo hizo enamorarse de Lily?

La miré.

—Es inteligente —empecé, contando con los dedos—. Se ríe de una manera dulce, es divertida… y elogia mi café, aun sabiendo

que es amargo.

El público estalló en risas.

Lily me miró, fingiendo indignación.

—¿Es amargo, querido? —bromeó, inclinándose un poco hacia mí.

—Mucho —respondí, serio.

—¿Ves? —dijo a la periodista—. Hago un esfuerzo diario.

—Eso es amor —declaró la periodista, riendo—. Definitivamente.

Lily sonrió, satisfecha, y apoyó la mano sobre la mía.

La cámara captó el gesto y el público suspiró.

La entrevista siguió ligera después de eso.

Preguntas simples. Respuestas cortas.

Sabía cuándo hablar, cuándo retroceder, cuándo atraerme al centro sin que pareciera que lo hacía.

En algunos momentos, yo solo acompañaba.

La dejé llenar los silencios.

La dejé sonreír.

La dejé tocar mi brazo cuando necesitaba reforzar la imagen.

Funcionó.

La periodista cerró agradeciendo, el público aplaudió y las cámaras se apagaron.

—Estuvieron geniales —dijo el productor, animado.

Lily agradeció, educada, aún en personaje. Solo cuando atravesamos el pasillo hacia la salida soltó el aire contenido en el pecho.

—Creo que sobreviví —murmuró en voz baja.

—Lo hiciste bien —respondí.

—¿Eso fue un elogio?

—Sí —dije, ajustando el saco.

Afuera, el coche ya nos esperaba. El guardia abrió la puerta y Lily entró primero. Me senté a su lado, en el asiento trasero, manteniendo la distancia adecuada.

El coche arrancó.

Durante unos segundos, permanecimos en silencio.

Lily movía los dedos, girando un anillo inexistente, un hábito nervioso. Yo observaba la ciudad pasar por la ventana, intentando ordenar mentalmente los próximos compromisos.

—Les gustaste —dijo de repente.

—Fui elegido con un amplio margen de votos, me aman.

—¿Habré votado por ti?

—No tengo idea, Lily.

Cuando el coche se detuvo frente a la casa, Lily fue la primera en bajar. Antes de entrar, se volvió hacia mí.

—Buena entrevista, diputado.

—Tú también fuiste eficiente —respondí.

Asintió y entró.

14



Lily Hale

Estaba aterrada con toda aquella exposición. No lo parecía, sabía fingir, pero lo estaba.

Lo único que realmente me tranquilizaba era la decena de guardaespaldas que nos rodeaban todo el tiempo. Hombres atentos, miradas entrenadas, manos siempre cerca de las armas. Aun así, el miedo no desaparecía. Solo dormía ligero.

Pensaba, contra mi voluntad, en cómo sería cuando descubrieran que seguía viva.

¿Lo intentarían de nuevo? ¿O me dejarían en paz?

No lo sabía.

Entonces intentaba no pensar en ello. Me obligaba a concentrarme en lo que venía. En el guion. En la boda. En la luna de miel.

La luna de miel.

Reí sola.

Cláusula idiota. Yo quería que me tocara.

Incluso sabiendo que ese nunca había sido su plan. Pero la maldita cláusula lo hacía todo peor.



A la mañana siguiente, los últimos preparativos para la boda tomaban la casa.

Adrian hablaba por teléfono sin parar. Así había sido desde que despertó. Llamadas, mensajes, decisiones rápidas, órdenes breves. La política no daba tregua ni en vísperas de una boda.

Yo lo observaba a la distancia, sentada en el sofá, intentando no estorbar.

Fue entonces cuando me di cuenta de algo simple y extraño. Aún no conocía a su hermano. Sabía poco sobre la familia Keaton. Lo suficiente para responder preguntas básicas, lo suficiente para sonreír en entrevistas. Pero, fuera de eso, casi nada.

Sabía solo que Adrian tenía un único hermano y que, de algún modo, aquel hombre parecía ocupar un espacio que yo todavía no lograba medir.

—¿Una partida de ajedrez? —preguntó Estevam, alzando una ceja.

—No sabía que hacías algo además de trabajar —provoqué.

Soltó una risa breve.

—Qué graciosa. Estamos en plena campaña.

—Aun así… —apoyé la barbilla en la mano—. Acepto. Y acepto ganarte.

Lo dije en serio a propósito.

Rió, divertido, como si hubiera contado un chiste.

—Veremos si eres tan buena como crees.

Elegimos una mesa más apartada, pero aún dentro del campo de visión de Adrian. Él seguía al teléfono, ajeno a nosotros, como si el mundo entero fuera solo una lista de tareas.

Estevam colocó las piezas con demasiada prisa.

Cuando empezamos, me di cuenta en la tercera jugada de que él no estaba del todo allí.

Se movía mecánicamente, pero la cabeza estaba en otro lugar.

—Di de una vez lo que quieres decirme —solté, empujando mi peón.

Fingió no haber oído.

—¿Jaque? —pregunté, señalando el movimiento.

Parpadeó, como si despertara.

—No. Aún no.

Moví otra pieza.

—Estevam.

Suspiró, por fin.

—¿Cómo va tu cabeza?

—Un caos organizado —respondí, sin apartar la vista del tablero.

—No eso. —Se inclinó un poco—. Los recuerdos. Tu vida. ¿Has tenido flashes? ¿Algo… volviendo?

Lo miré despacio.

—¿Por qué esa pregunta ahora?

Dudó, y fue la duda la que respondió por él.

—Porque fui yo quien tuvo la idea de este matrimonio. Y no me gustan las variables sueltas.

Sonreí de lado.

—Relájate. Nada va a salir mal.

—No lo sabes —replicó en voz baja—. Puede que tengas… a alguien.

—¿Alguien? —repetí, como si la palabra fuera absurda.

—Un novio. Un prometido. Un marido —dijo rápido, como si quisiera terminar de una vez—. ¿Lo has pensado?

Aparté la mirada un segundo, como si estuviera evaluando la pregunta y no el miedo detrás de ella.

—Y si lo tuviera… ¿en qué cambiaría algo?

Respiró hondo, controlando la irritación.

—Cambia todo, Lily.

—¿Por qué?

—Porque, si existe alguien así… —bajó aún más la voz—… puedes recuperar la memoria y decidir desaparecer de la nada. Y necesito que entiendas algo: esto no es solo "un matrimonio". Es una campaña presidencial.

Deslicé mi reina con calma.

—Entonces tu miedo es que arruine tu plan.

—Mi miedo es que tires todo por la borda cuando ya estemos a mitad de camino —corrigió—. Porque entonces no será solo un plan el que se derrumbe. Será su reputación. Y la mía también.

Miré a Adrian a lo lejos.

Seguía hablando por teléfono, impasible, como si nada a su alrededor pudiera tocarlo.

Volví al tablero.

—No voy a desaparecer.

—No puedes prometer eso sin saber quién eres.

Apoyé el dedo sobre la pieza un segundo, como si estuviera pensando.

—Sí puedo prometerlo.

Me miró.

—¿Por qué?

Sonreí, demasiado ligera para ser verdad.

—Porque estoy aquí para ganar estas elecciones con él.

La frase salió limpia, sin temblor.

Pareció relajarse por un instante.

—Bien.

—No celebres aún —murmuré, moviendo la pieza—. Jaque.

Estevam miró el tablero, irritado.

—Mierda.

—Dije que iba a ganarte.

Soltó una risa sin humor.

—Eres peligrosa, Lily.

Yo solo sonreí.



Adrian Keaton

—Estevam —lo llamé, observándolo reír mientras jugaba con Lily.

—Ya voy —respondió, mirando por encima del hombro—. Tendremos revancha —añadió para ella antes de levantarse.

Lily sonrió, demasiado satisfecha con la victoria.

—¿Ha pasado algo? —preguntó él.

—Acabo de recibir un correo de Alexander Ashford —respondí.

Los ojos de Estevam se iluminaron.

—¿En serio? Déjame ver. —Prácticamente me arrebató la tablet de la mano—. ¿Hoy? ¿Quiere verte hoy?

—Eso parece.

—Perfecto —dijo, entrando ya en modo estratega—. Irán tú y Lily. Necesitamos mostrar la imagen correcta: hombre enamorado, futuro jefe de familia, estabilidad.

Se volvió hacia Lily, demasiado animado.

—Lily, hoy Adrian tiene una cena muy importante. Necesitamos fondos para la campaña. Mucho dinero.

Ella parpadeó una vez, asimilando la información.

—¿Y qué debo hacer?

—Nada —respondí, seco—. Sentarte a mi lado, cenar, tomar un poco de vino y sonreír.

Alzó una ceja, sin ofenderse.

—Perfecto. Entonces es exactamente lo que ya he estado haciendo. ¿Cuánto necesitan?

Estevam rió.

—Estamos hablando de millones, pero vamos a sugerir un millón para empezar.

Suspiré, pasándome la mano por el rostro.

—Eso no es asunto tuyo, Lily —dije, más enfático esta vez.

Me miró con calma.

—Solo tenía curiosidad.

—Limítate a hacer tu parte —repliqué.

El silencio se instaló por un segundo.

Estevam carraspeó, rompiendo el ambiente.

—Centrémonos en lo importante. Esta cena puede asegurar meses de margen para la campaña.

Lily asintió, compuesta.

—Entonces sonrío —dijo simplemente—. Y no hago preguntas.

Era exactamente lo que esperaba.

15



Adrian Keaton

Lily terminaba de arreglarse frente al espejo cuando toqué una vez la puerta y entré.

Estaba de espaldas en el primer instante. Ajustaba el cabello con calma, como si no hubiera ninguna prisa en el mundo. Cuando se giró, tuve que contener el impulso automático de detenerme.

Como siempre, estaba hermosa. No bonita. Hermosa, espectacular.

—¿Crees que estos pendientes combinan? —preguntó, levantando la mano hasta la oreja.

Me acerqué lo suficiente para mirar.

—Combinan —respondí, desviando ya la mirada hacia el reloj en mi muñeca—. Vamos a llegar tarde.

Sonrió a través del reflejo del espejo, satisfecha, y volvió a mirarse como si esa respuesta hubiera sido exactamente lo que quería oír.

—Listo —dijo por fin, tomando el bolso—. Podemos irnos.

Asentí, abriéndole espacio para que pasara primero. No dije nada más.

El trayecto fue silencioso.

Evité conversaciones a propósito. Era peligroso. Hablar demasiado llevaba a la intimidad, y la intimidad no formaba parte del acuerdo. Lily no pasaba de ser una empleada extremadamente bien pagada; así era como necesitaba verla.

El conductor se detuvo frente al restaurante.

Lujo absoluto. Discreto. Impecable.

Aun así, la expresión tranquila de Lily no cambió en nada. Ninguna sorpresa. Ningún deslumbramiento. Ningún comentario fuera de lugar. Eso me hizo observarla con más atención.

¿Qué sería capaz de impresionarla, al fin y al cabo, si ni siquiera el peso de aquel lugar la hizo abrir la boca medio milímetro?

—A juzgar por la dirección, la comida aquí debe de ser muy buena —comentó, casual.

—No siempre los lugares hermosos ofrecen buenas comidas —respondí.

—Tienes toda la razón.

El maître se acercó de inmediato.

—Diputado, lo acompaño hasta la mesa.

—¿Mi invitado ya ha llegado? —pregunté, consultando el reloj.

—Aún no, señor.

Sentí la irritación subir. Odiaba los retrasos. Incluso cuando algo podía beneficiarme.

Aparté la silla para que Lily se sentara. A nuestro alrededor, las miradas se volvieron hacia nosotros. Susurros bajos. Curiosidad.

Lily manejó la situación como si hubiera nacido para ello. Sonreía con simpatía, hacía un leve gesto de saludo, sostenía las miradas sin parecer presuntuosa.

—Le gusto a la gente —comentó, con un orgullo contenido.

Reconocí ese sentimiento de inmediato.

Así me sentí en mi primera elección. Esa sensación peligrosa de ser querido, de ser aceptado, de creer que el mundo estaba de mi lado.

—Les gusta la imagen —respondí, seco.

Sonrió como si no le importara.

Fue entonces cuando Alexander Ashford cruzó el salón, acompañado por la recepcionista. Caminaba con postura firme, expresión seria. Alcé ligeramente la barbilla, listo para saludarlo.

Pero él redujo el paso. Dudó. Se detuvo.

Su mirada no estaba en mí.

Lily, que aún observaba el entorno, siguió la dirección de mi mirada. En el instante en que sus ojos se encontraron con los de él, algo cambió.

Alexander Ashford se quedó inmóvil en medio del salón y entendí que estaba mirando a la mujer sentada a mi lado.



Lily Hale

Por unos segundos, me quedé inmóvil.

Paralizada.

Alexander estaba allí. De verdad. Y, en cuestión de segundos, podía quedar desenmascarada.

Mi corazón se disparó. La respiración falló. Alcé la mirada hacia él, desesperada, y negué con la cabeza, en una súplica silenciosa, casi infantil.

Por favor.

Frunció el ceño, confundido. Dudó lo suficiente para que sintiera el pánico atravesarme por completo. Entonces respiró hondo y volvió a caminar hacia nosotros.

—Diputado —dijo, extendiendo la mano.

—Alexander, es un placer verlo de nuevo —respondió Adrian, firme—. Esta es mi prometida, Lily Hale. Nos casaremos en unos días.

Tragué saliva.

—Es un placer, señor —dije demasiado rápido, antes de que pudiera decir algo.

Alexander sostuvo mi mano un segundo más de lo necesario.

—El placer es mío, señorita Hale.

No estaba cómodo.

Yo mucho menos.

Nos sentamos, e intenté mantener la serenidad, pero por dentro todo giraba. Estaba curiosa. Aterrada. Confundida. Quería saber cómo mi tío estaba manejando mi desaparición. Qué se había dicho. Qué se estaba ocultando. Era evidente que mi primo ya lo sabía. Alexander fue adoptado por mi tío cuando tenía catorce años, después de que su madre, nuestra empleada, falleciera. Creció en esa casa como un hijo que nunca fue oficialmente reconocido, pero que siempre estuvo allí.

Mientras Adrian hablaba sobre cifras, inversiones y proyecciones, yo solo podía pensar en una cosa: **¿cuánto tiempo más sobreviviría aquel secreto?**

—¿Un millón? —preguntó Alexander de repente.

Esta vez, me miraba directamente.

Adrian interrumpió la frase a la mitad y volvió la mirada hacia mí también.

—Parece encantado con mi prometida —comentó, con una media sonrisa.

—Solo me recuerda a alguien que conozco —respondió Alexander, contenido—. Disculpe si lo he incomodado.

—¿Una hermana? —Adrian inclinó ligeramente la cabeza—. ¿Una prima?

Hizo una breve pausa.

—¿O una novia?

Enfatizó la última palabra a propósito.

Alexander sostuvo la mirada un segundo, luego sonrió, casi imperceptible.

—Un millón —repitió, como si regresara al tema.

—¿Qué opina, señorita Hale? —preguntó entonces, sin apartar los ojos de mí.

Mi corazón se disparó.

No debería estar nerviosa. Aquella era exactamente el tipo de pregunta que respondería sin pensar. Tenía argumentos. Cifras. Estrategia. Podía enumerar razones suficientes para convencer a cualquier consejo de invertir más. Pero, por algún motivo, respiré hondo… y dejé que la verdad escapara sin disfraz.

—Seis millones —dije.

No fue una petición. Sonó como una orden, ya que el dinero saldría de las arcas de mi empresa. Adrian tosió, claramente sorprendido.

—¿Seis millones? —repitió, volviéndose hacia Alexander—. Creo que ha habido un error…

—No lo ha habido —lo interrumpió Alexander, calmado—. Seis millones, entonces.

Adrian me miró, incrédulo.

—¿Estás aprobando el presupuesto así? ¿Ahora?

—Sí —respondió Alexander, simple—. Aprobado. Mañana el monto estará en la cuenta del partido.

El aire pareció escasear a mi alrededor. El pecho se me apretó. Necesitaba salir de allí antes de que mi cuerpo lo delatara todo.

—Con permiso —dije, levantándome demasiado rápido—. Necesito ir al baño.

—Espero ser invitado a la boda —dijo Alexander, haciéndome detener a mitad del movimiento.

Respiré hondo antes de girarme.

—Está invitado, señor Alexander.

Forcé una sonrisa educada, ajusté el vestido con las manos ligeramente temblorosas y caminé hacia el pasillo.

Me quedé unos minutos frente al espejo del baño. Me mojé el cuello, las muñecas, respiré hondo varias veces, intentando convencer a mi cuerpo de acompañar la mentira que llevaba sosteniendo tan bien.

Cuando por fin salí, Alexander estaba allí, apoyado en la pared del pasillo, con los brazos cruzados, el semblante duro.

—¿Qué es esto, Lily Anne? —preguntó en voz baja.

El estómago se me contrajo al oír mi nombre completo.

—¿Esto qué? —respondí, manteniendo la voz firme.

—Creíamos que estabas muerta.

Sostuve la mirada.

—No vi ninguna noticia. Ninguna petición de ayuda. Ninguna búsqueda oficial.

—Vine aquí por eso —dijo, dando un paso al frente—. Para buscarte.

Había rabia en él. Abrí el bolso, saqué una tarjeta sencilla con un número escrito a mano y se la extendí.

—Llámame —dije—. Hablamos en otro momento.

No tomó la tarjeta de inmediato.

—No puedes casarte.

Solté una risa breve, sin humor.

—Claro que puedo.

—Anne… —dijo, ahora irritado, casi suplicante—. No entiendes lo que estás haciendo.

—Lo entiendo perfectamente —respondí—. Y por eso lo estoy haciendo.

Cerró los ojos un segundo, como si intentara contener algo que ya no cabía dentro de él.

Empujé la tarjeta contra su pecho.

—Llámame.

Pasé a su lado sin esperar respuesta.

—Lily —me llamó, más bajo.

No me giré. Seguí caminando sin mirar atrás.

16



Lily Hale

Adrian me esperaba junto a la mesa.

Su mirada estaba clavada en mí de un modo que hizo que mi espalda se tensara. Solo segundos después entendí el motivo: había un guardia justo detrás de mí. Él hizo una leve señal con la cabeza, confirmando algo.

—¿De qué hablaron? —preguntó Adrian, en voz baja.

—¿Quiénes? —respondí, eligiendo el único camino posible. Fingir. Una vez más.

—¿Qué mierda está pasando, Lily? —gruñó, dando un paso hacia mí.

—No sé de qué estás hablando —murmuré, consciente de las miradas alrededor—. Ahora para. La gente está mirando.

Me di la vuelta y caminé hacia la salida antes de que pudiera decir algo más.

Me alcanzó en el estacionamiento, cerca del coche. Sentí su mano rodear mi nuca de repente, firme, sin aviso. El tirón fue rápido, preciso, y entonces me besó.

No fue un beso gentil. Fue exigente. Caliente. Un beso que me dejó sin aire y me desarmó por dentro. Mi corazón se disparó de

un modo ridículo. Me estaba involucrando demasiado, y eso era una mierda. Porque él no sabía quién era yo y yo no podía decírselo. Aún no.

El beso terminó tan abruptamente como empezó, pero él no me miró. La mirada de Adrian pasó por encima de mi hombro y se fijó en algo detrás de mí. Giré el rostro siguiendo la dirección de sus ojos.

Alexander estaba allí.

—¿Me besaste por él? —pregunté; la decepción se me escapó antes de poder contenerla.

Adrian no respondió. Abrió la puerta del coche y se quedó allí, esperando a que subiera.

—¿No vas a responder? —insistí, sintiendo que su silencio me hería más que cualquier palabra.

Entré en el coche.

—¿Qué mierda fue eso, Lily? —estalló en cuanto la puerta se cerró—. La cifra. Las miradas. Él yendo detrás de ti.

—No tengo idea de lo que estás hablando —respondí, demasiado firme para alguien que estaba mintiendo.

Golpeó el asiento con fuerza.

—No voy a permitir que me tomes por idiota. Tenemos un contrato.

—¡No hice nada! —repliqué, sintiendo el nudo en el pecho apretarse—. ¿Aún no lo has notado?

Me miró, con los ojos duros.

—¿Notar qué?

—¡Que me gustas! —grité.

El coche quedó en un silencio absoluto.

Adrian se quedó paralizado.

El aire entre nosotros se volvió demasiado denso para respirar.



Adrian Keaton

¿Le gusto? ¿Cómo que le **gusto**? ¿Qué mierda estaba diciendo esa chica?

—Conduzca —le grité al conductor.

El coche arrancó de inmediato.

No dije nada más. No porque no quisiera, sino porque no había palabras suficientes para ordenar lo que estaba ocurriendo dentro de mi cabeza.

Miedo, rabia, irritación, desconfianza y algo peor. Algo que me negaba a nombrar.

Me pasé la mano por el rostro, sintiendo la tensión latir en la mandíbula. Miré por la ventana, cualquier cosa que no fuera ella. Porque, si la miraba, tal vez diría algo que no podría retirar después.

Había roto la regla más básica. No sentir.

Ese era el acuerdo implícito desde el principio. Un contrato frío, limpio, sin espacio para confusión emocional. Y ahora venía con eso, lanzando una palabra como si no fuera una granada.

¿Le gusto?

—Eso no estaba en el acuerdo —dije por fin, con la voz demasiado controlada.

Ella permaneció en silencio.

El coche avanzaba por las calles iluminadas, pero yo apenas veía la ciudad. Mi mente estaba atrapada en la imagen de Alexander de pie en el estacionamiento. Su mirada. El reconocimiento. La forma en que la observó.

Aquello no había sido normal.



El coche se detuvo en la entrada de la casa. Lily bajó antes que yo, con pasos firmes.

—Lo siento —dijo en cuanto oyó mis pasos detrás de ella.

No se giró. Siguió caminando.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por gustarme de ti —respondió, ya subiendo las escaleras.

La frase me golpeó como algo físico.

—Vamos a cancelar la boda.

Se detuvo en medio del siguiente escalón.

—¿Cancelar?

—Sí —respondí—. No vamos a correr el riesgo de que esto se salga de control.

No dijo nada. Solo volvió a subir y cerró la puerta del cuarto de un golpe.

Debería haber ido a dormir, beber o simplemente ignorarlo. Pero no hice ninguna de esas cosas. Fui tras ella.

—Mañana hablaré con Estevam —dije desde el otro lado de la puerta—. Encontraremos la forma de arreglar este desastre.

La puerta se abrió de repente.

—¿Qué es exactamente lo que te molestó? —preguntó.

—Que tengas sentimientos —respondí sin rodeos—. Eso no estaba en el acuerdo.

Respiró hondo, como si estuviera conteniendo algo desde hacía demasiado tiempo.

—Me ocuparé de mis sentimientos —dijo—. Prometo que saldré de tu vida en cuanto todo esto termine.

—No puedo confiar en eso.

—¿En qué? —replicó—. ¿En que no voy a convertirme en un problema?

Di un paso hacia ella.

—Los sentimientos no obedecen promesas.

Me sostuvo la mirada durante unos segundos.

—¿De qué tienes miedo, Adrian? —preguntó, más baja—. ¿De que sea como tu exesposa?

Todo mi cuerpo se tensó.

—¿Qué sabes de ella?

—Lo que comenta todo el mundo —respondió—. No es precisamente un secreto. Deja de huir de ese tema. No es ninguna novedad lo que pasó.

Apreté la mandíbula.

—Entonces entiendes por qué no quiero una relación —dije —. No quiero una esposa. No quiero nada que implique sentimientos.

—Lo entiendo perfectamente —respondió, sin ironía.

Parecía… tranquila. Aceptándolo. Eso me incomodó más que si hubiera discutido.

—Entonces no lo compliques —continué—. Sé racional. Sé lo que acordamos que serías.

Asintió despacio.

—Sé ser racional —dijo—. Lo he sido toda mi vida.

Hubo algo en esa frase que no terminé de comprender.

—Buenas noches, Adrian.

Esta vez cerró la puerta con cuidado.

Me quedé de pie en el pasillo más tiempo del que debería.

No era rabia lo que sentía. Ni alivio.

Era la incómoda sensación de que, al intentar cancelar la boda, no estaba huyendo de ella. Estaba huyendo de mí mismo.

17



Lily Hale

Desperté con el teléfono vibrando sobre la mesita.

Número desconocido.

Pero considerando que solo Adrian y Estevam tenían mi número, fue fácil adivinar quién era incluso antes de contestar.

Alexander.

Dejé que sonara una vez más. Y otra. No se rendiría.

—Hola —contesté por fin, con la voz aún cargada de sueño.

—Necesito verte.

Cerré los ojos un segundo.

—Hoy no puedo. Tengo compromisos, entrevistas, prueba de vestido…

—A las diez —me interrumpió—. Te voy a enviar la dirección.

—Alexander… —empecé, ya sintiendo que no me lo pondría fácil.

—Es eso —continuó, sin elevar el tono— o impido esa boda, Anne.

Mi corazón se disparó.

—No harías eso.

—No me pongas a prueba.

Me incorporé en la cama de golpe, la sábana resbaló por mis hombros.

—No entiendes lo que está en juego.

—Lo entiendo perfectamente —respondió—. Quiero entender cómo pasó esto.

—Estoy viva —repliqué—. Y eso ya debería significar algo.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Precisamente por eso —dijo, más bajo—. Porque estás viva y debes volver a tu lugar.

—No tienes derecho a decidir eso por mí.

—Tengo el deber —respondió—. Somos familia, ¿lo olvidaste?

Cerré los ojos, sintiendo la irritación subir.

—A las diez —repetí—. Mándame la dirección.

—Ya te la estoy enviando.

La llamada se cortó antes de que pudiera decir algo más. Me quedé sentada en la cama, mirando al vacío, mientras el teléfono vibraba otra vez con el mensaje.

—Qué irritante —murmuré, lanzando las piernas fuera de la cama.

Caminé al baño todavía aturdida, abrí el grifo y miré mi reflejo en el espejo. Ojos demasiado atentos para alguien que debería estar tranquila. La mente acelerada, calculando rutas de escape.

Necesitaba crear una buena excusa.

Una excelente excusa.

Adrian no era un hombre que aceptara evasivas. Analizaba todo. Gestos, pausas, tonos de voz. Cualquier incoherencia se convertía en sospecha.

Me mojé el rostro, respiré hondo.

La enfermedad no funcionaría. Llamaría a un médico. Tenía que ser algo plausible.

Me arreglé con un cuidado excesivo.

Nada llamativo. Nada que levantara preguntas. Un vestido sencillo, zapatos bajos, el cabello recogido de un modo demasiado práctico para alguien que estaba a punto de casarse. Era casi irónico.

Bajé a desayunar con el mismo control que venía usando desde el principio.

Adrian ya estaba en la mesa, la tablet a la izquierda, la taza de café intacta a la derecha. Leyó algo durante dos segundos antes de levantar la vista hacia mí.

La mirada evaluó demasiado rápido para ser casual.

—Buenos días —dijo, neutro.

—Buenos días.

Me senté frente a él, me serví café, no lo probé. El silencio se extendió unos segundos, denso, conocido.

—Voy a tener que salir en unos minutos —dije, directa.

No respondió de inmediato. Solo dejó la tablet lentamente sobre la mesa.

—¿Adónde?

Alcé la mirada hacia él, sosteniéndola.

—No importa.

Su ceja se movió apenas.

—Lily…

—Adrian —interrumpí, demasiado tranquila—. No voy a inventar una excusa.

El silencio regresó, más pesado.

—Tenemos una agenda hoy —dijo—. Lo sabes.

—Lo sé. Pero también sé otra cosa.

Apoyé las manos sobre la mesa, inclinándome un poco hacia adelante.

—Tenemos un contrato. Y en él está muy claro: cada uno con su vida.

Me miró durante unos segundos demasiado largos.

—Eso no significa desaparecer sin avisar.

—Avisé —respondí, simple—. Estoy avisando ahora.

Apretó la mandíbula.

Me levanté antes de que pudiera responder. Tomé el bolso con una calma calculada, como si aquello no fuera una pequeña, pero significativa ruptura.

—Volveré antes del final de la mañana —añadí.

No dijo nada.

Pasé a su lado sin tocarlo, sin mirar atrás.

Cuando crucé la puerta, sentí el peso exacto de lo que acababa de hacer.

—No necesito seguridad. Ni conductor —avisé, ya caminando hacia la salida—. Voy a tomar un taxi.

Algunos empleados intercambiaron miradas tensas. Abrí el bolso con naturalidad, saqué una gorra sencilla y unas gafas oscuras. Me las puse allí mismo, como si fuera el gesto más banal del mundo.

—Pero, señora… —intentó uno—. Tenemos órdenes de seguirla.

—Hoy no —respondí, sin detenerme—. Digan que estoy bien.

No esperé respuesta.

En la acera, levanté la mano y detuve cualquier taxi. Subí al asiento trasero, di la dirección y apoyé la cabeza en el cristal

mientras la ciudad comenzaba a pasar demasiado rápido.

El conductor se detuvo en la dirección indicada. El edificio estaba a pocas cuadras de la empresa. Subí deprisa, sin mirar atrás.

Alexander ya me esperaba.

En cuanto abrió la puerta, me atrajo a un abrazo fuerte, cálido, desesperado. De esos que solo alguien que creyó haber perdido a alguien para siempre es capaz de dar.

—Te extrañé —dijo, con la voz quebrada—. Tuve miedo de no volver a verte.

Tragué saliva, hundiendo el rostro en su hombro.

—Lo sé. Yo también tuve miedo. Miedo de morir.

Se apartó un poco, sujetándome el rostro con ambas manos.

—¿Cómo que morir?

—Intentaron matarme —dije por fin—. Y uno de ellos… quizá el único que no quería que muriera… me advirtió. Me dijo que huyera. Que no regresara. Que, si intentaba volver, no me dejarían con vida.

Alexander se pasó la mano por el cabello, aturdido.

—Esto es una locura, Anne. Simplemente desapareciste. Abandonaste a todos.

—No sé quién quiere matarme, Alex —respondí, con la voz temblando pese al esfuerzo por mantenerla firme—. ¿Qué querías que hiciera?

—Que te quedaras con tu familia —replicó—. Podríamos haber puesto un batallón de seguridad a tu alrededor.

Negué con la cabeza.

—No sabemos quién fue. Y tengo miedo… —dudé—. Miedo de que haya sido mi tío.

Su rostro se endureció.

—No. Él no haría eso.

—No confío —respondí, sin rodeos—. Si muero, él se queda con todo. Con la empresa. Con el legado. ¿Quién más tendría motivos para quererme muerta? Mi regreso no fue exactamente… bien recibido.

—Anne… no —murmuró, casi suplicante.

—Por favor, Alex. Solo apóyame —pedí—. Voy a ser primera dama. Me siento segura con Adrian. ¿Quién intentaría matar a la esposa del futuro presidente?

Me observó durante largos segundos.

—¿Él sabe quién eres? No. Por la cena de ayer, quedó claro que no —preguntó y se respondió a sí mismo.

Respiré hondo.

—Cree que perdí la memoria el día del accidente. Y quizá sea bueno que mi tío también lo crea. Si no recuerdo, salgo del radar por un tiempo. Gano tiempo. Yo… no lo sé. Solo sé que necesito tiempo.

—No te cases con él —dijo Alexander, directo.

—Es un contrato —respondí—. Él necesita una esposa. Yo necesito a alguien como él para protegerme. Por lo demás, no necesita saber nada. Cuando el contrato termine, espero que todo esté resuelto y pueda volver a casa.

—¿No te gusta? —preguntó, demasiado atento.

Me giré, caminando hacia la ventana.

—Es un poco difícil no encariñarse.

Alexander suspiró, claramente insatisfecho.

—No me gusta esto, Anne.

—Quédate de mi lado —pedí, girándome hacia él—. Solo confío en ti.

Asintió despacio.

—Nunca te abandonaría. Ni siquiera cuando decides financiar su campaña.

—Quiero ser primera dama —respondí—. Y él necesita patrocinio. Seis millones no van a afectar en nada el presupuesto de la empresa.

—Voy a vigilarte —dijo—. A él. A todo esto.

Sonreí, cansada, pero agradecida.

—Lo sé.

18



Adrian Keaton

—Seis millones —repetí, mirando a Estevam, que aún parecía procesar la información.

—Es mucho más de lo que esperábamos —admitió, incrédulo.

—Sí. Mucho más —coincidí—. Especialmente considerando que pasó toda la cena codiciando a mi prometida. Y lo peor: ella parecía… interesada.

Estevam frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Dijo la cifra de inmediato. Sin dudar. Sin titubear. Mientras se miraban —continué, irritado—. Seis millones. Y él ni lo pensó. Solo respondió que al día siguiente el dinero estaría en la cuenta del partido. Y está.

Estevam soltó un silbido bajo.

—Esa chica es una caja de sorpresas.

—Sí —coincidí—. Y odio las sorpresas.

—Centrémonos en lo importante, Adrian —cortó, pragmático —. Tenemos un patrocinador generoso y una esposa que los votantes adoran. No podemos cambiar la estrategia ahora.

Me pasé la mano por el rostro.

—Lo sé.

—Su luna de miel será en las Maldivas —continuó, deslizando ya el dedo por la tablet—. A Lily le gusta la playa. Se lo pregunté.

Alcé una ceja.

—¿Le preguntaste?

Reí, sin humor.

—Sí. La gente espera saber dónde será, cómo será… ya sabes. A los rumores les encanta eso.

—¿Tres días? —pregunté.

—Exactamente tres días. Aprovéchalos al máximo —dijo con una sonrisa.

—Lo haré —respondí, con ironía—. Mantendré la tablet abierta y trabajaré hasta el agotamiento.

Rió con burla.

—Eres un idiota si haces eso —dijo Estevam, apartándose de mí y acercándose a la ventana.

El sonido de un coche acercándose llamó su atención.

—Lily ha vuelto.

Apreté la mandíbula.

—Ni siquiera quiero preguntar adónde fue —mi tono salió cargado de puro odio.

—Eso no es relevante —respondió, sin girarse—. Mientras sea discreta.

—¿Qué? —pregunté, incrédulo.

Se volvió finalmente hacia mí.

—Eso es exactamente lo que oíste. O actúas como un hombre y haces que esa mujer colabore… o se va a encantar con el primero que le ofrezca eso.

—¿Colaborar cómo? —gruñí.

—Aprovecha la luna de miel, haz que se sienta deseada, protegida —enumeró con frialdad—. ¿De verdad crees que una mujer como ella aceptará ser solo un adorno por mucho tiempo?

—Aceptó el contrato —repliqué.

—Los contratos no retienen a las personas, Adrian —respondió Estevam, seco—. Solo los intereses las retienen. O los sentimientos.

—¿Estás sugiriendo que yo…? —me detuve antes de terminar.

—Estoy sugiriendo que dejes de tratarla como a una empleada bien pagada —concluyó—. Porque, si tú no ocupas ese espacio, alguien más lo hará.

El coche se detuvo afuera, la puerta principal se abrió. Lily había vuelto.

No pude ocultar la expresión de descontento. Mi mandíbula se tensó en el mismo instante. Entró con calma, dejó el bolso sobre el sofá y me sonrió del mismo modo en que sonreía a los votantes.

—Te ves muy bien —comentó Estevam, casi aliviado.

—¿De verdad? —preguntó ella, tocándose el rostro, como si realmente quisiera comprobarlo.

—Estevam —interrumpí, seco—. Creo que lo que tenías que hacer aquí ya está hecho.

Entendió el mensaje de inmediato.

—Voy al comité —dijo, caminando ya hacia la puerta.

No hubo despedidas. La puerta se cerró demasiado rápido.

Fui al bar sin decir nada y me serví un vaso de whisky. Lo llevé a los labios y lo bebí de un trago, sintiendo el ardor descender quemando.

—¿Dónde estabas? —pregunté, sin girarme.

—Resolviendo algunas cosas —respondió Lily con naturalidad.

—Sola.

—Sí.

Entonces me giré, apoyando una mano en la barra.

—Acordamos discreción.

—Y fui discreta —replicó—. No di entrevistas, no me vieron con nadie relevante, no hice nada que te perjudicara.

—Desapareciste —corregí.

Sostuvo mi mirada.

—Avisé que saldría.

El vaso hizo un leve chasquido al dejarlo sobre la barra, con más fuerza de la necesaria.

—Mañana te casas conmigo —dije en voz baja—. No es momento de poner a prueba los límites.

—No estoy poniendo nada a prueba —respondió.

—No hagas esto conmigo hoy —dije por fin—. No ahora, con nuestra boda tan cerca.

Respiró hondo. No fue un suspiro dramático ni ensayado. Fue contenido.

—Si no quisiera casarme contigo, ya me habría ido.

Di un paso hacia ella.

—Entonces, ¿por qué pareces tan lista para hacerlo? Hoy saliste sola. Desapareciste. Volviste con esa sonrisa… —hice un gesto vago con la mano—. Demasiado satisfecha.

Alzó la barbilla.

—¿Estás celoso?

Solté una risa breve.

—No seas ridícula.

—Entonces, ¿por qué mi sonrisa satisfecha te molesta?

Antes de que respondiera, pasó a mi lado, como si fuera a subir las escaleras. La sujeté del brazo.

—No me des la espalda cuando te estoy hablando.

Se detuvo. Lentamente, giró el rostro hacia mí. Estábamos demasiado cerca ahora. Lo suficiente para sentir su perfume leve, para notar cómo su respiración había cambiado.

—No levantes la voz conmigo —dijo en voz baja—. Y no me toques así.

La jalé sin aviso, sin darle oportunidad de protestar. El beso no tuvo nada de gentil. Fue urgente, dominante, cargado de todo lo que había estado fingiendo no querer sentir. Jadeó contra mi boca, un sonido breve, casi una súplica, antes de devolverme el beso con la misma hambre.

La mano que sujetaba su muñeca se deslizó hasta su cintura. La apreté con firmeza, atrayéndola más, hasta que no quedó ningún espacio entre nosotros.

Gimió. Bajo. Ronco.

—No puedes… —susurró contra mis labios.

—Puedo. —Mi voz salió arrastrada, áspera.

Su respiración falló. Mis dedos se deslizaron por debajo de la blusa, piel contra piel, hasta alcanzar sus pechos. Se estremeció.

—Tiembla por mí —murmuré, pegando mi boca a su cuello, sintiendo el escalofrío que recorrió toda su piel.

Bajé la mano. Sin prisa. Sin pedir permiso. Pasé por su abdomen, por la cintura, hasta meter la mano bajo la falda.

—Estás mojada.

Jadeó, intentó girar el rostro, pero la sostuve. Mantuve el toque firme entre sus piernas, lo suficiente para hacerla gemir sin control. Mis dedos acariciaron despacio, provocando. Estaba a punto de suplicar. Y fue entonces cuando me detuve.

Me aparté.

Rápido. Frío.

Le tomó un segundo entender. Otro abrir los ojos, confundidos, hambrientos.

—¿Qué…?

Una sonrisa torcida apareció en mis labios.

—Tenemos una cláusula en el contrato —dije, mirándola directo a los ojos— que dice que no puedo tocarte sin permiso.

Incliné el rostro hasta su oído, mi respiración cálida rozó su piel.

—Así que… tienes que pedirlo.

Su garganta se contrajo. Las manos aún estaban tensas, el cuerpo rígido.

—Idiota —escupió, furiosa.

—¿Vas a hacerlo? —la provoqué—. ¿Vas a pedirme que vuelva a meterte los dedos? ¿Que te haga correrte?

No respondió, solo subió las escaleras con prisa y la oí cerrar la puerta del cuarto con fuerza.

19



Lily Hale

Desperté con el ruido metálico de estructuras montándose afuera, voces amortiguadas, pasos apresurados, el sonido de un día que no esperaba a nadie. Hoy era el gran día. El día en que dejaría de ser solo Lily para convertirme en la **señora Keaton.**

Me quedé unos segundos mirando el techo, intentando ordenar los pensamientos. En vano. El contacto de ese infeliz aún hacía que mi cuerpo reaccionara contra mi voluntad. Irritante. Inconveniente. Delicioso.

Me senté despacio en la cama, acercando más el batín a mi cuerpo. El corazón latía demasiado rápido para una novia a punto de subir al altar por contrato. Tal vez era ansiedad. Tal vez era miedo. Tal vez era la incómoda conciencia de que estaba a punto de cruzar una línea sin saber exactamente dónde terminaba.

Caminé hasta la ventana. El jardín estaba irreconocible. Flores blancas por todas partes, sillas alineadas, telas ligeras ondeando con el viento de la mañana. Hermoso. Perfecto.

—Así que es esto —murmuré para mí misma—. Me voy a casar.

Hubo un golpe discreto en la puerta.

—¿Señora? —la voz femenina de una empleada sonó cautelosa—. El equipo ya llegó. Cuando quiera…

Respiré hondo antes de responder.

—Ya voy.

Cerré los ojos un instante. Pensé en su mirada la noche anterior, en el beso, en la forma en que se apartó cuando dijo que tendría que pedir que me tocara; es él quien tiene que suplicar por tocarme.

Abrí la puerta. El pasillo estaba lleno de gente. Maquilladores, asesores, fotógrafos, demasiada gente para un día que solo debería ser **especial si fuera real.** El aire olía a laca y café. Sonreí a quien debía sonreír, respondí "buenos días" en automático.

La sala del desayuno estaba demasiado luminosa para la cantidad de emociones que llevaba dentro. Adrian no estaba solo. Levantó la mirada en cuanto me vio, evaluando cada detalle.

—Lily —dijo, en un tono neutro, controlado—. Este es mi hermano, Jonathan. Y esta es su esposa, Jasmim.

Jonathan se levantó de inmediato al verme.

—Lily —dijo, con una sonrisa abierta—. Por fin nos conocemos.

—Es un placer —respondí, extendiendo la mano.

—Bienvenida a la familia Keaton… oficialmente —añadió.

Jasmim también se levantó. Era hermosa y joven, de una belleza suave.

Mi mirada se desvió un segundo hacia él. Adrian mantenía la expresión impasible.

—Gracias —respondí, volviéndome hacia ella—. Es bueno finalmente conocerla.

—Siéntese, por favor —Jasmim señaló la silla a su lado—. Imagino que hoy no podrá comer mucho.

Me senté. Sirvieron el desayuno. Hablamos de cosas pequeñas, el clima, la hora de la ceremonia, el viaje corto, y pensé en lo extraño que era sentarme junto a la hija de la exesposa de mi futuro marido, y lo más extraño era que ahora ella fuera su cuñada.

Jonathan era distinto de Adrian. Mientras Adrian calculaba escenarios, Jonathan parecía leer a las personas. Había una atención en la forma en que sus ojos recorrían los detalles, como si nada se le escapara. Supuse que sería por su profesión. Los jueces tienen que aprender a escuchar lo que no se dice.

Bajé la mirada hacia la taza de café antes de que pudiera ver más. Porque ese día no podía ser vista de verdad.

Solo necesitaba cruzar el altar. Decir "sí" y cumplir el papel que acepté desempeñar.

Me levanté cuando Adrian anunció que era hora de ir.



Adrian Keaton

Jonathan abrochó el último botón de mi chaqueta. Demasiado silencioso. Demasiado observador.

—Pareces… distante —dijo por fin, apartándose un paso para analizarme—. No exactamente nervioso. Solo… ausente.

Ajusté los puños de la camisa, mirando mi reflejo en el espejo alto del cuarto.

—No estoy aquí para emocionarme —respondí—. Estoy aquí para hacer que esto funcione y ganar.

—Pero el matrimonio no es una campaña.

—Para mí sí lo es —repliqué, sin elevar la voz—. El amor no gana elecciones. La imagen gana. La narrativa gana.

Él suspiró, como quien ya esperaba esa respuesta.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Dónde quedas en todo esto?

—Mi enfoque ahora es ganar. No amar. No crear vínculos que me vuelvan vulnerable.

Jonathan me miró durante largos segundos.

—No pareces infeliz —dijo—. Pero tampoco pareces… contento con esto.

—Hay ciertas cosas en la vida que son un lujo —repliqué—. Y yo no puedo darme el lujo de fallar ahora.

Se pasó la mano por el cabello, frustrado.

—Lily no es como Clarisse, pude verlo, es joven, tiene una sonrisa sincera y parece gustarle.

Mi mandíbula se tensó.

—No compares —dije en voz baja—. Sé exactamente lo que estoy haciendo.

—Eso es lo que me preocupa —respondió.

Un asistente llamó a la puerta, avisando que ya casi era la hora. Jonathan asintió y se apartó, asumiendo el papel que tendría en unos minutos: el hombre que nos uniría frente a todos.

Me quedé solo por unos segundos.

Respiré hondo.

Afuera, el jardín estaba listo. Las sillas dispuestas con simetría impecable. Flores blancas. Un altar sencillo, elegante,

calculado para parecer íntimo y, al mismo tiempo, digno de titulares.

Perfecto.

Bajé las escaleras y los invitados se levantaron cuando aparecí. Mantuve la sonrisa contenida, política.

Me posicioné en el altar.

Jonathan ya estaba allí, serio, compuesto. Los murmullos cesaron.

Entonces comenzó la música.

Me giré.

Lily apareció al inicio del sendero de piedra como si hubiera sido diseñada para ese escenario. El vestido era sencillo. Sin excesos. Sin ostentación. Pura elegancia.

El velo ligero dejaba ver su rostro y no parecía nerviosa; caminaba con calma, con la mirada en alto, la postura firme. No como alguien que estaba siendo llevada a un matrimonio por conveniencia, sino como alguien que elegía cada paso.

Cuando llegó a mi lado, sentí el peso real del momento.

No de la ceremonia, de las cámaras, sino de ella.

Jonathan comenzó a hablar. Palabras sobre compromiso, alianza, responsabilidad. Todo muy correcto. Muy adecuado.

Apenas lo escuché.

Miré a Lily de perfil. El leve subir y bajar del pecho. La respiración controlada. Los ojos atentos. Cuando Jonathan pidió que nos giráramos el uno hacia el otro, obedecí.

—Adrian Keaton —dijo—. ¿Aceptas a Lily Hale como tu esposa?

La miré.

No había súplica. Ni expectativa romántica. Solo negocio.

—Acepto —respondí.

Jonathan se volvió hacia ella.

—Lily Hale, ¿aceptas a Adrian Keaton como tu esposo?

Por un segundo, observé su rostro con absoluta atención. Era una mujer deslumbrante, del tipo que me volvía loco solo de pensar en la posibilidad de follarla.

—Acepto.

La palabra salió firme. Clara. Definitiva.

Y, en ese instante específico, antes de los aplausos, antes del beso, antes de cualquier puesta en escena pública, comprendí algo que no estaba en ningún contrato, ninguna cláusula, ninguna estrategia de campaña: acababa de decir "acepto" a alguien que quizá era mucho más peligrosa de lo que había calculado.

20



Lily Hale

No nos quedamos mucho tiempo en la fiesta. Adrian y yo fuimos directo al aeropuerto. El jet nos llevaría hasta la primera parada antes de las Maldivas.

Aún no entendía por qué tan lejos; podríamos haber ido a una playa mucho más cercana.

El trayecto fue demasiado silencioso.

Adrian abrió el tablet en cuanto se apagó la señal del cinturón y se sumergió en él como si entrara en una sala de guerra; ni siquiera me miró.

Me recosté en el asiento, observándolo de reojo. La mandíbula tensa, el ceño apenas fruncido, esa concentración fría que parecía apartar cualquier cosa que no fuera esencial. Ya no llevaba la chaqueta; la camisa blanca tenía las mangas arremangadas hasta el antebrazo, dejando ver venas discretas que intenté ignorar.

Intenté.

Tomé el teléfono, deslicé fotos sin verlas realmente y luego desistí. Crucé las piernas, las descrucé. Suspiré. Miré por la ventana hacia un cielo que parecía no terminar nunca.

Cuando finalmente aterrizamos, ya era de noche. El aire era cálido, húmedo, cargado de sal. El tipo de clima que pedía piel descubierta, pies descalzos, manos entrelazadas.

El tipo de clima que él ignoró por completo.

Fuimos directo al coche que nos esperaba. Adrian entró primero y volvió al teléfono en el mismo instante. Yo me quedé mirando alrededor: el camino iluminado por antorchas, el sonido del mar de fondo, todo absurdamente hermoso.

Llegamos al bungalow sobre el agua. Lujo absoluto. Madera clara, ventanas abiertas, el océano prácticamente invadiendo el espacio.

—Aquí —dijo, señalando vagamente.

Entré en silencio, demasiado desanimada para contemplar la naturaleza con fascinación. Dejó la maleta junto a la puerta, pasó a mi lado como si yo no existiera y siguió hacia el dormitorio, ya hablando en voz baja por teléfono.

Me quedé sola en la sala durante unos segundos.

Miré alrededor. El lugar era demasiado perfecto para alguien que estaba siendo ignorada en su propia luna de miel.

Apoyé las manos en la barandilla y miré el mar oscuro abajo.

Mi teléfono sonó y apareció un emoji de perrito en la pantalla. Así había guardado el número de Alex. Respiré hondo antes de responder y salí a la terraza, buscando un poco de aire.

—¿Dónde estás? —preguntó en cuanto contesté.

—Aparentemente… en mi luna de miel.

Soltó una risa nasal al otro lado de la línea.

—No fuiste a la boda —añadí.

—Iba a impedir que te casaras.

—Estoy bien, Alex.

—No es lo que parece.

Apoyé el antebrazo en la barandilla, mirando la oscuridad frente a mí.

—Bueno… en cierto modo soñé con mi boda, así que…

—Deja los sueños para cuando sea con el hombre que amas.

Cerré los ojos un segundo.

—Alex, en cierto modo quiero… que él guste de mí.

—Eso es carencia —respondió sin rodeos—. Has pasado demasiado tiempo sola con él.

—No empieces.

—Te extraño mucho. Nos veíamos todos los días en Suiza —dijo, con la voz más baja.

—Yo también te extraño. Extraño todo… aún me debes muchas películas y palomitas juntos.

Una sonrisa natural escapó de mis labios. Fue automática. Verdadera.

Y fue en ese momento cuando me giré, todavía sonriendo, apoyando la espalda en la barandilla.

Adrian estaba apoyado en la puerta de vidrio de la terraza. Un vaso de whisky en una mano y la otra demasiado relajada en el bolsillo del pantalón. La camisa blanca abierta, los botones sueltos revelando su abdomen perfecto. Los ojos azules clavados en mí con una intensidad que me hizo contener la respiración.

La sonrisa desapareció de mi rostro en el mismo instante.

Aparté el teléfono de la oreja, aún en silencio durante un segundo.

—Luego hablamos —murmuré a Alex—. Todo está bien.

Vaciló al otro lado de la línea.

—Anne…

—Te llamo —interrumpí con cuidado—. Lo prometo.

Colgué antes de que insistiera. Me quedé unos segundos mirando la pantalla apagada, como si pudiera salvarme de esa situación.

—Llamada animada —comentó él, con un tono burlón—. ¿La luna de miel suele inspirar ese tipo de nostalgia?

—Era un amigo —respondí, manteniendo el tono firme.

Bebió un sorbo de whisky sin apartar los ojos de mí.

—Amigo —repitió, como si probara la palabra—. Interesante la intimidad.

—No vamos a hacer esto ahora, Adrian.

—¿Hacer qué? —Se acercó un paso. Solo uno. Suficiente.— ¿Vivir vidas separadas?

—Pues eso, cada uno con la suya —repliqué.

Inclinó ligeramente la cabeza, estudiando mi rostro. Sus ojos recorrieron mi cara con una atención excesiva.

—¿Te volvió la memoria? ¿De dónde salió ese amigo?

—No todo el mundo en mi vida tiene que pasar por tu filtro —respondí, firme.

—Tiene que hacerlo cuando interfiere con mi imagen —replicó.

—No hice nada malo —respondí—. Contesté una llamada.





Adrian Keaton

Me miraba como si tuviera un único objetivo: provocarme. No con palabras altas ni con gestos exagerados. Era peor que eso. Era la mirada firme, la postura erguida, la calma de quien sabía exactamente dónde pisaba.

Quería sacarme de mi eje y lo estaba logrando.

La voz de Estevam resonaba en mi mente como un recordatorio incómodo: haz que quiera colaborar. Haz que se involucre. Haz que se quede.

Sabía lo que eso significaba. No era solo política. Era deseo. Cruzar una línea que, hasta entonces, yo había evitado con precisión quirúrgica.

Tal vez era cruel.

Tal vez egoísta.

Pero nunca construí nada relevante siendo demasiado gentil.

Si su satisfacción, emocional, física, cualquiera, podía convertirse en ventaja en las elecciones, no iba a escatimar esfuerzos. Y la verdad incómoda era que no sería un sacrificio. Porque la mujer frente a mí era… tentadora. Deliciosa en el sentido más peligroso de la palabra. Demasiado inteligente para subestimarla. Demasiado hermosa para pasar desapercibida.

No era dócil.

No era sumisa.

Era el tipo de pecado que no se pide, solo se comete.

Me acerqué un poco más, lo suficiente para que sintiera mi presencia sin tocarla. Aún. Observé cómo sostenía la mirada, cómo no retrocedía, como si desafiar fuera una decisión deliberada.

Debería mantener distancia. Eso sería lo correcto. Lo seguro. Pero la seguridad nunca ganó elecciones. Y en ese momento lo supe: si quería que colaborara, tendría que hacer que quisiera quedarse. No por obligación. No por contrato. Por voluntad… y esa sería la parte más peligrosa de todas.

—Entonces ¿por qué atendiste a otro hombre en nuestra noche de bodas?

No apartó la mirada.

—Estabas ocupado. Y no vi problema.

—¿No viste?

Me acerqué aún más, despacio, hasta que mis labios rozaron los suyos sin besarla. Un contacto mínimo.

—No vi —repitió, firme—. ¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a pegar? ¿Me vas a castigar?

Sonreí de lado.

—Voy a castigarte, sí.

Mis dedos se enredaron en su cabello con fuerza; tiré sin delicadeza, llevando su rostro hacia el mío. Mordí sus labios antes de atraparlos en un beso duro, hambriento. Ella gimió contra mi boca, y ese sonido… ese maldito sonido… me hizo perder el último rastro de control.

Hundí los dedos en su cabello con más fuerza, inclinando su cabeza hacia atrás, dejando expuesto su cuello delicado. También lo mordí, marcándolo.

—Vas a correrte, putita —murmuré contra sus labios—. Vas a correrte en la polla del marido al que provocaste.

Ella jadeó, los ojos cerrándose un segundo antes de volver a mirarme.

Me aparté lo justo para agarrar el vestido de novia por la cintura; la tela blanca se deslizó lentamente por su cuerpo. Me aseguré de hacerlo despacio.

El vestido cayó a sus pies. La lencería blanca delineaba su cuerpo, los pechos llenos sujetos por el encaje delicado.

Pasé los dedos por sus pechos, sintiendo los pezones duros bajo la tela.

—Estás así solo porque te toqué —la provoqué, inclinando la cabeza.

Se mordió el labio. No respondió.

Sonreí.

Bajé despacio, arrodillándome frente a ella. La escena era obscena. Ella de pie, piernas temblorosas, respirando rápido, mientras yo apartaba la ropa interior con los pulgares.

Mojada.

Empapada.

Caliente como el infierno.

—Joder… —murmuré, pasando dos dedos por su humedad—. Mira esto. Estás goteando por mí.

Gimió alto cuando rozó mi lengua.

Lambí despacio, sin prisa, solo provocando. De abajo hacia arriba. Saboreándola.

—¿Te gusta cuando te provoco así? —pregunté antes de succionar su clítoris con fuerza.

Casi perdió el equilibrio.

—No pares… —suplicó, clavando los dedos en mi cabello.

La chupé con ganas, sin piedad, alternando la lengua y la succión, mientras mis dedos se hundían en ella, abriéndola, sintiendo cuánto me deseaba ahí.

Las piernas temblaban. Las caderas se movían, desesperadas, buscando más contacto.

Aumenté la presión, la lengua más rápida, más firme. Chupé el clítoris con fuerza, tirando con la boca mientras empujaba profundo con dos dedos, luego tres, follándola y lamiéndola al mismo tiempo.

—Córrete para mí —ordené, ronco, hambriento, sin detener el movimiento—. Quiero sentirte correrte en mi boca. Quiero ese coño deshaciéndose para mí, ahora.

Gritó. Un sonido alto, desgarrado, impuro.

Todo su cuerpo se estremeció, los muslos cerrándose contra mi rostro, los músculos internos apretando mis dedos con fuerza, en una explosión de placer que llegó como una ola caliente, húmeda, descontrolada.

Se corrió. Fuerte. Abierta. Sudorosa. Jadeante.

Y yo lo lamí todo. Como quien tiene hambre. Como quien está adicto.

Cuando terminé, subí despacio, dejando un rastro de besos por el interior de su muslo, por el vientre, por los pechos aún agitados. Intentaba recuperar el aliento, pero los ojos estaban vidriosos. Aún entregada. Aún mía.

Mordí su pezón por encima del encaje blanco y volvió a gemir.

—Ahora… arrodíllate. Quiero tu boca llena de mí.

Se arrodilló frente a mí, el vestido de novia abandonado en el suelo, la lencería fuera de lugar, los muslos marcados por mis manos, su sabor aún en mis labios.

Sus ojos subieron hasta los míos.

—Nunca has hecho esto… —murmuré al notar su vacilación, mientras bajaba la cremallera y liberaba mi polla, dura, pesada, palpitante.

Tragó saliva y asintió levemente, mordiendo el labio inferior.

—Nunca —susurró.

Joder. Iba a hacerlo por primera vez. Conmigo.

—Entonces presta atención —dije, levantándole suavemente la barbilla para que me mirara—. Te voy a enseñar. Y vas a aprender bien… ¿entendido?

—Sí —respondió, con la respiración ya acelerada.

—Buena chica —la elogié, rozando la punta de mi polla en sus labios—. Primero… abre la boca. Solo un poco. Quiero ver esa boquita recibiéndome.

Obedeció despacio.

Pasé el pulgar por sus labios, luego por su lengua.

—Vas a usar esa lengua, ¿entiendes? Vas a lamer despacio, aquí —guié, sosteniendo la base de mi polla y frotando el glande contra su lengua—. Eso… así. No hace falta que lo tragues todo de golpe. Solo siente. Prueba.

Lambió.

Un gesto dudoso al principio, pero pronto más firme, más curioso. El calor de su boca era una tortura deliciosa.

—Más despacio… eso… ahora rodea con los labios. Eso. Chúpamela, putita.

Lo hizo.

—Joder… —gruñí, echando la cabeza hacia atrás un segundo —. No tienes idea de lo que me haces.

Le sujeté el cabello con una mano, guiando el ritmo, las caderas empezando a moverse suavemente, sin forzar.

—Usa la lengua aquí abajo también —indiqué—. Eso. Chupa como si quisieras ponerme de rodillas.

Fue ganando confianza. La mirada cambiando. La boca más caliente. Más intensa. Más segura de lo que quería hacer. Gemía bajo entre una chupada y otra, como si el sonido de mi placer alimentara el suyo.

—Tan bonita así… de rodillas… con mi polla en tu boca —murmuré, apretando aún más su cabello—. Si supieras lo loco que me vuelves…

Gimió. La vibración me rozó y casi me hizo correrme en ese instante.

—Métela más —ordené, con la voz más grave—. Abre bien esa boquita y traga un poco más. Eso… eso, joder. Hasta donde puedas. Y mírame. Quiero verte tragándome mientras me miras.

Las mejillas enrojecidas, la saliva deslizándose por la comisura mientras intentaba bajar más.

—¿Lo sientes? —murmuré, gimiendo bajo cuando su cabeza descendió más—. ¿Mi polla dura entrando en tu garganta virgen?

Moví las caderas despacio, follando su boca con más intensidad. Gimió y abrió más, dejándome entrar profundo.

—¿Vas a hacerme correr así? —la provoqué—. ¿Quieres mi leche en tu lengua, en tu garganta… o en tu cara, esposa?

Gimió más fuerte, succionando con fuerza, la mirada suplicante, devota.

—Joder… —gruñí, sintiendo el clímax subir rápido—. Entonces recíbelo… como una buena chica…

Me corrí con un gemido grave, contenido, el placer explotando mientras su boca me vaciaba hasta la última gota. Tragó. Todo. Sin apartar la mirada. Como si fuera lo más natural del mundo.

Y cuando me soltó con ese chasquido húmedo de los labios, jadeante, con la boca roja, las mejillas encendidas y la saliva brillando en el mentón, supe que nunca más podría mirar esa boca sin querer estar dentro de ella.

Me incliné y la levanté, tomando su boca en un beso intenso, caliente, posesivo.

Gimió entre el beso y la tumbé allí mismo, en el suelo de la terraza.

Deslicé la mano por su muslo, sintiendo el estremecimiento cuando mis dedos volvieron a su centro.

—Ahora voy a follarte.

Me coloqué entre sus piernas, separándolas con las rodillas, y sujeté mi polla en la base, rozando despacio su entrada apretada.

Empujé despacio, centímetro a centímetro.

Arqueó el cuerpo, los dedos clavándose en la madera, los ojos cerrados, la mandíbula tensa.

—Mírame —pedí, jadeante.

Obedeció. Y cuando nuestras miradas se encontraron, empujé hasta el fondo.

—Joder… estás apretada —murmuré, con la frente contra la suya.

Nos quedamos inmóviles unos segundos, sintiendo su pulso alrededor de mí. Luego me moví, lento.

Gimió. Roto. Sus manos se aferraron a mi espalda. Empecé un vaivén constante, saliendo casi por completo y volviendo a entrar hasta el fondo.

—Eso… siénteme. Grábame dentro de ti —susurré en su oído, mordiéndolo.

Enroscó las piernas en mi cintura, atrayéndome más.

—Córrete conmigo —pedí, acelerando—. Quiero sentirte romperte mientras te lleno.

Gimió más alto, las uñas marcando mi espalda y se corrió con un grito ahogado, el cuerpo temblando bajo el mío.

Me fui con ella.

Me corrí dentro, con un gemido profundo.

Me aparté apenas y vi el blanco del tejido manchado de rojo.

—Joder… sangraste.

—Creo que toda mujer virgen sangra la primera vez.

—¿Virgen? —repetí—. Joder, deberías haberme dicho.

—Habrías parado.

—Sí.

—¿Y qué importa eso?

Me quedé aturdido.

—Porque no debía importar —estallé—. Era solo sexo. Nada más.

Se levantó sin prisa, desnuda, segura, recogiendo el vestido del suelo.

—Tienes que calmarte —dijo—. ¿Por qué estás tan irritado?

—No te preocupes por eso. Yo quise. Sé cuáles son nuestros términos. No te pedí nada. No cambié el contrato.

Pasó a mi lado rumbo al dormitorio.

21



Lily Hale

Dejé que las lágrimas vinieran. No intenté contenerlas ni fingir fortaleza. Me sentía humillada, idiota, y lo peor de todo era admitir que aún lo quería. Eso me irritaba más que cualquier palabra que él pudiera haber dicho.

Era como si estuviera compitiendo conmigo misma, como si hubiera hecho un voto silencioso y absurdo: yo iba a tener a ese hombre enamorado de mí. Y las preguntas que martillaban eran siempre las mismas: ¿cuándo creció así dentro de mí? ¿En qué momento dejé que esta locura cruzara el límite, tomara forma, se infiltrara?

Debería haberlo cortado antes. Mucho antes.

Me dejé caer en la cama, el pecho subiendo y bajando demasiado rápido, con la respiración descompasada. Intenté pensar en cualquier otra cosa, pero mi cuerpo no obedecía. Ardía.

El recuerdo de él tocándome volvió sin pedir permiso. La forma en que me tocó, todo lo que me hizo sentir. Fue maravilloso, y eso hacía que todo fuera aún peor.

Cerré los ojos, irritada conmigo misma, con el corazón, con el deseo que no respetaba contratos ni lógica; quería más y más.



A la mañana siguiente, me levanté temprano. Me di una ducha larga, dejando que el agua caliente resbalara como si pudiera llevarse la confusión que cargaba. Cuando salí, elegí el mejor bikini. El más pequeño. El más provocador.

Adrian estaría allí, lo sabía. Probablemente sentado a la mesa, creyendo que sus ojos se quedarían pegados a la tableta todo el día, fingiendo que nada a su alrededor le afectaba. Fingiendo que yo no existía.

Sonreí a mi reflejo en el espejo.

Tal vez era infantil. Tal vez imprudente, pero necesitaba recordarme a mí misma y a él que no era invisible.

Bajé las escaleras con calma, sintiendo el sol tocar mi piel incluso antes de llegar a la zona exterior. El olor del mar lo invadía todo. El día estaba claro, cálido, invitante.





Estaba a la mesa con un empleado del resort, alguien del mantenimiento de la piscina, explicando algún ajuste, cuando noté el silencio repentino. El hombre simplemente… dejó de hablar. Tartamudeó. Los ojos fijos en algo, como si hubiera olvidado el idioma que hablaba.

Seguí su mirada.

Era ella. Lily.

Solo con un bikini — peligrosamente pequeño para mi cordura. La piel dorada por el sol de la mañana, el cabello suelto, aún húmedo. No había prisa en sus movimientos. Ningún intento de cubrirse.

— Con permiso — dije seco, interrumpiendo al empleado. — ¿Puede darnos un momento?

Asintió demasiado rápido, avergonzado, y prácticamente huyó.

Lily ya estaba en la mesa del desayuno cuando me levanté. Tomó un tazón de frutas con una calma estudiada. Fresas. Uvas. Mango.

Se sentó frente a mí.

Me observó por encima del borde del tazón, como si estuviera evaluando una reacción. Luego llevó una fresa a los labios. Lentamente. Pasó la lengua por la fruta antes de morderla.

Mi mandíbula se tensó.

— No necesitas andar así por la casa — dije, manteniendo la voz baja. — Tenemos empleados.

Masticó la fresa despacio. Deliberadamente.

El jugo escurrió por la comisura de su boca y pasó la lengua para limpiarlo, sin apartar los ojos de los míos ni por un segundo. No había inocencia ahí. Ni distracción. Era puro cálculo.

— Estoy en una isla — repitió, tranquila. — En luna de miel. En bikini. — Se encogió de hombros. — No veo el problema.

Yo sí lo veía. Lo veía en los hombros demasiado relajados, en la postura abierta, en la forma en que cruzó una pierna sobre la otra, haciendo que la mínima tela del bikini se acomodara de manera indecente. Mi polla se endureció al instante. Bastó imaginarla sin esas piezas diminutas que apenas cubrían nada, para verme arrancándoselas y chupando cada centímetro de su piel.

— Sube. Y cámbiate — gruñí.

— No — respondió simple, directa, desafiándome con la mirada.

La sujeté por la nuca, firme, y con el brazo barrí todo lo que había sobre la mesa. Frutas, platos y cubiertos cayeron al suelo. Nada importaba.

Aparté la parte de arriba del bikini sin paciencia y devoré esos pechos con hambre. Ella gimió, deliciosa, echando la cabeza hacia atrás, ofreciéndose aún más. Mis manos bajaron hasta su coño, aún cubierto por la parte de abajo del bikini, pero no por mucho tiempo. Aparté la tela con brutalidad y me hundí ahí, con la misma sed de antes. Ella jadeaba, el cuerpo temblando bajo el toque de mi lengua.

Alcancé el tarro de miel sobre la mesa derribada. Abrí la tapa despacio.

— ¿Qué vas a hacer?

— Comerte entera.

Derramé la miel sobre sus pechos primero, dejando que el líquido dorado escurriera perezoso por la piel caliente, deslizándose entre las curvas hasta el centro del pecho. Después, incliné el tarro y dejé que un hilo corriera por su vientre, dibujando una línea brillante hasta el ombligo. Cuando la miel alcanzó la parte de abajo del bikini, tiré de la tela de una vez y la lancé lejos.

Ella se estremeció.

Separé sus muslos con las manos, abriéndola toda para mí. La miel siguió escurriendo, hasta alcanzar el coño hinchado y

húmedo. Un cuadro pornográfico y perfecto.

Empecé por los pechos. Lamí la miel con lentitud, succionando con fuerza los pezones, uno por uno, hasta que se retorció bajo mi toque.

Bajé la lengua por la línea de miel en su vientre, saboreando su piel, sintiendo lo dulce mezclarse con el sudor caliente y el olor embriagante de excitación. Cuando llegué al ombligo, me aseguré de morder suavemente la curva de su cintura, marcando, tomando posesión.

Entonces me hundí de lleno entre sus piernas.

Lamí toda la extensión cubierta de miel de su coño con la lengua firme, lenta, haciendo círculos alrededor del clítoris antes de succionarlo con toda la boca. Ella gritó. El cuerpo se arqueó. Sujeté sus muslos con más fuerza, presionándola contra mi boca.

— Quédate quieta — gruñí contra su piel. — Vas a correrte solo cuando yo lo diga.

Gimió más fuerte, las caderas intentando escapar, pero la mantuve atrapada. Lamí cada rincón. La parte de arriba, la entrada, los lados. Metí la lengua dentro, follándola con la boca, succionando, como si fuera droga.

Estaba completamente entregada, suplicando por más, las piernas temblando alrededor de mi rostro, los dedos tirando de mi cabello.

— Por favor…

— ¿Por favor qué? — pregunté, mordisqueando el clítoris. — Dilo.

— Déjame correrme… Adrian, por favor…

Levanté el rostro, el mentón sucio de miel y de ella.

— Aún no.

Me incorporé despacio. Me quité la camisa sin prisa, dejando que me observara. Su mirada descendió de inmediato, hambrienta.

Bajé la cremallera, liberé mi polla ya demasiado dura, pesada, palpitando de deseo.

— Mírate — murmuré. — Toda abierta. Toda mía.

Sujeté mi polla con la mano y la pasé lentamente por su entrada, esparciendo la miel que aún corría por su vientre. Bajé más, rozando la punta caliente en ella, solo provocando. Solo pincelando.

Gimió fuerte, el cuerpo intentando moverse hacia mí.

— No te muevas — advertí.

Pasé la cabeza de la polla de arriba abajo por su coño empapado de miel, muy despacio, sintiendo el calor, la humedad, lo lista que estaba. Lo hice otra vez. Y otra. Lentamente. Cruelmente.

— ¿Así? — pregunté, rozando de nuevo, asegurándome de no entrar. — ¿Es esto lo que quieres?

Asintió frenética, los dedos clavados en la mesa.

— Dilo — exigí.

— Sentirte… — la voz salió quebrada. — Dentro…

Sonreí de lado. Apoyé la cabeza de la polla justo en la entrada, presionando un poco, lo suficiente para hacerla arquear el cuerpo y gemir desesperada.

— No todavía.

Seguí provocando, pincelando, esparciendo la miel y el deseo, usando mi polla para volverla loca, sintiendo cada espasmo reaccionar a un toque que aún no era suficiente.

Estaba temblando, suplicando con el cuerpo, los ojos clavados en los míos. La miel descendía lentamente por la parte interna de sus muslos. Volví a arrodillarme entre sus piernas y, esta vez, hundí la boca en su coño con más hambre. Succioné con fuerza, como si hubiera pasado días sin probar su sabor. Ella gritó, se arqueó por completo, intentando escapar, pero la sujeté firme por las caderas y hundí aún más la lengua, follándola con la boca, succionando, mordiendo..

Gimió mi nombre entre sollozos de placer.

— Adrian…

Mientras succionaba su clítoris con toda la boca, metí un dedo dentro de ella. Caliente. Apretada. Tan mojada que resbaló fácil. Enseguida metí el segundo. Y entonces empecé a follarla con los dedos mientras la succionaba. — Te vas a correr así — murmuré contra la piel sensible. — En mi boca. Con mis dedos follándote.

Enloqueció.

Las manos se aferraron a mi cabello, las caderas se movían sin control, y los gemidos se volvieron gritos. Suplicaba, murmuraba cosas inconexas, completamente rendida.

Moví los dedos en embestidas firmes, mientras alternaba la succión en el clítoris con lamidas circulares y besos húmedos. La miel corría hasta mis muñecas, hasta la base de mi cuello.

Y entonces se corrió, el cuerpo entero se arqueó, el coño se contrajo alrededor de mis dedos, los gemidos roncos y largos, como si hubiera perdido el aire — y la cordura.

Continué unos segundos más, suavemente, lamiendo cada rastro del orgasmo. Como una adicción. Como si no pudiera dejar de probarla. Solo me detuve cuando se desplomó sobre la mesa, jadeante, completamente destrozada de placer.

Pero yo aún estaba duro. Hambriento. Y mirándola así…

Aún se recuperaba, el cuerpo flojo sobre la mesa, la respiración irregular, las piernas temblando. Me aparté, con los dedos aún húmedos de ella, la polla dura, latiendo. Caminé hasta el sofá más cercano y me dejé caer allí, las piernas abiertas, la mirada clavada en ella.

— De rodillas.

Alzó la mirada, aún jadeante, los ojos vidriosos, el cuerpo desnudo brillando bajo la luz suave del ambiente. Y obedeció. Lentamente. Sensualmente. Se arrodilló en el suelo frente a mí, la

boca entreabierta, el cabello desordenado, la miel aún escurriendo por sus muslos.

— Mira cómo estás. Toda sucia de corrida, de miel… — Acaricié su rostro con la palma y luego la sujeté con firmeza. — Mi putita deliciosa.

Gimió solo con el nombre. Con la forma en que sonó en mi boca. Bajó más y tomó mi polla con ambas manos, despacio, firme, lamiendo la punta como si fuera un dulce raro.

— Eso… así mismo.

Su lengua era caliente, y se volvía hábil a medida que la pasaba por toda la extensión de mi polla con una devoción que me dejó sin aliento. Cuando la engulló por primera vez, solté una maldición ronca, sujetando su cabello con fuerza.

— Eso, trágatela. Muéstrame lo buena que eres en esto, putita traviesa.

Gimió con la polla en la boca. Me chupaba con ganas, sin pudor, alternando succión profunda con lamidas húmedas en la cabeza, en las venas, por toda la base. Cada movimiento hacía mi control más frágil.

Le sujeté el cabello en una coleta y empecé a marcar el ritmo con las caderas, embistiendo despacio dentro de esa boca caliente.

— Mírame mientras chupas. Eso. Joder...

Me miró. Con los ojos húmedos, la boca abierta, escurriendo saliva. Hermosa. Sucia. Mía.

Seguí follando su boca con embestidas lentas, profundas, disfrutando cada segundo, cada gemido, cada sonido húmedo.

— ¿Vas a hacerme correr así? ¿Eh, putita? — gruñí, sintiendo el calor subir por la espalda.

Intensificó los movimientos, tragándolo todo, provocándome con los ojos, con la boca. Y yo estaba cerca. Muy cerca.

Cuando lo tomó con ambas manos y pasó la lengua alrededor de la cabeza, solté un gemido bajo, gutural.

— Eso… chupa bien para mí.

Gimió con el elogio sucio, chupando la cabeza despacio, mientras los dedos se deslizaban por la base. Luego lo engulló un poco más profundo, los labios apretados con fuerza, creando una presión deliciosa. La saliva comenzó a escurrir, haciendo la escena aún más jodidamente excitante.

— Joder… así… vamos, muéstrame lo buena que eres en esto.

Aceleró, chupando con más firmeza, la lengua jugando con cada centímetro. Alternaba entre tragar despacio y hacer movimientos rápidos, húmedos, usando las manos junto con la boca, volviéndome loco de deseo.

Le sujeté el cabello con un puño firme y empecé a marcar el ritmo con las caderas. Embestidas lentas y profundas, luego rápidas y cortas, follando su boca como si fuera un coño. Ella se dejó. Ella quería. Gimió con la polla enterrada hasta la garganta.

— Mírame — ordené, con los ojos ardiendo. — Eso… qué boca perfecta para tragarme.

Me miró con los ojos húmedos, las mejillas sonrojadas, la boca llena. Una imagen tan sucia que casi me hizo correrme allí mismo.

Seguí embistiendo, ahora con más fuerza. Babeaba, dejaba escurrir, lo lamía todo con gusto. Los sonidos eran obscenos. La garganta tragando, la saliva cayendo, mis gemidos roncos llenando el ambiente.

— Vamos… chupa hasta el final. Trágatelo todo.

El calor empezó a subir por mi espalda, los músculos se tensaron, y todo el cuerpo se preparó para explotar. Le sujeté la cabeza con ambas manos y la empujé hasta el fondo, hasta que mi glande golpeó el fondo de su garganta.

— ¿Te gusta la leche caliente, mi putita? — gruñí.

Me corrí con fuerza dentro de su boca, temblando, gimiendo alto, los ojos cerrados. No se apartó. Lo succionó todo, lo tragó todo, sin parar, hasta la última gota.

Cuando me solté, volvió a mirarme, la boca manchada, el mentón húmedo, el pecho agitado.

— Buena chica. — Sonreí, tirando de ella hacia mi regazo. — Pero aún no he terminado contigo.

La agarré por la nuca, arrastrando su boca hasta la mía. La besé con fuerza.

— Voy a follarte hasta que olvides cómo caminar.

22



Lily Hale

Estábamos tirados en el suelo, completamente sudados. Yo permanecía tendida, con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando cómo su ritmo se desaceleraba poco a poco. Entonces, sin previo aviso, me apartó.

Se levantó de golpe, recogiendo la ropa esparcida por el suelo con movimientos fríos, prácticos, como si estuviera cerrando una reunión inconveniente.

— Date una ducha. Arréglate — dijo, sin mirarme.

Tardé un segundo en incorporarme.

— ¿Siempre vas a tratarme así? — cuestioné. — Te acuestas conmigo… y luego actúas como un idiota.

Se estaba poniendo la camisa, abotonándola con un aire de superioridad irritante.

— Será así si tú quieres — respondió. — Si sigues abriendo las piernas y pidiendo cosas que no forman parte del acuerdo. De lo contrario, seguimos como debería haber sido desde el principio: jefe y empleada.

Solté una risa breve. Sin ningún humor.

Me levanté, ignorando el nudo en el pecho.

— Perfecto, jefe — dije, mirándolo fijamente. — A partir de hoy, eso es lo que seremos. Jefe y empleada.

Terminó de abotonarse la camisa y finalmente me miró.

— Como quieras.

Se dio la vuelta y salió.



Subí a la habitación aún invadida por la irritación. Entré al baño y me di una ducha casi agresiva, frotando cada parte del cuerpo como si pudiera borrar lo que había pasado o lo que me había permitido sentir. Estaba herida en el orgullo, herida en el deseo, y decidida a no dejar que volviera a tocarme.

Salí de la ducha y me dejé caer en la cama todavía envuelta en la toalla, el cabello goteando sobre la almohada, cuando el teléfono vibró.

El emoji de perrito apareció en la pantalla. Respiré hondo antes de contestar. Alexander.

— Hola — mi voz salió dura, y él lo notó al instante.

— ¿Ha pasado algo?

Cerré los ojos.

— ¿Te parezco fea? — la pregunta se me escapó antes de poder contenerla. — ¿Hay algo malo en mí?

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea. No incómodo. Pensado.

— Eres perfecta — respondió sin dudar. — Y quien sea que te esté haciendo pensar lo contrario no te merece.

— ¿Qué quieres, Alex? — cambié de tema, intentando recuperar el control.

Oí una pequeña risa, insatisfecha.

— Tu tío ya sabe lo de ti y el diputado.

— Era inevitable — murmuré. — Lo descubriría en algún momento.

— Está en Boston. Con Camila.

— ¡Mierda! ¿Qué le dijiste?

— Lo que acordamos. Que no recuerdas nada.

— Perfecto.

— Mantén eso. Ese teatro.

— Lo mantendré. Quien haya intentado matarme necesita creer que no recuerdo lo que pasó. Necesito ganar tiempo.

— En cuanto vuelvas, seguimos con las investigaciones y descubrimos quién hizo esto. — Hizo una pausa. — Y tu tío quiere que vayas a la empresa.

— No puedo.

— Dice que necesitas retomar las cosas que te gustan. Que eso puede ayudar a que tu memoria vuelva poco a poco.

— Soy esposa de un diputado.

— Eres heredera de una empresa multimillonaria — respondió con un tono irritado. — Eres heredera de un legado. Y, siendo muy sincero, Anne, de verdad espero que regreses y continúes los proyectos que iniciaste en Suiza. Esas fórmulas van a revolucionar el mercado. Piensa en lo orgulloso que estaría tu padre de verte seguir sus pasos.

Se me cerró la garganta. Algunas lágrimas escaparon antes de que pudiera impedirlo.

— Lo sé — respondí con la voz quebrada. — Pero, incluso sin entenderlo del todo, quiero estar aquí. Quiero formar parte de esto. Yo quiero…

— Basta — me interrumpió, con la voz más dura. — Si ese hijo de puta vuelve a hacerte llorar, lo mato, Anne.

Una sonrisa triste apareció entre las lágrimas.

— En cuanto llegue a Boston, voy a verte.

— Ven. — Respiró hondo. — Ah… le dije que tu marido no sabe de tu identidad. Ni él ni Camila van a decir nada por ahora. Pero vas a tener que ir a la empresa. Como empleada.

— ¿Esa es la única exigencia?

— Solo eso — respondió. — Es todo lo que quiere.

Colgué despacio, mirando el techo.



Cuando bajé, ya era de noche. Dormir toda la tarde, como si el cuerpo se hubiera apagado para sobrevivir. Adrian seguía allí, inmerso en papeles esparcidos sobre la mesa, gráficos, informes, todo aquello que amaba.

Alzó la mirada en cuanto me vio. Sostuvo el contacto visual por un segundo… y volvió a ignorar mi presencia.

No dije nada. Caminé hasta el sofá y me dejé caer allí, mirando al vacío frente a mí.

Un año y seis meses. Eso era. Un contrato entero de días con él. ¿Sería capaz de soportar todo ese tiempo al lado de ese hombre?

— ¿Quieres decir algo? — preguntó, sin mirarme.

Continué en silencio.

— ¿No me estás escuchando?

— Claro que sí — respondí, por fin. — Si no contesto, es porque no tengo nada que decir.

Suspiró.

— ¿Podemos irnos mañana?

— Mañana es nuestro último día aquí — respondió, automático.

— Invéntate cualquier excusa.

Esta vez, lo dejó todo. Se acercó hacia mí y se sentó a mi lado, demasiado atento.

— ¿Por qué tanta prisa?

— Estoy aburrida. Y irritada. — Giré el rostro para mirarlo. — Tengo cosas que resolver en Boston.

— ¿Cosas? — preguntó, interesado.

— Sí. A veces me duele la cabeza. Mucho. Los recuerdos están confusos, incompletos. Necesito retomar mi vida. Necesito entender quién soy.

— ¿Estás hablando de tu memoria?

— Sí. — Respiré hondo y continué. — Y estoy segura de una cosa: amo la química. Y voy a hacer prácticas en Ashford.

Se rio, pasándose la mano por el cabello.

— ¿Mi esposa quiere hacer prácticas?

— Lily Anne Hale quiere hacer prácticas — corregí.

— Mi esposa y ella son la misma persona.

— Como sea. Voy a hacer prácticas. Quiero que mis recuerdos regresen.

— ¿Vas a entregar un currículum allí? — provocó, burlón.

— No. Recibí una invitación de Alexander Ashford.

Alzó una ceja.

— Ah… recibiste una invitación de Alexander. Interesante.

— ¿Qué tiene de interesante? — pregunté, sosteniendo su mirada.

— La intimidad entre ustedes. — Su voz bajó. — Lo mucho que se esfuerza por agradar a mi esposa.

Me levanté.

— Vuelva a sus asuntos, señor diputado. — Sonreí sin humor. — Voy a volver a dormir. Es lo único que puedo hacer en este lugar sin causar molestias.

— Tienes la lengua muy afilada.

Me detuve en el primer escalón de la escalera, giré el rostro despacio y sonreí de lado.

— A usted suele gustarle mucho mi lengua… cuando está bastante más abajo.

— No vas a trabajar en Ashford — dijo, directo. — No mientras estés casada conmigo.

Levanté el rostro, incrédula.

— ¿Y cuál sería el motivo?

No dudó. No buscó palabras mejores.

— Un único motivo. — Se acercó un paso. — Eres mi esposa. Y yo soy el hombre que provee y cuida. Mi esposa no necesita trabajar.

Solté una risa breve, seca.

— Bastante anticuada esa postura suya, ¿no le parece? — rebatí. — Y, para que conste, no quiero trabajar por dinero.

— No vamos a discutir este asunto, Lily.

— No vamos a discutirlo, señor diputado — respondí, fría. — Porque no es algo que esté en discusión.

23



Adrian Keaton

Hijo de puta.

Golpeé la mesa en cuanto oí la puerta de la habitación cerrarse arriba. El sonido seco resonó por la sala, pero no alivió nada. Al contrario. Solo confirmó lo fuera de control que estaba.

Como si hubiera olido el caos, el teléfono sonó.

Estevam.

— ¿Qué quieres? — gruñí en cuanto contesté.

— ¿Qué pasó ahí? — preguntó, demasiado calmado. — Pensé que estarías relajado.

Solté una risa corta, sin humor.

— ¿Relajado? Me casé con una virgen insolente que quiere volver a Boston y trabajar. Hacer prácticas, para ser más específico.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

— Bien… fue mucha información de golpe — dijo. — Virgen, insolente y quiere hacer prácticas. ¿Qué es exactamente lo que más te está irritando de todo eso?

— No estoy bromeando, Estevam — respondí, pasándome la mano por el rostro. — Las chicas vírgenes son soñadoras. Idealizan demasiado. Eso complica las cosas.

— ¿Sigue siendo virgen? — preguntó, genuinamente curioso.

— Vete a la mierda, Estevam.

— La pregunta es genuina.

Suspiré con fuerza, sintiendo la tensión golpearme en las sienes.

— Imaginé que ya no lo era — constató.

— Ese no es el punto. El punto es que las cosas se salieron de control.

— Y ya te dije lo que tienes que hacer — replicó. — Tienes que manipularla. Solo así conseguirás lo que quieres.

— ¿Cómo? — pregunté, seco.

— Haciendo que se enamore.

— Estamos en un contrato.

— ¿Y qué? — se rio. — Después le restregas el contrato en la cara, sales de todo esto como presidente y listo.

Cerré los ojos un instante.

— Esto va a ser un problema — dije, caminando de un lado a otro. — Ese hijo de puta está coqueteando con ella. Está coqueteando con mi mujer.

— ¿De quién estás hablando? — preguntó Estevam, ahora atento.

— De Alexander Ashford.

Hubo una breve pausa. Luego suspiró.

— Genial — dijo. — Otra razón más para que complazcas a tu esposa.

— Eso no estaba en lo acordado — gruñí.

— Nada es exactamente como se acuerda cuando se trata de personas, Adrian. — Su voz se volvió más firme. — Ella es tu esposa. Legalmente. Durante un año y seis meses, esa mujer es tu esposa.

Cerré los ojos por un segundo.

— Después de eso, decides si te quedas o te vas. — Continuó, directo. — Pero durante ese tiempo, tiene que quedarse. Contigo. A tu lado. Convencida de que ese es su lugar.

— No me gusta la idea de que alguien piense que puede disputar lo que es mío — murmuré.

— No le des oportunidades de ganar — respondió Estevam.

La llamada se cortó poco después.

Con el tiempo, entendí que entre Clarisse y yo nunca hubo amor, siempre fue solo un intercambio de intereses. Ella quería seguridad, estatus, la realización de todos mis caprichos. Yo quería estabilidad, previsibilidad, alguien que ocupara el lugar a mi lado sin hacer demasiadas preguntas. Y, de alguna forma retorcida, llamábamos a eso matrimonio.

Sabía jugar ese juego. Siempre lo supe.

Sabía qué decir, cuándo tocar, cuándo retroceder. Sabía qué postura adoptar frente a las cámaras, en las cenas, en los bastidores del poder. Con Lily, debía ser igual.

Eso era lo que me repetía a mí mismo.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer ahora. Acercarme en la medida justa. Estar presente sin parecer débil. Ser amable sin abrir demasiado espacio. Darle la sensación de elección, cuando en realidad el camino ya estaba trazado. Hacer que se quedara. Hacer que quisiera colaborar. Hacer que creyera.

El problema no era la estrategia. El problema era el miedo.

Miedo de que, esta vez, no estuviera solo interpretando un papel. Miedo de que su mirada, la insolencia, la inteligencia que fingía esconder, atravesaran mis defensas. Miedo de involucrarme más de lo necesario. Miedo de sentir algo que ya me había convencido de que no existía en mí.

Amor.

Un sentimiento que creí sentir por Clarisse alguna vez, era como una debilidad. Algo bonito en los discursos, útil en las campañas, peligroso en la vida real. Algo que juré no sentir por ninguna mujer y que, honestamente, creía posible.

Hasta darme cuenta de que mi incomodidad no venía solo de la amenaza política, ni de la osadía de otro hombre. Venía del hecho de que Lily no me obedecía como Clarisse obedecía. Ella no se moldeaba. No suplicaba. No se ofrecía.

Entré en la habitación y Lily estaba acostada de espaldas, con los ojos fijos en el techo, tan inmóvil que por un instante pensé que no había notado mi presencia. Solo cuando cerré la puerta con cuidado parpadeó, giró el rostro y se incorporó deprisa, como si la hubiera sorprendido en algo íntimo.

— ¿Qué quieres? — preguntó, a la defensiva.

— No has comido nada esta noche.

— No tengo hambre.

Me acerqué y me senté en el borde de la cama. Ella mantuvo la espalda recta, atenta, como si esperara un ataque.

— Mañana podemos volver — dije. — O podemos salir un poco antes. Conocer el lugar. Un paseo en barco, tal vez. Lo que tú quieras.

— ¿Salir? — repitió, incrédula, como si hubiera propuesto algo fuera de la realidad.

— Sí. — Me encogí de hombros. — Te he tenido encerrada estos días. Lo sé. Me siento culpable.

— No lo estés. — La respuesta llegó rápida. — Volvamos simplemente a Boston.

— ¿Estás tan ansiosa por volver?

Desvió la mirada un segundo. Lo suficiente para que pensara en todo lo que no estaba diciendo. En Alexander. En cualquier otro mundo que no me incluyera.

— Sí. Tengo asuntos que resolver.

— Perfecto. Entonces volvemos mañana temprano.

Extendí la mano casi sin pensar, en un gesto automático, y toqué su rostro. Fue suave, cuidadoso. Lily se quedó inmóvil, con los ojos abiertos de par en par, como si no supiera si debía permitirlo. Mi pulgar se deslizó por la línea del pómulo hasta la mandíbula.

— Lo siento — dije en voz baja, sin ensayar. — Fui un idiota contigo. Un imbécil. Debería sentirme honrado de haber sido tu primero… — me detuve, respirando hondo. — Debiste tener motivos mucho más grandes de los que imaginé para permitirlo. Te juro que no soy siempre así. Vengo de un matrimonio que…

— Para. — Levantó la mano, interrumpiéndome. Su voz no era agresiva, pero sí firme. — Lo hice porque quise. Podría haber sido con cualquiera. Quise. Punto. No necesitas justificarte. Y no quiero oír sobre tu ex. No soy tu terapeuta.

— Ahora voy a dormir.

Se dio la vuelta hacia el otro lado, se cubrió con la sábana hasta el pecho y estaba a punto de recostarse cuando la sujeté por la muñeca.

— Lily…

Giró el rostro, lista para protestar, pero no tuvo tiempo. Me incliné y la besé.

No fue como antes.

No fue urgente, ni brusco, ni demasiado hambriento. Fue lento.

Mi boca tocó la suya como si estuviera aprendiendo. Como si ese fuera el primer beso de verdad. Mis labios se demoraron, exploraron, pidieron. Y esperé. Esperé el segundo en que podría apartarse.

No se apartó.

El beso se profundizó poco a poco, sin prisa, como si el tiempo por fin se hubiera ralentizado. Mi mano subió de su muñeca

a la nuca, los dedos hundiéndose en su cabello aún húmedo. Su sabor fue distinto al de aquella noche.

Cuando me aparté un centímetro, apoyé la frente contra la suya.

— Vamos a estar juntos más de un año — continué, con la voz baja, firme, aunque traicionara algo que no pretendía revelar — y quiero que esto sea la mejor experiencia posible para los dos.

Di un paso atrás antes de que respondiera, antes de que yo cambiara de idea.

— Buenas noches — murmuré, con la voz ronca, casi irreconocible incluso para mí.

24



Lily Hale

Me desperté sobresaltada. El corazón se me aceleró antes incluso de entender dónde estaba. Cuando abrí bien los ojos, vi a Adrian sentado en el sillón frente a la cama, los codos apoyados en las rodillas, la mirada fija en mí como si llevara allí un rato.

— Qué mierda… me asustaste — murmuré, pasándome la mano por el rostro.

Se movió levemente, como si lo hubieran sorprendido en falta.

— Lo siento.

Me senté en la cama, aún intentando ordenar los pensamientos.

— ¿Estás bien? — preguntó, en voz baja.

— Estoy… creo. — Me encogí de hombros. — Me desperté de madrugada y no pude volver a dormir.

Asintió, como si eso confirmara algo que ya sospechaba.

— Solo vine a comprobar si todo estaba listo para volver.

Miré alrededor, las maletas apoyadas cerca de la puerta, todo organizado.

— Sí, lo está. Dejé todo listo antes de dormir… o de intentar dormir, al menos.

Hubo un breve silencio. Se levantó y acomodó el saco que llevaba puesto.

— Perfecto — dijo. — Entonces haz lo que aún te falte y vámonos.

Asentí. Mientras caminaba hacia la puerta, noté que había algo distinto en su forma de moverse. No era frialdad, no exactamente. Como si aquella madrugada hubiera sido tan larga para él como lo fue para mí.

La puerta se cerró detrás de él, y me quedé allí unos segundos, sentada en la cama, respirando hondo.

Volvíamos a Boston y yo tenía miedo.

Miedo de lo que vendría a partir de ahora.

Miedo de que intentaran matarme otra vez.

El miedo no llegaba como pánico. No era histeria. Era más frío, más profundo. Se instalaba en el pecho como una certeza incómoda de que estaba caminando sobre un terreno minado, sonriendo para las cámaras, firmando contratos, besando a un hombre poderoso… mientras alguien, en algún lugar, esperaba el momento exacto para apretar el gatillo otra vez.

Me levanté despacio y fui al baño. Me lavé el rostro, miré mi reflejo en el espejo. Había algo distinto ahí. No era solo el cansancio. Era la conciencia de que ya no era solo Lily. Era la esposa de un diputado. Una figura pública. Un símbolo.

Me vestí en silencio. Cuando bajé, Adrian ya me estaba esperando. Estaba impecable, como siempre. Subimos al coche sin intercambiar muchas palabras. El trayecto hasta el aeropuerto fue demasiado silencioso, y me descubrí observando su reflejo en el cristal oscuro, intentando descifrar qué ocurría detrás de esa postura rígida. Si él también tenía miedo. Si pensaba en el riesgo que yo

representaba ahora para su vida — o si, para él, todo aquello seguía siendo solo estrategia.

En el jet, me senté junto a la ventana. El ruido de los motores me trajo una extraña sensación de alivio. Estar en movimiento me hacía sentir menos vulnerable, como si el peligro tuviera dificultades para alcanzar algo que nunca se detenía.

Cerré los ojos durante unos segundos.

Si alguien intentaba hacerme daño otra vez, no sería la misma chica confusa y herida al borde de la carretera. Ahora tenía seguridad, visibilidad, poder… y un hombre a mi lado que, le gustara o no, estaba directamente ligado a mi destino.

Tal vez eso era lo que más me tranquilizaba.

Porque, si algo me sucedía, no sería solo Lily quien sangraría.

Sería un escándalo.

Una crisis política.



Mi teléfono sonó en cuanto puse un pie en Boston, como si Alexander hubiera cronometrado el viaje.

— ¿Ya estás de vuelta? — preguntó en cuanto contesté, sin rodeos.

— Sí, ya estoy de vuelta.

— Ven a mi apartamento. Tu tío quiere verte.

Cerré los ojos por un instante. No dijo mi padre. Nunca lo decía. Alexander jamás lo llamó así. Tal vez porque había sido adoptado ya adolescente. Tal vez porque mi tío nunca permitió que esa relación cruzara la línea fría de los negocios.

Mi tío no crió a un hijo. Crió un activo.

Alexander siempre fue eso para él: una inversión brillante. Un prodigio. Un proyecto. Alguien que valía la pena pulir. Mis padres se dieron cuenta demasiado pronto, lo suficiente como para pagarle todos los estudios en Suiza, para abrirle puertas, para apostar por un chico que parecía tener el mundo entero organizado en la cabeza incluso antes de cumplir los veinte años.

Era un genio. Y lo sabía.

— ¿Está… impaciente? — pregunté, midiendo cada palabra.

— No le gusta no tener el control — respondió Alexander.

— Ahora estoy casada — recordé, más para mí que para él. — Eso cambia las cosas.

— Cambia para ti — corrigió.

Miré hacia atrás, donde Adrian hablaba con el conductor sobre nuestras maletas.

— Iré — respondí al final. — Pero necesito ser cuidadosa.

— Lo sé — dijo, más suave. — Por eso mismo te quiero aquí. Voy a vigilarte.

Colgué antes de que dijera algo más. Me quedé unos segundos con el teléfono en las manos, mirando la pantalla apagada, intentando ordenar los pensamientos.

Mi tío quería verme, no para saber si estaba bien, no para abrazarme, no para preguntarme si echaba de menos a mis padres. Quería respuestas.

Yo seguía viva y ahora era la esposa de un diputado. Una figura pública. Una mujer protegida por focos y contratos. Pero allí, en Boston, frente al hombre que me había criado a base de números y expectativas, volvía a ser solo Lily Anne Ashford, la mujer a la que alguien quería muerta.



Adrian Keaton

— ¿Llamada importante? — pregunté, rodeándola por la cintura en cuanto cruzamos el vestíbulo. Mantuve la sonrisa ensayada mientras saludaba a dos empleados del aeropuerto que, descaradamente, alzaban los teléfonos para fotografiarnos.

— No, nada urgente — respondió, demasiado rápido.

— Qué bien — murmuré, manteniendo el tono ligero. — Hoy tenemos un compromiso con el CEO de Ashford.

Giró el rostro hacia mí, sorprendida.

— ¿Hoy?

— Sí. — Ajusté el paso para acompasarlo al suyo. — Parece que estaba anticipando nuestro regreso.

— Ya — confirmó, sin entusiasmo.

— ¿Interrumpo tus planes? — provoqué, en un tono casual, como quien no espera respuesta alguna.

Respiró hondo antes de contestar.

— No. Solo necesito salir media hora. Después vuelvo a casa.

— Lleva a los guardaespaldas contigo esta vez — dije, firme, sin dejar espacio a negociación.

Me sostuvo la mirada un segundo. Evaluó. Sopesó. Luego asintió.

— Está bien.

Entramos en el coche. El conductor cerró la puerta con un cuidado excesivo, consciente de que cada gesto era observado. El vehículo arrancó, y el cristal tintado nos aisló del mundo. Afuera, flashes. Dentro, silencio.

Abrí la tableta sobre el regazo, más por costumbre que por necesidad. Números, agendas, mensajes del comité. Todo seguía como debía.

— Media hora — repetí, sin apartar la mirada de la pantalla.

— Sí.

— ¿Dónde?

— Cerca. — Cruzó las piernas con naturalidad. — Necesito resolver algo rápido.

— ¿Algo que no puede esperar a la cena con Ashford? — pregunté, al fin alzando la mirada.

Sostuvo la mía el tiempo suficiente para que lo entendiera: no era una pregunta que pensara responder.

— Volveré antes de que me eches de menos — dijo, con una media sonrisa que no llegó a los ojos.

Sentí la mandíbula tensarse. No por celos, no me permitía ese lujo; era control. Necesitaba todo alineado. Cada pieza en su sitio. Y Lily… Lily empezaba a moverse con demasiada autonomía.

25



Lily Hale

Salí con los guardaespaldas esta vez. No tuve elección. Aun así, hice lo que pude con la poca libertad que me quedaba. Entré en un café concurrido, pedí cualquier cosa y salí por la parte trasera. El edificio quedaba a pocos metros de allí. Tal vez ni siquiera notarían mi ausencia. No importaba. Tenía que ir.

Cuando llegué al apartamento, dudé antes de llamar. Fue un golpe leve, casi tímido, como si aún no estuviera segura de que debía estar allí.

La puerta se abrió casi de inmediato. Alexander estaba del otro lado, como si hubiera estado esperando detrás del picaporte.

— ¿Cómo estás? — preguntó, tirando de mí hacia dentro en un abrazo firme.

Tardé medio segundo más de lo que debía en corresponder. Era extraño abrazar a alguien a quien, en teoría, no debería reconocer.

— Yo… estoy bien. Por ahora — respondí, separándome despacio.

Mi tío alzó la mirada del vaso de whisky que acababa de servirse. Su mirada se posó en mí con una intensidad que casi me hizo retroceder.

Me estaba estudiando.

— ¿Tienes idea de cuánto me preocupé? — dijo, acercándose.

Era momento de actuar.

Fruncí el ceño, levemente confundida.

— Disculpe… ¿nos… conocemos?

El silencio fue inmediato. Alexander se quedó rígido y mi tío se detuvo a medio paso.

— ¿Qué dijiste? — su voz salió baja.

Incliné la cabeza, como si intentara acceder a algo lejano.

— Lo siento… yo no… no recuerdo.

Llevé la mano a la sien, forzando un leve temblor.

— El médico dijo que puede tardar… algunas cosas vienen, otras no.

Mi tío respiró hondo.

— Lily… soy tu tío.

Parpadeo lento. Mirada vacía. Un esfuerzo forzado.

— ¿Tío…?

Negué con la cabeza.

— Lo siento mucho. Yo quisiera… pero todo está confuso. Recuerdo el accidente… el hospital… recuerdo haber tenido miedo. Solo eso.

Se llevó el vaso a la boca y se bebió el whisky de un trago.

— ¿No recuerdas tu casa? ¿La empresa? ¿A tus padres?

La garganta se me cerró, pero mantuve la expresión perdida.

— ¿Mis padres…? — murmuré, como si la palabra fuera nueva.

Alexander se acercó con cuidado.

— ¿Me recuerdas a mí? — preguntó.

Lo miré como si lo evaluara por primera vez.

— Yo… sé que no eres un extraño, que dijiste que éramos primos, pero no sé mucho más, solo siento que puedo confiar en ti.

El silencio se prolongó.

Mi tío se pasó la mano por la garganta, pensativo.

— Entonces es peor de lo que imaginaba.

— ¿Qué es peor? — pregunté, retrocediendo un paso.

Cambió el tono de inmediato.

— Nada. Nada, querida. Vamos con calma.

Querida. Nunca me llamaba así.

— Yo solo… no entiendo por qué estoy aquí — continué. — Alexander me dijo que ustedes son mi familia, que alguien me estaba buscando… pero nadie apareció en los periódicos. Nadie hizo un llamado público.

Alexander y mi tío intercambiaron una mirada demasiado rápida.

— No todo necesita ir a los periódicos — respondió mi tío, controlado. — Existen otras formas de resolver asuntos delicados.

Delicados.

— ¿Soy alguien importante? — pregunté, casi en un susurro.

Mi tío se quedó inmóvil.

— Eres mi sobrina.

— ¿Solo eso?

Alexander desvió la mirada.

Sabía que estaba presionando.

— Siempre te gustó trabajar — dijo mi tío, cambiando el rumbo de la conversación. — La empresa puede ayudarte a recuperar recuerdos. Los lugares familiares despiertan la memoria.

Fingí dudar.

— Me gusta… la química — murmuré, dejando que la palabra saliera como si surgiera de la nada. — A veces veo fórmulas en mi cabeza.

Mi tío se tensó.

— ¿Ves? — dijo, demasiado rápido. — El instinto está ahí.

— Tal vez debería trabajar — continué, cautelosa. — Hacer algo útil. Sentir que no estoy solo… esperando recordar todo.

— Ahora estás casada — respondió mi tío.

Incliné el rostro.

— Lo sé. — Una pequeña sonrisa. — Con el diputado. Me enamoré.

Observó mi reacción.

— ¿Y te enamoraste en tan poco tiempo?

Pensé en Adrian. En la forma en que me miraba. En la forma en que fingía no importarle.

— No sé si recuerdo haber amado a alguien — respondí, demasiado sincera por un segundo.

Alexander respiró hondo.

— ¿El diputado sabe quién eres? — preguntó mi tío, de repente.

Negué con la cabeza.

— Ni yo sé quién soy.

Era verdad… en parte.

— Entonces lo mantendremos así — decidió. — Por ahora, irás a la empresa — dijo. — Discretamente. Como empleada. Sin títulos.

— A Adrian no le gusta la idea — murmuré.

— Aceptará.

— No es un hombre fácil de convencer.

Mi tío esbozó una sonrisa que no llegó a los ojos.

— Ningún hombre necesita controlarlo todo.

Necesitaba salir de allí antes de que mi control fallara.

— Tengo que irme — dije, caminando hacia la puerta.

— Cuídate — respondió, ya de espaldas.

Alexander me acompañó hasta el pasillo y volvió a abrazarme.

— Estás haciendo algo peligroso.

— Lo sé.

— No dejes que él te controle.

— No dejo que nadie me controle.

Cuando regresé al café y salí por la entrada, el corazón me latía demasiado rápido. Los guardaespaldas se movieron casi de inmediato, como si nada hubiera pasado. Tal vez realmente no lo habían notado, o solo fingían no hacerlo.

En el coche, me acomodé el cabello, el abrigo y el rostro. La esposa del diputado tenía que parecer exactamente eso: tranquila, segura, intacta.

Pero por dentro, todo estaba lejos de eso. Estaba caminando sobre cables pelados, entre el hombre que me protegía sin conocerme y la familia que me conocía demasiado como para dejarme escapar.

Y, en medio de todo eso, intentaba sobrevivir, recordar y no perderme a mí misma antes de que fuera demasiado tarde.





Adrian Keaton

El coche se detuvo frente a la propiedad. Lily bajó demasiado tranquila. Abrió la puerta, cruzó la entrada iluminada y ni siquiera me miró bien. Un saludo breve, casi protocolario, y subió las escaleras como si yo no fuera gran cosa.

Eso me irritó muchísimo.

— ¿Cómo va el plan? — preguntó Estevam cuando volví a mirarlo.

— Perfecto — respondí, seco.

— Que siga así, Adrian.

Seguí con la mirada a Lily desaparecer en el segundo piso. Solo entonces hablé, en voz baja:

— No comentes esas cosas aquí dentro. Puede oírte.

— Tienes razón. — Se acomodó el saco. — Pero tengo que avisarte… Camila Ashford está en la ciudad.

Me detuve.

— ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

Estevam alzó una ceja, como si yo fuera ingenuo.

— Estás casado poco más de un año. No cuesta nada conocer a una posible pretendiente como ella.

Solté una risa sin humor.

— ¿Estás sugiriendo que flirtee con otra mujer estando casado?

— No estoy sugiriendo nada ahora. Solo digo que es estratégico mantener puertas abiertas. Por si te gusta. Después de las elecciones, cuando el contrato termine… — hizo un gesto vago con la mano. — Camila tiene un apellido fuerte. Capital. Influencia. Conexiones internacionales.

— No necesito una esposa por apellido — respondí. — Necesito votos.

— Y los apellidos ayudan a conseguir votos.

— Ya tengo esposa — dije, más firme. — Y el público está comprando esa narrativa.

— La compra porque funciona — replicó. — Pero la política es movimiento, Adrian. No puedes apegarte a una sola pieza del tablero.

Pieza. Así veía él las cosas. Piezas. Movimientos. Estrategia. Yo también las veía así. Pero, extrañamente, en ese momento, la palabra me incomodó.

— Camila es bonita — continuó Estevam. — Joven y sofisticada. Si surge un acercamiento natural, no cuesta nada plantar una semilla para el futuro.

— ¿Y destruir la imagen de matrimonio perfecto que estamos vendiendo ahora? — pregunté con frialdad.

— No hablo de ahora. Hablo de después.

Después.

Después del contrato.

Después de las elecciones.

Después de que Lily dejara de ser mi esposa.

Alcé la mirada lentamente hacia él.

— Ya decidiste que esto va a terminar.

— No es cuestión de decidir. Fue el acuerdo que firmaste.

Lo sabía.

Yo mismo insistí en las cláusulas.

Pero algo en la forma en que trataba aquello como inevitable me provocaba una irritación irracional.

— No mezcles las cosas — dije. — No pongas a Camila cerca de mí mientras estoy casado.

— ¿Te estás enamorando de la chica? — provocó, demasiado ligero.

Lo miré.

— Estoy protegiendo la campaña.

Sonrió, satisfecho por haber tocado algo.

— Claro. La campaña.

Subí dos escalones y me detuve, girando el rostro lo suficiente para que me oyera.

— Y otra cosa.

— ¿Sí?

— No menciones a Camila delante de mi esposa.

— ¿Por qué?

— Porque no quiero crear ruido innecesario.

Estevam me observó con atención. Me conocía lo suficiente como para notar cuándo estaba mintiendo, incluso a mí mismo.

— Entendido — dijo por fin.

Subí las escaleras. En el pasillo, la puerta de la habitación estaba cerrada. Por un segundo, pensé en llamar. Pensé en decir cualquier cosa. Nada estratégico. Nada ensayado.

Me quedé allí, quieto, sintiendo una irritación que no sabía nombrar.

Camila Ashford.

Apellido fuerte.

Pretendiente ideal.

Futuro político perfecto.

Y, aun así, la única imagen que ocupaba mi mente era la de Lily subiendo esas escaleras sin mirarme, y eso era un problema que consideraba importante.

Llamé dos veces a la puerta antes de entrar.

Lily estaba sentada en el borde de la cama, rodeada de vestidos. Telas claras, cortes impecables, marcas caras. Sostenía uno por la percha como si estuviera analizando algo mal en él.

No parecía satisfecha.

— ¿Algún problema con los vestidos, esposa? — pregunté, acercándome sin prisa.

Suspiró, dejando caer la tela sobre la cama.

— No elegí ninguno. Eso ya es un problema. — Hizo una mueca. — Siento que no me gusta nada.

Miré alrededor. Eran piezas seleccionadas a mano por el equipo de imagen. Tonos suaves. Cortes clásicos. Elegancia contenida.

— Todos fueron comprados pensando en tu arquetipo — respondí, encogiéndome de hombros.

Giró el rostro hacia mí, irritada.

— Eso es lo que me molesta, no poder ser yo misma en ningún momento.

— ¿Y cuál es el estilo que te gusta?

Sin dudar, sacó el móvil del bolsillo y abrió una carpeta en Pinterest. Me mostró la pantalla.

Vestidos más atrevidos. Telas que marcaban las curvas en lugar de ocultarlas.

Observé en silencio.

— Debo admitir que son modelos hermosos — comenté.

Miró los vestidos esparcidos en la cama y luego la pantalla.

— Sí, ¿no te parece? — preguntó, con una expresión casi infantil de frustración.

— Sí — respondí. — Pero prefiero mil veces verte sin ellos.

Se quedó paralizada.

Sus ojos subieron lentamente hasta los míos.

Por un segundo, la habitación se volvió demasiado pequeña. No perdí tiempo. Me acerqué en dos pasos firmes, le sujeté la nuca con la mano abierta y la atraje hacia mí.

Su boca se abrió ligeramente bajo la mía, primero sorprendida, luego rendida. Su sabor era adictivo, dulce y peligroso. Se aferró al frente de mi camisa como si necesitara equilibrio.

Mi otra mano se deslizó por el costado de su cuerpo, sintiendo la tela fina del vestido que llevaba en casa. Corto. Ligero. Casi una provocación.

— Te gusta provocar — murmuré contra sus labios.

Bajé los dedos hasta la curva de su cintura. Su piel se erizó bajo mi contacto. No retrocedía.

— Estos vestidos — susurré, acercando la boca a su oído — fueron elegidos para construir una imagen.

Respiró más hondo.

Mi mano descendió de nuevo, lenta, deliberada, hasta la parte trasera de su muslo. Cerró los ojos un segundo.

— Adrian… — su voz salió más baja de lo que pretendía.

— Vamos a convertir este matrimonio en la mejor experiencia posible para los dos.

Me miró, buscando algo en mi rostro.

— ¿Eso forma parte de la estrategia? — preguntó, casi desafiando.

Mi mano subió de nuevo hasta su nuca, apretando levemente.

— Si fuera solo estrategia — murmuré —, no estaría así.

Tomé su mano y la llevé contra mi erección, presionándola.

— Elige el vestido que quieras — dije, rozando su labio inferior con el pulgar. — Dentro o fuera de las cámaras.

Sonrió de lado, aún con la respiración agitada.

Acerqué mi boca a la suya otra vez, despacio.

— Los compraré todos… solo por el placer de quitártelos uno por uno.

Esta vez, no fingió indiferencia y me besó primero.

Mi boca descendió a su cuello, y mis manos recorrieron su espalda hasta encontrar la cremallera del vestido.

— Este… lo voy a quitar despacio — susurré, rozando la nariz contra su piel erizada.

Respiraba con dificultad, los ojos cerrados, completamente rendida.

Bajé la cremallera con lentitud, descubriendo cada centímetro de su espalda. Besé cada tramo que se revelaba, hasta que el vestido cayó, deslizándose por su cuerpo y acumulándose a sus pies.

Estaba en bragas. Solo eso.

Blancas. Finas. Casi transparentes.

— Joder… — gemí, mirándola como si fuera mi última comida. — Naciste para que te follen.

La sujeté por la cintura y la giré hacia mí, rasgando las bragas de un tirón.

— Sube a la cama. Túmbate. Abre las piernas.

Obedeció de inmediato, recostándose en el centro y abriendo las piernas despacio, como si supiera cuánto me enloquecía. Su coño estaba húmedo, hinchado, pidiéndome.

— Ahora quítate la ropa — dijo ella, con la voz cargada de deseo.

Arranqué la camisa por la cabeza. Me desabotoné los pantalones con tanta prisa que casi los rompí. ¿La ropa interior? La empujé hacia abajo junto con todo, dejando mi polla libre, dura, palpitante.

Subí a la cama, colocándome entre sus piernas. Froté mi polla contra su coño, cubriéndola con su propio líquido. Luego apoyé la punta en la entrada caliente y presioné. En un solo movimiento fuerte, profundo, me enterré por completo. Gritó, echando la cabeza hacia atrás, las manos aferradas a las sábanas. Empecé a embestir con fuerza, sujetando sus caderas.

— Eso, putita preciosa… recíbelo todo — gruñí entre dientes.

Gemía fuerte con cada embestida, completamente entregada, las uñas clavadas en mi espalda. Yo mantenía sus piernas abiertas con firmeza mientras mi polla se hundía cada vez más rápido, más brutal.

Le sujeté las muñecas y las llevé por encima de su cabeza, inclinando mi cuerpo sobre el suyo. Me hundí hasta el fondo y me quedé ahí, solo presionando, sintiendo las contracciones de su coño apretando mi polla como si quisiera absorberme entero.

— Eso… aprieta más. Dámelo todo, joder. — Y volví a embestir con fuerza.

Se corrió, temblando bajo mí, el cuerpo arqueado, el coño pulsando alrededor de mi polla. Continué, sin parar, ignorando los espasmos, follándola aún más profundo, sin piedad.

— Te dije que te follaría hasta que olvidaras cómo se camina. — Le sujeté el muslo y lo levanté sobre mi hombro, abriéndola por completo, aún tumbada.

Gritó.

— Adrian... Dios mío...

— No — gruñí, salvaje. — Ahora solo estás tú y el puto placer que voy a darte.

Le di una palmada en el culo, luego otra, y seguí embistiendo. Gemía alto, desesperada, moviendo la cabeza como si estuviera a punto de desmayarse.

— Vas a correrte otra vez. Lo siento — gruñí. — Ese coño no miente.

Intentó negarlo, pero su cuerpo ya se entregaba. Los ojos en blanco, el pecho agitado, las piernas temblando otra vez.

— Grita para mí — exigí.

Y gritó. Un orgasmo húmedo, intenso, desbordándose. Y seguí follándola aun así, sintiendo mi propio clímax llegar como un incendio.

Salí de ella, sujeté mi polla por la base y la llevé hasta su boca.

— Abre. Ahora.

Abrió, aún temblando, con los ojos vidriosos.

— Trágatelo todo otra vez, putita.

Me corrí con fuerza en su boca, con un gemido largo, sucio, temblando entero, la polla palpitando mientras ella tragaba cada gota, sin apartar la mirada, sin dejar de chupar.

Cuando terminé, se limpió la comisura con el dorso de la mano, una sonrisa maliciosa en los labios.

Aún tenía la boca manchada cuando la arrastré de nuevo a mi regazo, sentándome en el centro de la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. Mi polla ya empezaba a endurecerse otra vez solo de mirarla: sudada, despeinada, los muslos aún temblando, pero con esa mirada salvaje de quien quería más.

— Sube — ordené, con la voz ronca. — Siéntate en mi polla como si fuera tu trono.

Mordió su labio inferior, deslizó el cuerpo despacio hasta mí y colocó las rodillas a cada lado. Sujetó mi polla con una mano, ya semierecta y brillante, y se frotó lentamente, volviéndolo a empapar con su propio líquido.

— Provócame más y te hago correrte sin siquiera tocarte — advertí, con una sonrisa.

Rió por lo bajo, pero gimió enseguida cuando encajó la punta en la entrada y empezó a descender… despacio… centímetro a centímetro… hasta tragársela entera.

— Joder… — murmuré, cerrando los ojos por el placer. — Ese coño es un vicio.

Empezó a moverse, a su ritmo, con movimientos circulares, las caderas balanceándose como si bailara en el infierno y me arrastrara con ella. Las manos sobre mi pecho, la cabeza hacia atrás, los pechos balanceándose. Hermosa.

Le sujeté la cintura con fuerza y tomé el control, haciendo los movimientos más rápidos, más profundos, embistiendo hacia arriba con fuerza.

— Vamos… muévete bien, zorra deliciosa. Enséñame cómo se corre montando.

Gritó, apretando los músculos alrededor de mi polla, los gemidos creciendo, la voz quebrándose.

— Eso… gime fuerte… esto es mío. Solo mío.

Empecé a embestir hacia arriba con brutalidad, la cama crujiendo, los cuerpos sudados pegándose, los besos convirtiéndose en mordidas. Se derrumbó en otro orgasmo sobre mí, gritando mi nombre, temblando, deshaciéndose por completo.

Y aun así no me detuve.

— Date la vuelta — ordené, empujándola suavemente.

Obedeció, a cuatro patas ahora, el cuerpo temblando, el culo en alto, ofrecido para mí.

Me arrodillé detrás de ella, la sujeté con fuerza por la cintura y me metí de nuevo de una sola embestida. Su grito llenó la habitación.

— Ahora voy a follarte mirando ese culo moverse.

Y lo hice. Con todo. Hasta el final.

La agarré por la cintura, tirando hacia mí en cada embestida. Mi polla entraba y salía con un sonido húmedo, sucio, perfectamente acorde con sus gemidos roncos.

— Así… así… — gruñí entre dientes, embistiendo hondo, cada vez más fuerte. — Ese coño fue hecho para tragarme.

Gemía alto, descontrolada, con la frente apoyada en el colchón y el culo en alto, entregándose sin resistencia. Sus manos temblaban, aferradas a las sábanas arrugadas.

Le di una palmada en el culo redondo y gritó.

— Joder… Adrian…

— Más fuerte — exigí, embistiendo aún más duro, hasta que casi se quedó sin aire.

Le agarré el cabello, tiré de su cabeza hacia atrás y la obligué a mirarme por encima del hombro, con mi polla enterrada hasta el fondo.

— Mírame cuando te corras, zorra preciosa. Quiero ver la cara que pones cuando pierdes la cabeza.

Intentó responder, pero otro orgasmo sacudió su cuerpo con una intensidad brutal. Gimió tan fuerte que parecía un grito de dolor y placer al mismo tiempo. Su coño apretó mi polla con fuerza, succionando, pulsando, intentando arrastrarme con ella.

Seguí embistiendo. No me detuve. Aunque se derrumbara, aunque sus piernas temblaran.

La sujeté con fuerza por las caderas y me hundí de una vez, hasta el fondo. Cuando la golpeé en lo más profundo, volvió a gritar.

Con un gemido ronco, me corrí dentro de ella con fuerza, profundo, el cuerpo entero tensándose, el placer desgarrándolo todo por dentro.

Me quedé allí largos segundos, sintiendo su calor apretarme, retenerme.

Y cuando salí, cayó de lado, exhausta, el cuerpo completamente flojo, jadeando.

Me tumbé detrás, tirando de ella contra mi pecho, besando su hombro.

Pasé los dedos por su columna, bajando hasta la curva del culo, y le di una última palmada suave, solo para oírla gemir de nuevo.

— Ven — murmuré, levantándome. — Vamos a la ducha. Antes de que te quedes pegada a la cama.

— Creo que no puedo caminar — murmuró, con una media sonrisa, la voz ronca.

— Yo te llevo.

Y la llevé.

La tomé en brazos y la llevé al baño, abrí la ducha, la dejé con cuidado en el suelo, y ella apoyó la espalda contra la pared fría de la ducha. El agua corría por sus pechos, su vientre, entre sus piernas. La observé un instante. Hermosa.

Entré con ella y dejé que el agua cayera sobre los dos.

— Estás toda pegajosa — murmuré, deslizando las manos enjabonadas por su cuerpo. — Por dentro y por fuera.

Gimió solo con el roce de mis dedos en sus pechos, rodeando los pezones ya sensibles. Luego bajé hasta sus muslos, abriéndolos suavemente y masajeando despacio.

Incliné el cuerpo y la besé. Lento, profundo. El agua caliente caía sobre nuestras pieles, y mi polla, incluso después de todo, empezaba a endurecerse otra vez solo con su sabor en mi boca.

Apoyé su cuerpo contra la pared húmeda y resbaladiza, y deslicé la mano entre sus piernas.

— Sigues tan mojada como antes — murmuré, pasando dos dedos lentamente por su coño hinchado.

— Y tú estás duro otra vez… — provocó.

— Siempre lo estaré para ti.

Me arrodillé bajo el agua caliente, entre sus piernas.

— Adrian… ¿qué vas a…?

— Voy a lavarte con la boca.

Y mi lengua volvió a donde nunca debió haberse ido.

26



Lily Hale

Debo haberme quedado dormida durante media hora, quizá menos. Desperté con la sensación de que el tiempo había corrido más rápido de lo que me habría gustado. La habitación estaba en silencio, dorada por la luz del atardecer. Sobre el sillón, un vestido me esperaba.

Sonreí al reconocerlo. Era prácticamente idéntico a uno de los modelos que yo le había mostrado a Adrian al inicio de aquella tarde.

Había prestado atención.

Quería mucho no enamorarme de él. Me repetía eso como un mantra. Pero de ese modo… cada gesto inesperado, cada detalle… estaba volviéndose demasiado difícil mantener la distancia.

Tomé una ducha rápida, me arreglé con cuidado, me puse un maquillaje ligero, solté el cabello. El vestido abrazando mi cuerpo en la medida justa y bajé.

Mi tío ya estaba en la sala. Camila, a su lado, tenía los ojos fijos en Adrian con esa expresión que conocía desde siempre: codicia.

Era típico de ella querer lo que era mío. Podía haberse quedado con mi habitación. Con mi ropa. Con mis joyas. Pero no con

mi marido.

Respiré hondo y esbocé mi mejor sonrisa.

—Buenas noches.

Adrian se giró de inmediato. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con aprobación antes de acercarse a mí.

—Esta es mi esposa, futura primera dama de este país —dijo, colocándose a mi lado.

Camila sonrió con un sarcasmo disfrazado de elegancia. Extendí la mano.

—Mucho gusto.

—Creo que ya te he visto en algún lugar —comentó ella, con ironía.

Incliné ligeramente la cabeza.

—Debe de ser. En revistas, periódicos, sitios web… o en tus sueños. Es común que la gente quiera un momento con la futura primera dama.

Adrian abrió los ojos por un segundo, sorprendido por mi tono. Luego sonrió, intentando suavizar el ambiente.

—Su esposa es ingeniosa —dijo mi tío, observando.

—Sí, lo es —confirmó Adrian, con la mano descansando discretamente en mi cintura.

Todo aquello parecía un espectáculo mal ensayado. Un teatro donde cada uno conocía su papel, menos yo. Y, por un instante, sentí culpa por engañar a Adrian. Por existir allí bajo una identidad incompleta.

La llegada de Alexander fue anunciada pocos minutos después.

Sentí a Adrian tensarse a mi lado.

—Buenas noches a todos. Agradezco la invitación para conocer la casa del diputado.

Alexander entró analizando el ambiente. Cuadros míos con Adrian estaban esparcidos por la sala. Fotografías estratégicamente colocadas. La narrativa perfecta de un matrimonio sólido.

Vi la incomodidad cruzar su rostro.

—Buenas noches —respondí, dando un paso al frente.

Pero antes de que pudiera acercarme, Adrian me tomó de la cintura y se adelantó, extendiendo la mano.

—Ya que todos están aquí, podemos sentarnos a la mesa.

—Me parece perfecto —dijo Camila, acercándose demasiado a Adrian para mi gusto.

Realmente no sabía cuál era su lugar.

Nos sentamos.

—Me gusta el vestido. Te favorece más —comentó Alexander, mirándome directamente.

Sentí el cuerpo de Adrian tensarse a mi lado.

—La señora, quiso decir —corrigió Adrian, con una voz demasiado calmada. —No es elegante elogiar a la esposa de otro hombre delante de él.

Alexander sostuvo la mirada.

—¿Debería haberlo hecho en otra ocasión? Consideré que sería menos inapropiado ya que está acompañada de su marido. Imaginé que el diputado no vería malicia.

—Alexander, ahórranos esta actuación —replicó Camila—. Has mirado más tiempo del necesario la foto de Lily en el sitio web. Incluso la ampliaste.

—Basta con este tema —intervino mi tío—. No hemos venido aquí para intrigas. Hemos venido a hablar de negocios.

—Claro —concordó Adrian—. Vamos a lo importante.

La conversación cambió hacia inversiones, expansión, asociaciones. Pero el ambiente seguía cargado.

—Creo que Camila podría ser más invitada a los eventos —comentó mi tío con naturalidad—. Se quedará un buen tiempo en Boston. Esa exposición puede ser positiva.

—¿Y por qué cree eso? —preguntó Adrian, observando con atención.

Alexander respondió antes de que Camila pudiera hacerlo:

—Está en edad de casarse. Debe de estar buscando un marido rico.

Camila le lanzó una mirada irritada.

—No les haga caso, diputado. Son prácticamente hermanos. Discuten así desde siempre.

—Tal vez deberían haber parado después de la adolescencia —comenté, ligera.

Algunas risas contenidas, pero, a medida que pasaban los minutos, noté algo.

Las miradas de Alexander regresaban a mí repetidamente y, bajo la mesa, la mano de Adrian comenzó a acercarse.

Primero rozando mi rodilla. Luego reposando firme sobre mi muslo.

Discreto. Posesivo.

Como si dijera, sin palabras: Es mía.

Las miradas de Alexander seguían siendo demasiado atentas. Demasiado observadoras.

Y Adrian lo notó.

Yo noté que lo notó.

Debajo de la mesa, sentí sus dedos rozar lentamente mi muslo. No fue un toque accidental. Fue deliberado. Posesivo. Una marca silenciosa de territorio.

Mantuve el rostro impasible.

—Como decía —continuó mi tío, sirviendo vino—. Ashford pretende expandirse al mercado asiático el próximo semestre.

—Interesante —respondió Adrian, pero su mano subió un poco más, presionando levemente mi piel.

Mi corazón se aceleró.

No me miraba. Miraba directamente a Alexander mientras hacía eso.

Era un mensaje.

Alexander se inclinó ligeramente hacia adelante.

—La expansión exige estabilidad —dijo—. Confianza. Asociaciones sólidas.

—Estoy completamente de acuerdo —respondió Adrian, deslizando finalmente la mirada hacia mí por un segundo.

Su mano apretó levemente mi muslo.

—Espero que se esté adaptando bien a la ciudad, o ¿ya era de Boston? —comentó Camila, con una falsa delicadeza derramándose en su voz.

—Me estoy adaptando perfectamente —respondí, sin perder la sonrisa.

Debajo de la mesa, la mano de Adrian subió un centímetro más.

Mi respiración se volvió más corta.

—Es importante que ella esté cómoda —dijo Adrian, mirándome por fin—. Mi esposa es prioridad.

Alexander apartó la mirada por un instante. Camila giró la copa de vino.

—Me alegra ver que el matrimonio es sólido —comentó mi tío.

—Lo es —respondió Adrian sin dudar.

Su toque se volvió más firme, casi una advertencia silenciosa.

Podría haber apartado su mano.

No lo hice.

La conversación siguió formalmente por unos minutos más hasta que Alexander volvió al tema anterior:

—La inversión se mantendrá. Como se prometió.

—Excelente —respondió Adrian—. Ashford será mencionada como patrocinadora institucional.

—Siempre que se respeten los términos —añadió mi tío.

—Siempre se respetan —replicó Adrian.

Mi tío apoyó los codos sobre la mesa.

—He cambiado un poco nuestro acuerdo. Ahora exige que Lily venga a hacer prácticas en nuestra empresa aquí en Boston.

Adrian no movió un músculo del rostro.

—Lily no es estudiante para hacer prácticas —respondió.

—Puede trabajar asistiendo en las investigaciones —continuó mi tío—. Observación, desarrollo, seguimiento de proyectos. Nada que interfiera con su agenda.

—¿De dónde sacó la idea de que a mi esposa le gustaría eso? —preguntó Adrian, desviando la mirada hacia mí por un segundo.

Alexander fue quien respondió.

—Su esposa respira química incluso cuando intenta hablar de una novela. —Sonrió levemente—. Le gusta. Y a nosotros nos gustan los talentos jóvenes.

Adrian entrecerró los ojos.

—No será posible. Lily tiene compromisos a mi lado. La campaña exige presencia constante.

Mi tío se inclinó ligeramente hacia atrás en la silla.

—Entonces quizá debamos dar por terminado nuestro acuerdo aquí.

La amenaza quedó en el aire.

Camila observaba todo como quien asiste a una partida decisiva.

Alexander mantenía la mirada fija en mí y Adrian… Adrian me miró.

No como marido.

Como estratega.

Calculando pérdidas.

Calculando ganancias.

La inversión. La campaña. La imagen. El control.

El silencio se prolongó un segundo más de lo cómodo y supe que, si no hablaba, tomarían decisiones por mí como si fuera un objeto en aquella mesa.

—Yo iré.

Adrian giró el rostro despacio.

—¿Qué? —la pregunta salió baja.

—Voy a trabajar en Ashford —repetí, manteniendo la mirada firme.

Mi tío asintió discretamente, satisfecho.

Alexander no ocultó el alivio.

Camila alzó la copa, divertida, pero los ojos de Adrian… se oscurecieron.

—No —dijo, intentando parecer controlado.

—No estoy pidiendo permiso.

Mi tío aprovechó la apertura.

—Excelente. Entonces mantenemos el acuerdo.

—Lo mantenemos por ahora —corrigió Adrian, sin dejar de mirarme.

Sabía que lo estaba desafiando con algo más grande que unas simples prácticas.

Estaba tocando su control.

Su autoridad.

Su territorio.



Adriana Keaton

Debería estar satisfecho.

Inversores en la mesa. La familia Ashford dentro de mi casa. Mi esposa a mi lado. Era el escenario perfecto, pero nada en aquella mesa parecía bajo control.

Desde el momento en que aquel maldito puesto en prácticas fue mencionado, algo dentro de mí se había torcido. No me gustaba la idea de Lily pasando horas dentro de su empresa. No me gustaba la cercanía con Alexander. No me gustaba haber sido contradicho, y odiaba no gustarme algo.

—Creo admirable que una mujer quiera trabajar incluso después del matrimonio —comentó Camila, girando el vino en la copa—. Demuestra personalidad.

No estaba hablando de personalidad.

Estaba hablando de independencia. De salir de mi alcance.

—Mi esposa no necesita trabajar —respondí, manteniendo el tono controlado—. Tiene compromisos más importantes, pero si eso la hace feliz.

Sentí la mirada de Lily sobre mí por un segundo.

—¿Y cuáles serían esos compromisos? —insistió Camila, inclinándose ligeramente hacia mí.

Era impresionante cómo hacía eso. Se acercaba medio centímetro más de lo necesario.

—A mi lado —respondí.

Alexander soltó una risa baja.

—Curioso. Siempre pensé que a las personas brillantes no les gusta quedarse solo… al lado.

Mi mandíbula se tensó.

Lily seguía hablando con él, en un tono demasiado bajo para captar las palabras exactas, pero lo bastante alto como para percibir la intimidad.

Se inclinaba ligeramente hacia él.

Él mantenía los ojos fijos en ella.

Y yo lo estaba viendo todo.

—Parece tenso, diputado —murmuró Camila, apoyando la mano en mi brazo de forma indebida.

La aparté discretamente.

—No lo estoy.

—Lo parece —insistió, acercando el rostro a mi oído.

Me aparté de Camila y me acerqué a mi esposa.

—El laboratorio principal ha sido reformado —decía él—. Te gustaría ver cómo ha quedado.

—No tengo dudas de que me va a gustar, aunque no sepa exactamente cuál es mi relación con la química; dices que respiro fórmulas, creo que ves demasiado —respondió ella.

—Lily —la llamé.

Giró el rostro hacia mí.

—¿Sí?

—¿Puedes acompañarme un momento?

Alexander arqueó una ceja.

—Claro —respondió ella, siguiéndome.

Puse la mano en su cintura antes de que diera el primer paso.

No era cariño.

—Ahora volvemos —dije a los demás.

La conduje hasta el pasillo lateral de la casa, lejos de oídos curiosos.

—Estás demasiado cómoda —murmuré.

—¿Con quién? —preguntó, fingiendo inocencia.

—No me pongas a prueba.

—No estoy haciendo nada.

—Quieres trabajar allí.

—Ya dije que quiero.

—¿Y quieres pasar el día a su lado?

—No tiene nada que ver con él.

Dio medio paso para alejarse y le sujeté la muñeca.

—Eres mi esposa.

—Por contrato.

—Legalmente.

—Temporalmente.

—¿Te gusta su atención? —pregunté.

—Quiero ir, ver qué tiene que ver la química conmigo, quiero recordar mi vida. Y me gusta que me traten como alguien capaz —respondió.

Solté su muñeca, pero no retrocedí.

—Está coqueteando contigo.

—Y tú estás dejando que Camila prácticamente se siente en tu regazo.

—Camila no significa nada, mi esposa eres tú.

—Ni Alexander, mi marido eres tú.

El sonido de risas en la sala nos recordó que no estábamos solos.

Acerqué mi rostro al suyo.

—¿Vas a trabajar allí para demostrarme algo a mí o a él?

—Voy a trabajar allí porque quiero recordar quién soy, ya lo dije.

Volvimos a la sala con ella recomponiéndose bajo el vestido y arreglándose el cabello de forma nerviosa.

—¿Todo bien? —preguntó Alexander.

—Perfectamente —respondí antes de que Lily abriera la boca.

La cena terminó, Lily acompañó a Camila y a su padre hasta el jardín y, en cuanto las voces femeninas desaparecieron, él permaneció de pie a mi lado, observando uno de los cuadros en la pared, una foto mía con Lily en la ceremonia. Ella sonriendo como si creyera en aquello. Yo mirándola con una expresión enamorada.

—Bonita casa —comentó.

—Gracias —respondí.

Ofrecí más whisky. Aceptó.

—Ahorrémonos tiempo —dije, sirviendo las copas—. Quieres que Lily trabaje en tu empresa.

—Ella quiere trabajar allí —corrigió.

—Tú la incentivaste.

—Solo reconocí talento.

Solté una risa corta.

—¿Reconoces talento u oportunidades?

Sostuvo mi mirada sin apartarla.

—Ambas.

—No me gusta cómo miras a mi esposa —dije al fin.

Directo.

Sin rodeos.

Alexander inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y cómo la miro?

—Como si la quisieras.

Sonrió, apurando el whisky.

—Aclaremos algo. —Me acerqué, apoyando la mano en la mesa—. Durante el tiempo que esté allí, mantendrás distancia.

—¿Distancia profesional?

—Total.

Se sirvió otra vez y bebió el whisky con una calma irritante.

—¿Estás celoso, diputado?

—Estoy protegiendo lo que es mío.

Volvió a sonreír.

Mi mandíbula se tensó.

—Las prácticas son importantes para ella —continuó—. Deberías apoyarla.

—¿Apoyar qué? ¿Que pase el día a tu lado?

—¿No confías en ella?

—No confío en ti.

La respuesta salió automática.

Alexander no pareció ofendido.

—Interesante —murmuró—. Porque yo tampoco confío en ti.

Me quedé inmóvil.

—Explícate.

—Se casaron demasiado rápido. Todo fue muy conveniente. Medios, campaña, imagen pública… —dio un paso hacia mí—. Necesitabas una esposa.

—¿Estás insinuando algo?

—Solo lo estoy pensando.

—Ten cuidado con lo que dices dentro de mi casa.

Se acercó a la puerta de salida, pero antes de irse, se giró hacia mí.

—No la asfixies demasiado, diputado. Algunas mujeres disfrutan ser controladas. Otras huyen.

Me quedé quieto unos segundos, mirando la madera y cómo Alexander se despedía de ella, sonriendo de ese modo demasiado educado, demasiado interesado.

—¿Ya estás satisfecho? —preguntó ella en cuanto los coches se pusieron en marcha.

Me giré despacio.

—¿Con qué exactamente?

—Con el espectáculo de territorialidad.

Reí, breve.

—¿Territorialidad?

Di dos pasos hacia ella.

—No tenía que mirarte de ese modo.

Alzó la barbilla.

—Estás viendo cosas.

—Vas a trabajar allí —dije, seco—. Vas contra mi palabra, contra lo que dije claramente.

—No soy tu propiedad.

—Eres mi esposa.

—Por contrato —repitió.

—Un contrato que aceptaste cumplir.

—Una esposa inteligente. Con propósito. Que no vive a la sombra del marido te incomoda.

—No se trata de eso —dije, más bajo.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Sabía exactamente de qué se trataba.

Era Alexander.

La intimidad entre ellos.

La forma en que decía su nombre.

La forma en que ella respondía.

—Confías demasiado en él.

Parpadeó.

—¿Confío?

—Se siente demasiado cómodo a tu lado.

—Tal vez porque él no me trata como a una empleada.

Eso fue directo.

Me acerqué otra vez. Demasiado cerca.

—Yo no te trato como a una empleada.

Me miró fijamente.

—¿No?

No respondí. Porque, en el fondo, sabía que sí.

Le sujeté el rostro con una mano. Firme.

—No va a tocarte.

Alzó una ceja.

—No te pertenezco.

Incliné el rostro hasta casi rozar el suyo.

—Mientras dure este matrimonio, perteneces.

No retrocedió.

—Entonces trátame como esposa delante o lejos de las cámaras.

Por un segundo, solo uno, pensé en decir la verdad.

Que lo que me molestaba no era el puesto en prácticas.

No era la empresa.

No era la campaña.

Era el hecho de que no soportaba la idea de que otro hombre se acercara a ella.

Porque estaba empezando a gustarme aquello más de lo que debía.

Pero en lugar de eso, dije:

—Si trabajas allí, voy a querer informes. Quiero saber horarios. Quiero saber con quién hablas.

Soltó una risa sin humor.

—¿Vas a vigilarme?

—Voy a asegurarme de que ningún otro escándalo recaiga sobre mi imagen.

Se dio la vuelta y subió las escaleras.

Me quedé allí solo, pensando en una forma de ganar a esa mujer, de hacerla escuchar solo a mí, por el bien de mi campaña, por mi propio bien.

27



Lily Hale

Los días siguientes pasaron demasiado rápido.

Rápido para la prensa.

Rápido para la agenda política.

Rápido para Adrian.

Pero lentos dentro de mí.

Estaba oficialmente autorizada a "asistir en investigaciones" en Ashford. Adrian no estaba feliz, pero tampoco podía impedirlo, no después de la inversión millonaria.

Entonces hizo lo que siempre hace cuando algo se le escapa de las manos: intentar controlar el resto.

Mi agenda pasó a compartirse con su equipo.

Horarios definidos. Coche oficial. Dos guardaespaldas. Lo odiaba, pero lo acepté. Porque necesitaba estar allí.

El coche se detuvo frente a la entrada principal. Respiré hondo antes de bajar. Los guardaespaldas estaban conmigo, orden directa de Adrian, lo que hacía todo más delicado.

Alexander me esperaba en la recepción, se acercó con naturalidad.

—Buenos días, señora Keaton —dijo, formal, para quien quisiera oír.

—Buenos días, señor Ashford —respondí en el mismo tono.

La distancia entre nosotros estaba milimétricamente calculada. Ningún contacto. Ningún gesto íntimo.

Pero cuando nos alejamos unos pasos de la recepción, habló en voz baja:

—¿Está preparada?

—Nunca he dejado de estarlo.

Inclinó la cabeza, satisfecho.

—Perfecto.

Caminamos por el pasillo principal. Los empleados saludaban a Alexander con respeto. Algunos me miraban con curiosidad.

Entramos en el laboratorio principal.

El corazón se aceleró, no por nerviosismo, sino por pertenencia. Era allí donde yo vivía de verdad.

Alexander se acercó a la mesa de trabajo.

—Ajustamos algunas cosas en el proyecto que usted inició —dijo en voz normal—. Pero la estructura principal está intacta.

Recorrí con la mirada la fórmula abierta en la tableta.

Claro que estaba intacta. Yo la había desarrollado.

Una empleada entró, la jefa del área me miró de pies a cabeza y no sonrió.

—Soraia, esta es la señora Keaton, va a trabajar en este proyecto contigo.

—Mucho gusto, señora —dijo con un tono arrogante.

—Gracias por aceptarme en el proyecto.

—En realidad, vino prácticamente listo y dirigido desde Suiza, solo vamos a continuar.

—Acompáñeme, señora, le presentaré el resto del edificio.

—Puedo hacer eso, señor —dijo Soraia, pero Alexander solo la miró como quien no había pedido nada y la mujer se calló, buscando algo que hacer en el mostrador.

Fuimos a una sala privada después de media hora. En cuanto la puerta se cerró, la máscara cayó.

—Ten cuidado.

—No te preocupes.

Se pasó la mano por el cabello.

—Tu marido está desconfiando.

—Adrian desconfía de todo.

—No de esto. De ti conmigo.

Alexander se acercó, más serio.

—No subestimes a un hombre posesivo. Sobre todo a uno que ya perdió el control una vez en la vida.

Sabía que hablaba de la exesposa de Adrian.

—No estoy haciendo nada malo —respondí.

—Anne…

—Necesito este matrimonio ahora.

Me miró, insatisfecho.

—No necesitas su protección, yo puedo hacer eso —concluyó.

—Necesito tiempo.

Suspiró.

Y como si el universo estuviera poniendo a prueba mi control…

Mi teléfono vibró.

Mensaje de Adrian.

Adrian: “¿Cómo va el primer día?”

Respiré hondo antes de responder.

Lily: “Aburrido. Nada del otro mundo.”

Alexander observaba.

—Te dejaré trabajar ahora.



Adrian Keaton

El comité estaba ruidoso, mapas electorales proyectados en las paredes. Pantallas mostrando gráficos de aprobación. Asesores entrando y saliendo con informes como si el mundo fuera a acabarse en veinte minutos.

Yo funcionaba bien allí.

Los números no mienten. Las personas, sí.

Estaba analizando una encuesta distrital cuando la puerta se abrió sin previo aviso, y la sala fue invadida de inmediato por un perfume demasiado dulce.

—Espero no estar interrumpiendo nada importante —dijo Camila Ashford, entrando como si el lugar le perteneciera.

Levanté la mirada despacio.

—Lo estás.

Sonrió como si fuera un cumplido.

Camila llevaba un vestido azul claro discreto. Nada vulgar. Nada exagerado. Pero pensado para llamar la atención.

—Vine a hablar sobre la asociación con Ashford —dijo, acercándose a la mesa—. Y sobre Lily.

Mi mandíbula se tensó.

—¿Qué pasa con mi esposa?

Se sentó sin ser invitada.

—Tu esposa pasó toda la mañana en el laboratorio central. No exactamente en el área de "observación". Estaba… demasiado cómoda.

—¿Y tú estabas observando por qué?

—Porque también es mi empresa.

—Ve al grano.

Camila se inclinó sobre la mesa.

—No parece una empleada cualquiera, Adrian. Habla con seguridad. Corrige a químicos sénior. Cuestiona protocolos.

Mi mirada no vaciló.

—Mi esposa es inteligente.

—Inteligente es poco. —Sonrió de lado—. O está ocultando algo… o estás durmiendo al lado de alguien que sabe mucho más de lo que aparenta.

—¿Viniste hasta aquí para insinuar que mi esposa es una espía industrial? Porque, hasta donde sé, alguien formado en química debería entender del tema.

—No seas dramático. —Se levantó, caminando lentamente por la sala—. Solo digo que Alexander la mira como si la conociera desde hace más tiempo.

Eso me irritó.

—Mi esposa sufrió un accidente, perdió la memoria, el trabajo es importante para ella y estoy de acuerdo con eso; si

recupera su pasado, yo gano más detalles sobre ella, ¿no crees?

Camila se detuvo detrás de mí.

—O la pierdes frente a alguien que la conoce más… o frente a alguien que ahora no recuerda, pero que podría recordar después.

Me levanté despacio.

—Ten cuidado con lo que estás insinuando.

Sonrió.

—No estoy insinuando, pero es bastante posible. No se puede controlar todo, diputado.

La puerta se abrió de nuevo. Estevam entró, evaluando el ambiente en segundos.

—¿Está todo bien aquí?

—Perfectamente —respondí.

Camila se acomodó el cabello.

—Solo le decía a Adrian que quizá Lily debería tener más cuidado. Demasiada exposición puede ser… peligrosa.

—¿Peligrosa cómo? —pregunté.

Se encogió de hombros.

Estevam se acercó.

—Adrian, tienes un compromiso en veinte minutos.

Camila caminó hacia la puerta.

—Solo intento ayudar, Adrian. Las mujeres sin memoria necesitan dirección. Y tú no puedes distraerte ahora. Las elecciones están cerca. —Salió y la puerta se cerró tras ella.

—¿Qué hace aquí? —le pregunté a Estevam.

—Quería conocer el comité.

—Avísame siempre que vayamos a tener visitas.

—Claro.

—Y, Estevam, agenda una cita médica para Lily, quiero saber si hay algo que pueda ayudarla a recuperar la memoria.

—¿Te preocupa algo?

—Es solo por seguridad. No podemos perder el control de las cosas ahora, a meses de las elecciones.

28



Adrian Keaton

No suelo ir a buscar a nadie.

Para eso están los chóferes, pero a las diecisiete cuarenta y dos ya no estaba leyendo informes. Estaba pensando en Lily, en la forma en que habló Camila.

—Voy a salir —le avisé a Estevam.

Ni siquiera levantó la mirada de la tableta.

—¿Compromiso en la agenda?

—Sí.

—¿Cuál?

—Mi esposa.

Ahora sí se levantó.

—¿Vas hasta allí?

—Iré.



El coche se detuvo frente a la sucursal de Ashford en Boston.
El edificio era moderno. Los empleados salían en flujo continuo, fin de jornada.

Bajé.

Los guardaespaldas se posicionaron automáticamente.

No pasaron ni tres minutos antes de que el primer teléfono se alzara.

Claro.

El diputado Keaton, esperando a su esposa en la puerta de la empresa Ashford.

Lily apareció en la puerta giratoria con una credencial provisional prendida al blazer. El cabello recogido en un moño bajo. Una carpeta en la mano.

Me vio.

Se detuvo.

Sorpresa real.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó al acercarse.

—Viniendo a buscar a mi esposa.

Simple.

Directo.

Los empleados alrededor redujeron el paso.

Tomé la carpeta de su mano con naturalidad.

—¿Cómo fue el primer día?

Parpadeó varias veces.

—Normal.

—¿Cansado?

—Un poco.

—¿Te trajo recuerdos?

—Todavía no.

Me acerqué más. Mi mano fue automática a la zona baja de su espalda.

Los fotógrafos ya estaban allí. Siempre están.

Ella lo notó.

Incliné levemente el rostro.

—Sonríe.

Sonrió.

Las notificaciones comenzaron a llegar mientras el coche aún se alejaba.

"Diputado Keaton sorprende al recoger a su esposa en el trabajo."

"Atento y presente: Keaton refuerza imagen de marido dedicado."

"¿Primera dama moderna? Lily inicia su trabajo con el apoyo de su marido."

Lily miraba por la ventana.

—Hiciste esto a propósito —murmuró.

—¿Hice qué?

—Venir a buscarme.

—Estoy casado.

—No parecía gustarte la idea ayer.

—No me gustan muchas cosas —respondí—. Pero me gusta aún menos ver a mi esposa caminando sola por ahí.

Giró el rostro hacia mí.

—Estaba con guardaespaldas.

—No me refería a eso.

Entendió.

Alexander.

No dijo el nombre, porque no hacía falta.

—¿Vas a hacer esto todos los días? —preguntó.

—Tal vez.

Soltó una risa breve.

—Esto se está pareciendo a…

—¿A qué?

—Celos.

La miré fijamente.

—Estás obsesionada con eso, ¿estás intentando hacerme sentir celos?

—Sé que no los sientes, solo estás preocupado por tu imagen.

El coche dobló la esquina.

Mi teléfono vibró y el nombre de Estevam apareció en la pantalla.

Estevam: Felicidades, futuro presidente. El compromiso femenino subió un 4% en treinta minutos. Eres oficialmente el marido modelo.

Subí el vidrio que nos separaba del conductor. El sonido amortiguado de la calle desapareció por completo. Ahora éramos solo nosotros dos, en el asiento trasero.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

No respondí. Solo me incliné hacia ella.

Mi mano se deslizó por su muslo expuesto, subiendo despacio hasta encontrar la fina ropa interior bajo el vestido. La tela ya estaba húmeda. Sonreí contra su cuello.

—Joder…

Se mordió el labio, intentando contener el gemido. Mi dedo recorrió el encaje y se deslizó directamente dentro. Su coño estaba caliente, resbaladizo, latiendo bajo mi toque.

—Adrian… —jadeó, con los ojos cerrándose.

Incliné el cuerpo, la boca junto a su oído.

—No hagas demasiado ruido. El conductor sigue ahí delante.

Mientras lo decía, introduje un dedo. Luego dos. Empecé a follarla con los dedos. Echó la cabeza hacia atrás, aferrándose al asiento con una mano, mientras la otra apretaba mi hombro.

—Así… justo así… —murmuré.

Abrí la cremallera del pantalón y liberé mi polla, ya dura, palpitante.

—Ven —ordené—. Siéntate aquí.

No dudó. Se subió a mi regazo, de frente, con los ojos hambrientos.

Sujeté mi polla y apoyé la punta en la entrada caliente de su coño.

—Ve despacio —murmuré, mirándola directamente a los ojos —. O te doy la vuelta aquí mismo y te hago gritar mi nombre con el conductor escuchando.

Se sostuvo de mis hombros y empezó a descender despacio… gimiendo a cada centímetro hasta tragarme por completo.

—Eso, joder… —gruñí, sintiendo su calor apretarme—. Ahora cabalga bien calladita para mí.

Empezó a moverse. Despacio. Mordiéndose los labios para no gemir alto.

—Así… así… —murmuré contra su boca, devorando los sonidos que amenazaban con escapar.

Sus ojos se cerraron, apoyó la frente en la mía, la respiración convertida en un hilo quebrado.

Sabía exactamente cuándo estaba llegando al límite. Su cuerpo empezó a temblar sobre el mío, los músculos contrayéndose, el ritmo volviéndose irregular.

—Mírame —pedí, sujetando con firmeza su cintura.

Abrió los ojos en el exacto instante en que perdió el control. El placer la invadió, haciendo que su cuerpo se arqueara, que la respiración fallara, que las uñas se clavaran en mi piel. Intentó ahogar el sonido en mi hombro, pero no logró esconder el temblor que la recorrió por completo.

Hundí el rostro en su cuello cuando mi propio orgasmo me golpeó, sujetándola allí, pegada a mí.

—Jodidamente buena —murmuré contra su piel caliente.

Rió bajo, todavía temblando levemente entre mis brazos, los dedos deslizándose despacio por mi nuca.

—Estás loco.

—No habría podido esperar a llegar a casa.

Cuando el coche cruzó los portones de la propiedad, Lily aún intentaba controlar la respiración. El cabello desordenado, los labios hinchados, y la ropa ligeramente arrugada. Bajé primero.

Ajusté el saco y rodeé el coche, abriendo la puerta para ella como si fuera el hombre más impecable de Boston.

Apoyó la mano en la mía para salir del coche, demasiado despacio. La punta de sus dedos se deslizó por mi palma antes de apartarse.

—Estás siendo demasiado amable —murmuró.

—¿No te gusta? —pregunté.

Entramos juntos. Me acerqué ligeramente por detrás cuando cruzamos el vestíbulo, mi mano posándose en la curva de su cintura.

—Mañana tenemos una agenda llena —dije demasiado cerca de su oído.

Inclinó levemente la cabeza, sintiendo mi respiración en la curva de su cuello.

—Lo sé.

Se giró hacia mí despacio.

—Entonces descansa.

—Necesito comer antes… ¿tú no? —preguntó.

Sostuvo mi mirada un segundo más.

—Sí, cenaremos juntos —dije, firme.

En el comedor, la mesa ya estaba puesta. Todo organizado como siempre. Aparté la silla para ella antes de que cualquier empleado se acercara.

Alzó una ceja.

—Hoy te estás superando.

—Acostúmbrate —respondí, seco.

Se sentó, y yo ocupé mi lugar frente a ella, pero mis ojos no estaban en el plato. Estaban en ella.

—¿Qué pasa? —preguntó, al darse cuenta.

—Nada.

La cena comenzó en silencio. Cubiertos tocando la porcelana. Vino servido.

Pero había algo diferente. Yo estaba diferente, deseando cosas distintas.

—Te quedaste callado en el coche —comentó, girando el vino en la copa—. ¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—De no haber esperado a llegar a casa.

Sostuve su mirada.

—No.

Se mordió ligeramente el labio inferior, disimulando la sonrisa.

No aparté la vista.

—A partir de hoy te mudas a mi habitación.

Parpadeó, sorprendida de verdad esta vez.

—¿A tu habitación?

—Sí. Estamos casados. Marido y mujer duermen juntos, ¿no?

—No en nuestro caso.

—¿No quieres? —pregunté, acercándome un paso.

—No podemos —respondió, firme.

—Yo puedo. ¿Tú puedes?

Entrecerró los ojos.

—¿Estás jugando conmigo?

Incliné la cabeza, observando su reacción con atención.

—Solo me estoy rindiendo a mis deseos, esposa mía.

Respiró hondo antes de responder.

—Te quedas en mi habitación… hasta que yo decida si vale la pena mudarme a la tuya.

Arqueé una ceja.

—Que sea en la tuya, entonces, señora Keaton.

La sonrisa que apareció en mis labios fue lenta.

Se giró primero, subiendo las escaleras sin mirar atrás. Yo fui detrás.

29



Lily Hale

Desperté antes que él.

Estaba de lado, vuelta hacia él. Adrian dormía de espaldas, parcialmente apoyado en la almohada, la sábana demasiado baja en la cintura.

Por un instante, olvidé la política. Olvidé los atentados. Olvidé el contrato.

Parecía… mi marido.

Su rostro estaba relajado. La línea de la mandíbula menos rígida. Las pestañas proyectando una sombra leve sobre la piel. Una de sus manos estaba sobre el colchón, abierta, como si me hubiera buscado durante la madrugada.

Se movió ligeramente y abrió los ojos despacio. Sus ojos azules se enfocaron primero en el techo. Después en mí.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —murmuró, con la voz ronca de sueño.

—El suficiente para darme cuenta de que casi no roncas.

Casi sonrió.

—¿Casi no?

—Un poco.

Se giró de lado, quedando frente a mí. La cercanía hizo que mi corazón se acelerara de una forma ridícula.

—Buenos días, señora Keaton.

—Buenos días… señor candidato.

Extendió la mano y apartó un mechón de mi cabello del rostro. El contacto fue ligero, inesperadamente cuidadoso.

—¿Dormiste bien?

—Mejor de lo que imaginé.

Me observó durante unos segundos, como si evaluara si aquello era ironía. No lo era.

Sus ojos se suavizaron por un instante, casi imperceptible. Pero entonces la realidad volvió.

—Quisiera quedarme acostado más tiempo —dijo, pasándose la mano por el cabello—, pero hoy el día está lleno. Estevam llega en unos minutos. Voy a ducharme y bajar. Te espero en el desayuno.

Y ahí estaba de nuevo.

El hombre apresurado. El político. El estratega.

Se levantó, ya tomando el teléfono antes siquiera de llegar a la puerta.

Cuando la puerta se cerró, volví a recostarme, mirando el techo.

—Solo un día más normal —murmuré para mí misma.

Pero nada en nuestra vida era normal.

Me levanté despacio y fui al baño. El agua caliente corrió por mi cuerpo, y por unos minutos intenté ordenar mis pensamientos.

Cuando terminé, elegí un vestido sobrio. Elegante. No demasiado llamativo.

Bajé las escaleras y ya escuché voces en la sala.

Estevam estaba allí.

Adrian estaba de pie, serio, tableta en mano, hablando demasiado rápido.

Levantó la mirada cuando me vio.

Por un segundo, su rostro se relajó.

Estevam se giró hacia mí.

—Buenos días —dije.

—Buenos días —respondió.

—La prensa va a presionar hoy. Necesitamos mostrar estabilidad. Ustedes dos juntos.

Adrian se acercó y colocó la mano en mi cintura con naturalidad, pero la presión de sus dedos fue distinta.

—Estamos bien —dijo, firme.

—¿Qué está pasando? —pregunté, mirando de uno a otro.

Adrian no respondió de inmediato. Fue Estevam quien habló.

—Clarisse fue liberada. Y ya asumió una relación con uno de los principales oponentes de Adrian.

Parpadeé varias veces, asimilando la información.

—Vaya… es talentosa —comenté, cruzando los brazos—. Incluso con todo lo que pasó, ¿aún logró mantenerse en el entorno político?

Mi pregunta tenía ironía. No hice ningún esfuerzo por ocultarla.

Adrian siguió serio. Demasiado serio.

Ningún músculo de su rostro se movió.

—Sí —respondió Estevam antes de que él hablara—. Es bastante astuta.

Adrian finalmente dejó la tableta sobre la mesa.

—¿Eso puede afectar la campaña? —pregunté, ahora más atenta.

—Van a intentar pintar a Adrian como el exmarido problemático. Víctima de una mujer injustamente tratada que ahora reconstruyó su vida —respondió Estevam.

Adrian me miró.

—No necesitas preocuparte por eso.

—Soy tu esposa —repliqué—. Creo que eso automáticamente me pone en medio de la preocupación.

Su mirada se endureció un poco.

—Yo me encargo.

—En realidad —intervino—, lo ideal es que aparezcan juntos hoy. Fotos. Sonrisas. Ligereza. La comparación va a ocurrir de cualquier manera.

—¿Comparación? —pregunté.

—Exesposa recién liberada, nueva relación política… frente a matrimonio estable, joven, enamorado.

Adrian se pasó la mano por la mandíbula, irritado.

Respiré hondo.

—Bien… —tomé mi bolso del aparador—. Los dejo a ustedes dos. Tengo trabajo.

Adrian me miró de inmediato.

—¿Hoy?

—Sí, hoy. Descanso los fines de semana, ¿recuerdas?

Su expresión se cerró por un segundo.

—Lleva a los guardaespaldas.

—Siempre lo hago —respondí, sosteniendo su mirada.

—Sé discreta —añadió.

Sonreí levemente.

—Siempre lo soy.

Pasé junto a Adrian. Me sujetó de la muñeca antes de que alcanzara la puerta.

—No digas nada a la prensa. Si preguntan por Clarisse, no haces comentarios.

—No diré nada —respondí, en voz baja.

Soltó mi mano despacio antes de besarme en la frente.



Adrian Keaton

—Necesito hablar con Jonathan —dije alterado, caminando de un lado a otro en mi despacho.

Estevam no se movió. Siguió sentado, analizando gráficos como si yo no estuviera a dos pasos de estallar.

—Es tu hermano. Puedes hablar con él. Pero lo que necesitas ahora es mostrarte estable con Lily.

—¡Lo estamos, joder! —repliqué—. Estamos durmiendo en la misma habitación. Estoy siendo atento. Estoy apareciendo en las fotos. Estoy haciendo mi parte.

Alzó la mirada despacio.

—Entonces no te preocupes. Vamos bien en las encuestas, esta elección es nuestra —dijo con calma.

—Clarisse es muy astuta.

Estevam soltó un suspiro.

—Nosotros somos experimentados. No es una ex primera dama adúltera y pésima madre la que va a amenazarnos. Si el rival creyó conveniente aliarse con ella, buena suerte para él.

Dejé de caminar.

—La subestimas.

—No la subestimo. Conozco el juego. Va a intentar vender una narrativa emocional. "Mujer injustamente tratada". "Esposa traicionada". "Madre fuerte". Ese tipo de historia funciona.

Cerré los puños.

—Ella no fue traicionada.

—Lo sabemos nosotros, lo sabe la prensa, no te preocupes.

—Quiere provocar.

—Claro que quiere —respondió Estevam—. Y lo ha conseguido.

Respiré hondo.

—Jonathan tiene que estar preparado.

—¿Para qué?

—Para lo que venga.

Mi hermano no era político.

Era juez.

Frío. Técnico. Observador.

Si Clarisse empezaba a lanzar acusaciones, insinuaciones, cualquier cosa relacionada con moral, pasado, dinero… Jonathan tendría que estar a mi lado.

—¿Crees que va a atacar a Lily? —preguntó Estevam, por fin.

—Si toca a mi esposa —dije en voz baja—, la destruyo.

Estevam me miró.

—Ese es exactamente el tipo de frase que no puedes decir en voz alta.

—Pero puedo pensarla.

—Piensa lo que quieras. Solo no pierdas la cabeza en público.

Apoyé las manos sobre la mesa y solté una risa seca.

—No conoces a Clarisse como yo.

—Habla con Jonathan —concluyó Estevam—. Pero, antes de eso, ve a buscar a tu esposa.

—¿Para qué?

—Para que te vean con ella. Cenar fuera. Sonreír a las cámaras. Mostrar que tu matrimonio es sólido.

—Lo es.

—Entonces demuéstralo.

Tomé el saco y, antes de salir, me detuve en la puerta.

—Si Clarisse intenta cualquier jugada sucia…

—Responderemos —dijo Estevam, firme—. Pero con estrategia, no con emoción.

30



Lily Hale

Los días estaban pasando demasiado lentos.

Desde que la exesposa de Adrian salió de prisión, no tiene paz. Anda de un lado a otro, con el control remoto en la mano, cambiando entre canales de noticias como si pudiera prever su próximo movimiento con solo ver lo suficiente. Finge indiferencia cuando el nombre de Clarisse aparece en pantalla, pero veo cómo su mandíbula se tensa. Veo cómo sus dedos aprietan el vaso de whisky con demasiada fuerza.

Y nosotros aparecemos en público más que nunca.

Eventos, cenas, mítines, entrevistas improvisadas en la puerta de hospitales, visitas a escuelas. Fotos sonriendo. Manos entrelazadas. Besos.

Aún no la he conocido en persona.

Aunque, en el fondo, estoy ansiosa por ello.

Quiero mirarla a los ojos. Quiero entender qué tipo de mujer es.

En ese momento estábamos en un mitin en el centro de la ciudad.

El escenario era alto, iluminado por reflectores que volvían el cielo casi blanco. Banderas ondeaban detrás de él. El público se extendía hasta donde alcanzaba mi vista.

Adrian dominaba el escenario. Es muy bueno con las palabras, guía e hipnotiza.

—Este país necesita un liderazgo firme —decía, con la voz segura y tranquila—. Necesita responsabilidad, compromiso con la verdad, no alianzas oportunistas.

Sabía que aquello era para ella. Para Clarisse y para el hombre que ahora caminaba a su lado.

El público reaccionaba como era de esperar. Aplausos. Silbidos. Gritos de apoyo.

Yo estaba colocada unos pasos detrás, como siempre. Sonrisa medida. Postura impecable. Vestido elegido estratégicamente para transmitir sobriedad y elegancia.

Pero mis ojos estaban en él.

En el movimiento de sus manos. En la pausa dramática antes de cada frase importante. En la forma en que buscaba el contacto visual con las personas de las primeras filas.

Nació para esto.

Cuando mencionó a la familia, sentí su mirada encontrarse con la mía.

—Y tengo a mi lado a una mujer que representa exactamente eso: integridad, inteligencia y fuerza.

Las cámaras se giraron de inmediato hacia mí.

Sonreí.

Extendió la mano y caminé hacia él, tomándola como habíamos ensayado. El público estalló.

Se inclinó levemente, susurrando cerca de mi oído:

—¿Estás bien?

—Sí —respondí, aún sonriendo para las cámaras.

Un sonido seco cortó el aire. No fue fuerte. En ese mismo segundo, lo sentí.

Sentí un golpe en el hombro, como si alguien me hubiera impactado con una barra de hierro. Luego llegó el dolor. Ardía y crecía demasiado rápido.

El público aún aplaudía durante una fracción de segundo, sin comprender. Intenté mantener la postura, intenté permanecer de pie, como si solo hubiera tropezado.

Entonces el calor se deslizó por mi brazo, vi el rojo.

Entonces llegó el ruido, los gritos, el caos, el eco del disparo siendo comprendido por todos al mismo tiempo.

Mi cuerpo cedió.

El suelo me recibió con demasiada dureza. El cielo encima parecía distante, desenfocado. Sentí manos tirando de mí, voces superpuestas, alguien presionando algo contra mi hombro.

—¿Está bien? ¿Está bien? —repetían.

Qué gracioso.

Quería reír. No, no lo estaba.

Solo pensaba en una cosa mientras la sangre manchaba la tela de mi vestido: lo intentaron otra vez.



Adrian Keaton

Adrian Keaton

Vi cuando Lily se tambaleó. No fue una caída rápida. Fue un desequilibrio sutil, como si hubiera tropezado con su propio tacón. Su mano fue al brazo, y el rojo empezó a extenderse por la tela clara del vestido.

Mi cerebro tardó medio segundo en procesarlo.

Disparo.

—¡Agáchense! —gritó alguien.

El caos estalló. Los guardaespaldas surgieron de todos lados. El sonido de gente corriendo, gritando, empujando. Intenté alcanzarla.

Pero dos manos me sujetaron por los hombros.

—¡Señor, tenemos que sacarlo de aquí!

—¡Suéltame! —gruñí, intentando zafarme—. ¡Mi esposa!

Vi cuando la rodearon otros agentes. Uno de ellos presionaba algo contra su brazo. Estaba consciente. Vi sus ojos abiertos.

Intenté avanzar, pero el mundo se convirtió en una masa de hombres de traje, escudos humanos, voces gritando códigos por la radio.

—¡Tirador activo! ¡Retirada inmediata!

Me empujaron con fuerza en el pecho.

—¡Señor, protocolo!

—¡Mi esposa está en el suelo!

Empujé a uno de ellos. Otro me sujetó por los hombros.

—¡Usted es el objetivo principal!

—¡NO! —rugí—. ¡El objetivo era ella!

Aún alcancé a ver cuando uno de los paramédicos se arrodilló a su lado.

Vi su mano temblar.

Vi la sangre en el suelo y luego un muro de cuerpos cerró mi visión.

—¡Señor, tenemos que sacarlo de aquí ahora!

Me arrastraron hasta el coche blindado.

La puerta se abrió y me empujaron dentro.

Intenté salir, pero un guardaespaldas cerró la puerta desde fuera y el vidrio empezó a subir.

Golpeé con la palma.

—¡Baja esa mierda!

Nadie me obedecía y el coche arrancó.

—¿A dónde la están llevando? —mi voz salió ronca.

—Al Hospital Central, señor. Ambulancia en camino.

El teléfono vibró y contesté al instante.

—Adrian, ¿estás a salvo? —la voz de Estevam llegó por la línea.

—¿A salvo? —reí, pero el sonido salió áspero—. Ella recibió un disparo.

—Fue de refilón. Parece superficial.

—¿Parece? —gruñí—. "Parece" no es un diagnóstico. ¿Cuánta sangre ha perdido?

—Aún no tenemos confirmación.

Me pasé la mano por el cabello con fuerza, echándolo hacia atrás. Mi respiración era irregular. Caliente. Violenta.

Miré por la ventana.

Ese no era el camino al hospital.

Dejé el teléfono en el asiento de al lado.

—¿A dónde vamos?

El conductor no respondió de inmediato.

—A casa, señor. La residencia es el punto más seguro en este momento.

Me incliné hacia adelante, agarrando el respaldo del asiento.

—No. Llévenme al hospital. Ahora.

—Señor… —el guardaespaldas en el asiento delantero respiró hondo—. El señor Estevam dio órdenes expresas de llevarlo a casa. Él se encargará de transmitirle la información sobre la señora Keaton.

—Yo no respondo ante Estevam. —Me incliné más—. Yo mando.

—Señor, con todo respeto…

—¡No me vengas con respeto! —grité—. ¡Gira ese coche!

El conductor dudó.

Alcancé la manija.

—Si no giras, me bajo aquí.

—Señor, el vehículo está en movimiento.

—¡NO ME IMPORTA!

Intenté forzar la puerta.

De inmediato, dos guardaespaldas se movieron.

—¡Señor, por favor!

—¡Quita las manos de encima!

Empujé a uno de ellos. El coche se tambaleó.

—No puede estar hablando en serio… —oí a uno murmurar por la radio.

Tomé el teléfono de nuevo y volví a llamar a Estevam.

—¿Estás bromeando conmigo?

—Adrian, escucha…

—¡No voy a escuchar una mierda! ¡Mi esposa está en el hospital y tú me mandas a casa!

—Tú eres el objetivo principal. Si hay un segundo ataque…

—¿Y ella? —grité—. ¿Ella no es un objetivo? ¿O crees que le dispararon por deporte?

—Estoy controlando la situación —respondió.

—Tú no controlas a mi esposa.

—Controlo tu vida pública, tu vida en la política.

Eso fue la gota que colmó el vaso.

—¡No estoy hablando de política!

—Siempre lo estás, Adrian.

Volví a lanzarme hacia la parte delantera del coche.

—¡GIRA ESE MALDITO COCHE!

El conductor no giró.

Uno de los guardaespaldas intercambió una mirada rápida con el otro.

—¿Qué pasa? —gruñí.

—Señor… —el hombre a mi lado respiró hondo—. Órdenes directas del jefe de gabinete.

Reí.

—¿Ahora me van a secuestrar?

—Estamos protegiéndolo.

—¡No necesito protección! —golpeé el panel con fuerza—. ¡Necesito estar con ella!

Intenté abrir la puerta otra vez.

Esta vez me sujetaron con más fuerza.

—Señor, por favor, no nos obligue…

—¿A obligarlos a qué?

Sentí un movimiento detrás de mí. Una presión rápida en el cuello.

La visión osciló.

—Lo siento, señor —escuché la voz baja del guardaespaldas.

—Ustedes no… no tienen ese derecho…

La voz me falló.

Mi última imagen consciente fue el portón de la propiedad abriéndose.

31



Lily Hale

Abrí los ojos despacio. El hombro me latió cuando intenté moverme.

—Eh… eh, tranquila.

La voz era conocida.

Giré el rostro.

Alexander.

Estaba a mi lado, inclinado hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas, las manos unidas como si estuviera rezando. Sus ojos estaban enrojecidos.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz quebrándose a mitad de la frase—. Dios mío, Anne…

—¿Adrian…?

Alexander cerró los ojos un segundo.

—No estaba aquí cuando entraste.

Eso dolió más que el hombro.

—Él… —mi voz falló—. ¿Estaba con la prensa?

Alexander no respondió de inmediato.

Eso ya era respuesta suficiente.

Giré el rostro hacia el otro lado, mirando la pared blanca.

Intentaron matarme otra vez.

Alexander tomó mi mano con cuidado, como si fuera de cristal.

—Casi me vuelvo loco cuando vi las imágenes. Tú en el suelo. Sangre… —tragó saliva—. Si esa bala hubiera entrado unos centímetros más…

—Pero no lo hizo —interrumpí.

Apretó mis dedos.

—No deberías estar pasando por esto.

Cerré los ojos.

Elegí a la persona equivocada para protegerme.

La frase atravesó mi mente de forma dolorosa.

Me había convencido de que casarme con Adrian era estrategia. Seguridad. Poder.

¿Quién se atrevería a disparar a la esposa de un candidato fuerte?

¿Quién se atrevería a meterse con la futura primera dama?

Alguien se atrevió.

Y él no estaba aquí.

—Debí impedir que te casaras —murmuró, pasándose la mano por el rostro—. Dije que lo haría.

—No empieces… —susurré.

—Yo te protegería mejor que esto.

Mi pecho se apretó.

—No se trata de que tú protejas mejor.

—Entonces, ¿de qué se trata, Anne? —preguntó, con la voz baja, intensa—. Te dispararon.

Volví a mirar el techo.

—Pensé que él me mantendría a salvo.

Sostuvo mi barbilla con cuidado, obligando a que mis ojos se encontraran con los suyos.

—No voy a dejar que nada te pase.

La puerta de la habitación hizo un leve clic.

No necesité mirar para saber quién estaba del otro lado.



Adrian Keaton

Abrí la puerta de la habitación sin llamar y me quedé congelado. Alexander estaba junto a la cama, inclinado demasiado. Demasiado cerca.

Su mano sostenía la de ella y Lily estaba despierta.

Viva, pálida, pero despierta.

El alivio llegó primero. Después vino lo demás. Los celos, la rabia, la posesión.

Cerré la puerta a mi espalda con calma.

—Veo que llego tarde.

Alexander soltó su mano despacio, como si estuviera haciéndome un favor.

—Acaba de despertar, me quedé aquí esperando.

—Qué eficiencia —respondí, ajustando el puño de la camisa —. Deberían contratarte como acompañante fijo.

Miré el vendaje en su hombro.

—Entonces fue eso, ¿un rasguño?

Parpadeó, sorprendida.

—¿Un rasguño?

—De refilón, eso me dijeron. —Me encogí de hombros—. He visto cosas peores.

Alexander dio medio paso adelante.

—Recibió un disparo, Adrian.

Levanté una ceja.

—Lo sé. Yo estaba allí, por si lo has olvidado.

Me acerqué más a la cama.

Incliné levemente la cabeza.

—Está entera, al menos.

Me miró fijamente.

Podría haber dicho que me desesperé.
Que casi perdí el control.
Que intenté volver a por ella.

Pero no lo hice, porque la debilidad no va conmigo, porque me prometí a mí mismo no volver a sufrir por ninguna mujer.

—Imagino que ya has recibido suficiente atención —añadí, lanzando una mirada lateral a Alexander.

Respiró hondo.

—Voy a esperar afuera.

—Como quieras —respondí, sin mirarlo siquiera.

La puerta se cerró.

La habitación quedó en silencio.

Metí las manos en los bolsillos.

—La prensa está descontrolada. Esto va a sumar buenos puntos en la próxima encuesta.

Parpadeó, incrédula.

—¿Eso es lo que tienes que decir?

—¿Qué quieres que diga? —Incliné levemente el cuerpo hacia delante—. ¿Que estaba aterrorizado? ¿Que casi tuve un colapso?

—Casi muero.

—Pero no moriste.

Giró el rostro hacia el otro lado.

—No estabas aquí cuando desperté.

Solté un suspiro teatral.

—Tengo responsabilidades, Lily. A diferencia de tu amigo, no puedo simplemente dejarlo todo y correr al hospital.

Volvió a mirarme.

—Él estaba aquí.

—Me di cuenta.

Di un paso más cerca, inclinándome hacia ella. Podría haberla tocado, pero no lo hice.

—Descansa —dije, apartándome—. Necesitamos que estés entera para la próxima agenda.

Caminé hacia la puerta. Me detuve antes de salir.

—Ah, y una cosa más —añadí sin girarme del todo—. Espero que la visita de tu amigo no se convierta en noticia, no olvides que firmaste un contrato.

Cerré la puerta con más fuerza de la que pretendía.

El pasillo estaba demasiado silencioso para un hospital que acababa de recibir a una víctima de intento de homicidio.

Alexander estaba apoyado en la pared, brazos cruzados, la mandíbula tensa.

—¿Terminaste el discurso? —preguntó.

Ajusté el saco como si nada hubiera pasado.

—Fue breve.

Dio un paso al frente.

—Necesita seguridad.

Reí bajo.

—¿Estás insinuando que no la tiene?

—Recibió un disparo, Adrian, alguien intentó matarla.

—Sé lo que pasó, Ashford.

Ignoró el tono.

—Has aumentado su exposición en las últimas semanas. Más eventos. Más mítines. Más cámaras.

—Eso se llama campaña.

—Eso se llama riesgo.

Me acerqué hasta quedar a menos de un metro.

—¿Te preocupa su seguridad? ¿Crees que no puedo cuidar de mi esposa?

Su mandíbula se tensó.

Respiró hondo.

—Necesita refuerzo en la seguridad personal. No solo en eventos públicos. Rutas alternas. Conductores fijos. Verificación del equipo interno.

Levanté una ceja.

—¿Me estás dando órdenes?

—Estoy diciendo que alguien falló hoy.

Esbocé una media sonrisa.

—¿De verdad crees que permitiría que algo le pasara?

No dudó.

—Creo que priorizas lo que te conviene.

—Estabas en su habitación sosteniendo su mano —respondí —. No parece que te importe estar coqueteando con una mujer casada.

Sostuvo mi mirada.

—Estaba allí porque me importa.

—Su seguridad es mi responsabilidad.

—Entonces actúa como si lo fuera.

—Estás cruzando límites.

—Casi murió.

—Ya reforcé el equipo —dije al fin—. Ruta modificada. Blindaje revisado. Investigación en curso.

—Si fallas —dijo Alexander, con la voz más baja—, no voy a quedarme mirando desde lejos.

—Es mi esposa, Ashford. Ubícate en tu lugar. Y si quieres seguir preocupado por su seguridad… mantén la distancia. Porque la próxima vez que entre en una habitación y te encuentre sosteniendo la mano de mi esposa… puede que no sea tan diplomático.

No escuché respuesta y le di la espalda, dejándolo en el pasillo.

32



Adrian Keaton

Estaba caminando de un lado a otro en la sala cuando Estevam entró como si llegara a una reunión común.

—¿Cómo estás? —preguntó, acercándose.

No lo pensé. Mi puño impactó en su rostro antes de que terminara la frase.

Se tambaleó, llevándose la mano a la nariz.

—¿Perdiste la puta cabeza?

—Me dejaste inconsciente.

Se limpió la sangre con el dorso de la mano.

—Estabas fuera de control.

Avancé y lo agarré por el cuello de la camisa.

—Le dispararon. La vi en el suelo. Fui al hospital. Vi a ese hijo de puta sosteniendo su mano.

Me sujetó las muñecas, firme.

—Estabas a punto de salir del coche en movimiento. Estabas gritándole al equipo. Ibas a provocar un segundo incidente.

—¡Quería estar con mi esposa!

—¡Y lo estuviste! —replicó—. Entraste en la habitación. Hablaste con ella.

—Me drogaste, ¿tienes idea de la mierda que hiciste?

—Te protegí. ¡Estabas fuera de control!

—¡Perfecto! ¡Tenía que estar fuera de control!

—¡Eres el candidato a la presidencia! ¡No puedes perder la cabeza en público!

—¡Le dispararon a mi esposa!

—¿Y qué querías hacer? ¿Convertirte en titular recibiendo un disparo también?

Lo empujé de nuevo.

—¡Quería estar allí cuando despertara!

Me miró fijamente.

—No puedes permitirte ese tipo de exposición al riesgo.

—Tú decidiste por mí.

Di un paso atrás, pasándome la mano por el rostro.

—Ella cree que elegí no ir.

No respondió.

—Cree que prioricé la prensa sobre su seguridad.

—Y lo hiciste —replicó.

Lo miré con odio.

—Me obligaron.

—¿Quieres ganar esta elección? —preguntó, más calmado ahora.

—No me hables de elecciones ahora.

—Entonces escucha. —Se limpió de nuevo la sangre de la nariz con el dorso de la mano—. Si hubieras ido al hospital y algo hubiera pasado allí, te habríamos perdido. Habríamos perdido todo. No eres solo un marido. Eres un símbolo.

—Soy un hombre antes que nada, Estevam.

—Los hombres débiles pierden elecciones.

Avancé otra vez, pero me detuve antes de tocarlo.

—Si vuelves a hacer algo así… —mi voz salió fría—, acabo contigo. Soy yo quien decide, joder.

Sostuvo mi mirada.

—Si no lo hubiera hecho, quizá ahora estarías muerto.

—Nunca vuelvas a tomar una decisión así sin mi autorización.

—Pedí que te contuvieran antes de que pusieras tu propia vida en riesgo.

—¡No me importaba mi vida en ese momento!

—A mí sí —respondió seco—. Porque si tú caes, todo cae. Incluida ella.

Me pasé la mano por el rostro.

—Estaba mirándolo a él —murmuré, más para mí que para él—. Cuando entré.

—Estás mezclando las cosas.

—Él estaba allí cuando despertó.

—Y tú estuviste allí minutos después.

—Los minutos hacen diferencia.

Respiró hondo.

—No puedes competir con alguien que ofrece consuelo mientras tú ofreces un contrato.

Mi mandíbula se tensó.

—Si vuelvo a encontrarlo al lado de mi esposa… —dejé la frase en el aire.

Estevam se arregló el traje, aún con la nariz enrojecida.

—Entonces tal vez deberías decidir primero qué quieres ser.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

Estevam sostuvo mi mirada, sin ironía esta vez.

—¿Quieres ser el marido por contrato… o quieres tenerla contigo sin cláusulas?

Reí, pero el sonido salió seco.

—No mezcles las cosas.

—No estoy mezclando nada. Tú lo estás haciendo.

—No sabes de qué estás hablando.

—Sé exactamente de qué estoy hablando. —Señaló discretamente hacia mí—. Estás enfadado porque entraste en esa habitación y viste a otro hombre sosteniendo su mano. Y estás aún más enfadado porque ella puede pensar que no te importa.

—Es mi esposa.

—Sobre el papel —replicó.

Salió y me quedé de pie en medio de la sala.



Lily Hale

Esto se iba a convertir en un espectáculo y no tardó en serlo.

Incluso antes de salir de la habitación, ya se podía oír el murmullo en el pasillo. Cámaras. Voces. Pasos apresurados.

Respiré hondo.

Aún tenía el brazo inmovilizado, el vendaje firme bajo la tela del abrigo claro que eligieron para mí. "Discreto, pero elegante", dijo la asesora.

La puerta se abrió y Adrian entró.

—¿Lista? —preguntó, casi en un susurro.

Asentí sin más.

Se acercó lo suficiente para ajustar mi abrigo sobre el hombro herido.

—¿Te duele? —murmuró cerca de mi oído.

—Solo un poco.

Sostuvo mi barbilla con suavidad, evaluando mi rostro.

—Estás pálida.

—Me dispararon —respondí, seca.

La comisura de su boca se movió apenas.

—Sigue así —susurró—. Fuerte.

La puerta se abrió y el ruido estalló.

—¡Diputado!

—¡Señora Keaton!

—¿Fue un intento de asesinato?

—¿La ex primera dama está involucrada?

—¿Falló la seguridad?

Los flashes comenzaron.

Adrian rodeó de inmediato mi cintura con el brazo.

Me acercó más a su cuerpo, colocándose ligeramente delante, como un escudo humano.

—La señora Keaton está bien —declaró—. Fue una herida superficial.

Un reportero avanzó un paso.

—¿Teme por su vida?

Adrian apretó levemente mi cintura antes de que respondiera.

—Confiamos en las autoridades —interrumpió—. Y en la justicia.

Las preguntas continuaban.

No soltó mi cintura y, cuando bajamos los pocos escalones hasta la salida principal, se detuvo, se giró hacia mí y, ante las cámaras, besó mi frente.

El gesto arrancó suspiros de la prensa. Me quedé inmóvil medio segundo. Luego apoyé la mano en su pecho, como si buscara equilibrio.

Abrió la puerta del coche personalmente.

Me ayudó a entrar, sosteniendo mi mano como si fuera de porcelana.

Cuando el vidrio subió y los flashes quedaron atrás, el silencio nos envolvió.

Aún sostenía mi mano.

—No necesitaba que vinieras —dije, mirando al frente.

Giró el rostro lentamente hacia mí.

—Lo sé. Pero quise.

Respiré hondo.

—Fue bonito ahí fuera.

Esbozó media sonrisa.

—¿Estás siendo sarcástica?

—Estoy siendo honesta.

Soltó mi mano despacio.

El coche tomó la curva hacia la propiedad.

Volvió a tomar mi mano.

—Ya reforcé toda tu seguridad.

—¿La mía o la tuya? —pregunté, sin mirarlo.

El silencio que siguió fue denso.

—La nuestra —respondió.

Reí en voz baja.

—Gracias —respondí, con una ironía demasiado suave para confundirse con ingenuidad.

Me observó durante un instante.

—Jonathan ya está al frente, monitoreando de cerca las investigaciones —continuó—. Y si esto tiene alguna relación con Clarisse…

—No fue ella.

Giró el rostro lentamente hacia mí.

—¿De qué estás hablando? —Su voz perdió la ligereza.

—Porque no es la primera vez que intentan matarme, ¿no recuerdas cómo nos conocimos?

—Aquello fue un accidente, te caíste.

—¿De verdad? ¿De verdad me caí?

—¿De qué estás hablando, Lily? ¿Quién quiere matarte? ¿Quién diablos eres? —La pregunta no fue curiosa. Fue desconfiada.

Giré el rostro hacia la ventana.

—No soy nadie.

Respiró hondo, irritado.

—No me respondas así.

Volví a mirarlo.

—Eso es exactamente lo que recuerdo, Adrian. Que nunca fui nadie.

El coche desaceleró al acercarse a la propiedad.

Se pasó la mano por el rostro, tenso.

—Si hay alguien detrás de ti, necesito saberlo.

No lo miré de inmediato. Mantube la vista fija en el movimiento del portón.

—No me habrían disparado si supiera quién es.

—Eso no responde a la pregunta —insistió.

—Porque no hay respuesta —repliqué, girando por fin el rostro—. No tengo idea de quién quiere verme muerta. Y eso es lo que más me asusta.

Me analizó con demasiada atención.

—Me estás ocultando algo.

Respiré hondo.

—¿De verdad crees que, si supiera algo concreto, pondría mi propia vida en riesgo?

El coche entró en la propiedad.

—La gente miente para protegerse —dijo.

Yo estaba mintiendo.

No sobre el disparo.

No sobre el miedo.

Sino sobre lo que realmente me consumía.

Estaba enamorada, frustrada. Con el corazón en pedazos. Y lo peor no era el disparo. Era la sensación de que había elegido al hombre equivocado para confiarle mi miedo.

Respiró hondo, pasándose la mano por el rostro, visiblemente irritado por mi silencio.

—No puedo proteger lo que no conozco.

La frase llegó más baja esta vez. Menos política. Más personal.

Desvié la mirada.

Y yo no puedo confiar en él lo suficiente como para contarlo todo. No puedo decir que la caída no fue un accidente. Que no estoy tan perdida como finjo estar.

No lo entendería.

No entendería que alguien mintió, construyó una versión conveniente de sí misma y se metió en su vida en busca de protección. No entendería que elegí su apellido como escudo. Que acepté el contrato no por dinero… sino por miedo.

Entré en su vida porque necesitaba sobrevivir, pensé, pero no lo dije.

En lugar de eso, murmuré:

—Todavía estoy intentando recordar quién soy.

33



Adrian Keaton

Semanas después…

—Deja de caminar de un lado a otro, me estás poniendo nervioso —dijo Jonathan, recostado en el sillón, con los dedos tamborileando en el brazo de madera.

Me detuve un segundo.

—¿No tienes nada concreto?

Suspiró.

—No. Quien disparó a tu esposa sabía exactamente lo que hacía. Posición estratégica. Distancia precisa. Disparo para asustar… no para matar. Y desapareció sin dejar rastro.

—¿Estás bromeando?

—¿Suelo bromear cuando alguien recibe un disparo?

Me pasé la mano por el rostro.

—Estás siendo sarcástico, Jonathan.

—Estoy siendo lógico.

Se inclinó hacia adelante.

—Ya te lo dije, Adrian. Contrata a un buen detective privado. Alguien que no esté vinculado a tu campaña.

—¿Estás insinuando que mi equipo es incompetente?

—Estoy diciendo que tu equipo pudo haber investigado por encima, no lo sé.

Lo miré fijamente.

—Mi esposa no tiene nada que la comprometa, es huérfana, se formó en química en Suiza, es una persona común.

Jonathan arqueó una ceja.

—¿Estás seguro de eso?

—¿Cómo puede ocultar algo si ni siquiera recuerda su propio pasado?

—La memoria selectiva es más común de lo que imaginas.

Cerré los puños.

—¿Estás llamando mentirosa a mi esposa?

—Estoy diciendo que no sabes quién era antes de conocerte.

Mi mandíbula se tensó.

—Empieza por entender por qué hizo prácticas en Ashford Suiza —continuó—. ¿No te parece curioso que, por casualidad, ahora esté trabajando en la filial de Boston? Y que, coincidentemente, la empresa haya financiado una parte relevante de tu campaña.

—Eso fue una coincidencia.

—Fue demasiado conveniente para ser solo eso. ¿Y si Alexander ya la conocía desde la época en que hizo prácticas en Suiza?

Me acerqué.

—¿Qué estás sugiriendo exactamente?

Jonathan me sostuvo la mirada.

—Que tal vez el atentado no tenga nada que ver con la política.

—Entonces, ¿tiene que ver con qué?

—Con ella.

—Hay algo extraño, Adrian. Muy extraño. —Cruzó las piernas, apoyando el codo sobre ellas—. Tu esposa aparece en tu vida tras un supuesto accidente. No tiene un pasado claro. Trabaja en una multinacional donde hizo prácticas durante su etapa académica. La empresa inyecta millones en tu campaña. Y ahora alguien le dispara con precisión profesional.

Solté un suspiro.

—Estás construyendo una teoría que no tiene sentido, Jonathan.

—Estoy construyendo preguntas.

Me giré, caminando hacia la ventana.

—¿Crees que me está usando, que todo fue planeado?

—Creo que no tienes idea de quién es la mujer con la que te casaste.

Respiré hondo.

—Recomiéndame un buen detective.

—Me encargaré de eso por ti. Contrataré a alguien de confianza. Discreto. Fuera de tu círculo político. —Hizo una pausa—. No puede filtrarse a la prensa que el diputado está investigando a su propia esposa.

Me pasé la mano por la barbilla.

—Tienes razón.

—Esto tiene que hacerse fuera del radar. Sin conexión con el comité. Sin conexión con el partido.

Asentí lentamente.

—Quiero todo. Historial académico. Contactos en Suiza. Quién autorizó las prácticas. Quién la recomendó.

—Lo tendrás.

Jonathan se levantó, ajustándose el saco.

—Mientras tanto, vigílala.

—Ya lo estoy haciendo.

—No como marido desconfiado —corrigió—. Como observador. Presta atención a las llamadas. A las ausencias. A los patrones. Acércate más a los Ashford. Sobre todo a Camila.

Alcé una ceja.

—¿Camila?

—La rivalidad femenina suele revelar más que un interrogatorio formal. Si hay algo entre ella y Lily, puede ser útil.

Caminó hacia la puerta.

—Cuanto más cerca estés de la familia Ashford, más claro será si hay algo detrás de esa financiación… y de ese atentado.



Lily Hale

—Volvamos a Suiza —dijo Alexander, acariciando mi cabello con cuidado.

Mi cabeza estaba apoyada en su regazo, pero mi mente estaba a kilómetros de allí.

—No. —Cerré los ojos por un segundo—. Me voy a quedar. Voy a esperar hasta el día en que pueda asumir la empresa oficialmente.

Suspiró.

—Podemos esperar allí. Lejos de esta locura. Lejos de la política. Lejos de los disparos.

—No, Alex. —Me incorporé despacio—. Estoy harta de Suiza. Quiero volver a mi casa. A mis cosas. A lo que es mío.

Me miró con esa mezcla de preocupación y reproche.

—Entonces, ¿por qué te casaste en lugar de volver a casa?

Reí sin humor.

—Sabes muy bien que mi tío me envió a Boston en cuanto puse un pie en casa. —Mi voz se volvió más dura—. Y también sabes cuánto detesto a ese hombre.

Alexander guardó silencio.

—No me sorprendería que fuera él el responsable —añadí, más bajo.

—Lily, no. —Se pasó la mano por el rostro—. Tu padre tenía muchos enemigos. Empresarios. Inversores. Gente que perdió dinero. Alguien pudo haber descubierto tu identidad.

—¿Y si se lo cuento a todo el mundo? —pregunté, mirándolo —. Después de que Adrian gane las elecciones. Cuando ya nada afecte a su vida.

—Te preocupas más por él que por ti.

No lo negué.

—Me gusta. Lo sabes.

—Lo dijiste. —Se levantó, pasándose la mano por el cabello, inquieto.

Caminó hacia la cocina.

—¿Quieres panqueques con miel? —preguntó, cambiando de tema.

Sonreí, a pesar de todo.

—Sabes que me encantan los panqueques con miel.

—Lo sé. —Empezó a tomar los ingredientes—. Y sé que eso siempre te hace sonreír. Me gusta verte sonreír.

El aroma empezó a llenar el apartamento.

Por un instante, todo parecía simple, seguro, sin campaña, sin atentado, sin contrato.

—No puedo quedarme mucho tiempo —advertí.

—Lo sé. —Volteó el panqueque con destreza—. Lo pondré en un envase desechable y te lo llevas.

—Mmm… perfecto.

Observé su espalda durante unos segundos.

Allí, en ese apartamento, yo era Lily Anne. La niña que corría por los jardines con él. La heredera que aún creía que el mundo era seguro.

Alexander siempre fue mi mejor amigo. Siempre fue el puerto cuando todo parecía derrumbarse. Y una parte de mí quería que fuera así para siempre, simple, predecible, sin política, sin contratos, sin disparos.

—Aquí tienes tus panqueques —dijo, regresando con la caja en las manos.

El aroma dulce casi me hizo olvidar todo lo que estaba viviendo por un instante.

—Gracias.

Sujetó mi mano antes de que me alejara.

—No tardes en volver. Sabes que, de todos en este mundo, soy el que más se preocupa por ti.

Sostuve su mirada.

—Lo sé.

Salí del apartamento creyendo que encontraría al conductor y a los guardaespaldas en el café, como habíamos acordado.

Pero en cuanto doblé el pasillo, el corazón se me detuvo.

Estaban allí, en el corredor. Uno en la escalera de incendios. Dos en la entrada del edificio. Y el conductor apoyado en el coche en el estacionamiento exterior.

—Señora Keaton —dijo uno de ellos, demasiado rígido—. El diputado solicitó que no la perdiéramos de vista.

—¿Sabe que estaba aquí? —pregunté, intentando mantener la voz neutra.

Nadie respondió de inmediato. Apreté la caja de panqueques contra el pecho, como si aquello fuera un escudo ridículo.

—¿Vamos? —dijo el guardaespaldas, abriéndome paso.

Caminé en silencio hacia el ascensor.

34



Adrian Keaton

Ya estaba en la sala cuando oí el portón abrirse. Sin pensarlo demasiado, me bebí el whisky de un trago.

La puerta del coche se abrió y Lily bajó con una cajita en las manos.

Cruzó el camino de piedras con pasos tranquilos. Eso me irritó aún más.

Cuando la puerta principal se abrió, yo seguía de frente a la ventana.

Entró y la cerró tras de sí, sosteniendo la caja contra el cuerpo como si fuera algo preciado.

—Buenas noches —dijo, con demasiada naturalidad.

¿Buenas noches?

Solté una risa baja, sin humor.

—¿Tuviste una buena tarde?

Me miró un segundo antes de responder.

—Resolví lo que tenía que resolver.

—Me imagino.

Mi mirada descendió a la caja.

—¿Qué es eso?

—Comida.

—¿Qué tipo?

—Panqueques.

Me pasé la mano por la mandíbula.

—Qué curioso. —Di algunos pasos hacia ella—. Saliste diciendo que tenías asuntos que resolver. Desapareciste de la ruta de los guardaespaldas y volviste con panqueques.

Entrecerró los ojos.

—Tenía hambre.

—¿Y lo resolviste dónde?

No respondió de inmediato, y ese silencio fue lo que más me irritó.

—¿El apartamento donde estuviste es el suyo? —pregunté, sin rodeos.

Me sostuvo la mirada, tranquila.

—Sí.

Sí.

Así de simple.

Sentí algo cerrarse dentro de mí.

—¿Tienes idea de cómo se ve eso?

—Es mi amigo.

—Es un hombre que no oculta que te quiere.

—Eso es paranoia tuya.

Me acerqué lo suficiente como para sentir su perfume.

—¿Paranoia? —Incliné levemente el rostro—. Eres mi esposa.

—Por contrato.

Nos quedamos mirándonos.

—¿Crees que no sé que le gustas? —continué—. ¿Que no veo cómo te mira?

Intentó pasar a mi lado, pero le sujeté el brazo.

No con fuerza.

—No puedes simplemente salir y tratar de despistar a los guardaespaldas. No después de recibir un disparo.

—Y tú no puedes simplemente decidir adónde voy o dejo de ir.

—Tenemos un acuerdo, Lily, y aceptaste cumplirlo.

—No hice nada malo, Adrian. Solo fui a ver a alguien que se preocupa por mí.

Tiró del brazo, liberándose.

—¿Y yo no me preocupo?

—Tus motivos para preocuparte por mí tienen más que ver contigo que conmigo.

Avancé antes de que pudiera dar el siguiente paso. Sujeté su cintura con firmeza, tirando de ella contra mi cuerpo. La caja cayó al suelo.

Mi boca encontró la suya sin aviso. No fue un beso suave. Fue caliente, exigente, todo lo que había estado conteniendo desde que entró en esa casa con esa maldita caja en las manos.

Intentó apartarme, pero el beso se profundizó, lento y posesivo. Mi mano descendió por su espalda, presionándola contra mí.

—Fuiste a verlo —murmuré contra su boca.

—Fui —susurró, sin aliento.

La giré, presionándola contra la pared más cercana. Mi boca descendió por su mandíbula hasta su cuello.

—Odio imaginar que le permites tocarte así.

—Suéltame, Adrian… —suplicó, sin aliento.

—Eres mi esposa.

—Por contrato —repitió, pero su voz ya no tenía la misma firmeza.

Mi mano subió por su muslo, firme, lenta, haciéndola arquear levemente el cuerpo.

Acerqué mis labios a su oído, sintiendo el escalofrío inmediato recorrerla.

—Puedes repetirlo cuanto quieras… —murmuré, bajo, casi ronco—, pero tu cuerpo me está diciendo todo.

Su respiración se volvió más rápida.

Mi mano se deslizó lentamente por su muslo, subiendo sin prisa. La tela de la falda cedió bajo mis dedos mientras la acercaba más.

—Estás temblando —susurré—. Caliente… —murmuré junto a su piel, con la respiración arrastrada—. Mojada.

Soltó un gemido contenido.

—Eres mía, Lily —dije con firmeza, sujetándole el rostro para que me mirara—. Y nadie va a tocarte como yo.

La atraje aún más contra mí.

—Hoy voy a follarte —murmuré contra su boca—. Voy a follarte como se debe.

Mi mano descendió hasta su coño caliente y húmedo, haciéndola jadear contra mis labios.

—Voy a hacerte correr hasta que olvides cualquier otro nombre —continué, con la respiración pesada en su oído—. Voy a marcar tu piel, tu cuerpo… para que no vuelvas a dudar de quién te toca así.

Intentó sostenerme la mirada, pero su cuerpo ya traicionaba cualquier resistencia.

—Este coño es mío —dije con firmeza, sujetándole el rostro —. Ese gemido es mío. Y cuando llames a alguien… será por mí.

—Ven. Te quiero aquí… en mí… bajando despacio sobre mi polla.

Soltó un aire corto, casi un gemido ahogado.

Eso me enloqueció. Me bajé los pantalones junto con la ropa interior y la acerqué aún más, pegando nuestros cuerpos.

—Siéntate despacio, Lily… —mi mano subió por la curva de su espalda, guiándola—. Quiero sentir cómo te encajas en mí, hoy voy a llenarte de mi semen.

Se mordió el labio.

—Gime para mí —ordené, con mi boca rozando su cuello—. Quiero oír tu voz diciendo que eres mía.

Mis manos recorrieron sus muslos, abriendo cada centímetro que intentaba ocultar.

—Hoy voy a deshacerte, Lily. —Apreté su cadera—. Hoy vas a temblar.

Besé su clavícula, lento, posesivo.

—Voy a correrme en esa boquita… —mi voz se quebró de lo ronca—. Voy a asegurarme de sentir cada segundo, voy a correrme sobre tus pechos, en tu coño, voy a llenarte de mi semen.

Se estremeció y sonreí contra su piel.

—Mírame mientras te follo —ordené—. Quiero ver el instante exacto en que entiendes que ya no existe nadie más. Solo nosotros dos. Solo esto.

Deslicé la nariz por la línea de su cuello, sintiendo su aroma, su piel demasiado caliente, el pulso acelerado.

Soltó un suspiro débil.

Sonreí.

—Así… —apreté sus caderas, marcando el ritmo que quería —. Así.

Se movía sobre mí con una lentitud que era tortura. Me recosté en el sofá, dejando que me tomara por completo.

Mi control se resquebrajó un poco.

Pasé las manos por su cintura, subiendo por sus curvas hasta sus hombros. Bajé la fina tira del vestido, lentamente, revelando sus pechos duros y excitados.

Jadeó cuando mi boca encontró su pezón.

Succioné despacio, luego con más fuerza, marcando, saboreando su piel, escuchando ese gemido romperse en su garganta. Mi mano libre se enredó en su cabello, tirando suavemente, guiando su cuerpo.

—Sabes exactamente lo que me haces —murmuré contra su pecho, mordiendo levemente antes de lamer la marca.

Deslicé la mano por la línea de su espalda, arrastrando las uñas, haciéndola arquearse sobre mí.

—Mírame —ordené, sujetándole la barbilla para que me mirara—. Quiero ver tu cara cuando te corras.

Sus uñas se clavaron en mis hombros. Su respiración se volvió corta, irregular.

—Adrian… —gimió mi esposa.

—Así… córrete.

Su cabeza cayó contra mi hombro, su cuerpo se arqueó por completo, la respiración estalló en un gemido alto. Su cuerpo tembló, se tensó, se abrió.

—Eso… —susurré, atrayéndola más contra mí—. Así.

Se corrió sobre mi polla, gimiendo y gritando.

Sujeté sus caderas con ambas manos, firme, tirando de ella con la fuerza exacta que arrancó otro gemido quebrado. El sonido vibrando contra mi boca fue suficiente para llevarme al límite.

—Lily… —mi voz falló, grave, rasgada.

Gimí contra su boca. Me besó mientras me faltaba el aire.

Me corrí como nunca, embistiendo con fuerza, mordiendo sus labios, tirando de su cabello.

Solo tenía una certeza: estaba volviéndome loco por ella.

35



Adrian Keaton

Me encontraba en el área VIP de un restaurante discreto. No debería estar allí, no con ella, pero Jonathan había sido claro y yo seguiría su consejo.

Camila llegó unos minutos después.

Vestía con sencillez. Nada de la exuberancia habitual. Maquillaje suave, vestido neutro, comportamiento casi contenido. Aquello llamó mi atención de inmediato.

Cambios así nunca son accidentales.

—Diputado —saludó, acercándose a la mesa con una sonrisa pulida—. Confieso que me sorprendió la invitación.

Me levanté y aparté la silla para ella.

—Su padre comentó que le gustaría que la ayudara con la inserción en los eventos políticos. ¿Recuerda?

—Claro. Los eventos benéficos, las recepciones… —respondió, acomodándose.

—Exacto. Para presentarla a los mejores círculos, necesito entender qué prefiere usted. Estilo, ambiente, público.

Inclinó levemente la cabeza, estudiándome.

—Entonces, ¿me invitó para saber qué me gusta?

—No lo malinterprete —respondí, directo—. No hay segundas intenciones. Respeto a mi esposa.

Una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Claro. Nunca pensé lo contrario.

Hizo una pausa deliberada.

—Aunque… —continuó, moviendo distraídamente la copa de agua— la señora Keaton está cada día más cerca de Alexander.

—¿Cerca? —repetí, controlando el tono.

—Ah… disculpe. —Fingió incomodidad—. No debería comentar ese tipo de cosas.

La miré fijamente.

—¿Comentar qué exactamente?

Camila desvió la mirada unos segundos antes de responder.

—Nada importante. Solo que han pasado bastante tiempo juntos en la empresa. Él parece… muy atento.

—La cercanía es profesional.

—Claro —dijo demasiado rápido—. Ustedes son recién casados, diputado. Imagino que no debe ser fácil compartir la agenda con otro hombre tan influyente.

Apoyé los codos sobre la mesa.

—¿Está intentando decirme algo?

Suspiró, teatral, y no respondió.

—Sea directa.

Incliné levemente el cuerpo hacia adelante.

Camila giró la copa entre los dedos, como si decidiera hasta dónde podía llegar.

—Usted ya debe saber que Lily estudió Química en Suiza… que hizo prácticas en nuestras empresas… y que, en ese período…

—¿En ese período? —repetí, ya menos paciente.

Levantó la mirada hacia mí.

—Ella y Alexander… bueno, usted sabe.

—No. No lo sé.

Fingió dudar.

—Algo así como que salían. No era oficial, pero… siempre estaban juntos. Hasta que Lily vino a Boston. Después perdieron el contacto.

No me moví. No parpadeé.

Camila continuó:

—Ahora ella no recuerda nada, ¿verdad? —Se encogió de hombros—. Alexander debe de estar esperando que lo recuerde… a él.

Me recosté lentamente en la silla.

—¿Está afirmando que mi esposa tuvo una relación con él?

—Estoy diciendo que eran muy cercanos. Todo el mundo en la sede de Suiza lo sabía. Él la acompañaba en todo. La protegía. La defendía. Era casi… posesivo.

Mi mandíbula se tensó.

—Tal vez esté esperando una segunda oportunidad —continuó con calma—. Y tal vez Lily se sienta más cómoda cerca de alguien que ya la conocía antes de la amnesia.

Me observaba con atención, analizando cada microexpresión.

Mantuve el control.

—No tengo por qué preocuparme por lo que tuvo antes, ahora es mi esposa.

Camila inclinó la cabeza.

—Usted merece saber quién es la mujer con la que se casó, ya que ni ella misma sabe quién es, ¿no le parece?

—Agradezco la información —dije al fin—. Pero el pasado de mi esposa no es algo que me preocupe. Nos amamos, estamos bien.

—Claro que no —respondió con suavidad—. Solo pensé que tal vez quisiera saber que, antes de ser la señora Keaton… estuvo a punto de ser la señora Ashford. ¿Por qué cree que Alexander aceptó tan rápido financiar la campaña? Él hace todo lo que ella le pide, incluso apoyar a su rival.

No tuve tiempo de responder cuando giré la cabeza al sentir una presencia acercándose por el lateral de la mesa.

—Interesante encontrarlos aquí —dijo Alexander, con una voz tranquila y sarcástica.

Camila giró el rostro despacio, sorprendida de verdad esta vez.

—¿Alex? —parpadeó, casi demasiado inocente—. No sabía que frecuentabas este restaurante.

Él me sostuvo la mirada unos segundos antes de relajar la postura y forzar una sonrisa.

—No sabía que estaban reunidos —dijo, manteniendo los ojos fijos en mí—. ¿Es por negocios?

—El diputado estaba siendo amable. Solo alineando eventos —respondió Camila con una sonrisa.

Alexander inclinó levemente la cabeza.

—Claro. La amabilidad nunca está de más.

Había ironía en sus palabras.

Señalé la silla vacía.

—¿Quieres unirte?

—No voy a interrumpir su cena. Ha sido un placer verlo, diputado. —Dio un paso atrás—. Buenas noches.

Se marchó sin darnos oportunidad de responder.

—Vaya, qué insoportable —dijo Camila en cuanto volvimos a quedar solos.

—¿Es común la rivalidad entre hermanos?

—¿Hermanos? —rió—.

—Es hijo de la empleada. Mi padre lo adoptó por lástima.

—¿Adoptado?

—Sí, pero volvamos a los eventos. —Tomó la copa y la giró entre los dedos—. ¿En cuál de ellos lo voy a encontrar?

Suspiré hondo, la conversación era tediosa, la compañía insoportable y aun así tenía que fingir interés durante unos quince minutos tortuosos.

—No he tenido mucho tiempo para eventos por la campaña —respondí forzando una sonrisa.

La conversación se extendió lo previsto, y me despedí.

Debería haber ido a casa, pero no. Bebí solo en ese restaurante, bebí pensando en ella, en Lily, y en cuánto me estoy involucrando en todo esto. Bebí imaginándola a ella y a él juntos. Bebí temiendo que recuperara la memoria y descubriera que ama a un hombre que no soy yo.



LiLy Hale

Estaba sumergida en cálculos y fórmulas, completamente absorta. Si fuera posible, montaría un laboratorio dentro de aquella casa y jamás saldría de allí.

Llevaba tiempo probando combinaciones que mi padre había dejado anotadas años atrás. Algunas estaban completas, detalladas con la precisión casi obsesiva que solo él tenía. Otras… eran fragmentos. Códigos. Símbolos. Ecuaciones a medio terminar. Y yo necesitaba concluir lo que él había comenzado.

Pasé los dedos por el margen del cuaderno abierto frente a mí. El leve olor de los reactivos aún impregnaba mis manos, incluso después de haberlas lavado varias veces. Era allí donde me sentía completa, no como esposa, no como pieza política, no como objetivo.

Sino como heredera.

Nadie tocaba aquellas fórmulas excepto yo.

Alexander mantuvo el libro oculto de mi tío todos estos años. Un acto de lealtad. Oficialmente, todos creen que el libro se perdió en el incendio del accidente.

Recuerdo el día del entierro. No el ataúd. No las flores. No las palabras vacías.

Recuerdo a los hombres revolviendo los restos del coche.

No buscando cuerpos.

Sino papeles.

Restos de fórmulas.

Cualquier fragmento que pudiera valer millones.

La chatarra quemada parecía tener más valor que la vida de mis padres.

Y eso me marcó.

No lloraban a los muertos.

Lloraban lo que podía patentarse.

Mi padre había desarrollado algo revolucionario. Lo sé. No solo rentable. Transformador. Algo que sacudiría mercados enteros.

Y alguien lo sabía.

Alguien lo quería.

Me llevé la mano a los ojos cansados.

Solo Alexander y yo sabemos dónde está el libro.

Solo nosotros dos sabemos que existe intacto.

Mi teléfono vibró sobre la mesa y apareció el emoji de perrito en la pantalla.

Contesté a Alexander en el segundo tono.

—¿Estás ocupada? —preguntó, directo.

—No mucho, estaba estudiando algunas combinaciones.

—¿Ya cenaste?

—Sí, preparé un sándwich rápido. ¿Y tú?

Tardó medio segundo en responder.

—Pasé por un restaurante en el centro hace un rato. Vi a alguien que conoces.

Dejé de hacer lo que estaba haciendo.

—¿Quién?

—El diputado.

Me detuve por completo.

—¿Adrian?

—Sí.

—¿Estaba con Estevam?

Alexander soltó un leve suspiro.

—No exactamente.

—¿Con quién?

—Con Camila.

—¿Estaban… cercanos? —pregunté, intentando mantener la voz estable.

—No sé si cercanos es la palabra correcta —respondió con cuidado—. Pero parecían… cómodos.

—Es una Ashford, debe estar buscando acercamiento por el tema de la inversión.

—Puede ser. —No lo negó—. La política exige acercamientos.

—¿Estás intentando decirme algo?

—¿Yo? No. —Sonó casi ofendido—. Solo pensé que te gustaría saberlo. Has pasado por muchas cosas en los últimos días. Mereces… claridad.

Respiré hondo.

—Él puede cenar con quien quiera.

—Claro que puede.

Hizo una pausa, como si necesitara aire.

—Solo me pareció extraño que no mencionara nada, considerando lo… cuidadoso que ha sido contigo últimamente.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso, Alexander?

—Nada importante. Tal vez esté viendo cosas donde no las hay. Solo no me gusta que seas la última en enterarte.

No respondí.

—Sabes cómo es Camila —continuó—. Siempre le ha gustado disputar espacio.

Apreté el teléfono con más fuerza.

—Yo no estoy disputando nada.

—Lo sé. —Suavizó el tono—. Solo digo que quizá deberías estar atenta.

—Tengo que irme —murmuré.

—Claro. —Hizo una breve pausa—. Solo… no dejes que nadie juegue contigo, Anne.

Colgué y traté de volver a mirar las hojas llenas de cálculos frente a mí, pero ya no podía concentrarme.



Estaba en la sala cuando oí el coche detenerse en el jardín. Respiré hondo antes de que la puerta se abriera y él entrara.

No preguntaría nada. Si quería contarme, lo haría. Si no… aprendería a convivir con ello.

—¿Lily?

Miré en su dirección y lo encontré sin corbata, la camisa abierta en el cuello, con aspecto cansado.

—Hola —respondí, neutra.

Se acercó.

—¿Cómo fue el día?

Normal. Como si nada estuviera fuera de lugar.

—Intenso. El laboratorio siempre es intenso.

Me tocó la cintura con suavidad.

—¿Estás bien?

Forcé una pequeña sonrisa.

—Estoy bien.

Me atrajo despacio hacia él.

—Te extrañé hoy.

Eso me tomó por sorpresa.

—¿De verdad?

—Sí.

Su mano subió por mi espalda, lenta, cariñosa.

—A veces olvido que solo eres mi esposa en público.

—Sí, hemos convivido mucho tiempo juntos, a veces las cosas se confunden.

Me estudió durante unos segundos.

—Me gustaría tanto conocerte.

—¿Conocer qué exactamente? —pregunté.

Respiró hondo.

—Lo que te gusta. A qué le temes. Qué te hace sonreír de verdad.

—Me gustan los panqueques con miel —dije, casi automática.

Frunció el ceño.

—¿Panqueques?

Asentí.

Sonrió levemente.

—No tenía idea.

Su mano subió hasta mi rostro, apartando un mechón de cabello.

—¿Estás borracho? —pregunté, observando sus ojos.

—¿Borracho? —soltó un resoplido casi indignado—. No. Solo tomé un par de copas de whisky.

Un par.

El olor delataba algo más.

—Creo que será mejor que vayas a dormir —dije, intentando apartarme.

—Lily… ¿nunca recordaste nada? —preguntó.

—¿De qué exactamente?

Sus ojos buscaban algo en mi rostro.

—De ti antes de Boston. De Suiza.

—¿Quieres saber si recuerdo el trabajo en Ashford?

—Más que eso.

—Recuerdo poco —respondí con cuidado—. Fragmentos. Sensaciones. Recuerdo a Alexander… no mucho, pero lo suficiente para saber que puedo confiar en él.

Su mandíbula se tensó.

—¿Solo eso?

—¿Qué?

—¿Lo ves solo como un amigo?

—Sí. Ya te lo dije. Somos amigos. Y estoy intentando unir las piezas, Adrian. Nada más.

Inclinó levemente la cabeza, estudiando cada una de mis microexpresiones.

—No quiero que recuerdes nada —dijo, con la voz más baja ahora.

Fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Apoyó la frente contra la mía por un instante antes de responder.

—No recuerdes nada, Lily. Sobre todo de antes de Boston.

Mi corazón perdió el ritmo.

Parecía vulnerable.

Asustado.

Me abrazó despacio.

—No quiero que recuerdes que otro hombre ya te tocó —murmuró contra mi cabello—. No quiero compartir ni tu pasado. Quiero ser el único hombre de tu vida.

Era el único, siempre sería el único. Pero no dije nada, solo le devolví el abrazo.

3 6



Adrian Keaton

Dos semanas para las elecciones.

Faltaban dos semanas. Dos semanas para la elección que llevaba años construyendo. Dos semanas para consolidar poder, influencia y todo lo que siempre supe que era capaz de alcanzar. Y, aun así, nada me descolocaba más que la mujer durmiendo a mi lado.

Lily.

Nosotros estábamos… diferentes.

Ella empezó a pasar más tiempo en casa. A veces me esperaba despierta. A veces se dormía en el sofá mientras yo seguía en la tableta. Y, sin que nadie dijera qué había que hacer, empezamos a compartir la habitación de verdad.

No por obligación.

Por elección.

Yo me despertaba antes que ella, pero me quedaba unos minutos quieto, observándola. La forma en que fruncía levemente el ceño cuando soñaba. La manera en que tiraba de la sábana hacia su cuerpo.

Empezó a preguntarme por los discursos. A opinar. A corregir términos técnicos cuando hablaba de inversiones en tecnología e industria, y yo empecé a escucharla. Porque sabía de lo que hablaba. Al principio, pensé que era solo talento. Ahora sabía que era mucho más que eso.

—Me estás mirando otra vez —dijo una mañana, aún con los ojos cerrados.

Sonreí.

—Ya me estaba levantando —mentí.

En las últimas semanas, empecé a notar pequeñas cosas.

Se movía distinto cerca de mí.

A veces me tocaba primero.

A veces me besaba en medio de una llamada.

A veces simplemente se sentaba en mi regazo mientras yo leía informes, como si el mundo entero pudiera esperar, y yo la dejaba. Porque yo también quería.

Pero había algo que no me soltaba. Su pasado.

Suiza.

Alexander.

Aún no la había confrontado directamente.

No porque no quisiera, sino porque, por primera vez en mi vida… tenía miedo de la respuesta.

Estaba más cerca de mí, pero había una parte de ella a la que todavía no alcanzaba y lo odiaba.

Por más que buscáramos, ningún detective decía nada más allá de lo que ya sabíamos, sobre su origen humilde y sus padres fallecidos.

Esa noche, faltando exactamente catorce días para la elección, entró en mi despacho sin llamar.

Llevaba puesta una camiseta mía y nada más.

Levanté la mirada del portátil.

—¿Estás intentando distraerme?

—¿Lo conseguí?

La observé caminar hacia mí.

Segura.

Dueña de sí misma.

Mía.

O al menos… eso quería.

—Dos semanas —murmuró.

—Dos semanas.

—¿Y después?

La miré.

—Después gano.

Sonrió.

—¿Y después de eso?

La sujeté por la cintura.

—Después de eso… ya veremos.





Lily Hale

Estábamos diferentes.

Adrian estaba diferente.

Seguía siendo controlador. Seguía siendo intenso. Seguía teniendo esa mirada calculadora cuando hablaba con la prensa. Pero conmigo… algo había cambiado.

Me escuchaba, me pedía mi opinión. Apoyaba la frente en la mía cuando creía que estaba dormida.

A veces fingía que lo estaba.

Me gustaba sentir el cuidado que intentaba ocultar. No esperaba eso. No esperaba que se volviera… amable, y eso me estaba desarmando.

Pasé las últimas semanas compartiendo su habitación. El olor de él en la almohada. Su mano pesada apoyada en mi cintura durante la madrugada. La forma en que me atraía inconscientemente cuando me alejaba demasiado en la cama.

En el laboratorio, me mantenía enfocada. Fórmulas. Cálculos. Las anotaciones incompletas de mi padre. Cada avance que hacía me recordaba quién era antes de convertirme en la señora Keaton.

Alexander me estaba presionando.

«Tienes que contarlo.»

«Él lo va a descubrir.»

«Te estás involucrando demasiado.»

No se equivocaba.

Me estaba involucrando demasiado.

Por la noche, cuando Adrian llegaba exhausto, ya no hablaba solo de política. Hablaba de nosotros.

—¿Qué harías si no estuvieras conmigo? —preguntó una vez, acostado a mi lado.

Me quedé en silencio demasiado tiempo.

—Estaría trabajando —respondí.

Giró el rostro para mirarme.

—¿Solo eso?

No pude decir que estaría huyendo. Que estaría esperando asumir la empresa. Que estaría preparándome para la guerra que quizá involucraría a mi propia familia.

Me atrajo hacia él.

Esa noche, me quedé despierta mirando el techo mientras él dormía.

El hombre que decía querer ser el único en mi vida no tenía idea de quién era yo realmente.

No sabía del libro.

No sabía de las patentes.

No sabía que no había perdido la memoria.

No sabía que tal vez el atentado había sido por lo que mi padre creó.

Dos semanas.

Después de que ganara… tendría que decidir. Revelar quién soy, o irme antes de que lo descubra por sí mismo. Porque cuando lo descubra… no me perdonará, y no sé si sobreviviría a perderlo de verdad.

37



Lily Hale

Estamos a días de las elecciones.

La agenda es insoportable. Debates. Entrevistas. Reuniones estratégicas. Cenas con financiadores. Apariciones públicas. Videos para redes sociales. Todo sucediendo sin respiro.

Adrian casi no dormía.

Y cuando dormía… hablaba de números.

Parecía seguro, confiado, hasta que el pasado se convirtió en munición en su contra.

En un debate televisado, el adversario decidió sacar a relucir lo que todos fingían haber olvidado.

El matrimonio anterior.

El escándalo.

Clarisse.

—Diputado Keaton, su exesposa declaró recientemente que usted presenta comportamientos controladores e inestables dentro de las relaciones personales. ¿Debería el electorado preocuparse?

Adrian no reaccionó de inmediato.

Respiró.

Miró al adversario.

—Mi matrimonio con Clarisse terminó —respondió con firmeza—. Y, a diferencia de lo que se ha insinuado, nunca he eludido mis responsabilidades. Pero hoy no estamos aquí para discutir mi vida personal. Estamos aquí para hablar del futuro de este país.

Fue una buena respuesta.

El adversario insistió:

—Su exesposa afirma que usted siempre ha necesitado dominar para sentirse seguro. Incluso a las mujeres.

La cámara se centró en el rostro de Adrian.

Me aparté para buscar agua cuando oí los tacones detrás de mí.

—Lily, ¿verdad? —dijo ella, acercándose con una sonrisa fina.

Me giré despacio.

Estaba a pocos pasos. Alta. Hermosa. Elegante.

Tardé unos segundos en reconocerla.

—Clarisse.

Me analizó de arriba abajo sin ningún disimulo.

—Eres más joven de lo que imaginaba.

—Y tú eres exactamente como imaginé.

Su mirada brilló con algo cercano a la diversión.

—Confieso que me sorprendiste. Adrian siempre prefirió mujeres más… maduras. —Inclinó ligeramente la cabeza—. Supongo que esta vez quiso asegurarse de que su esposa le diera hijos. Ya que yo no pude.

—Qué suerte, entonces. He oído cosas terribles sobre tu maternidad.

Sus ojos se endurecieron un segundo antes de que riera, contenida.

—En este ambiente, querida, siempre se oyen muchas cosas. No todo es exactamente como parece.

—Me alegra que estés bien, Clarisse.

—¿De verdad?

—No. En realidad, no me importa.

Rió de nuevo, más bajo esta vez.

—Tienes carácter. —Su mirada se deslizó hacia el escenario al fondo—. A Adrian siempre le gustaron las mujeres fuertes. Las ingenuas nunca fueron su estilo.

Di un paso hacia ella.

—Digamos que está bastante satisfecho. Y yo también.

Inclinó el rostro más cerca, lo suficiente para que solo yo la oyera:

—Disfruta esta etapa, Lily. Él ama la intensidad… —su sonrisa era casi compasiva—. Hasta el día en que decide que necesita a alguien que encaje mejor en sus planes políticos.

Mantuve el mentón en alto.

Continuó:

—Porque, al final, siempre va a elegir la política primero.

—Tal vez perdiste contra la política —respondí en voz baja—. Pero eso no significa que yo vaya a perder.

—Aún crees que eres diferente.

—No soy tú.

—Todas lo creemos al principio.

Oí pasos apresurados en el pasillo; no necesitaba girarme para saber que era Adrian, su mirada lo decía todo.

Se detuvo a mi lado.

—¿Todo bien?

Clarisse se apartó con elegancia.

—Perfectamente. Solo estaba dando la bienvenida a tu esposa.

Me miró una última vez.

—Suerte, Lily.

Esta vez, el "suerte" no sonó a ironía. Sonó a profecía.

Adrian no apartó la mirada de ella mientras se alejaba.

Solo cuando los tacones dejaron de resonar en el pasillo volvió a mirarme.

—¿Qué te dijo?

—Nada importante.

Dio un paso hacia mí.

—Lily.

—Intentó provocarme. Es lo que hacen personas como ella.

Estudió mi rostro.

—¿Te afectó?

—No.

Acercó la mano a mi barbilla, pero no me tocó.

—Estoy cien por ciento contigo, Lily.

—Dijo que siempre eliges la política primero —solté antes de poder filtrarlo.

Su mirada se oscureció. No fue sorpresa.

No respondió, y ese silencio dijo más que cualquier palabra.

Respiré hondo.

—Nuestro matrimonio no es real… así que no tienes nada que elegir.

Estevam apareció en el pasillo.

—Es hora. La prensa quiere la declaración final antes de que salgamos.

Adrian soltó el aire despacio, antes de besarme la frente y marcharse con Estevam.



Adrian Keaton

Me quité el saco y lo lancé sobre el sillón. Aflojé la corbata.

Estaba irritado.

Con Clarisse. Con la prensa. Con el adversario.

Pero sobre todo con aquella frase.

«Nuestro matrimonio no es real.»

Subí las escaleras despacio, escuchando el sonido de mis propios pasos. La puerta de la habitación estaba entreabierta. Lily estaba sentada en la cama, las rodillas dobladas, el teléfono olvidado a un lado. Levantó la mirada cuando me vio entrar y no dijo nada. Yo tampoco.

Fui al baño, me lavé el rostro, encaré mi reflejo.

Cree que elegiría la política.

Ya elegí.

Elegí ganar a su lado.

Volví a la habitación, ella seguía igual, en la misma posición.

—¿De verdad crees lo que dijiste? —pregunté.

Tardó en responder.

—Creo que nuestro matrimonio empezó como una estrategia.

—¿Y ahora? —quise saber.

Desvió la mirada.

Si fuera solo un contrato, respondería con facilidad.

Mi nombre en edificios. La campaña por todas partes.

Estaba a días de ganar.

Y, aun así, lo único que me desestabilizaba era una mujer diciendo que nosotros no éramos reales.

Nunca prometí amor.

Nunca prometí eternidad.

Pero empecé a sentir.

Y eso no estaba en los planes.

3 8



Adrian Keaton

Desperté antes de que sonara la alarma.

Durante unos segundos permanecí inmóvil, mirando el techo, escuchando solo mi propio corazón. No era ansiedad. Yo no funciono así. No soy un hombre ansioso.

Giré el rostro.

Lily dormía a mi lado.

El cabello extendido sobre la almohada, el cuerpo ligeramente encogido hacia mí.

La observé durante demasiado tiempo.

Podría despertarla, podría decir algo simple.

«Quédate conmigo hoy.»

«No vayas a ningún lado.»

«Te necesito.»

Pero me había convertido en un hombre que no dice esas cosas.

Me levanté despacio para no despertarla. El suelo frío bajo los pies me devolvió a la realidad. Hoy no era día para

sentimentalismos, hoy era el día en que me convertiría en el presidente de este país.

La ducha fue rápida. Agua fría. Traje azul marino. Corbata neutra.

Cuando bajé, la casa ya estaba viva.

Televisores encendidos.

Mapas electorales en las pantallas.

Consultores discutiendo condados estratégicos.

Estevam hablando por teléfono con alguien de la Costa Oeste.

Jonathan ya monitoreaba cifras preliminares de participación.

—Hoy es el día —dijo Estevam al verme.

—Sí, hoy es nuestro día.

Lily apareció en la escalera unos veinte minutos después, con un vestido claro, elegante, la imagen perfecta. Pero pálida. Casi imperceptiblemente pálida.

—¿Dormiste? —pregunté en voz baja cuando se acercó.

—Sí, aunque estaba ansiosa por el día de hoy.

La respuesta fue automática.

Tomó mi mano delante del equipo. Sus dedos estaban fríos.

—¿Estás bien? —insistí.

—Estoy bien.

Acepté la respuesta, mi error.

Salimos a votar bajo una lluvia de flashes.

—¡Diputado!

—¿Confiado?

—¿Cuál es la expectativa?

Sonreía, saludaba y respondía con pocas palabras.

Lily estaba a mi lado, sonriendo cuando era necesario. Hablando poco. Observando más de lo normal. En el lugar de votación, apreté su mano frente a las cámaras. Ella correspondió, pero noté un leve retraso en el movimiento. Demasiado pequeño para que alguien lo percibiera.

A primera hora de la tarde, en el coche, de camino de regreso a casa, donde estaba todo el comité, permanecimos en silencio.

Estaba respondiendo mensajes en el teléfono cuando percibí el movimiento discreto. Llevó la mano al abdomen y presionó levemente.

Luego cerró los ojos un segundo.

—¿Te duele? —pregunté, apartando la vista de la pantalla.

Respiró hondo antes de responder.

—Debe de ser ansiedad… estoy un poco mareada.

La observé con más atención. Estaba pálida y el labial parecía más claro en su rostro sin color.

—¿Comiste algo hoy?

—No mucho. No tenía hambre.

Claro.

Yo tampoco la tenía, pero no podía darme el lujo de desmoronarme físicamente.

—¿Quieres que paremos en algún lugar? —pregunté, ya indicándole al conductor que redujera la velocidad.

—No —respondió sin dudar—. Se me pasará.

Giró el rostro hacia la ventana, pero seguí mirándola.

Había algo distinto en ella en las últimas semanas. Yo lo había atribuido al atentado. Al estrés. A la presión pública.

—Lily.

Me miró despacio.

—Si no estás bien, no tienes que quedarte allí hoy.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Allí dónde?

—En el recuento. Puedes quedarte en la habitación. Descansar.

—Estoy bien, Adrian.

Asentí.

El coche entró en la propiedad entre gritos y banderas alzadas afuera. El equipo ya estaba posicionado. Salí primero, rodeé el coche y le abrí la puerta. Tomó mi mano al bajar. Sus dedos estaban más fríos que por la mañana.

Me incliné levemente, demasiado cerca.

—Si empeora, me lo dices.

Me miró.

—Te lo diré —respondió.

Pero cuando entramos y las puertas se cerraron detrás de nosotros, vi que llevó la mano al abdomen otra vez, esta vez con más fuerza, y desvió la mirada cuando notó que yo me había dado cuenta.

Debería haber insistido. Debería haber prestado más atención, pero en ese momento, la pantalla gigante se encendió, el recuento comenzó y yo elegí mirar la elección. No a ella.





Lily Hale

La casa estaba llena.

Yo estaba sentada en uno de los sofás laterales de la sala principal mientras la pantalla gigante ocupaba la mitad de la pared. Los estados parpadeaban en azul y rojo. Los porcentajes subían. Los números se actualizaban cada minuto.

Adrian estaba en el centro de todo y yo lo observaba desde lejos.

Parecía hecho para eso. Para el escenario. Para el poder. Para ser elegido, y yo… yo me sentía fuera de lugar dentro de mi propia piel.

Las náuseas no habían pasado, al contrario, respiré hondo, intentando ignorar el calor que subía por mi cuerpo.

Entonces ocurrió.

La presentadora en televisión enderezó la postura.

La música de fondo cambió.

«Las proyecciones indican a Adrian Keaton como el próximo presidente.»

La sala estalló en gritos, abrazos, botellas de champán abriéndose y gente llorando.

Adrian fue levantado por los asesores durante un segundo antes de recomponerse y caminar hacia el centro de la sala, ya siendo preparado para el discurso.

Sonreí. Aplaudí.

Mi teléfono vibró en mi mano, era Alexander. Dudé un segundo antes de contestar y apartarme unos pasos de la multitud.

—Ganaste —dijo antes incluso de que yo hablara.

—Él ganó —corregí.

—¿Cómo estás?

Apoyé la mano libre en el abdomen sin darme cuenta.

—Cansada… un poco mareada.

—Te ves pálida en las imágenes.

Reí débilmente.

—¿Me estás viendo?

—Veo todo lo que tiene que ver contigo.

—Mi tío va hacia allá —avisó.

—No me avisó.

—Él no suele avisar.

Antes de que pudiera decir algo más, alguien anunció:

—El señor Ashford ha llegado.

Corté la llamada.

Mi tío entró en la sala con una enorme sonrisa.

Caminé hacia él.

—Felicidades —dijo, abrazándome—. Tu vida va a cambiar.

Y entonces… lo vi. Dos pasos detrás de él, un hombre. Conocía ese rostro.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente.

Mi tío notó mi mirada.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Forcé una sonrisa.

—¿Quién es él?

—¿Quién?

No aparté la mirada.

—Mi guardaespaldas. —Mi tío miró por encima del hombro.

—¿Desde cuándo?

—Ah. Nuevo contratado. Muy competente.

Adrian apareció detrás de mí y rodeó mi cintura por la espalda.

—Lo conseguimos —murmuró en mi oído.

No pude sonreír.

Porque en ese momento tuve una certeza aplastante.

No estaba protegida.

Nunca lo estuve.

—¿Lily? —me llamó.

Lo miré y, por un segundo, pensé en contarlo todo.

En decir:

«Es él.»

«El hombre que intentó matarme está aquí.»

«Trabaja para mi tío.»

Mi tío se acercó a Adrian y lo abrazó.

—Felicidades, Adrian.

Sentí que las náuseas aumentaban con fuerza. El hombre seguía observándome.

3 9



Lily Hale

El discurso había terminado. La prensa seguía rodeando a Adrian. Busqué su mirada y no la encontré.

Busqué otra vez.

Él estaba sonriendo a las cámaras, estrechando manos y recibiendo abrazos. Yo estaba a pocos metros y aun así parecía invisible.

Mi teléfono vibró con una llamada de Alexander, no quería contestar, pero lo hice.

—Voy hacia allá —dijo antes de que pudiera decir nada.

—De acuerdo —mi voz salió temblorosa.

—¿Qué pasa?

—Está aquí.

—¿Quién?

—El hombre. El de la primera vez.

—¿De qué estás hablando?

—Del hombre que intentó matarme.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

Respiró hondo.

—No puedes quedarte ahí.

—Es la casa de mi marido.

—Lily… sal de ahí.

Miré alrededor.

Prensa. Asesores. Guardaespaldas.

—No puedo simplemente irme.

—Entonces ve a algún lugar más apartado. Estoy a dos calles.

Dudé.

Miré a Adrian otra vez. Estaba en el centro, radiante. Me sentí pequeña, sola y asustada.

—Voy al estacionamiento —respondí.

Salí por el lateral de la casa, diciéndole a uno de los guardaespaldas que necesitaba aire. Nadie cuestionó.

Alexander me esperaba cerca de los coches de la prensa, bajo la sombra de un árbol, lejos de las luces y los flashes.

Cuando me vio, vino directo hacia mí.

—¿Estás segura, Lily?

No dudé.

—Sí. Y lo peor… fue él, Alex. Fue mi tío.

Alexander se quedó inmóvil por un segundo. Solo sus ojos se movieron, evaluando, calculando.

—No traería a un asesino a la casa del presidente electo y te lo restregaría en la cara.

—Técnicamente, solo son proyecciones las que señalan a Adrian como ganador, ¿y olvidaste que él cree que no recuerdo nada? —Mi voz salió más baja, más urgente—. Cree que soy

vulnerable. Que estoy confundida. Que no represento ninguna amenaza.

Alexander acercó el rostro.

—Lily, sabes que ya eres la primera dama de este país.

—Quiere matarme, Alexander. —Las palabras por fin salieron completas—. Quiere quedarse con todo.

El viento frío golpeó mi rostro, pero yo estaba sudando.

—La empresa. Las patentes. Las fórmulas de mi padre. Sabe que, legalmente, soy la única heredera directa.

Alexander se pasó la mano por la mandíbula, tenso.

—Si quisiera eliminarte, lo habría hecho de forma limpia. Sin espectáculo. Sin disparos en un mitin.

—O tal vez necesita que parezca un intento externo. Político. Extremista. Un fanático.

Alexander no respondió. Porque tenía demasiado sentido.

—Siempre fue paciente —continué—. Siempre jugó a largo plazo. Lo sabes.

Alexander respiró hondo. Yo reí, pero no había humor en ello.

—Si Adrian asume la presidencia, todo cambia. Seguridad federal. Auditorías. Miradas atentas. El pasado puede empezar a revisarse.

Alexander me sujetó por los hombros.

—Estás uniendo demasiados puntos.

—He vivido en esa familia toda mi vida. Sé cómo funcionan.

Dudó.

—¿Tienes alguna prueba?

—No.

—¿Alguna evidencia concreta?

—No.

—Entonces, por ahora, es una sospecha.

Sentí que me ardían los ojos.

—Casi muero, Alex.

Su voz se suavizó.

—Lo sé.

—Y trajo al hombre dentro de la casa de mi marido.

Alexander miró discretamente hacia la entrada principal.

—Tienes que tener cuidado. Si se da cuenta de que reconociste al guardaespaldas…

—Me miró, Alex, y no apartó la vista.

Alexander se puso serio.

—Entonces no puedes reaccionar ahora.

—¿Cómo que no?

—Si cree que no recuerdas, esa es tu única ventaja.

Mi corazón se aceleró.

—¿Quieres que finja que no sé nada?

—Sí.

—¿Mientras intenta matarme?

—Mientras reunimos pruebas.

Sentí que las náuseas subían con más fuerza y Alexander lo notó.

—¿Estás bien?

—Solo nerviosa.

Me sujetó el mentón, obligándome a mirarlo.

—Escucha. No puedes enfrentarte a tu tío hoy. No en medio de la victoria de Adrian. Eso se convertiría en un escándalo político.

Cerré los ojos.

—Ya no sé en quién confiar.

—Confía en mí.

—Tengo que volver —murmuré.

—Lily.

—Si desaparezco ahora, sospecharán.

Alexander soltó mis hombros lentamente.

—Me quedaré cerca.

Fue entonces cuando el flash se disparó. Ambos nos giramos.

Un fotógrafo había captado la escena. Alexander sujetándome por los brazos. Sentí que el estómago se me hundía.

—Mierda —murmuró él.

—Adrian va a ver eso. Tengo que irme.

—Lily…

Yo ya estaba caminando.

La música de la celebración parecía demasiado cercana ahora. Estaba regresando a la casa del presidente, mi marido.





Adrian Keaton

—¿Dónde está Lily? —pregunté, mirando alrededor.

—Estaba aquí hace un momento —dijo Jonathan.

—No está.

—Acompáñame al despacho. —Estevam se acercó con el teléfono en la mano y una cara pésima.

—Habla —dije en cuanto entramos.

Me extendió el móvil.

—Tuviste suerte.

Lo tomé y vi a Lily. Afuera, con Alexander, muy cerca.

—El reportero es amigo mío —continuó Estevam—. Esto no va a filtrarse.

No estaba escuchando la mitad de lo que decía.

La mandíbula me dolía de tanto apretar los dientes.

—¿Dónde estaba? —pregunté en voz baja.

—Salió por el lateral. Dijo que necesitaba aire.

—¿Y a nadie le pareció relevante avisarme?

—Estabas dando una entrevista por videollamada.

Reí sin humor.

—Me dijiste que estaba bajo control —dijo con tono de reproche.

Me giré hacia él despacio.

—Dijiste que la habías hecho colaborar —continuó.

—Las cosas entre ella y yo estaban bien, hice todo lo que acordamos, parecía un hombre enamorado.

—Eso no parece que ella también se haya enamorado.

Arrojé el teléfono sobre la mesa.

—¿El día de mi victoria se va con él?

—Eso es una mierda que tienes que resolver, Adrian. La necesitamos por más tiempo, la necesitamos colaborando. Solo

tenías que hacer que se enamorara, pero está demasiado cercana a otro.

—Cuidado con lo que estás insinuando.

Me pasé la mano por el cabello con fuerza.

—No estoy insinuando nada. Lo estoy viendo, Adrian.

La imagen seguía en mi cabeza.

Alexander sujetándola como si fuera su mujer.

Me aparté de la mesa.

—Cuanto más involucrada esté, mejor para nosotros —añadió.

—Lo sé.

—Entonces mantenla cerca. Participativa. Emocionalmente conectada.

Respiré hondo.

—Solo no pierdas el control ahora. Ganaste. No dejes que una foto manche eso.

Y en ese preciso instante, al otro lado de la puerta, oí pasos. Muy leves.

Alguien lo había escuchado todo.



.



Di un paso atrás. La pared parecía más cercana.

No necesitaba oír eso, no ahora, no hoy, no en el peor día de mi vida.

«Tiene que estar enamorada.»

«Cuanto más involucrada, mejor.»

«Estoy haciendo lo que hay que hacer.»

Haciendo lo que hay que hacer.

Recordé:

Él pidiéndome que me mudara a su habitación.

Él diciendo que me necesitaba.

Él diciendo que quería que no recordara el pasado.

Él diciendo que yo era suya.

Pensé que era sentimiento, pensé que podía haberse enamorado de mí.

Fui ingenua.

Fui conveniente.

Me aparté rápido cuando ellos guardaron silencio y oí pasos en dirección a la puerta.

No podía estar allí.

No podía ser vista.

Enderecé los hombros y respiré hondo.

Subí las escaleras sin prisa.

Abajo aún había música, risas, copas tintineando. Todos celebraban. La casa vibraba.

Yo no.

Cuando entré en la habitación, cerré la puerta despacio. Apoyé la espalda contra la madera durante unos segundos y respiré.

Necesitaba recomponer el rostro antes de acostarme. Me quité los pendientes, los tacones y solté el cabello.

Me puse un camisón cualquiera, apagué la luz principal, me acosté de lado hacia la ventana y esperé a quedarme dormida.

40



Lily Hale

A la mañana siguiente, cuando bajé, él estaba en el despacho sin asesores y sin Estevam. Solo él y una botella de whisky de la que bebía directamente.

Toqué la puerta entreabierta.

—Entra.

No levantó la mirada de inmediato.

—Tenemos que hablar —dije.

Alzó la vista despacio.

—Puedes hablar.

Entré y cerré la puerta, pero no me senté, lo que tenía que decir sería rápido.

—Quiero el divorcio.

Apoyó la espalda en la silla y me miró.

—Aún nos queda tiempo hasta que termine el contrato.

—Nuestro acuerdo era de un año y seis meses. Podemos terminar antes.

—El contrato prevé una penalización.

—Yo la pago.

Inclinó levemente la cabeza.

—No se trata de dinero.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Me estudió.

—De timing.

Claro. Timing político.

—Ganaste —dije—. Ya no me necesitas.

—¿Estás decidida?

—Lo estoy.

Respiró hondo. No lo suficiente como para mostrar ninguna emoción real.

—Si eso es lo que quieres, no voy a impedírtelo.

No voy a impedírtelo, en lugar de:

«No te vayas.»

«Quédate.»

«Hablemos.»

Era solo un acuerdo que se terminaba.

—Hablaré con los abogados. No necesitas pagar la multa del contrato. —Hizo una breve pausa—. Actuaste bien durante todos estos meses.

—Actuamos bien, presidente.

No le gustó lo de «presidente». Lo vi en la mandíbula que se tensó, pero no corrigió.

—Puedes quedarte en el apartamento que Estevam consiguió cuando te contrató —continuó—. Voy a disponer un salario hasta que encuentres algo para mantenerte.

Casi sonreí.

—Agradezco tu amabilidad, pero no necesito nada de eso.

—¿No?

—No estoy desamparada.

Alzó la mirada lentamente.

—Nunca dije que lo estuvieras.

Hizo una pausa.

—Sobre todo teniendo a un Ashford contigo.

—¿Entonces eso es lo que piensas?

Se recostó en la silla.

—Lo que pienso no es importante ahora —dijo, con la voz más baja, más dura—. Toleré esa "amistad" tuya. —Hizo comillas con los dedos—. Durante demasiado tiempo.

—Claro. Lo toleraste hasta el día en que fui necesaria.

—Lo toleré porque confié.

—¿Confiaste? —reí, amarga.

—Cuestioné esa cercanía.

Se pasó la mano por el rostro, irritado.

—Esto se terminó, Lily.

Caminé hacia la puerta.

—Lily —me llamó.

Me detuve sin girarme para mirarlo.

—Lo que se dijo aquí… no sale de esta sala.

—Tranquilo, presidente. Sé ser discreta.





Adrian Keaton

Me quedé inmóvil durante unos segundos, esperando que volviera, que abriera la puerta otra vez, que dijera que fue un impulso, que dijera que estaba herida. Pero no volvió.

Me pasé la mano por el rostro, respiré hondo, y el aire no entró bien.

—Mierda. —La palabra salió baja—. ¿Se acabó la utilidad? —repetí al vacío.

¿Qué tipo de hombre dice eso a su propia esposa?

Caminé de un lado a otro. Sabía por qué lo había dicho.

Por orgullo, celos, por rabia de haberla visto con él.

No subí a verla hacer las maletas.

Podría haber ido. Podría haber abierto la puerta, quitado la maleta de sus manos, pedirle que habláramos. Podría haber hecho cualquier cosa que no fuera irme. Pero me fui, como un cobarde que sabía que, si se quedaba un minuto más, se arrastraría a sus pies pidiéndole que lo mirara de nuevo. Suplicaría que se quedara, y yo nunca supliqué.

—¿A dónde vamos, señor? —preguntó el conductor en cuanto entré en el coche.

Cerré los ojos un segundo.

—Al comité.

El trayecto fue demasiado corto. Me quedé mirando por la ventana, viendo la ciudad que ahora me llamaba presidente.

Presidente electo y, irónicamente, incapaz de gobernar su propia casa.

En cuanto el coche se detuvo, bajé antes de que el conductor abriera la puerta.

Entré directo al despacho de Estevam y él levantó la mirada, sorprendido.

Normalmente yo lo llamaba. No aparecía.

—¿Quién murió? —bromeó.

No me reí y lo notó de inmediato. La expresión cambió.

—¿Qué pasó, Adrian?

Apoyé la puerta detrás de mí.

—Se va.

—¿Se va cómo? —preguntó.

—Pidió el divorcio.

Estevam se quedó inmóvil dos segundos.

—No. —Negó con la cabeza—. No, no puede.

—Puede.

—Tenemos un contrato, Adrian. Aún tenemos la ceremonia de investidura. No puede irse ahora.

Me pasé la mano por el rostro.

—Ya se está yendo. Y le dije que lo hiciera.

Estevam explotó.

—¿Te volviste loco, joder?

Me quedé en silencio.

—Nos van a triturar en la prensa. —Empezó a caminar de un lado a otro—. ¿Ganas la elección y anuncias una separación antes de la investidura?

—No voy a anunciar nada.

—¿Vas a dejar que lo anuncien por ti?

—No voy a ir tras ella.

—Vuelve y suplícale que se quede.

—No lo haré.

—¿No? —respondió, incrédulo—. Entonces iré yo mismo.

—No, Estevam.

Se detuvo.

—Vamos a superar esto. Ya soy el presidente electo.

Soltó una risa seca.

—¿Y quieres empezar el mandato con cuántos puntos de rechazo? ¿Quince? ¿Veinte?

Me serví whisky sin pedir permiso.

—Lo revertiremos. Contrata al mejor equipo de marketing.

Me miró como si me hubiera vuelto loco.

—¿Marketing?

—Sí.

—Adrian, esto ya no es sobre la campaña, es matrimonio.

Apuré el vaso.

—Era un contrato.

—Teníamos la narrativa perfecta para el final.

—Entonces úsala.

Se pasó la mano por el cabello, irritado.

—Lo teníamos todo planeado. La construcción de la primera dama, la consolidación de la imagen familiar…

—Usa la narrativa de la ruptura que estaba prevista.

—No estaba prevista para ahora.

—Entonces ajústala.

Se detuvo frente a mí.

—Diremos que ella te engañó. Que hubo incompatibilidad. Que…

—No. No voy a manchar su reputación.

Parpadeó.

—¿Estás dispuesto a que la tuya se vea afectada?

—Sí.

Me observó con atención.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

Miré la mesa unos segundos antes de responder.

—Nada.

—¿Nada?

—Ella decidió. Yo respeté.

Estevam acercó el rostro al mío.

—Fallaste dos veces en formar una familia. ¿Eso es lo que quieres que el país piense?

Eso dolió más de lo que dejé ver. No quería admitirlo, pero amaba a esa mujer, estaba dispuesto a no dejarla ir nunca más.

—No voy a convertirla en villana para salvarme.

Respiró hondo.

—Tiene que estar en la ceremonia de investidura —dijo Estevam, caminando de un lado a otro como si pudiera ordenar el caos con pasos firmes.

Yo estaba de pie, mirando por la ventana del comité.

—Podemos negociar eso con ella —respondí.

Suspiró, tomando un vaso de whisky y sirviéndose también.

—Bien. Mañana hablaré con ella.

—Perfecto, sé que vas a manejar esta situación de la mejor manera.

—Quiero que pienses como presidente —replicó.

Respiré hondo.

—Estoy intentando pensar como hombre.

Soltó el aire con fuerza.

—Mañana —repitió—. Antes de que la prensa se entere.

Solo asentí.

41



Lily Hale

Había llamado a Alexander antes de salir de casa y en pocos minutos ya lo había resuelto todo.

Compró una casa que quedó a nombre de una de las subsidiarias de la empresa. El coche oficial me dejó en la entrada y no tardó en marcharse.

Sin periodistas. Sin flashes. Sin despedidas.

Dejé la maleta en la sala y respiré hondo. El lugar era inmenso. Podría albergar a una familia con diez hijos.

Había un coche estacionado en la entrada y, sobre la mesa auxiliar junto a la puerta, estaban las llaves.

—Entonces, ¿qué te parece?

Me sobresalté.

Alexander estaba en la sala, quitándose el saco.

—No oí ningún coche llegar.

—Aparqué en la parte trasera de la propiedad.

Se acercó a mí.

—Entonces… ¿qué te parece?

Miré alrededor una vez más.

—Grande.

Sonrió levemente.

—No creo que te acostumbraras a un apartamento pequeño. No era así ni en Suiza. Tenías un ático.

Hizo una pausa.

—Aunque todos pensaran que vivías en un apartamento sencillo. Esos que pusimos a tu nombre.

Apoyé la maleta contra la pared.

—Aun así es más grande de lo que necesito. Voy a vivir sola.

Me observó durante unos segundos.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Boston?

—Ya hablamos de eso.

—Lily…

—No empieces.

Respiró hondo.

—Vámonos a Suiza.

Negué con la cabeza.

—Deberías ir tú, ya que te gusta tanto.

—Allí eras feliz.

Lo miré.

—Estoy aquí para luchar por lo que es mío, Alex. Y ahora, más que nunca, quiero que mi tío salga de la presidencia. ¿Descubriste algo?

Asintió.

—Sí. El guardaespaldas en cuestión lleva trabajando para él desde hace bastante tiempo. Y estuvo en Boston el día de tu primer atentado.

—¿Ahora me crees?

Se acercó.

—Nunca dudé de ti. Solo no quería creer que él sería capaz.

—Quiere todo para él. Y punto. Es eso.

Alexander se pasó la mano por la mandíbula.

—Contraté seguridad. La casa está bien protegida. Te acompañarán de forma discreta. Vamos a reunir pruebas contra él, y recibirás todo lo que es tuyo antes de tiempo. Estoy ocupándome de eso.

—Gracias.

—¿Y tu marido?

Desvié la mirada.

—Estoy viendo con el abogado lo del divorcio y la penalización.

Asintió despacio.

—Perfecto.

La naturalidad de la palabra me incomodó.

—¿Perfecto?

—Sí. Ya no tienes que someterte a nada.

Respiré hondo.

—No me estaba sometiendo… —mi voz salió más baja de lo que quería—. Me gustaba.

—Él no es el hombre para ti, Lily. —Su tono no fue agresivo. Fue racional. Frío—. Es político. Y tú… tú eres una heredera que pronto estará al frente de sus propios negocios.

—¿Y eso me impide que me guste alguien?

—Te impide ser una prioridad.

—No lo sabes.

Se acercó, reduciendo el espacio entre nosotros.

—Sé exactamente cómo funcionan hombres como él. Cuando tenga que elegir entre tú y el poder, no va a dudar, y creo

que por eso estás aquí ahora, y no con él.

—No tuvo nada que ver con el cargo político, tuvo que ver con él como hombre.

—No ves en lo que te estás convirtiendo —dijo al final—. Cuando asumas la empresa, cuando tu nombre salga a la luz, cuando el mercado sepa quién eres… necesitarás a alguien a tu lado que entienda ese mundo.

No respondí, así que sonrió, suavizando la expresión.

—Voy a cocinar para ti. ¿Qué quieres comer?

—No tengo hambre.

—¿Comiste algo hoy?

—No tengo apetito.

Se acercó otra vez.

—Lily, necesitas alimentarte.

—Estoy bien.

—No lo estás.

—No quiero que me cuiden.

—Pero yo quiero cuidar de ti —dijo, yendo hacia la cocina.

Caminé hasta la ventana. La casa era grande, segura, pero me sentía fuera de lugar, como si hubiera dejado atrás algo inacabado.

—Aún lo amas —dijo Alexander, detrás de mí.

No era una pregunta y no respondí.





Adrian Keaton

Su habitación ya estaba vacía cuando regresé.

Sobre la cama, perfectamente estirada, estaba la tarjeta que le había dado para gastos personales. Algunas prendas aún permanecían en el armario. Como si se hubiera ido con prisa o como si quisiera dejar claro que aquello nunca fue completamente suyo.

Bajé al despacho con la tarjeta en la mano, abrí el cajón, la dejé dentro y lo cerré con fuerza.

Uno de los guardias me interceptó en el pasillo en cuanto salí.

—Ya dejamos a la primera dama en su casa, señor.

—Anota la dirección y entrégamela.

—Ya está aquí, señor.

Me tendió el papel. Miré la dirección, barrio exclusivo, cerca del mío. Demasiado cerca.

—Buenas tardes, señor presidente.

Me giré hacia la voz.

Jonathan entró con esa rara sonrisa que usaba cuando creía estar siendo ingenioso.

—Buenas tardes.

Me observó durante dos segundos.

—¿Y esa cara de funeral? ¿Todo esto es por la mudanza a Washington? La Casa Blanca te espera.

—Estoy entusiasmado. Siempre quise esto.

Inclinó la cabeza.

—Entonces, ¿por qué esa cara?

Respiré hondo.

—Lily pidió el divorcio. Se fue. Ahora somos vecinos de barrio.

Su sonrisa desapareció.

—¿Se fue?

—Sí.

—¿Antes de la investidura?

Cerré los ojos un segundo.

Era increíble cómo todo siempre volvía a la política.

—Eso es lo que menos me interesa en este momento.

Alzó las cejas.

—¿Tu investidura es lo que menos te interesa?

Lo miré.

—Me traicionó, Jonathan. Con ese hijo de puta.

Guardó silencio un momento.

—¿Lo viste?

—Tengo fotos, hechos…

Cruzó los brazos.

—Las fotos pueden decir mucho… o nada.

—No soy idiota.

—Eres un hombre enamorado.

—No confundas las cosas.

—Yo no las estoy confundiendo. Tú sí.

Se acercó a la mesa.

—Dejaste que fuera a trabajar con él.

—No era una decisión mía. El partido no aceptaría renunciar al patrocinio.

—Entonces elegiste la campaña.

—Era necesario.

—Si te importa, lucha por ella.

Solté una risa sin humor.

—Jamás. Si lo eligió a él, que se quede con él.

Suspiró.

—Perfecto entonces. Concéntrate en la mudanza. Concéntrate en el trabajo. ¿O crees que ser presidente es solo vivir en la Casa Blanca?

—Me concentraré en lo que importa.

—Perfecto.

42



Adrian Keaton

Semana después…

Boston nunca había parecido tan pequeña.

Siempre amé esta ciudad. Fue aquí donde construí mi carrera. Donde hice alianzas. Donde perdí y gané batallas.

Pero aquella semana, todo parecía demasiado estrecho.

La prensa se amontonaba frente a la propiedad. Helicópteros sobrevolaban con una frecuencia absurda.

—La mudanza a Washington está confirmada para dentro de un mes —informó Estevam en la reunión matutina.

Asentí.

Un mes para dejar Boston, para asumir lo que siempre quise, para cruzar la puerta de la Casa Blanca. Y, irónicamente, lo único en lo que podía pensar era en el barrio donde ella estaba viviendo.

A pocos kilómetros de allí.

—¿Ya vieron esto? —preguntó uno de los asesores.

"¿Crisis en el matrimonio del presidente electo?"

“Lily Keaton no aparece en agenda pública desde hace cinco días.”

“La mudanza a Washington podría ocurrir sin primera dama.”

—Ya tardaba en filtrarse esta mierda —dijo Estevam, lanzando la tablet sobre la mesa de mi despacho—. ¿Puedes creer que ni siquiera me recibió en todos mis intentos de contacto?

No respondí. Me quedé mirando por la ventana. Boston estaba gris aquella mañana. Fría. Indiferente.

—¡Di algo, Adrian!

Me giré despacio.

—¿Qué mierda quieres que diga, Estevam, joder?

Abrió los brazos, indignado.

—¡Quiero una solución!

Avancé un paso.

—Este matrimonio fue idea tuya. Lily fue tu elección. La estrategia fue tuya. El contrato fue tu construcción. Todo esto fue idea tuya. Así que arréglalo, carajo.

Se quedó rígido un segundo. Luego respiró hondo, como si intentara mantener la compostura.

—Yo propuse la idea. Tú la aceptaste.

—La acepté porque me convenciste de que era conveniente.

—Exactamente.

—Me dijiste que ella era perfecta para el papel.

—Y lo era.

—Me dijiste que sería discreta, controlable.

—Lo fue.

—No fue controlable en absoluto.

Me miró.

—Tú fuiste el que se involucró…

Solté una risa sin humor.

—No empieces.

—Tú empezaste a actuar como un marido de verdad.

—¿Y cuál es el problema en eso?

—El problema es que olvidaste que era un contrato.

Cerré los ojos un segundo.

—Querías que se enamorara —dije en voz baja.

Estevam no respondió y continué.

—Te oí decir que necesitabas que colaborara. Que necesitabas que creyera.

Frunció el ceño.

—Estás mezclando las cosas.

—No lo estoy.

Suspiró.

—Era estrategia de campaña.

—Era su vida, mi vida.

—Pidió el divorcio antes de la investidura —dijo, volviendo al tono práctico—. Esto es un desastre.

—Para ti.

—Para el gobierno.

—Asumiré con o sin ella, los escándalos existen en todo mandato. ¿Desde cuándo mantener un matrimonio se volvió un criterio constitucional?

—¿Quieres salvarla o quieres salvar la imagen?

No respondí de inmediato.

Miré la mesa. Los informes. Las carpetas con el sello de la transición presidencial, todo lo que siempre quise, y respiré hondo.

—Centrémonos en nuestros asuntos.

Estevam frunció el ceño.

—Adrian…

—En la mudanza a Washington. En el plan de gobierno —corté, más firme—. Cambiemos el foco de las noticias.

Me observaba como si intentara ver lo que no decía.

—Lo que importa no es mi vida personal. Es lo que voy a hacer por la gente. Por eso me eligieron. El país no puede detenerse porque mi matrimonio terminó.

Me acerqué a la mesa, apoyando las manos sobre la madera.

—Vamos a anunciar el paquete económico el lunes. Quiero reunión con el equipo de comunicación aún hoy. Vamos a adelantar la agenda social. Incluir visitas públicas en el cronograma. Escuelas. Hospitales. Pequeños empresarios.

—Quieres enterrar el tema.

—Quiero sustituir el tema. Ella tomó su decisión.



Lily Hale

Los mareos estaban volviéndose más frecuentes. No eran solo vértigos leves, era como si el suelo perdiera firmeza por unos segundos. Como si mi cuerpo estuviera intentando advertirme de algo que yo aún no quería escuchar.

Las náuseas eran peores, no soportaba el olor de la comida. Ni del café, ni del perfume, ni siquiera de mi propio jabón.

Alexander había intentado cocinar la noche anterior. Panqueques. El olor a miel me hizo correr al baño.

Me miré en el espejo, pálida, con los ojos hundidos.

Mi cuerpo estaba diferente. Sensible, inestable. Y solo una cosa pasó por mi mente.

Embarazada.

En el peor momento posible. Me senté en el borde de la bañera, con el corazón acelerado.

No. No podía ser, pero podía.

Empecé a contar los días.

Las fechas.

Las noches.

La última vez.

El recuerdo llegó con demasiada claridad.

Su respiración en mi oído. La voz baja diciendo que yo era suya. Cerré los ojos.

Había pedido el divorcio.

Una risa débil escapó de mis labios.

Qué ironía cruel.

Pasé la mano por el abdomen, aún plano.

—No… —susurré.

No podía estar embarazada ahora. Él estaba a punto de asumir el país y yo estaba a punto de enfrentar una guerra contra mi tío.

Y en medio de todo eso… un hijo.

Me levanté despacio y caminé hasta el dormitorio. Me senté en la cama. La casa enorme parecía aún más grande cuando estaba

sola.

Podría contárselo a Alexander, él me apoyaría, pero no necesitaba saberlo. Todavía no. Necesitaba estar segura. Porque si era cierto… no solo cambiaría mi cuerpo.

Cambiaría todo.

Cambiaría el divorcio…

Cambiaría a Adrian, o tal vez no, tal vez elegiría la política otra vez, tal vez vería al bebé como una complicación, tal vez pensaría que yo estaba intentando retenerlo.

El pecho se me oprimió.

No quería que un hijo fuera una excusa para volver a tener contacto con él, ni que interfiriera en mis decisiones. Quería decidir por mí misma.

Me levanté, tomé el bolso y las llaves.

Necesitaba confirmarlo.

Sola.

Sin nadie.

Si era cierto, tendría que elegir entre contarlo… o irme definitivamente antes de que fuera demasiado tarde.

Tendría que proteger a mi hijo de todo aquello.

Pero me detuve en medio del pasillo.

La primera dama no puede ser vista comprando una prueba de embarazo en una farmacia.

Ni entrando sola a un hospital.

No con la prensa siguiéndome.

No con rumores de inestabilidad estallando en todos los portales.

Una foto.

Un clic.

Un titular malintencionado y se acabó.

Volví despacio a la cocina.

Una de las empleadas estaba organizando la encimera.

—Necesito que vayas a la farmacia por mí —dije en voz baja.

Levantó la mirada.

—Claro, señora.

Dudé. Las palabras se quedaron atrapadas en la garganta un segundo.

—Necesito una prueba de embarazo.

No reaccionó.

No preguntó.

Solo asintió.

—Sé discreta —añadí.

—Entendido.

Salió por la puerta lateral y esperé, y los minutos parecieron una eternidad.

La empleada regresó veinte minutos después… Me entregó una pequeña caja dentro de un sobre marrón.

—Nadie vio nada.

—Gracias.

Subí al dormitorio, cerré la puerta y apoyé la espalda contra ella.

En el baño, abrí el paquete, saqué la prueba, me senté en el borde de la bañera y respiré.

Mis manos estaban frías. Si daba negativo… podría continuar como había planeado.

Divorcio.

Investigación.

Exposición.

Guerra.

Si daba positivo… Nada volvería a ser simple.

Seguí las instrucciones con cuidado, dejé la prueba sobre la encimera y esperé.

Mi corazón latía demasiado fuerte.

Me acerqué después de los minutos indicados y vi las dos líneas.

El aire salió de mis pulmones lentamente.

Embarazada.

Volví a llevar la mano al abdomen.

—Voy a protegerte —susurré.

No importaba lo que pasara, mi hijo no sería un arma política ni un puente de reconciliación.

Me senté en el suelo frío del baño y lloré.

43



Lily Hale

—Esto es un fastidio —dije, arrojando la tablet sobre la mesa de la sala.

Los titulares parpadeaban en la pantalla.

"Primera dama abandona al presidente electo a vísperas de la investidura."

"Crisis conyugal amenaza la estabilidad política."

Quería ignorarlo, pero toda esa mierda estaba volviéndose demasiado grande. Demasiado grande como para fingir que no existía.

Alexander llevó la taza a los labios, demasiado tranquilo para alguien que siempre reaccionaba primero.

—Tienen que resolver esto. Ir a la prensa. Hablar del divorcio.

—Sí. —Me pasé la mano por el rostro—. Hace días que Estevam está encima de mí. Quiere posponerlo por la investidura.

Alexander arqueó una ceja.

—¿Y tú qué quieres?

Tardé en responder.

—No quiero perjudicar a Adrian.

Se quedó inmóvil un segundo.

—Aunque esté enfadada… siempre supe que él solo pensaba en las elecciones —continué.

—Y eso te dolió.

—Sí.

Alexander apoyó la taza sobre la mesa con cuidado.

—Entonces ¿vas a la ceremonia de investidura?

Washington ya aparecía en todas las transmisiones. Faltaban algunas semanas.

—Voy a organizar una rueda de prensa.

—¿Vas a mentirle a los votantes?

—Necesito dejar claras las cosas sobre mí y sobre ti.

Alexander se atragantó con el café.

—¿Qué hay que aclarar?

—Que no hay nada entre nosotros.

—Señora… el presidente electo está aquí —anunció el guardia por el intercomunicador.

Mi corazón se aceleró.

La puerta se abrió segundos después. Adrian entró con una postura impecable. Pero los ojos… los ojos estaban tensos.

Se detuvo al ver a Alexander a mi lado.

—Ashford —saludó, extendiendo la mano.

Diplomático.

—Presidente.

La formalidad era casi agresiva.

—Vine a hablar con Lily —dijo Adrian, manteniendo el tono neutro.

—Claro —respondió Alexander—. Justo estábamos hablando de las noticias.

Adrian desvió la mirada hacia mí.

—Creo que ha sido uno de los temas más comentados en las mesas de los estadounidenses.

—Siéntese y desayune con nosotros —dijo Alexander, señalando la silla frente a él.

Se giró hacia Alexander.

—Agradezco la hospitalidad, pero necesito un momento a solas con mi esposa.

Alexander dudó.

Luego asintió.

—Estaré en la cocina.

Cuando salió, el aire cambió.

La diplomacia se evaporó.

Adrian caminó hacia mí despacio.

—¿Así es como pasas tus días ahora?

—¿Cómo?

—En la comodidad de la nueva casa financiada por su empresa.

—Cuida el tono.

Él rió sin humor.

—Te gusta fingir que eres inocente, Lily.

—No estoy fingiendo nada.

Se acercó más. Demasiado.

—Llegué aquí preparado para una conversación civilizada.

—Entonces tenla.

—Pero no puedo —murmuró, en voz baja— cuando te encuentro con él. Saliste de mi casa directo a la suya.

—No estoy en su casa.

—La casa está a nombre de su empresa, ¿no? Ese coche ahí fuera está a nombre de su empresa, ¿no?

—No tengo que justificar cada paso que doy, Adrian.

—Cuidado, Lily.

—Cuidado tú. ¿Tienes idea de cómo se ve esto? Estás manchando mi nombre.

—¿Eso es lo único que te importa?

—Sí. —Dio un paso atrás, ajustándose el saco—. No voy a subir a ese escenario con rumores de que mi esposa ya tiene reemplazo.

Yo solo quería que dijera que siente algo por mí, que me quiere en su vida, lo juro, todavía esperaba oír eso de él.

—Querías un cuento de hadas, Lily. Yo quería gobernar un país.

—Y elegiste.

—Sí.

La respuesta salió seca.

—Entonces ¿por qué estás aquí? —pregunté, con la voz quebrándose—. Ya tienes todo lo que querías.

—Recuerda una cosa… tú saliste de mi casa. No al revés.

Se fue sin despedirse, la puerta se cerró con fuerza. Me quedé de pie en medio de la sala, con la mano instintivamente sobre el abdomen.

—¿Siempre te habla así? —preguntó Alexander con tono irritado.

Cerré los ojos un segundo antes de girarme.

Él estaba en el pasillo de la cocina.

—"Tú saliste de mi casa." —repitió, con desprecio contenido —. "No voy a subir a ese escenario con rumores de que mi esposa

ya tiene reemplazo.”

Me aparté un paso.

—Voy a organizar la rueda de prensa.

Alzó una ceja.

—¿Vas a ayudarlo después de esto?

No respondí, no era solo cuestión de defender a Adrian, estaba a punto de ocupar un lugar que era mío, pero nadie necesitaba saberlo en ese momento, ni siquiera Alexander.

Mi teléfono estaba sobre la mesa.

Lo tomé y marqué el número del equipo de prensa.

—Habla Lily Keaton. Quiero organizar una rueda de prensa.

Al otro lado hubo un breve silencio.

Luego la voz profesional:

—Señora Keaton… ¿esto es oficial?

—Sí. Quiero aclarar los rumores sobre mi matrimonio.

Alexander me observaba atentamente.

—El presidente electo aún no se ha puesto en contacto.

—Será una rueda de prensa individual.

—Entendido. ¿Hora?

—Mañana a las diez.





Adrian Keaton

Entré en el despacho sin encender todas las luces, solo la lámpara de la mesa. Me quité el saco y aflojé la corbata. Me serví el primer vaso de whisky y bebí la mitad de un trago.

Serví más. El segundo vaso bajó más fácil.

Intenté racionalizar. Es estrategia. Es orgullo. Es protección de la imagen. Quería tener el mínimo de control sobre mi vida, pero salí de aquella casa peor de lo que entré.

La imagen de ella con Alexander en la sala volvió a mi mente. Apreté el vaso con fuerza.

El tercer vaso fue más lento.

Me senté en la silla. Me pasé la mano por el rostro.

Estaba furioso con ella, con Alexander, con Estevam y conmigo.

Principalmente conmigo.

Dormí en su habitación porque quise.

La toqué porque quise.

Me involucré porque quise.

—Nunca quise que fuera así.

Estaba a punto de ir a Washington.

A punto de asumir el cargo más importante del país.

Y ahí estaba yo… solo, llorando por una mujer.

Reí. Un sonido áspero.

Ridículo.

—Presidente electo.

¿Qué mierda de presidente es ese que no puede mantener a su propia esposa?

Apoyé la frente contra el vidrio de la ventana.

Podría haberle pedido perdón, haber dicho todo lo que siento por ella. Pero elegí ser cruel. Elegí herir antes de ser herido.

Elegí atacar antes de admitir que estaba celoso.

La palabra era demasiado pequeña para lo que sentía.

No era solo celos, era pánico.

La idea de ella perteneciendo a otro, riendo con otro, me consumía.

Fui hasta la mesa, tomé el teléfono.

Abrí su contacto. Mi pulgar se quedó sobre el botón de llamar.

No lo hice. Si llamaba, ¿qué diría?

«¿Vuelve a casa?»

«¿Te amo?»

Me dejé caer en el sillón y me incliné hacia delante, con los codos sobre las rodillas y las manos en el rostro.

El llanto llegó en silencio, ni siquiera me di cuenta de cuándo empezó, solo lo sentí cuando ya estaba allí.

Incontrolable.

Ridículo.

Nunca había llorado por nadie.

44



Adrian Keaton

El dolor de cabeza llegó antes que la conciencia, como si alguien estuviera martillando dentro de mi cráneo.

Abrí los ojos despacio, me incorporé de golpe en la cama, arrepintiéndome al segundo siguiente. La cabeza me latió. Mi teléfono estaba en la mesa de noche con decenas de notificaciones y llamadas perdidas.

Mi corazón se aceleró incluso antes de entender el motivo. Llamé a Estevam de inmediato. Contestó al primer tono.

—¿Estás despierto? —preguntó, antes de que yo dijera nada.

—Sí. ¿Qué pasó?

—Lily.

Cerré los ojos, sintiendo cómo la cabeza me dolía aún más.

—¿Qué pasa con ella?

—Está en vivo.

—¿En vivo dónde?

—En todos los canales.

Me levanté, crucé el dormitorio todavía aturdido y encendí la televisión. La imagen tardó un segundo en enfocarse.

Subí el volumen.

—Convocqué esta rueda de prensa para aclarar algunos rumores y, sobre todo, para aclarar quién soy.

¿Quién soy? ¿Qué mierda es esto, Lily?

Respiró hondo.

—Mi nombre completo es Lily Anne Ashford. Soy la única heredera del grupo Ashford Internacional. Mi familia opera en el sector químico y farmacéutico, esta empresa fue creada por mi padre.

¿Pero qué…?

—Mi etapa en Suiza no fue un intercambio aleatorio. Fue parte de mi formación y preparación para asumir los negocios de mi familia.

Miró directamente a las cámaras.

—Y también necesito aclarar algo que ha sido utilizado como insinuación en los últimos días. Alexander Ashford no es mi amante. Es mi primo.

El aire salió de mis pulmones de golpe. Me senté despacio en el borde de la cama.

¿Primo?

—Crecimos juntos. Siempre ha sido mi mejor amigo. Siempre estuvo a mi lado, sobre todo después del accidente que se llevó a mis padres.

Una reportera levantó la mano.

—Señora Keaton, ¿usted y el presidente electo están separados?

—Sobre ese asunto, responderé junto a Adrian en otra ocasión.

—¿Y por qué está usted aquí sola hoy? —preguntó otra periodista—. ¿Por qué no junto al presidente electo?

—He descubierto muchas cosas sobre mí en los últimos meses. Descubrí que soy más fuerte de lo que imaginaba y Adrian fue una pieza fundamental en todo eso.

Apreté los dedos contra mis rodillas.

—Lily… —mi susurro murió en el aire.

Ella concluyó:

—Le deseo al presidente electo un excelente mandato. Espero que gobierne con la misma dedicación que demostró en la campaña.

Sonrió. Una sonrisa educada. Distante.

—Y en cuanto a mí… asumiré oficialmente mis negocios y seguiré mi camino.

—Pero, señora, entonces su empresa financió la campaña del presidente —dijo una reportera.

—Espero que eso no sea un delito. —Rio—. Creo que Adrian será el mejor presidente que este país haya tenido y por eso Ashford financió la campaña. Eso es todo lo que tenía que decir. Gracias.

La rueda de prensa terminó.

Me pasé las manos por el rostro, no perdí solo a una esposa. Perdí a una mujer que, aun pudiendo destruir mi imagen, eligió preservarla.

No tardé en oír los pasos y los gritos de Estevam.

La puerta del dormitorio se abrió sin ceremonia.

—¿Qué fue eso? —estalló—. Investigamos todo sobre ella. ¡Todo! En ningún momento hubo indicios de que…

No lo miré.

—Nunca perdió la memoria, Estevam.

La comprensión llegó como un golpe.

—¿No? —preguntó, más bajo.

Reí sin humor.

—No.

Ahora todo encajaba. Los lapsos selectivos, las respuestas medidas, la forma en que siempre parecía un paso por delante. Fui manipulado.

—No aceptó este matrimonio por casualidad —continué—. Nada fue casual entre ella y yo.

Estevam se pasó la mano por el cabello, inquieto.

—¿Qué mierda estás diciendo?

—No tengo ni idea. Solo ella puede responderme.

—¿Tienes idea de lo que eso significa? —insistió—. Ella entró en tu vida con un objetivo.

—Sí.

—¿Y estás tranquilo?

Cerré los ojos un segundo.

¿Tranquilo?

Estaba cualquier cosa menos tranquilo.

—Podría haberme destruido ahora —dije—. Podría haber hablado del contrato. De la estrategia. De todo.

—Quizá aún lo haga.

—No.

Aquello no era un discurso ensayado.

—Tenemos que actuar.

—No.

Se detuvo.

—¿No? Adrian, ¿hablas en serio?

Me giré lentamente.

—Muy en serio.

—¡Te mintió durante meses!

—¿Y yo qué hice con ella?

No respondió.

Me pasé las manos por el rostro.

—La perdí —dije, más para mí que para él.

—Aún puedes revertirlo.

Reí y recordé lo que había dicho en la rueda de prensa.

"Voy a asumir oficialmente mis negocios."

Ella quiere algo más grande que yo. Algo más grande que ser solo la primera dama.



Lily Hale

—Has provocado a la bestia —dijo Alexander, con la voz tensa—. Estás arriesgando tu vida por su culpa.

—Lo sé.

Se pasó la mano por el cabello, nervioso, caminando de un lado a otro por la sala.

—Mierda, Lily… —murmuró, más para sí mismo que para mí.

—Contrata más seguridad —ordené sin dudar—. Y quiero más detectives investigando a mi tío. Quiero informes completos. Movimientos financieros. Llamadas. Todo.

Se detuvo.

—Pero, Lily…

—¿Qué? —repliqué, alzando la barbilla—. ¿Acaso el dinero no es mío?

Respiró hondo, acercándose.

—Sabes que no se trata de dinero. Tengo miedo —admitió.

—No lo tengas, Alexander.

—Acabas de salir de las sombras. Todo el mundo sabe quién eres.

—Eso es exactamente lo que quería —respondí—. Salí de las sombras para honrar el nombre de mis padres. Murieron por la codicia. Por juegos de poder. Por hombres que creían que podían decidirlo todo.

Se me cerró la garganta, pero continué.

—No voy a esconderme más. No voy a fingir amnesia. No voy a fingir fragilidad. Voy a asumir todo lo que es mío.

Me miró como si estuviera viendo una versión distinta de mí.

—Le guste a quien le guste —añadí—. Y que me odien si quieren.

Alexander suspiró.

—¿Y el presidente electo?

—Él hizo su elección y yo la mía.

4 5



Adrian Keaton

La recepción de Ashford quedó en silencio cuando entré. No necesité anunciar quién era. Hubo miradas curiosas y susurros discretos.

El presidente electo invadiendo la empresa de su esposa en horario laboral.

Perfecto para titulares, pero hoy me importaba un carajo.

—¿Dónde está mi esposa? —pregunté a la recepcionista.

—Está saliendo ahora mismo de una reunión.

Segundos después, la vi salir de una sala. Se detuvo al verme.

—Tenemos que hablar —dije, directo.

—No tenemos nada de qué hablar.

Intentó pasar a mi lado.

La sujeté del brazo.

—¿Mentiste todo este tiempo?

Alzó la barbilla.

—Creo que somos dos mentirosos.

Apreté los dedos sin darme cuenta.

—¿Somos?

—Sí —respondió, sin vacilar—. Yo tuve que mentir para casarme y seguir viva. Y tú mentiste para ganar la presidencia.

—¿Hablas del contrato?

—Hablo de fingir que sentías algo por mí. De hacerme más participativa. De usarme para construir una narrativa de familia perfecta.

Se acercó un poco más.

—Estuvo bien, ¿no? Financié tu campaña creyendo en tus mentiras. Porque estaba enamorada.

Me pasé la mano por el rostro.

—¿Escuchaste mi conversación con Estevam?

—La escuché. ¿Por qué? ¿Ahora es delito oír detrás de la puerta?

Me pasé la mano por el rostro.

—¿Por eso me pediste el divorcio?

—Pedí el divorcio porque quiero vivir mi vida.

Solté una risa.

No pude evitarlo. No fue burla, fue alivio mezclado con desesperación.

Frunció el ceño.

—¿De qué te ríes? ¿Estás loco?

—Estoy completamente enamorado de ti, Lily. Nunca necesité fingir.

Parpadeó despacio.

—No te creo.

Tragué saliva.

—Lo sé. Si hubieras creído, ahora estaríamos juntos. Y cualquier problema que tuvieras… también sería mío.

Su mirada vaciló apenas un segundo.

—¿Todo está bien aquí?

La voz de Alexander rompió el momento.

Se acercó con ese aire protector irritante.

—Sí. El presidente electo ya se iba —dijo Lily, dándonos la espalda a ambos.

Miré a Alexander.

—He oído historias de primos enamorados de su prima.

No sonrió.

—Y yo he oído historias que ni Dios creería si las contara.

Di un paso al frente.

—Te crees mucho, ¿no?

—No conoces a Lily como yo la conozco.

—Y tú tampoco la conoces como yo la conozco —respondí, dejando que el sarcasmo impregnara mi voz—. ¿Sabes por qué?

Sostuvo mi mirada.

—Porque es mi esposa. Mi mujer.

Me acerqué más.

—Puede que no lo sepa todo sobre su pasado. Pero sé mucho más de lo que imaginas. Compartimos mucho más que un apellido.

Sostuve su mirada.

—Compartimos la cama.

Su mandíbula se tensó.

Incliné levemente la cabeza.

—Así que ponte en tu lugar y deja de comportarte como un perro guardián. Voy a llevar a mi esposa de vuelta a casa.

—Que le vaya bien, señor Keaton —respondió, con el mismo tono controlado y cargado de sarcasmo.



Lily Hale

La puerta del ascensor se cerró y dejé de respirar. Hasta ese momento me había sostenido. Pero cuando las puertas se cerraron y me quedé sola… el aire desapareció. Mis piernas fallaron y me apoyé en la pared espejada del ascensor.

Mi imagen reflejada parecía otra persona.

La heredera Ashford.

La mujer a punto de asumir un imperio.

La esposa que dejó al presidente electo.

Pero por dentro…

Yo era solo la chica que acababa de oír "estoy completamente enamorado de ti" y no supo creerlo.

El ascensor se abrió en mi piso. Los pasillos estaban diferentes. Ya no había miradas comunes.

Había respeto.

Curiosidad.

Susurros.

—Es ella.

—La Ashford.

—La esposa del presidente.

—La ex.

Ex.

Ni siquiera hemos firmado el divorcio.

La secretaria de Alexander corrió hacia mí.

—Señorita Ashford, la CNN quiere una entrevista exclusiva. Forbes también. Y hay dos canales europeos esperando respuesta.

Respiré hondo.

—Rechaza todo.

—Pero…

—Todo.

No insistió.

—Su tío llamó tres veces.

Mi estómago se revolvió.

—Está viniendo a Boston.

Claro que sí. No perdería la oportunidad de aparecer cuando el nombre Ashford volviera a los titulares.

Caminé hasta la sala y cerré la puerta.

Me senté en la silla, buscando aire con desesperación y el mundo empezó a girar.

Era todo demasiado rápido.

Toda la empresa ahora lo sabía.

Los inversores estaban en alerta.

La prensa estaba hambrienta.

Mi tío estaba regresando.

Adrian había aparecido.

Y yo estaba embarazada.

Llevé la mano al abdomen; instintivamente, el mareo volvió más fuerte, seguí respirando hondo.

—Yo solo quería vivir… —murmuré.

El recuerdo de él regresó.

"Cualquiera que fuera tu problema, también sería mío."

Cerré los ojos.

Si él lo supiera.

Si realmente lo supiera.

—Señora Ashford… la situación está complicada —dijo la secretaria.

—¿Qué pasó?

Ella dudó.

—La prensa rodeó el edificio. Todas las salidas.

—¿Todas?

—Sí. Y algunos empleados están siendo abordados.

Caminé hasta la ventana.

Abajo, un mar de cámaras.

Micrófonos en alto.

Camiones de transmisión.

Era un cerco.

—Organice seguridad extra —dije, manteniendo la voz firme —. Saldré por la entrada principal.

—El señor Alexander pidió que esperara a…

—No pregunté por Alexander, prepare a los escoltas y mi coche, me voy a casa, no tengo cabeza para seguir aquí hoy.

Salí de la sala y todo el pasillo se detuvo. Los empleados fingían trabajar, pero todos estaban atentos.

La puerta principal se abrió y el ruido fue inmediato.

Gritos y preguntas superpuestas.

—¡Señora Ashford! ¿Usted engañó al presidente?

—¿Ashford compró influencia política?

—¿El divorcio es real?

Respiré hondo y bajé los escalones lentamente. Los escoltas abrieron un espacio mínimo, los micrófonos casi tocando mi rostro. Flash tras flash.

—Señora Ashford, ¿usted manipuló al presidente electo?

—No manipulé a nadie.

—¿Usted fingió pérdida de memoria?

Mi corazón se aceleró. ¿Quién estaba sembrando eso?

Mantuve el rostro neutro.

—No comentaré especulaciones absurdas.

Antes de que respondiera, el ruido cambió. Los periodistas empezaron a girarse.

Una nueva oleada de flashes. Un coche negro se detuvo bruscamente, la puerta se abrió y Adrian salió.

Sin saco, sin sonrisa política, caminó directo hacia mí. Sus escoltas abrieron paso. Los míos retrocedieron automáticamente. Se detuvo a mi lado, tan cerca que sentí el calor de su cuerpo, y su brazo rodeó mi cintura.

Las cámaras estallaron.

—¡El presidente electo está aquí!

—¿Reconciliación?

—¿Crisis superada?

Tomó uno de los micrófonos.

—Mi esposa no tiene que dar explicaciones sobre especulaciones infundadas.

Esposa; la palabra me provocó rabia y consuelo al mismo tiempo.

—Ashford financió mi campaña de manera legal y transparente. Cualquier insinuación distinta será tratada judicialmente.

Un periodista intentó insistir:

—Señor presidente, ¿la señora Ashford está sola en este momento delicado?

Él apretó levemente mi cintura.

—Ella nunca está sola.

Inclinó el rostro discretamente hacia mí.

—Vamos.

No fue una orden, fue una petición.

Dudé un segundo, pero luego dejé que me guiara.

Los flashes continuaron. Las preguntas continuaron y entramos en el coche. La puerta se cerró y el silencio dentro fue ensordecedor.

Me aparté ligeramente.

—No tenías que hacer eso.

Giró el rostro despacio.

—Tenía que hacerlo.

El coche empezó a avanzar, alejándose del mar de cámaras y gritos. Afuera, la prensa aún corría tras el vehículo, pero pronto las sirenas de la escolta abrieron camino y todo quedó atrás.

Miré mis manos sobre el regazo. Aún temblaban.

—Te agradezco la ayuda —dije, manteniendo la mirada baja —. Ahora necesito ir a casa.

—¿Casa? —preguntó por fin—. ¿Cuál de ellas?

Respiré hondo antes de responder.

—La mía.

Se giró un poco hacia mí, como si la respuesta lo hubiera irritado.

—Mi casa también es tuya. Estamos casados.

Solté una risa corta, sin humor.

—Tenemos un contrato, Adrian. ¿Recuerdas?

Su mirada se endureció.

—Nada de lo que es tuyo es mío… y viceversa.

Se pasó la mano por la mandíbula lentamente.

—Curioso —dijo por fin—. No parecía que recordaras tanto el contrato cuando compartíamos la misma cama.

—No empieces.

—Yo no empecé —replicó—. Tú empezaste cuando decidiste irte sin siquiera hablar conmigo.

—¿Hablar? —Me giré hacia él—. ¿Sobre qué? ¿Sobre cómo fui conveniente para tu campaña?

Sus ojos se oscurecieron.

—Sobre cómo decidiste escuchar la mitad de una conversación y sacar conclusiones.

—¿La mitad? —reí, amarga—. Escuché lo suficiente.

Desvié la mirada, respirando hondo antes de continuar.

—Y no quiero volver a ese tema ahora. Haz que detengan el coche, necesito irme.

Por un segundo creí que discutiría. Que insistiría, pero no lo hizo.

Solo se inclinó un poco hacia delante.

—Detenga el coche —ordenó al conductor.

El vehículo redujo la velocidad lentamente hasta detenerse junto a la acera.

Abrí la puerta sin mirarlo.

—Lily.

Su voz llegó detrás de mí.

Me detuve con un pie fuera del coche.

—No tienes que hacer esto sola.

No me giré, simplemente salí.

El coche de la escolta detrás de nosotros también se detuvo.

Mi conductor ya venía abriendo la puerta del otro vehículo.

Los flashes de algunas cámaras que aún nos habían seguido iluminaron la calle por un instante y entré en el coche sin mirar atrás.

46



Lily Hale

A la mañana siguiente me desperté con voces que venían de la sala.

Era posible oír a mi tío alterado y a Alexander intentando argumentar algo.

Cerré los ojos por un instante. Sabía exactamente de qué se trataba.

Me levanté despacio y fui a ducharme, intentando preservar mis últimas horas de paz antes de que comenzara la próxima guerra.

Cuando bajé, los tres estaban en la sala. Mi tío y Alexander se giraron inmediatamente al verme. Camila, sentada en el sofá como una princesa aburrida, fue la única que no se movió.

—¿Te has vuelto loca, Lily? —disparó mi tío, sin ningún intento de disimular la irritación.

—¿Por qué?

—Haces un pronunciamiento de esa magnitud, en cadena nacional, sin siquiera avisarme.

Incliné levemente la cabeza.

—¿Debería avergonzarme de decir de dónde vengo?

Él respiró hondo, claramente intentando recuperar el control.

—Sabes muy bien por qué siempre ocultamos eso. ¿Y cuándo fue que recuperaste la memoria?

—Recientemente —respondí con calma—. Y sí, recuerdo exactamente el motivo.

Caminé hasta la mesa de café, sirviéndome un poco de agua.

—Pero ya no me importa. Ya no hay nada que me impida decir quién soy. Asumo las consecuencias de lo que venga.

—Actuaste de forma inconsciente.

Levanté la mirada hacia él.

—¿Yo?

Esbocé una pequeña sonrisa.

—No. Soy la esposa del presidente. Al menos en el papel. Soy heredera de una empresa multimillonaria y, si no me equivoco, soy yo quien paga el salario de todos ustedes.

Su rostro palideció.

—Así que, en lugar de decirme lo que debo hacer, deberían apoyar mis decisiones.

Dejé el vaso sobre la mesa.

—Empezando por el hecho de que quiero asumir mis empresas.

Se quedó inmóvil.

Entonces añadí, con naturalidad:

—Voy a cambiar la cara de nuestra marca. Creo que hay modelos más bonitas y que generan mucho más engagement.

Camila se giró de inmediato.

—¿Qué?!

Se levantó indignada.

—¡No puedes hacer eso! ¡Mi padre es el CEO, es él quien decide!

Sonreí.

Despacio.

—Tu padre es el CEO… —incliné la cabeza— …pero yo soy la dueña.

Fue imposible ocultar el tono burlón en mi voz.

Mi tío comenzó a caminar de un lado a otro de la sala, intentando reorganizar sus pensamientos.

—Tenemos que estudiar la viabilidad de todos estos cambios.

—Claro —respondí—. Reunamos a los directores y discutámoslo todo formalmente.

Lo miré directamente.

—Espero que eso no sea un problema, tío. No es nada personal.

Mi sonrisa se amplió un poco.

—Solo estoy pensando en lo mejor para mi empresa.

Iba a reaccionar, lo sabía. Intentaría matarme de nuevo y esta vez… yo lo atraparía.

Después de unos segundos, se detuvo.

—Está bien —dijo por fin—. Lo haremos como tú quieres.

—Genial.

Tomé una tostada.

—Y una cosa más.

Volvió a mirarme.

—Quiero que se vayan de la casa de mis padres.

Camila abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Voy a pedir que todo vuelva a como estaba antes. Los cuadros, los muebles que mi madre eligió… todo.

Mi voz bajó un poco.

—Quiero poder entrar en esa casa y aún ver algo de ellos.

—Lily… —Camila se levantó indignada—. ¿Dónde vamos a vivir?

—Cállate, Camila —dijo mi tío, seco.

Me encogí de hombros.

—Ese no es mi problema.

Tomé la taza de café.

—Y, hasta donde recuerdo, ustedes tienen una casa. Una casa que no es la mía.

Llevé el café a los labios.

—Bueno… creo que ahora podemos desayunar.

Alexander estaba completamente inmóvil, observándolo todo. Yo no había compartido mis planes con él. No porque no confiara, sino porque ya no quería involucrar a nadie en mis guerras. Ahora había algo más importante. Llevé la mano discretamente al abdomen.

Iba a tener un hijo y necesitaba ser fuerte, lo suficientemente fuerte para defenderme y para defenderlo.



Adrian Keaton

Los días previos a la toma de posesión pasaron como un borrón. Reuniones constantes, discursos y planes de gobierno, equipos entrando y saliendo del comité como un enjambre de gente que parecía vivir solo para recordarme que ahora todo era más grande, más serio, más pesado. Debería estar satisfecho, después de haber pasado toda la vida luchando por esto. La presidencia. La victoria.

El poder de finalmente poner en práctica todo lo que prometí durante años de campaña, pero la verdad era otra: la victoria tenía un sabor extraño, y era amargo.

—Adrian, tenemos que revisar la agenda de Washington —dijo Estevam, dejando una carpeta sobre mi escritorio.

Apenas miré.

—Después.

Suspiró, impaciente.

—Ahora no existe un "después", Adrian. En tres días asumes el cargo. En tres días dejas de ser solo presidente electo.

—Lo sé.

—Entonces concéntrate —respondió Estevam, impaciente.

Me pasé la mano por el rostro; llevaba semanas ansioso, triste.

—Voy a hablar con Lily otra vez. De verdad quiero que vuelva conmigo. Y cuando me vaya a Washington… estaré lejos de ella.

Estevam arqueó una ceja.

—Puedes intentarlo. Pero, sinceramente, parece que se volvió un poco… loca, no sé —dijo, con un tono casi divertido.

Levanté la mirada de inmediato.

—¿Te tomas algo en serio? —pregunté irritado.

Soltó un suspiro exagerado y se dejó caer en la silla.

—Sí me tomo las cosas en serio, Adrian.

—Ella no está loca.

—¿No?

Me miró como esperando que continuara.

—Asumió la identidad de heredera, dio una rueda de prensa nacional… y pidió el divorcio del presidente electo. Todo eso en muy poco tiempo. —Se encogió de hombros—. Si eso no es un poco de locura, no sé qué lo es.

—Cree que la usé.

—La usaste.

Me giré al instante.

—No exactamente… bueno, nuestra intimidad fue real.

—Aun así la usaste.

Me pasé la mano por el cabello.

—Me enamoré de ella.

Él tomó la carpeta sobre la mesa y la abrió de nuevo.

—Adrian, escucha.

—¿Qué?

—En pocos días asumes el cargo.

Señaló hacia mí.

—Vas a convertirte en el hombre más poderoso del país.

—Lo sé.

—Entonces empieza a actuar como tal.

El silencio volvió a llenar la sala.

—Resuelve tu vida con ella —continuó—. O olvídala de una vez.

—Haré todo lo posible para que me perdone.

—Ponte a trabajar, Adrian —dijo por fin—. Tenemos a todo un país esperando por ti.

47



Lily Hale

Estaba sentada en el suelo de la sala, rodeada de carpetas y reportes de la empresa. La casa estaba en silencio y aún no me acostumbraba a eso.

Tomé la taza de té ya fría y la llevé a los labios. El sabor amargo me hizo hacer una mueca. Mi estómago seguía extraño. Había estado ignorando eso en los últimos días. De repente oí pasos en el pasillo.

—¿Señora?

Levanté la mirada.

Era Marta, la empleada de la casa.

—¿Sí?

—Tiene un visitante.

—¿Quién?

Dudó un segundo.

—El señor Adrian Keaton.

Por un momento creí haber oído mal.

—¿Adrian está aquí?

—Sí, señora.

Respiré hondo. Me pasé la mano por el cabello rápidamente, intentando ordenar mis pensamientos.

—Puedes hacerlo pasar.

Marta asintió y salió.

Permanecí de pie en medio de la sala durante unos segundos. Cuando oí sus pasos en el pasillo, algo dentro de mí se tensó y, entonces, Adrian apareció en la puerta de la sala. Llevaba un traje oscuro, la corbata ligeramente floja como si hubiera pasado todo el día en reuniones, pero lo que realmente llamó mi atención fueron las flores en sus manos.

Parpadeé varias veces.

—¿Trajiste flores?

Él levantó el ramo un poco, casi incómodo.

—Pensé que sería educado.

—Nunca me habías dado flores.

Esbozó una leve sonrisa.

—Nunca había necesitado convencerte de que me escucharas.

—¿Qué quieres, Adrian?

Caminó lentamente hasta el centro de la sala.

—Hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre Washington.

—No voy.

—Ni siquiera has oído lo que tengo que decir.

—No lo necesito.

Se pasó la mano por el cabello, claramente intentando mantener la calma.

—Lily, la toma de posesión es en pocos días.

—Lo sé.

—Deberías estar allí.

—¿Por qué?

Frunció el ceño.

—Porque eres mi esposa.

Solté una risa corta.

—En el papel, estamos en proceso de divorcio, aunque sea en secreto.

—Eso sigue significando que estamos casados.

—Para ti, tal vez.

Dio un paso hacia mí.

—Para mí significa mucho más de lo que imaginas.

Respiró hondo.

—Quiero que vengas conmigo a Washington.

El silencio llenó la sala.

—No.

La respuesta salió demasiado rápido.

—Lily…

—Adrian, nos estamos divorciando.

—Me enamoré de ti.

La frase cayó en la sala como una piedra. Reí por lo bajo.

—¿De verdad crees que voy a creer eso?

No respondió de inmediato.

—Lily —dijo al fin—. No te lo estoy pidiendo por política.

—Entonces, ¿por qué?

Tardó unos segundos.

—Porque te quiero conmigo.

Mi corazón latió con más fuerza y desvié la mirada.

—Ya me tuviste.

—Te quiero.

Negué con la cabeza.

—No, Adrian.

Se quedó en silencio.

Luego dejó las flores sobre la mesa.

—Aun así…

Sacó un sobre del bolsillo del saco.

—Esto es una invitación para la toma de posesión.

No toqué el sobre.

—No hacía falta.

—La ceremonia empieza a las diez de la mañana —dijo, con la voz más baja—. En Washington.

Permanecí inmóvil. Sin tocar nada.

—Adrian…

—No tienes que decidir ahora.

Dio un paso atrás.

—Solo… piénsalo.

Me observó durante unos segundos más, luego se fue. La puerta se cerró y la casa volvió a quedar en silencio.

Permanecí de pie en medio de la sala durante unos segundos, luego mis piernas cedieron. Me senté en el sofá despacio, miré las flores, el sobre y entonces llevé la mano al abdomen otra vez.

Un susurro se escapó antes de que pudiera impedirlo.

—¿Qué voy a hacer ahora?

Porque cuando Adrian lo descubriera, nada, absolutamente nada, seguiría igual.

48



Lily Hale

Días después…

Había estado buscando vacíos legales para asumir la empresa antes de mis veinticinco años. Pasé semanas analizando contratos, estatutos, cláusulas de sucesión, cualquier cosa que pudiera darme alguna ventaja.

Cuando el abogado finalmente me dijo lo obvio, me sentí una completa idiota.

¿Cómo no se me había ocurrido antes? Yo era una mujer casada.

Según el antiguo estatuto de la empresa, si la heredera era menor de veinticinco años, la administración podía transferirse al cónyuge legal hasta que alcanzara la edad requerida. Es decir… Adrian podía convertirse en el tutor administrativo de mis bienes.

Levanté la mirada hacia el abogado, aún intentando procesarlo.

—Entonces está diciendo que…

—Que su marido podría asumir legalmente la administración temporal de la empresa —respondió con calma—. Si usted quiere.

Me recosté en la silla lentamente.

Aquello lo cambiaba todo.

Pero, para eso…

Tendría que confiar en Adrian y, después de todo lo que había pasado entre nosotros… no sabía si aún era capaz de hacerlo.

Miré la invitación a la toma de posesión sobre la mesa.

Podía ir. Tal vez debía. Quizá fuera la única forma de evaluar todo con calma, entender cada movimiento, cada pieza de ese juego que parecía más grande que nosotros dos.

Pero también había otra verdad: no podía hacerle lo mismo que él me hizo a mí, usarlo para mis propios intereses.

Respiré hondo, pasando los dedos lentamente por el papel de la invitación. Porque, a pesar de todo… a pesar de la rabia, de las mentiras y del caos en el que nuestras vidas se habían convertido, aún me importaba Adrian y quizá era precisamente por eso que esa decisión parecía tan imposible.

Tal vez también por eso aún no le había contado sobre el bebé. No quería que me quisiera solo por nuestro hijo o por la política. No quería que se quedara por obligación, por responsabilidad… o por culpa. Si Adrian estaba a mi lado, quería que fuera por mí. Porque, a pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, una parte de mí aún insistía en quererlo y admitirlo era mucho más difícil que cualquier guerra que estuviera a punto de enfrentar.





Adrian Keaton

Blair House era exactamente el tipo de lugar que yo debería admirar. Histórico. Impecable. Discreto. Preparado para hombres que estaban a punto de asumir el mayor poder del país. En cualquier otro momento de mi vida, me habría detenido a absorber la grandiosidad de aquello.

Había pasado toda mi vida luchando por ese lugar y, aun así, esa noche, todo lo que lograba sentir era un vacío irritante en el pecho.

—Señor, el equipo de comunicación quiere revisar el discurso una vez más antes de la medianoche —informó un asesor al detenerse en la puerta de la sala.

Ni siquiera levanté la mirada del vaso de agua en mi mano.

—Después.

Dudó.

—Señor presidente electo…

—He dicho después.

El hombre asintió y salió.

Debería estar satisfecho, orgulloso, pero mi mente estaba en Boston. En una casa que no era mía. En una mujer que aún era mi esposa. En una invitación que no sabía si había roto, guardado… o simplemente ignorado.

Apoyé las manos en el alféizar de la ventana y cerré los ojos por un segundo. Si era honesto conmigo mismo, la verdad era una

sola: no sabía cómo subir a ese escenario sin buscarla entre la multitud y odiaba admitirlo.

La puerta detrás de mí se abrió sin ceremonia.

—Si rompes algo del patrimonio histórico, fingiré que no te conozco —dijo Estevam, entrando como si aún estuviera en el comité en Boston.

No me giré.

—¿Viniste a vigilarme?

—Vine a ver si sigues con cara de viudo reciente.

Solté una risa breve, sin humor.

—Sensible como siempre.

Caminó hasta el pequeño bar de la sala, se sirvió un whisky y se apoyó en el mueble.

—Última oportunidad para ajustar la estrategia —dijo—. La prensa sigue insistiendo con la ausencia de Lily. ¿Viene?

No respondí de inmediato.

—No tuve confirmación.

Miré el vaso intacto sobre la mesa lateral.

—Fui un hijo de puta. Tuve una oportunidad real… y la desperdicié.

El timbre interno sonó discretamente y otro asesor entró, visiblemente tenso.

—Señor, el servicio secreto quiere confirmar la composición del grupo familiar para mañana.

Me quedé mirándolo dos segundos de más.

—Sin cambios —respondió Estevam antes que yo—. Mantengan el protocolo como está.

El hombre asintió y salió.

—Deberías dormir —dijo Estevam.

—No voy a poder.

—Aun así.

Dejó el vaso vacío y caminó hacia la puerta.

Se detuvo antes de salir.

—Adrian.

—¿Qué?

—Mañana vas a subir a ese escenario como el hombre más observado del mundo.

—Lo sé.

La puerta se cerró detrás de él y me quedé solo otra vez.

Me levanté y fui hasta la pequeña mesa donde el discurso final estaba abierto. Leí la primera línea.

"Hoy este país elige no solo a un presidente, sino un futuro."

Cerré la carpeta.

Esa frase, en ese momento, parecía una mentira. Porque sabía exactamente cuál sería mi futuro si Lily no aparecía. Brillante para el país, pero vacío para mí.

Tomé el teléfono y abrí su contacto; mi pulgar quedó suspendido sobre el icono de llamada. Si llamaba ahora, ¿qué diría?

"Ven a Washington."

"Te necesito."

"Lo siento."

"Te amo."

La última frase se quedó atrapada en mi cabeza con la fuerza suficiente para dejarme inmóvil. Nunca la había dicho en voz alta.

Dejé el teléfono sobre la mesa, como un cobarde.

49



Lily Hale

El gran día había llegado y llevaba horas mirando la invitación.

Seguía sobre la mesa desde la noche en que Adrian la dejó allí; debía ir. Sí… debía estar allí.

Respiré hondo, tomé la invitación una vez más y, entonces, me levanté de repente.

Caminé con prisa hasta el dormitorio y empecé a meter algunas prendas en la maleta. No necesitaba mucho, solo lo suficiente para un viaje rápido.

Cuando terminé, me detuve frente al espejo y observé mi reflejo durante unos segundos antes de salir. Llevé la mano instintivamente al abdomen.

—Vamos —murmuré para mí misma.

Tomé la maleta y bajé las escaleras.

Cuando salí de la casa y caminé hacia el coche, oí el ruido de un motor entrando por el portón.

Alexander.

Aparcó el coche bruscamente y salió antes incluso de que el motor se apagara por completo.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —preguntó, mirando la maleta en mis manos.

—A Washington.

Parpadeó varias veces.

—¿Qué?

Su reacción fue inmediata; cerró la puerta del coche de golpe al salir. Casi no reconocí al hombre frente a mí en ese momento.

—¿Qué mierda vas a hacer en Washington, Lily? —preguntó, con un tono de voz que nunca había usado conmigo.

Fruncí el ceño.

—Voy a la toma de posesión.

—¿Te volviste loca?

—No.

Se pasó la mano por el cabello, claramente irritado.

—Vas a alimentar aún más esa idea de que ustedes dos siguen juntos.

—Aún estamos casados, Alex.

—No es de eso de lo que hablo, y lo sabes.

Respiré hondo.

—Hay algo que no sabes.

Cruzó los brazos.

—¿Qué?

Lo miré directamente.

—Estoy embarazada.

Alexander tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Qué?

—Estoy embarazada de Adrian.

Me miró como si intentara entender si hablaba en serio.

—¿Cómo que embarazada?

Llevé la mano al abdomen.

—Lo descubrí hace un tiempo.

Su expresión cambió. Algo cruzó su rostro demasiado rápido como para identificarlo.

—¿Y por qué me lo dices recién ahora?

—Porque todavía estoy intentando entender todo esto.

Dio un paso más cerca.

—¿Y por qué vas a Washington?

—Porque Adrian me necesita hoy.

—¿Te necesita?

Su tono era extraño, más duro, irritado.

—Está asumiendo la presidencia —respondí—. Y yo… bueno… sigo siendo su esposa.

Alexander guardó silencio durante unos segundos.

—Lily…

—¿Podemos hablar cuando vuelva?

Me miró con una expresión que nunca le había visto antes. Era casi… rabia.

—No deberías ir.

—Necesito ir.

—No.

La forma en que dijo eso hizo que mi estómago se revolviera.

—Alex…

—Lily, piénsalo un poco.

—Ya lo pensé.

Tomé la maleta y la coloqué en el maletero.

—Tengo que irme.

Se quedó allí, observándome.

—Aún necesito comprar el próximo vuelo para poder llegar a tiempo —añadí, abriendo la puerta del coche.

Antes de subir, lo miré una vez más.

—Te prometo que hablaremos cuando vuelva.

Pero Alexander no respondió; simplemente siguió mirándome, inmóvil.



Adrian Keaton

El Capitolio estaba cubierto de banderas.

Azul, rojo y blanco ondeaban contra el viento frío de Washington, mientras la multitud ocupaba cada espacio posible de la explanada. Cámaras, periodistas, autoridades, simpatizantes. Todo el país parecía estar allí, pero una parte de mí estaba en otro lugar. Ajusté el nudo de la corbata mientras el asistente terminaba de acomodar la solapa de mi saco.

—En dos minutos —dijo.

Asentí.

Afuera, el sonido de la multitud llegaba como una ola constante. Gritos, aplausos, voces mezcladas. La historia estaba a

punto de suceder.

Jonathan apareció en la puerta.

—¿Estás listo?

—Lo estoy.

Estevam caminaba de un lado a otro con una tableta en las manos.

—El discurso está perfecto —dijo—. Solo sigue el teleprompter y todo saldrá bien.

—Lo sé.

Se detuvo frente a mí.

—Adrian.

—¿Qué?

—No arruines esto.

—¿Arruinar?

—Has trabajado toda tu vida por este momento.

No respondí.

La verdad era que no había dormido, no después de darme cuenta de que ella realmente no vendría y de que había perdido mucho más que a una esposa. Había perdido a la única persona que realmente elegí amar.

Un agente apareció en la puerta.

—Señor, es hora.

Respiré hondo.

Entonces caminé por el pasillo que llevaba hasta el escenario. Cuando salí a la escalinata del Capitolio, la multitud estalló en aplausos, gritos, flashes.

Caminé hasta el atril, saludé a autoridades, estreché manos, todo en automático. Estevam estaba a unos metros detrás. Jonathan junto a la primera fila. El asiento reservado para la primera dama estaba vacío.

Miré el teleprompter, la primera frase apareció.

Respiré hondo.

—Mis compatriotas estadounidenses…

Mi teléfono vibró en el bolsillo.

Lo ignoré.

—Hoy es un día que pertenece al pueblo…

El teléfono vibró otra vez y fruncí el ceño. Estevam me lanzó una mirada rápida y volví a ignorarlo.

—Este país fue construido por hombres y mujeres que creyeron…

El teléfono vibró de nuevo, esta vez de forma insistente. Algo dentro de mí se tensó. Deslicé discretamente el teléfono fuera del bolsillo y era un mensaje de Lily.

Mi corazón se aceleró.

Abrí.

Lily: *Adrian…*

Otro mensaje llegó de inmediato.

Lily: *Están intentando matarme.*

La sangre se me heló.

Otro.

Lily: *Por favor…*

Y luego el último.

Lily: *Tengo miedo.*

El último venía acompañado de la ubicación. Estaba aquí, en Washington. El mundo entero desapareció.

Olvidé la multitud, el discurso, la presidencia. Todo.

—¿Señor? —murmuró alguien.

Miré a Estevam.

—Tengo que irme.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Ahora.

—Adrian, ¡estás en medio de la toma de posesión presidencial!

—Lily está en peligro.

—Adrian…

Ya estaba bajando los escalones y oí que la multitud empezaba a murmurar. Las cámaras me rodearon.

—¡Adrian! —llamó Estevam.

—Me envió un mensaje.

—¡Enviamos seguridad!

—¡No!

Me giré hacia él.

—Voy yo.

—¡No puedes simplemente abandonar la toma de posesión!

—Puedo.

Ya caminaba rápido hacia los coches oficiales. Los agentes corrieron detrás de mí.

—Señor, el protocolo…

—¡Que se joda el protocolo!

Jonathan apareció corriendo.

—¿Qué pasó?

Le mostré el mensaje.

Lo leyó.

—Mierda.

—¿Dónde está?

—Su móvil indica… —miró el rastreador en la tableta— carretera, saliendo de Washington. Vamos en mi coche.

El conductor aceleró de inmediato en cuanto subimos.

50



Lily Hale

Intentaba mantener la compostura.

Mi mano estaba sujeta a la mesa de metal, esposada a una estructura atornillada al suelo. El metal frío me lastimaba la muñeca cada vez que intentaba moverme.

El lugar parecía haber sido una cafetería décadas atrás. Ahora era solo una ruina.

Azulejos rotos, olor a óxido y moho, pedazos de vidrio esparcidos por el suelo. La única luz provenía de una bombilla débil que se balanceaba en el techo.

—Tu salvador llegará pronto —dijo el hombre con una sonrisa enfermiza.

Mi estómago se revolvió.

—No… no —respondí, intentando controlar la respiración—. Adrian está en la ceremonia de toma de posesión.

Él no vendría, estaba segura. Adrian jamás abandonaría eso y, por primera vez, me sentía aliviada de que siempre eligiera la política antes que a mí. Porque eso significaba que estaba a salvo.

El hombre soltó una risa baja.

—Ya veremos.

Arrojó mi teléfono sobre la mesa; la pantalla se encendió. Reconocí de inmediato los mensajes que había enviado.

Mis manos empezaron a temblar.

Arrastró una silla y se sentó a unos metros frente a mí, observando cada uno de mis movimientos.

—¿Quién te envió aquí? —pregunté, con la voz quebrada—. ¿Fue mi tío?

Mi brazo dolía cada vez más por los intentos desesperados de soltarme.

El hombre no respondió, solo sonrió. Entonces oí el sonido de un coche acercándose. El motor se detuvo afuera, el hombre inclinó la cabeza y sonrió aún más.

—Acaba de llegar.

Mi corazón se aceleró.

La puerta principal chirrió y no aparté la mirada de ella. Esperando. Por un segundo imaginé a mi tío entrando allí, pero cuando la puerta se abrió… no fue él.

Alexander entró con la postura erguida, el rostro duro y la mirada fría.

—i¿Qué mierda hiciste?! —gritó al hombre, avanzando hacia el interior del lugar.

Corrió hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó, arrodillándose a mi lado mientras soltaba mi mano de la esposa—. ¿Te lastimaron?

No pude responder. Mi mente aún intentaba entender qué estaba pasando.

—¿Alex…? —susurré.

Una lágrima rodó por mi rostro, pero no era de alivio, era de dolor. Del peor dolor posible. El de la traición.

Alexander sostuvo mi rostro entre sus manos.

—No te preocupes, Anne —dijo suavemente—. Hoy voy a demostrarte que soy el único que aparece cuando me necesitas.

Mi corazón se detuvo.

—Soy el único que te ama de verdad.

—¿De qué estás hablando… Alex?

Sonrió, pero no era la sonrisa que yo conocía.

—De ti y de mí.

Se levantó lentamente.

—No debiste haber vuelto, Anne.

Mi cuerpo se heló.

—Deberíamos estar en Suiza… como siempre fue.

Empezó a caminar de un lado a otro.

—Tú y yo. ¿Recuerdas?

Mi visión se nubló por las lágrimas.

—Todo esto es culpa tuya —continuó—. Si me hubieras escuchado… si hubieras vuelto conmigo.

No pude contener el llanto.

—Eres la única persona en el mundo en la que creí poder confiar.

Se detuvo frente a mí.

—Y puedes.

Su sonrisa regresó.

—Seremos solo nosotros dos.

Posó la mano sobre mi abdomen.

Todo mi cuerpo se estremeció.

—Y el bebé, claro.

Mi corazón se aceleró.

—Nos quedaremos con el bebé.

Mi respiración se trabó.

—Solo tienes que decir que sí.

Se inclinó más cerca.

—Adrian no vendrá, Anne.

Las palabras fueron dichas con absoluta certeza.

—Y verás… que soy el único que te ama de verdad.

Negué con la cabeza.

—Estás enfermo… Alex. Puedo ayudarte.

Aún estaba arrodillado a mi lado. Luego se levantó lentamente, se pasó la mano por el cabello, respiró hondo y empezó a reír. Bajo. Amargo.

—Nunca vas a verme como un hombre… ¿verdad?

No respondí y él siguió mirándome. Sus ojos cargaban algo que nunca había visto antes.

—Porque soy solo el hijo de la empleada.

Mi corazón se apretó.

—Tu mascota.

Dio otro paso.

—El chico al que mantenías cerca para divertirte.

Mi garganta ardió.

—No…

Sonrió otra vez.

—Ahora entiendes por qué tuve que sacar a Adrian del camino.

Suspiró, pasándose la mano por el cabello como si estuviera cansado de explicar algo obvio.

—Que tuve que alejarte de él.

—¿Alejar?

Mi voz salió débil.

—Intentaste matarme —susurré.

Frunció el ceño, casi ofendido.

—Nunca quise matarte, Anne.

—¡Hombres armados me persiguieron en cuanto llegué a Boston!

—Eso fue una advertencia.

Mi estómago se revolvió.

—¿Una advertencia?

Empezó a caminar por el salón destruido.

—Solo quería que volvieras a Suiza.

—¡Estoy casada!

—¡Un contrato! —estalló—. Es un contrato político ridículo y te lo estabas tomando en serio.

Mi pecho se apretó.

—Me enamoré.

Dejó de caminar y me miró como si acabara de escuchar su peor pesadilla.

—Lo sé.

Su voz salió baja.

—Fue entonces cuando entendí que tenía que actuar.

Mis manos empezaron a temblar.

—¿Fuiste tú… todo el tiempo?

Asintió lentamente.

—Tuve que protegerte.

—¿Protegerme?!

Reí, un sonido quebrado.

—¡Intentaste matarme dos veces!

—Necesitaba asustarte.

—¡Me disparaste!

—¡De rozón! —respondió rápido—. Ellos sabían exactamente dónde apuntar.

El aire salió de mis pulmones.

—¿Tú… planeaste eso?

—Claro.

Volvió a acercarse.

—Necesitaba que vieras que Adrian no te amaba.

—¿Entonces creaste todo esto?

Asintió.

—Fuiste tú.

—Siempre fui yo.

Mis lágrimas empezaron a caer sin control.

—¿Por qué, Alex?

Me miró como si la respuesta fuera lo más simple del mundo.

—Porque te amo. Desde siempre.

Se pasó la mano por el rostro, frustrado.

—Crecimos juntos, Anne. Yo estaba allí cuando tus padres murieron. Te protegí. Te seguí hasta Suiza.

Mi pecho se apretó.

—Soporté verte coquetear con otros hombres.

Se acercó un paso más.

—Pero Adrian…

Su voz cambió.

—Adrian era diferente. Porque él te tenía.

Señaló hacia mí.

—Dormía contigo.

Mi corazón se aceleró.

—Te tocaba. Podía llamarte esposa.

Su mirada estaba completamente perturbada ahora.

—Y empezaste a mirarlo.

Soltó una risa sin humor.

—Nunca me miraste así.

—Alex…

—Entonces tuve que sacarlo del camino.

Mi cuerpo se enfrió.

Sonrió.

—Tú manipulaste todo.

—Fue fácil.

Se encogió de hombros.

—Y te diste cuenta de que Adrian te estaba usando.

Se inclinó un poco más cerca, sus ojos brillaron.

—Yo te salvé de él.

Mi respiración falló.

—Aún no lo entiendes, Anne.

Posó la mano en mi rostro. Me aparté de inmediato.

—Adrian nunca te elegiría.

Señaló hacia afuera.

—Eligió el poder. Eligió la presidencia. Eligió a todo un país.

Entonces sonrió. Una sonrisa lenta.

—Pero yo…

Se acercó más.

—Yo te elijo a ti. Siempre.

51



Adrian Keton

—¡Acelera! —grité—. Orilla el coche.

—Adrian, cálmate —dijo Jonathan, intentando mantener la voz firme.

—¡Orilla el puto coche! —grité aún más alto.

El conductor dudó un segundo, pero obedeció.

En cuanto el coche se detuvo en el arcén, ya estaba abriendo la puerta.

—Adrian, ¿qué estás haciendo?

Lo ignoré. Saqué al conductor del asiento y me metí.

—Sal de ahí.

No discutió, mientras yo tomaba el volante y arrancaba antes siquiera de cerrar por completo la puerta.

El motor rugió cuando pisé a fondo el acelerador y el coche salió disparado por la carretera.

—Tienes que calmarte —dijo Jonathan, sujetándose al tablero cuando adelanté a un camión.

—¿Calmarme?

Solté una risa seca, sin humor.

—¿Estarías tranquilo si fuera Jasmim?

Se quedó en silencio un segundo.

—Adrian…

—La tienen, Jonathan.

La voz me salió ronca.

—Tienen a Lily.

Aumenté aún más la velocidad.

—Yendo así vas a perder a los escoltas —respondió, mirando hacia atrás—. Están intentando seguirnos.

—Que se jodan.

—Voy a enviar la ubicación a la policía.

—¡No!

Pisé aún más fuerte.

—Adrian, la policía sabe hacer su trabajo.

—No, Jonathan. —Negué con la cabeza—. No lo entiendes.

El teléfono de Lily seguía abierto en el tablero del coche.

El último mensaje parpadeaba en la pantalla.

“Están intentando matarme.”

La garganta se me cerró.

—Si la policía aparece con sirenas y helicópteros…

Respiré hondo, intentando controlar el temblor en las manos.

—La matan antes.

Jonathan guardó silencio.

Tomé la curva a alta velocidad. Los neumáticos chirriaron contra el asfalto.

—Voy solo.

—No.

—Sí.

—¿Te has vuelto loco?

—Esta vez no voy a llegar demasiado tarde.

El GPS pitó.

Destino a dos minutos.

Un edificio abandonado apareció más adelante y reduje la velocidad.

Jonathan me miró.

—Adrian…

—¿Qué?

—Esto puede ser una trampa.

Ya lo sabía desde el principio.

—Lo sé.

Jonathan respiró hondo, sacando un arma de la cintura. Lo miré.

—Si me pasa algo…

Se quedó en silencio.

—Sácala de aquí.

La puerta chirrió, y cuando la empujé, el lugar estaba vacío. Entré despacio, mirando alrededor.

Había mesas rotas, vidrios en el suelo, polvo y, en el centro del salón, una mesa de metal. Sobre ella, un teléfono, el teléfono de Lily.

—¿Lily? —llamé.

Pero no hubo respuesta.

Caminé hasta la mesa con pasos rápidos y tomé el dispositivo. La pantalla estaba apagada y entonces sonó.

Respondí.

—Presidente.

La voz al otro lado era calmada, fría.

—¿Alexander?

—¿Sorprendido de oírme?

Jonathan entró justo detrás de mí en ese momento, arma en mano, los ojos recorriendo el lugar.

—No esperaba que vinieras —continuó Alexander al otro lado de la línea—. Lástima que llegaste un poco tarde… tuvimos que irnos.

Mi corazón empezó a latir aún más rápido.

—¿Dónde está Lily?

Se rio.

—Alexander… —mi voz salió más dura— ¿dónde está Lily?

Jonathan caminaba por el salón con cuidado.

—Han estado aquí —murmuró.

—¿Dónde estás con Lily? —pregunté otra vez.

—Lily está bien, Adrian.

—Ahora tú…

Hizo una pausa.

—Voy a mandarte al infierno.

Jonathan abrió los ojos.

—Adrian…

—¡AGÁCHATE! —gritó Jonathan, tirándome al suelo.

El sonido de los disparos explotó por el edificio.

Vidrio estallando.

Metal siendo perforado.

Entonces oí un grito.

—¡NO!

Era ella.

Mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera pensar.

—¡Lily! —grité.

Jonathan intentó sujetarme.

Lo empujé y me levanté.

—¡ADRIAN, NO!

Yo ya estaba corriendo.

La parte trasera del edificio daba a un patio abierto y fue allí donde la vi.

Alexander sujetaba a Lily del brazo mientras ella intentaba soltarse. Tenía el cabello desordenado. El rostro arañado. La ropa rasgada, como si hubiera luchado.

—¡Adrian! —gritó ella.

Alexander levantó el arma de inmediato.

—¡No te acerques más!

Me detuve con las manos en alto.

—Suéltala.

—No.

Lily intentó alejarse de él otra vez.

—¡Te dije que te detuvieras!

Di un paso.

—Suéltala.

Apuntó el arma directamente hacia mí.

—No des un paso más.

Lily lloraba ahora.

—Alex, por favor…

Di otro paso.

Su dedo apretó el gatillo.

Lily intentó soltarse otra vez.

—¡Adrian, cuidado!

Todo ocurrió demasiado rápido. El disparo, el movimiento y Lily lanzándose delante.

—¡No!

Ella cayó y mi corazón se detuvo.

—¡LILY!

Alexander se quedó paralizado. El arma cayó de su mano.

—¿Anne…?

Cayó de rodillas a su lado.

—No… no…

Corrí.

Apenas sentía las piernas.

Cuando llegué, me arrodillé en el suelo con fuerza. Estaba en sus brazos.

Había sangre, mucha sangre.

Por un segundo no pude respirar.

—¡Aléjate de ella! —gruñí.

Empujé a Alexander con violencia. Cayó hacia atrás, aún en shock, mirando sus manos manchadas de rojo.

—¿Qué hiciste…? —murmuró, como si no pudiera creerlo.

Pero yo ya no escuchaba nada.

Lily estaba tendida en el suelo, con los ojos entrecerrados y la respiración corta.

—Lily… —mi voz falló.

La atraje hacia mí, su cuerpo estaba demasiado inerte.

La sangre se deslizaba entre mis dedos cuando presioné la herida.

—No… no… no… —repetí, desesperado.

Intentó abrir los ojos.

—Adrian…

—Estoy aquí —murmuré, sosteniendo su rostro con cuidado —. Estoy aquí, mírame.

Una lágrima rodó por su mejilla.

—Yo…

—Shhh… no hables —mi voz salió quebrada—. No digas nada.

Mis manos temblaban mientras presionaba la herida.

La sangre no se detenía.

—¡Jonathan! —grité—. ¡Llama a una ambulancia!

Oí pasos detrás de mí.

—¡Ya viene! —respondió.

Pero todo parecía demasiado lento.

Lily respiraba con dificultad, su pecho subía y bajaba de forma irregular.

—Adrian…

—Quédate conmigo.

Mi voz estaba ronca.

—No me vas a dejar… ¿me oyes?

Intentó mover la mano. La sujeté de inmediato.

—Estoy aquí —murmuré—. Llegué.

Sus ojos brillaron con lágrimas.

—Tú… viniste…

Mi corazón se rompió.

—Siempre.

Apoyé mi frente contra la suya por un segundo.

—Siempre vendré.

El sonido de sirenas comenzó a acercarse.

Luces azules iluminaron el patio.

Policía.

Ambulancias.

Pero no podía apartar la mirada de ella.

—Adrian… —susurró otra vez.

—No hables.

Pero insistió, con la voz casi desapareciendo.

—El bebé…

Todo mi cuerpo se congeló.

—¿Qué?

Intentó respirar.

—Nuestro bebé…

Mi corazón se detuvo por un segundo.

—Lily…

Pero en ese momento los paramédicos llegaron corriendo.

—¡Tenemos que llevarla ahora!

Se arrodillaron a nuestro alrededor.

—¡Tiene que apartarse, señor!

—¡No! —mi voz salió casi como un rugido.

—¡Está perdiendo mucha sangre!

Mis manos seguían presionando la herida.

Los paramédicos colocaron a Lily en la camilla. La sangre seguía manchando mis manos y mi ropa.

Yo sostenía su mano mientras empujaban la camilla hacia la ambulancia, caminando a su lado como si soltarla significara perderla.

—Adrian… —murmuró, la voz casi apagándose.

—Estoy aquí —respondí de inmediato—. Estoy aquí.

Las puertas de la ambulancia se abrieron.

Comenzaron a subirla.

—Señor, ¡no puede entrar!

—¡Claro que puedo! —repliqué, intentando subir.

Uno de los paramédicos me sujetó.

—¡Tenemos que trabajar!

Jonathan apareció detrás de mí y agarró mi brazo.

—Adrian…

—¡Suéltame!

—Va a estar bien —dijo con firmeza—. Vamos a seguir la ambulancia.

Lo miré, pero las palabras apenas tenían sentido. Todo seguía pareciendo distante, como si estuviera atrapado dentro de una pesadilla.

Jonathan apretó mi hombro.

—Adrian.

Negué lentamente.

—Jonathan…

Frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Tragué saliva.

—Ella dijo…

Las puertas de la ambulancia empezaron a cerrarse.

—¿Dijo qué?

—Un bebé.

Jonathan se quedó inmóvil.

—¿Qué?

Miré mis manos aún cubiertas de sangre.

—Nuestro bebé.

Me pasé la mano por el cabello, sintiendo que el mundo giraba.

—La mujer de mi vida se está muriendo… y está llevando a mi hijo.

Las palabras salieron roncas, casi irreconocibles incluso para mí.

La ambulancia encendió la sirena.

Jonathan sujetó mi brazo con fuerza.

—Vamos.

Dejé que me arrastrara.

Subimos al coche, apenas sentía las piernas.

La garganta se me cerró.

—Estaba llevando a mi hijo… y ni siquiera lo sabía.

El coche aceleró, siguiendo la ambulancia por las calles.

Mi pecho se apretó con violencia.

—Si le pasa algo…

—Va a estar bien, Adrian.

5 2



Adrian Keaton

Los reporteros me rodearon en cuanto estacionamos en el hospital.

Micrófonos.

Cámaras.

Preguntas gritadas desde todos los lados.

—¿Es cierto que hubo un atentado?

—¿La primera dama está herida?

—¿Qué le pasó a Lily Ashford?

No tenía cabeza para nada. Para nadie. Aparté los micrófonos con el brazo, abriéndome paso entre ellos como si ni existieran.

Los escoltas empezaron a despejar el camino.

—¡Abran paso! —gritó alguien.

Apenas oía.

Lo único que veía era la ambulancia deteniéndose en la entrada de urgencias.

Los paramédicos corrieron con la camilla hacia el interior.

—¡Lily! —grité, corriendo detrás de ellos.

—¡Señor, no puede entrar aquí! —una enfermera intentó detenerme.

—¡Es mi esposa! —mi voz salió como un rugido.

Jonathan apareció justo detrás de mí.

—Tienes que calmarte, Adrian.

Los paramédicos atravesaron las puertas dobles de urgencias.

—¡Herida por arma de fuego! —anunció alguien.

—¡La presión está cayendo!

Empujaron la camilla hacia una sala.

—¡Tenemos que preparar la cirugía!

—¡No! —intenté entrar con ellos.

Dos médicos me sujetaron.

—¡Señor, no puede!

—¡Voy a quedarme con ella!

—¡Señor, necesitamos trabajar!

Las puertas se cerraron en mi cara.

Mis piernas empezaron a fallar.

Me dejé caer en una silla del pasillo como si alguien hubiera cortado la fuerza de mi cuerpo.

Miré mis manos. Su sangre aún estaba en ellas.

Jonathan se acercó.

—Adrian…

No pude responder.

Me pasé la mano por el cabello; la cabeza me daba vueltas.

Fijé la mirada en las puertas del quirófano.

—La mujer de mi vida se está muriendo…

La garganta se me cerró.

—Y está llevando a mi hijo.

Jonathan puso una mano en mi hombro.

—Va a salir de esta —dijo, con una convicción que yo no lograba encontrar en mí mismo—. Ya verás. En unos meses estarán juntos en la Casa Blanca.

Solté una risa débil, sin humor, pasándome la mano por el rostro.

—La Casa Blanca…

Negué despacio.

—Si vuelve a abrir esos ojos… no necesito nada más.

Miré las puertas del quirófano, sintiendo el corazón latir con demasiada fuerza en el pecho.

—Cambio todo… por el simple hecho de poder llevarla a casa.



La puerta del quirófano se abrió. Me levanté de la silla tan rápido que cayó hacia atrás.

Jonathan también se levantó.

El médico, con la mascarilla bajada, tenía el cansancio reflejado en los ojos.

Mi corazón se detuvo.

—Doctor…

Mi voz falló.

Caminó unos pasos hacia nosotros y permaneció largos segundos en silencio.

—Señor Keaton…

Mi respiración se cortó.

—Necesito que se calme.

El mundo empezó a girar. Ya sabía lo que iba a decir antes de que terminara.

—Hicimos todo lo que estaba en nuestras manos.

Todo mi cuerpo se heló.

—No…

La palabra salió casi inaudible.

Jonathan puso la mano en mi hombro.

—La bala causó un trauma considerable —continuó el médico—. Hubo mucha pérdida de sangre.

Me pasé la mano por el rostro; la visión se me nubló.

—Yo… yo hablé con ella… —murmuré—. Estaba hablando conmigo…

El médico respiró hondo.

—Logramos estabilizarla por un momento en la mesa de cirugía…

Mi pecho se contrajo.

¿Por un momento?

—Pero…

Negué lentamente.

—No.

Jonathan apretó mi hombro.

—Adrian, deja que el médico hable.

Pero yo ya caminaba directo hacia la puerta del quirófano.

—Señor, aún no puede entrar.

Empujé la puerta y vi a Lily tendida en la mesa, pálida, inmóvil.

Mi corazón se desgarró en el pecho.

—Lily…

Caminé hasta ella y tomé su mano.

—Oye… —mi voz se quebró—. Ya llegué.

No había ningún movimiento. Llevé su mano a mi rostro.

—No puedes hacerme esto.

La garganta me ardía.

—Prometiste que te quedarías conmigo.

El silencio de la sala era cruel.

—Aún teníamos tanto por resolver…

Una lágrima cayó sobre el dorso de su mano.

—Aún tenía que pedirte perdón por tantas cosas.

Mi respiración falló.

—Aún tenía que decirte que te amo.

Mi voz salió casi en un susurro.

—Y que no hay presidencia en el mundo que valga más que tú.

Cerré los ojos por un segundo y apoyé la frente en su mano.

—Y nuestro bebé…

El pecho me dolió como si me lo hubieran atravesado.

—Ni siquiera tuve la oportunidad de conocerlo.

La sala permaneció en silencio y en ese momento entendí algo brutal: había pasado toda mi vida luchando por el poder.

Por cargos.

Por victorias.

Pero ninguna victoria valía el precio de perder a la única persona que realmente me importaba.

—Adrian…

La voz fue débil, casi un suspiro, y me quedé congelado.

Levanté la cabeza lentamente y sus ojos estaban abiertos.

—¿Lily…?

Mi voz salió quebrada.

Intentó sonreír.

—¿Estás… llorando?

Solté un sonido que era mitad risa, mitad desesperación.

—Casi me matas del susto.

Respiró con dificultad.

—El bebé…

Mi corazón volvió a acelerarse.

—Está bien —dijo el médico detrás de mí.

Me giré rápido.

—Ella y el bebé están fuera de peligro, iba a decirlo, pero el señor Keaton no me dejó terminar.

Entonces mis piernas cedieron y me arrodillé junto a la cama.

Sosteniendo su mano.

—No tienes idea de lo que acabas de hacerme.

Ella apretó mis dedos con debilidad.

—Tú… viniste…

Reí, aún con lágrimas en el rostro.

—Lo dejé todo por ti.

Parpadeó, sorprendida.

—¿En serio?

Me incliné y besé su frente con cuidado.

—Siempre que me llames… —mi voz salió baja—. Vendré. Aunque el mundo entero esté esperándome en otro lugar. Siempre vendré a ti.

—Estamos monitorizando al bebé, ¿quiere escucharlo? —preguntó el médico.

—¿Yo… puedo?

—Claro que puede.

Trajo un pequeño aparato y colocó gel en el vientre de Lily. Observé sin respirar.

Apoyó el dispositivo sobre su abdomen y durante unos segundos solo hubo silencio.

Entonces llegó el sonido.

Tum-tum.

Tum-tum.

Tum-tum.

Rápido.

Fuerte.

Mi corazón se detuvo.

—Ese es el latido del bebé —dijo.

Mis manos empezaron a temblar.

Reí, pero al mismo tiempo sentí lágrimas resbalar por mi rostro.

—Él… está bien.

El médico sonrió.

—Muy bien.

Salió de la habitación, dejándonos solos. Yo aún tenía la mano sobre el vientre de Lily, sintiendo el lugar donde estaba nuestro hijo.

Respiré hondo.

—Casi los pierdo a los dos hoy.

Lily apretó mis dedos.

—Pero no nos perdiste.

Apoyé mi frente contra la suya con cuidado.

—No tienes que enfrentarte a nada sola.

Me miró en silencio.

—Adrian…

—¿Qué?

—Quiero estar a tu lado cuando por fin termines.

Mi pecho se apretó al oír eso.

Incliné un poco la cabeza, observándola en silencio durante unos segundos.

—Casi mueres hoy —murmuré—. ¿Y lo primero que quieres es volver a ese caos?

Se encogió de hombros con cuidado, evitando mover el hombro herido.

—Soy tu esposa… ¿recuerdas?

Solté una risa baja.

—Lo recuerdo.

Tomé su mano y la llevé a mis labios, besando sus dedos despacio.

—Pero esta vez no será un contrato.

Frunció el ceño.

—Adrian…

—Hablo en serio.

La miré directamente.

—No te quiero a mi lado porque quede bien en la foto, ni por política. Te quiero porque ya no puedo imaginar mi vida sin ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tardaste en darte cuenta.

—Lo sé.

Pasé el pulgar sobre su mano.

—Pero ahora sé exactamente lo que elijo.

—¿Y qué eliges?

Apoyé mi mano en su vientre con cuidado.

—A ti.

Luego apoyé mi frente en la suya.

—A los dos.

Permanecimos en silencio unos segundos. Entonces volvió a sonreír.

—No quería que tú… —respiró hondo, desviando la mirada un instante—. Bueno, sé cuánto deseas un hijo… y ese no debería ser el motivo principal para que estemos juntos.

Entonces tomé su rostro con cuidado, haciendo que me mirara.

—Lily… mi sueño siempre fue tener una familia, eso es verdad.

Pasé el pulgar lentamente por su mano.

—Pero si ahora no estuvieras embarazada… yo aún te querría. Aún te elegiría.

Parpadeó, con los ojos brillantes. Me incliné un poco más cerca.

—Y seguiría queriendo tener todos los hijos que aceptaras tener conmigo.

Soltó una pequeña risa entre lágrimas.

—¿Todos los que yo acepte?

—Exactamente.

Besé su frente con cuidado.

—Porque antes de ser padre… quiero ser tu marido de verdad.

53



Lily Hale

Dos semanas después…

Banderas estadounidenses ondeaban por todas partes, y la multitud en el Capitolio parecía infinita. Nunca había visto a tanta gente reunida en un mismo lugar.

Cámaras, reporteros, policía, helicópteros sobrevolando la zona. Todo el país parecía estar allí. Fue la primera vez que sentí el verdadero peso de quién era Adrian para el mundo.

El presidente.

Jonathan abrió la puerta del coche y me ofreció la mano.

—¿Lista?

Respiré hondo.

—Creo que nunca lo estaré.

Sonrió levemente.

—Eso es normal.

Bajé del coche con cuidado, todavía sintiendo cómo el hombro protestaba con el movimiento. Habían pasado dos semanas desde que Alexander apretó el gatillo.

Aún recordaba el sonido, el impacto, el rostro de Adrian cuando me vio caer. Mi mano fue instintivamente al vientre y Jonathan lo notó.

—¿Está bien el bebé?

Asentí.

—Sí, lo está.

Pero aún parecía un milagro.

Subimos la escalinata juntos; cuando llegué arriba, mi mirada encontró el escenario. Adrian estaba allí, de pie detrás del atril.

El viento movía levemente su saco, tenía el rostro serio y los ojos atentos, pero cuando me vio todo cambió. Todo el país podía estar mirándolo, pero en ese momento solo me miraba a mí.

Jonathan tocó suavemente mi brazo.

—Es tu entrada.

Caminé; la multitud empezó a murmurar, los reporteros susurraban, las cámaras giraron hacia mí. Cuando llegué junto al escenario, Adrian extendió la mano, la tomé y en ese instante supe que nunca volveríamos a soltarnos.

El juramento ocurrió en pocos minutos.

Colocó la mano sobre la Biblia.

—Yo, Adrian Keaton, juro solemnemente desempeñar fielmente el cargo de Presidente de los Estados Unidos…

La multitud quedó en absoluto silencio.

—…y preservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos.

Los aplausos estallaron, pero él no miró a la multitud. Me miró a mí. Luego caminó hacia el atril, respiró hondo y comenzó el discurso.

—Mis compatriotas…

Su voz resonó por la explanada.

—Hoy debería ser solo un día de victoria política.

Hizo una breve pausa.

—Pero hace dos semanas aprendí una lección que cambió por completo la forma en que veo el poder. Abandoné esta ceremonia.

Algunas personas rieron nerviosamente y él continuó.

—Y lo haría de nuevo.

Mi corazón se encogió.

—Porque en ese momento entendí que ningún cargo… ningún título… ninguna presidencia… vale más que las personas que amamos.

Los aplausos comenzaron, pero él levantó la mano.

—Este país fue construido por hombres y mujeres que creyeron en algo más grande que ellos mismos.

Volvió a mirarme.

—Y a veces, el mayor acto de valentía que puede tener un líder es elegir el amor.

La multitud estalló en aplausos.

Continuó el discurso hablando de reconstrucción, justicia, unión.

Quería concentrarme en el discurso, pero cada vez que levantaba la mirada… me encontraba y sonreía.



Más tarde, cuando la multitud comenzó a dispersarse y los periodistas finalmente nos dejaron respirar por unos minutos, Adrian

sostuvo mi mano mientras caminábamos por los pasillos del Capitolio.

—Por fin terminé ese discurso —dijo con una sonrisa cansada.

—Terminaste bien.

Se detuvo.

—Tú salvaste mi final.

Reí.

—Creo que recibí un disparo por ti.

—Prefiero la versión en la que tú salvaste mi vida.

—Adrian…

Me miró de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Necesito volver a Boston.

Frunció el ceño.

—¿Ahora?

—No hoy. Pero pronto.

—¿Por qué?

—Alexander está preso, mi tío está siendo investigado por fraude.

Su mirada se oscureció.

—Oí lo de tu tío.

—La investigación encontró fraudes en la empresa de mi padre.

Se quedó en silencio.

—Desvío de dinero, lavado, manipulación de contratos. Todo está mal.

Adrian se pasó la mano por el cabello.

—Entonces, apartándolo, todo se soluciona.

—No exactamente. El consejo de Ashford quiere una reunión.

Me miró.

—¿Quieren que tú tomes el mando?

—Quieren explicaciones.

Suspiré.

—Y a alguien que asuma el control.

Adrian guardó silencio unos segundos y luego sonrió.

—Entonces vamos a Boston.

Parpadeé, sorprendida.

—Tienes un país que gobernar.

Se encogió de hombros.

—Y una esposa a la que apoyar.

Me acerqué a él.

—Puedo resolver esto sola.

Sostuvo mi rostro con cuidado.

—Sé que puedes.

Tomó mi rostro con ambas manos.

—Pero prefiero estar a tu lado cuando lo hagas —dijo con un tono preocupado—. Tu familia no es confiable, Lily. Quiero estar contigo. Ya te dije que te amo… que quiero casarme contigo de verdad… que no quiero volver a estar lejos ni de ti ni de mi hijo.

—Sí —respondí, respirando hondo—. Lo dijiste.

Incliné la cabeza, observando a ese hombre que había sido capaz de abandonar la ceremonia de toma de posesión frente a todo el mundo para encontrarme.

—Y eres bastante insistente.

Una comisura de sus labios se curvó.

—Entonces di que sí.

Acercó su rostro al mío.

—Di que me aceptas de nuevo.

Dejé que el silencio durara unos segundos, solo para verlo perder la paciencia.

Entonces sonreí.

—Te acepto, Adrian Keaton.

Sus hombros se relajaron como si acabara de salir de una guerra.

Me atrajo hacia él por la cintura con cuidado, recordando mi hombro herido.

—Te amo, señora Keaton.

Levanté una ceja.

—Más te vale no cansarte de decírmelo.

Apoyó la frente en la mía.

—Nunca me cansaré de decir que te amo.

Su mano descendió hasta mi vientre, despacio.

—Ni a ti…

Volvió a mirarme.

—Ni a nuestro hijo.

En ese momento, en medio del Capitolio, con todo el país aún celebrando su toma de posesión, Adrian no había elegido la presidencia. Había elegido a nosotros.

—Entonces vamos a Boston —dije.

Sonrió.

—Vamos a resolver tu empresa. Vamos a enfrentar a tu tío.

Apretó mi mano con más fuerza.

—¿Y después?

Incliné la cabeza.

—¿Después?

—Después vamos a construir una familia.

Mi corazón latió con más fuerza.

—¿Cuántos hijos quieres, señor presidente?

Soltó una risa baja.

—Los que la señora Keaton acepte tener.

Negué con la cabeza, riendo.

—Acabas de asumir el país…

—Y ya estoy planeando ampliar la familia.

Lo abracé despacio.

—Te amo —susurré en su oído y él me besó como nunca lo había hecho.

5 4



Adrian Keaton

Nuestra casa en Boston seguía exactamente igual. Pero no podía mentir diciendo que la echaba de menos. Yo estaba en Washington, el lugar donde siempre quise estar.

En cuanto bajamos del coche, atraje a Lily hacia un abrazo. Fuerte. Prolongado. Como si ese gesto simple pudiera calmar el torbellino que sabía que existía dentro de ella. Quizá también fuera para calmarme a mí.

Enterré el rostro en su cabello por un instante, respirando hondo. Siempre pensé que mi familia era peculiar… complicada, a veces incluso extraña. Jonathan y yo tardamos años en aprender a convivir sin destruirnos en el proceso. Crecimos compitiendo, discutiendo, luchando por espacio. Pero en algún momento eso cambió; hoy sabemos que, cuando todo se derrumba, aún podemos contar el uno con el otro.

Lily, en cambio… estaba sola, tenía una familia entera obsesionada con el dinero y el poder, dispuesta a destruirla si eso significaba obtener más control.

Eso me irritaba de una forma que no podía explicar, porque nadie debería tener que luchar solo contra su propia sangre.

Apreté a Lily un poco más contra mí. Quizá había llegado demasiado tarde a su vida y había cometido demasiados errores, pero ahora estaba allí y podía no ser perfecto, puede que ni siquiera fuera suficiente, pero estaba dando todo de mí para priorizarla y eso, sin duda alguna, era algo que nunca había hecho por nadie.

—Quiero que conozcas mi casa en Nueva York… —dijo ella cuando por fin la solté—. Y, claro, voy a presentarte a mis padres.

Fruncí el ceño.

—¿Nueva York?

Asintió.

—Sí. Mi casa está allí. Nueva York siempre fue donde mis padres realmente vivieron y es donde está nuestra sede central. —Respiró hondo—. He estado pensando en crear una fundación con su nombre.

Observé su rostro durante unos segundos.

—Si eso te hace feliz… te apoyo.

Lily soltó un largo suspiro. Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Necesito recuperar todo lo que nos fue arrebatado… —murmuró—. De mí. De mis padres.

Su voz falló un poco antes de continuar.

—Tampoco te pedí perdón por haberte mentido. Por no haberte dicho quién era desde el principio.

Negué con la cabeza, pero ella continuó.

—Después pensé… tú también corrías peligro. Alexander estaba fuera de sí. Él siempre fue la persona que estuvo a mi lado y…

—Shhh… —llevé el dedo a sus labios.

—No necesitas explicarlo todo ahora.

Me miró.

—Sé que no te cae bien.

Solté un suspiro.

—No me cae bien.

Casi sonrió.

—Pero respeto lo que ustedes fueron… o lo que creyeron ser —continué—. Y siento que te haya decepcionado. Porque sé que eso te duele.

Sus ojos se bajaron.

—No tienes idea de cuánto.

Se quedó en silencio unos segundos antes de continuar.

—Estoy trabajando en una fórmula que mi padre dejó incompleta.

Levanté una ceja.

—¿Una fórmula?

—Un material biológico regenerativo —explicó—. Algo que acelera la recuperación de tejidos humanos. Si funciona como él creía… puede cambiar la medicina.

Mi estómago se contrajo.

—Eso vale una fortuna.

Asintió lentamente.

—Más que dinero. Puede salvar vidas.

—¿Y lo mantuviste oculto?

—Era tarea de Alex —dijo—. Mantener el cuaderno de mi padre lejos de cualquiera que intentara robarlo.

Guardé silencio un momento. Luego sonreí.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

Ella por fin sonrió de verdad.

—Tú también, señor presidente.

Incliné la cabeza.

—No cuando estamos solos.

Alzó una ceja.

—¿No?

Me acerqué un poco más.

—Cuando estamos solos… soy solo el hombre completamente enamorado de su esposa.



Lily Hale

Lily Hale

La sala de reuniones aún se sentía fría en mi memoria. Tal vez porque en ese momento entendí que, durante todos esos años, nunca tuve una familia, solo personas esperando el momento adecuado para quitármelo todo.

Estaba sentada en la cabecera de la mesa cuando los informes empezaron a aparecer en la pantalla. Auditoría interna, contratos, transferencias internacionales. Los directores permanecían en silencio. Algunos evitaban mirarme directamente.

—Eso es imposible —dijo uno de los abogados.

El auditor simplemente pasó a la página siguiente.

—No lo es.

Observé cada línea, cada firma, cada empresa fantasma creada para desviar dinero de la propia empresa de mi familia, de la

empresa de mis padres.

Levanté la mirada.

Mi tío estaba sentado al otro lado de la mesa, tranquilo.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Tardó unos segundos en responder.

—Negocios.

—Robaste la empresa de mis padres.

Inclinó la cabeza.

—He administrado la empresa todos estos años.

—Desviaste millones.

Mi tío ni siquiera me miró.

—Mantuve la empresa en funcionamiento.

Y cuando por fin me miró, sus ojos estaban completamente fríos.

—¿Crees que tendrías esta empresa hoy sin mí?

—Eras mi familia.

La frase salió antes de que pudiera evitarlo y, por un segundo… solo un segundo… esperé ver algo cambiar en su rostro. Arrepentimiento, culpa, cualquier cosa, pero no hubo nada. Solo suspiró.

—Lily… no seas ingenua.

—Eras el hermano de mi padre.

—Y fui yo quien salvó su imperio cuando tú estabas escondida en Suiza.

Los directores observaban en silencio.

—Lo que hiciste fue traicionar a tu propia familia —dije.

—Sigues siendo muy ingenua.

—Ya no.

Miré al abogado de la empresa antes de recorrer la mesa con la mirada, encontrando a los directores uno por uno.

—Creo que ya hemos visto suficiente por hoy.

Cerré la carpeta frente a mí.

—Vamos a dar por terminada esta reunión.

Nadie dijo nada.

—Quiero que el departamento jurídico finalice de inmediato el proceso de auditoría y bloquee cualquier acceso financiero que aún esté vinculado a mi tío.

El abogado asintió.

—Por supuesto, señora Ashford.

Respiré hondo antes de continuar.

—También quiero iniciar el proceso para la designación de un nuevo CEO interino.

Algunos directores intercambiaron miradas rápidas.

—Hasta que todo esté estabilizado… —continué— seré yo misma quien asuma el control de las decisiones estratégicas de la empresa.

Mis manos se apoyaron firmes sobre la mesa.

—Ya he esperado demasiado.

Volví a mirar alrededor de la sala.

—Es hora de que finalmente tome las riendas de lo que es mío.

Nadie objetó, porque en ese momento todos en la sala sabían una cosa: Ashford había vuelto a las manos de su verdadera heredera, y yo no tenía la menor intención de dejar que nadie me lo arrebatara otra vez.

55



Lily Hale

Meses después…

Lo primero que aprendí sobre Washington es que nada realmente se desacelera, ni siquiera cuando lo intentas. Pensé que, después de todo, el atentado, las revelaciones, el arresto de mi tío, la exposición pública, mi vida finalmente encontraría algún tipo de calma. Estaba equivocada.

La vida simplemente cambió de forma; ahora vivía entre dos mundos, Washington y las sedes de la empresa, pero casi siempre estaba en Boston. El puente aéreo entre ambas ciudades se había vuelto casi una rutina. Los vuelos eran cortos, poco más de una hora, pero siempre parecían más largos cuando estaba cansada o cuando Adrian insistía en trabajar durante todo el trayecto mientras yo intentaba convencerlo de que descansara.

—Deberías dormir —le dije una vez, apartándole la tableta.

Alzó una ceja.

—¿Estás dándole órdenes al presidente?

—Estoy dándole órdenes a mi marido.

Sonrió de una manera que siempre me desarmaba.

—La primera dama se está volviendo muy mandona.

Pero incluso cuando decía eso, obedecía.

Adrian había cambiado mucho, no en la forma en que el país lo veía, firme, seguro. Conmigo era solo Adrian. El hombre que aparecía en Boston sin avisar, solo para cenar conmigo. El hombre que tomaba mi mano durante las reuniones de la fundación como si fuera lo más natural del mundo.

Miré por la ventana del coche mientras Boston pasaba lentamente al otro lado, el edificio del instituto apareció unos minutos después.

Instituto Anne & Robert Ashford, el nombre que aún me emocionaba cada vez que lo leía.

Mis padres, su legado no era solo una empresa, era algo más grande. Dentro del edificio, el laboratorio estaba en plena actividad. Investigadores, técnicos, estudiantes. Un pequeño ejército de científicos trabajando en lo que mi padre había comenzado y que yo finalmente había terminado.

La fórmula.

Aún recordaba la noche en que el último ensayo funcionó. Me quedé inmóvil frente al microscopio durante casi diez minutos, incapaz de respirar con normalidad. La regeneración celular estaba ocurriendo ante mis ojos. La fórmula que mi padre había dejado incompleta funcionaba, y ahora no era solo una promesa científica, era una realidad.

Unas semanas después, empezaron las llamadas. Revistas científicas, universidades, premios, conferencias.

—¿Doctora Ashford? —llamó uno de los investigadores.

—¿Sí?

—El equipo de Nueva York confirmó su presencia en la presentación.

Asentí.

—Perfecto.

Sonrió.

—Sabe que están hablando del Nobel, ¿verdad?

Solté una pequeña risa.

—Vamos a ir paso a paso.

Estaba feliz de haber logrado, por fin, terminar lo que él había comenzado.

Salí del laboratorio poco después, el conductor ya estaba esperando.

—¿Aeropuerto?

Asentí.

—Washington.



La Casa Blanca aún me parecía demasiado grande. Cuando entré, oí la voz de Adrian en el despacho.

—No, eso tiene que pasar primero por el Congreso.

Me detuve en la puerta. Estaba de espaldas, hablando por teléfono, la corbata floja y el cabello ligeramente desordenado.

El presidente de los Estados Unidos y, aun así, el mismo hombre que me abrazaba todas las noches como si tuviera miedo de que desapareciera.

Colgó el teléfono, pero cuando se giró y me vio, su rostro cambió por completo.

—Has vuelto.

—He vuelto.

Cruzó la sala en pocos pasos.

—¿Cómo fue Boston?

—Caótica.

Se rio.

—Entonces fue un día normal.

Le rodeé con los brazos.

—¿Y tú?

—Sobreviví al Congreso.

—Eso es prácticamente un milagro.

Miró mi vientre.

Se arrodilló frente a mí, colocando la mano con cuidado sobre la tela del vestido.

—¿Te estás portando bien?

—Aún no te entiende.

—Aún.

Sonreí.

Adrian se había convertido en un experto en hablar con el bebé o con lo que él creía que era un bebé y fue precisamente por eso que aún no se lo había contado.

Estaba esperando el momento adecuado.

—¿Cómo fue la consulta hoy? —preguntó.

Levanté la mirada.

—Faltaste.

Hizo una mueca.

—Reunión de emergencia.

—Lo sé.

Suspiró.

—¿Está todo bien?

—Sí.

Caminé hasta la mesa y tomé el sobre que estaba en mi bolso.

—Pero hay algo que te perdiste.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

Le extendí el sobre.

—La ecografía.

Lo abrió.

Adrian se quedó mirando la imagen durante unos segundos, luego me miró a mí y volvió a la imagen.

—Lily…

No pude evitar sonreír.

—¿Sí?

—Hay…

Señaló la foto.

—Hay dos.

Asentí.

—Sí.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Dos?

—Dos.

Se pasó la mano por el cabello, completamente desconcertado.

—Nosotros…

—Vamos a tener gemelos.

Su sorpresa fue tan grande que me reí. Adrian seguía mirando la imagen como si intentara comprender lo que estaba pasando.

—Dos niños —añadí.

Levantó la mirada. El presidente de los Estados Unidos parecía completamente sin palabras.

—Dos…

Empezó a reír.

Una risa incrédula.

—Lily…

Se levantó y me atrajo hacia sus brazos.

—Dos niños.

—Sí.

—No sé si estoy listo para esto.

—Nadie lo está.

Besó mi frente.

—Vamos a necesitar una casa más grande.

—¿Más grande que esta, amor?

—Y seguridad doble.

—Eso seguro.

Apoyó la frente en la mía.

—Te amo.

Esa frase aún tenía el poder de detener el mundo a nuestro alrededor.

—Yo también te amo.

Adrian volvió a posar la mano sobre mi vientre.

—Dos niños.

Sonrió.

—Ya estoy en desventaja. —Me reí.

Pero en ese momento comprendí algo: meses atrás creí que lo había perdido todo.

Mi familia.

El hombre que amaba.

Mi seguridad.

Pero ahora, mientras Adrian me sostenía y nuestros hijos crecían dentro de mí, comprendí que por fin tenía una familia de verdad y eso nadie me lo iba a quitar.

5 6



Adrian Keaton

Semana después…

La presidencia no da tregua, eso fue lo primero que descubrí, y creo que es la única verdad que todos en el cargo conocen, pero nadie dice en voz alta.

No hay horario.

No hay descanso.

No hay un día en el que el mundo simplemente decida no entrar en crisis.

Estaba en el Despacho Oval mirando una pila de informes cuando Estevam entró sin llamar, ajustándose el saco.

Levanté la mirada.

—Deberías dormir.

—Eso viniendo de ti es irónico —respondí.

Tomó uno de los informes de la mesa, hojeándolo como si fuera suyo.

—Tres reuniones con el Congreso hoy, dos con diplomáticos europeos y mañana tienes una rueda de prensa por la tarde.

Alzó la mirada.

—Ni el presidente de los Estados Unidos es una máquina.

—A veces parece que tengo que serlo.

Estevam soltó una breve risa.

—Siempre te gustó la presión.

—Siempre me gustó ganar elecciones.

Cerró el informe y lo dejó caer sobre la mesa.

—Y ganaste.

Me observó unos segundos.

—¿Vas a Boston hoy?

—Voy por un viaje de trabajo.

Estevam arqueó una ceja.

—Claro —soltó con ironía.

—¿La futura Nobel de Medicina sigue haciéndote cruzar el país a mitad de semana?

No pude evitar una leve sonrisa.

—Está trabajando demasiado.

—Tú también.

—Yo no estoy intentando revolucionar la medicina.

Estevam se encogió de hombros.

—El instituto Ashford se volvió tema en Washington.

—Lo sé.

—Y eso es bueno políticamente.

Se inclinó ligeramente sobre la mesa.

—Un presidente casado con una científica brillante que acaba de concluir una fórmula capaz de revolucionar la medicina… eso es prácticamente propaganda gratuita.

Fruncí el ceño.

—Ella no es propaganda política.

Levantó las manos.

—Lo sé.

Luego sonrió.

—Pero todo el país está enfocado en eso, y es maravilloso.

Tomé el saco de la silla.

—Voy a Boston.

Estevam soltó una risa baja.

—Lo sabía.

Caminé hacia la puerta.

Boston era donde Lily pasaba gran parte del tiempo y, últimamente, eso era suficiente para hacerme cruzar cualquier distancia.

—El país sobrevive unas horas sin mí.

—Sobrevive —respondió—. Pero si desapareces demasiado tiempo, la mitad del Congreso entra en pánico.

Me detuve antes de salir.

—¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Me alegra saber que el presidente de los Estados Unidos está feliz, que será padre, que está cumpliendo todos sus sueños. De verdad me alegro por ti, Adrian.

Solo le sonreí y salí.



Cuando el coche se detuvo frente al instituto Ashford, me quedé unos segundos mirando el edificio a través de la ventana. Bajé del coche sin avisar a nadie.

Los escoltas ya estaban acostumbrados a mis visitas inesperadas.

—Señor presidente —dijo uno de ellos.

—¿Sigue aquí?

—Sí, señor. Laboratorio tres.

Asentí y caminé por el pasillo.

La puerta estaba entreabierta y Lily estaba sentada en un pequeño sofá en la zona de descanso del laboratorio. La bata estaba abierta, el cabello recogido de cualquier manera y un montón de papeles esparcidos sobre la mesa. Parecía cansada, muy cansada, pero también parecía feliz.

Me apoyé en la puerta.

—Doctora Ashford trabajando hasta tarde.

Levantó la mirada de inmediato.

—¿Adrian?

La sonrisa que apareció en su rostro siempre tenía el mismo efecto en mí, como si el mundo se desacelerara.

—Dijiste que solo vendrías mañana —dijo.

—Cambié de idea.

Intentó levantarse, pero ya estaba caminando hacia ella.

—No te levantes.

—Estoy embarazada, no inválida.

—Aun así.

Coloqué las manos en sus hombros y la empujé suavemente de vuelta al sofá.

—¿El presidente de los Estados Unidos acaba de darme una orden?

—El marido la dio.

Rodó los ojos.

—Eso es abuso de poder.

Me arrodillé frente a ella.

—Levanta el pie.

—Adrian…

—Levántalo.

Suspiró, pero obedeció.

Coloqué su pie sobre mi regazo, le quité los zapatos y empecé a masajear despacio.

Soltó un suspiro inmediato.

—Esto es injusto.

—¿Por qué?

—Porque ahora no puedo quejarme.

—Exactamente.

Seguí presionando la planta de su pie mientras ella cerraba los ojos por unos segundos.

—Pasaste todo el día de pie otra vez, ¿verdad?

—Tal vez.

—Lily.

—Tal vez.

Negué con la cabeza.

—Necesitas descansar más.

—Estoy revolucionando la medicina, señor presidente.

—Estoy intentando asegurarme de que regreses entera conmigo después de eso.

Rió en voz baja.

Mi mano se detuvo por un segundo cuando miré su vientre.

Ya era imposible ocultarlo.

Coloqué la mano con cuidado sobre la tela del vestido.

—¿Se están portando bien hoy?

Lily abrió un ojo.

Acerqué el rostro a su vientre.

—Escuchen, pequeños.

Ella rió.

—Adrian…

—Estoy hablando en serio.

Pasé la mano despacio sobre su vientre.

—Sus padres tienen agendas muy complicadas… así que ustedes dos tienen que colaborar.

—¿Dos presidentes en entrenamiento? —bromeó.

—Dos genios.

Seguí acariciando su vientre durante unos segundos en silencio.

—¿Qué pasa?

Respiré hondo.

—Siempre quise esto.

Inclinó la cabeza.

—¿Qué?

Pasé la mano otra vez por su vientre.

—Ser padre. Cuando era más joven… me imaginaba esto de una manera completamente distinta.

—¿Distinta cómo?

—Una casa llena. Niños corriendo. Ruido. —Reí en voz baja —. Nunca imaginé que acabaría siendo presidente antes de que eso sucediera.

Tomó mi mano.

—Vas a ser un buen padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya lo eres. Mira a Jasmim, te quiere como a un padre, y tú eres atento, presente.

Colocó mi mano otra vez sobre su vientre.

—Mira cómo les hablas.

Bajé el rostro nuevamente.

—Escuchen bien…

Lily ya estaba riendo.

—Adrian…

—Tengo que explicarles algunas cosas importantes.

—Ah, claro.

—Primero: ustedes dos tienen que respetar a su madre.

—Obvio.

—Segundo: no pueden nacer antes de tiempo.

—De acuerdo.

—Y tercero…

Pasé la mano despacio sobre su vientre.

—Ya son las personas más importantes de mi vida.

Lily guardó silencio y, cuando levanté la mirada, vi que estaba emocionada.

—Vas a arruinar mi maquillaje —murmuró.

—No llevas maquillaje.

—Aun así.

Me levanté y me senté a su lado.

Apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Sabes qué es extraño? —dijo.

—¿Qué?

—Hace meses pensé que lo había perdido todo.

Pasé el brazo alrededor de ella.

—Yo también.

Tomó mi mano y la colocó otra vez sobre su vientre.

—Y ahora tenemos esto.

La miré.

Luego al vientre.

—Una familia —dije.

Sonrió.

—Por fin.

Besé su frente.

—Vamos a casa.

—¿A cuál de ellas?

Sonreí.

—A cualquiera en la que estés tú.

Ella rió.

Pasé toda mi vida luchando por poder, por influencia, por victorias, pero nada… nada se comparaba con la sensación de estar allí, con Lily en mis brazos y dos pequeños corazones latiendo dentro de ella. Por fin, tenía mi familia.

Epílogo



Lily Hale

Algunos años después…

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

Cerré los ojos un segundo antes de girarme hacia el jardín.

—¿Qué está pasando ahora?

Dos pares de ojos idénticos se volvieron de inmediato hacia mí.

Dos niños.

Dos huracanes.

—¡Mamá! —gritaron al mismo tiempo.

Ya debería estar acostumbrada, pero aún me sorprendía cómo dos personas tan pequeñas podían hacer tanto ruido.

—¡Él empezó! —dijo Ethan, señalando a su hermano.

—¡No empecé nada! —respondió Noah, indignado.

Crucé los brazos.

—¿Qué estaban haciendo?

Los dos se miraron.

—Nada.

Respuesta clásica de culpables.

Suspiré.

—¿Dónde está su padre?

—Allí —respondió Noah, señalando hacia el otro lado del jardín.

Seguí la dirección de su dedo.

Adrian estaba sentado en la hierba con la corbata floja, hablando con un agente del servicio secreto que claramente no sabía si reír o mantener la postura profesional.

Incluso después de todos estos años, seguía siendo extraño ver esa escena. El presidente de los Estados Unidos sentado en la hierba, descalzo, con dos hijos corriendo a su alrededor.

—¿Qué hicieron esta vez? —preguntó cuando me acerqué.

—Vi que estaban intentando trepar al árbol.

Adrian miró a los niños.

—Ya hablamos de esto.

—¡Pero el árbol es genial! —protestó Ethan.

—¡Y casi lo logro! —añadió Noah.

Adrian se pasó la mano por el cabello.

—¿Tienen idea de cuántos agentes de seguridad entran en pánico cuando hacen eso?

—¿Cuántos? —preguntó Noah, curioso.

—Muchos.

Los dos parecieron considerar esa información seriamente.

—¿Entonces podemos hacerlo otra vez? —preguntó Ethan.

Adrian suspiró.

—No.

Los dos niños se dejaron caer dramáticamente sobre la hierba.

—Eso es injusto.

Reí.

Adrian me atrajo para que me sentara a su lado.

—¿Cómo fue la llamada? —preguntó.

Respiré hondo.

—Confirmado.

Alzó una ceja.

—¿Confirmado?

—El premio.

Adrian sonrió de inmediato.

—Lo sabía.

—Aún se siente extraño.

—Lily…

Tomó mi mano.

—Cambiaste la medicina.

La fórmula que mi padre había dejado incompleta ahora se estaba usando en hospitales de todo el mundo.

Tratamientos regenerativos.

Recuperaciones imposibles convirtiéndose en realidad.

Su legado… por fin había sido completado.

—Tu padre estaría orgulloso —dijo Adrian.

Ethan se subió a su regazo.

—¿Papá?

—¿Sí?

—Cuando sea grande, ¿puedo ser presidente también?

Adrian lo pensó un segundo.

—Puedes.

—¿Y científico?

Miré a Adrian.

—También.

Noah levantó la mano.

—Yo quiero ser los dos.

Adrian sonrió.

—Ambicioso.

Los dos niños salieron corriendo otra vez por el jardín.

Adrian los observó unos segundos.

—Me haces el hombre más feliz —dijo, repartiendo besos por mi rostro.

Noah gritó desde el otro lado del jardín.

—¡Papá!

—¿Qué?

—¡Ethan se cayó!

Adrian se levantó de inmediato.

—¡Dije que eso iba a pasar!

Reí mientras corría hacia los niños y, en ese momento, entendí algo: lo que empezó como un contrato terminó dándonos algo mucho más grande. Habíamos construido algo que nadie logró destruir.

Una familia.

Recordé cada decisión que tomamos, cada error, cada batalla que casi nos separó. Al final, todas nos trajeron hasta aquí.

Hasta nosotros.

Hasta la vida que construimos juntos.

Adrian levantó a Ethan en brazos mientras Noah corría por el césped de la Casa Blanca detrás de uno de los agentes que fingía perder la carrera. El sol empezaba a ponerse detrás de los árboles. Adrian miró en mi dirección, sonrió de esa manera que siempre hacía que mi corazón se acelerara y caminó hacia mí con los niños.

—¿Lista para otra campaña? —preguntó, rodeando mi cintura con el brazo.

Apoyé la cabeza en su hombro, observando a nuestros hijos correr otra vez por el jardín.

—Solo si me prometes una cosa.

—¿Qué?

—Que siempre sigamos eligiéndonos el uno al otro, por encima de todo.

Besó mi frente, firme, como siempre hacía cuando quería que creyera en él.

—Siempre.

Fin.

Agradecimientos

Este libro no habría llegado hasta aquí sin algunas personas muy especiales.

Quiero agradecer de manera especial a mis **lectoras beta**, que tuvieron la generosidad de leer esta historia antes que todos. Ustedes se sumergieron en este universo conmigo, sintieron cada emoción de los personajes, señalaron detalles importantes y ayudaron a hacer esta historia aún más fuerte.

Gracias por la sinceridad, por la mirada atenta, por las opiniones y por caminar conmigo durante el proceso de construcción de esta historia. Cada comentario, cada sugerencia y cada reacción marcaron la diferencia.

A los lectores que siguen mi trabajo, que vibran con cada lanzamiento y que eligen vivir estas historias conmigo, mi gratitud más profunda. Ustedes son la razón por la que cada nuevo libro existe.

Y a ti que abriste estas páginas ahora: gracias por darle una oportunidad a esta historia.

Con cariño,

Adri Luna